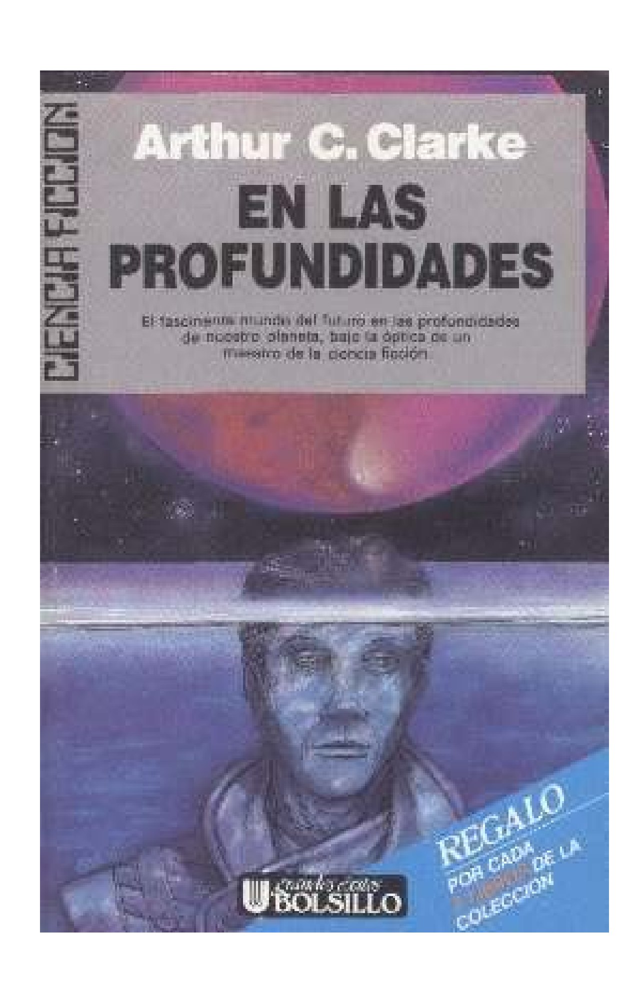
EN LAS PROFUNDIDADES

Arthur C. Clarke



Para Mike, que me llevó al mar.

PRIMERA PARTE - EL APRENDIZ

CAPITULO I

Había un asesino suelto en la zona. La patrulla aérea del Pacífico Sur había visto el gran cadáver agitado por las olas, tiñendo el mar de rojo. En cuestión de segundos, había comenzado a funcionar el intrincado sistema de alarma; de San Francisco a Brisbane, había hombres accionando indicadores y trazando señales en los mapas. Don Burley, frotándose los ojos para quitarse el sueño se inclinaba sobre el cuadro de mandos del Scoutsub 5 mientras descendía a una profundidad de veinte brazas.

Le alegraba que sonase la señal de alarma en su zona. Era la primera emoción auténtica desde hacía meses. Su pensamiento, incluso mientras observaba los instrumentos de los que dependía su vida, se adelantaba a los acontecimientos. ¿Qué habría pasado exactamente? El breve mensaje no daba ningún detalle; sólo informaba de que acababa de ser asesinada una ballena mansa y que flotaba en la superficie a unas diez millas detrás del grueso de la manada, que aún seguía alejándose en dirección norte presa del pánico. Lo más lógico era suponer que, de algún modo, un grupo de ballenas asesinas había logrado atravesar las barreras que protegían los pastos. Si así era, Don y todos los demás guardianes camaradas suyos tenían bastante trabajo.

La serie de luces verdes del tablero indicador eran un brillante símbolo de seguridad. Mientras permaneciesen inalteradas, mientras ninguna de aquellas estrellas esmeralda se volviese roja, todo iría bien para Don y su pequeña nave. Aire-combustible-electricidad: éste era el triunvirato que regía su vida. Si alguno de ellos fallaba, se hundiría en un ataúd de acero hacia el limo pelágico, como había hecho Johnnie Tyndall dos estaciones atrás. Pero no había razón alguna para que se produjese un fallo, y los accidentes que uno prevé, se decía Don tranquilizadoramente, son los que jamás suceden.

Se inclinó sobre el cuadro de control y habló por el micrófono. El Sub 5 estaba aún lo bastante cerca del buque nodriza para poder utilizar la radio, pero muy pronto tendría que pasar a la comunicación ultrasónica.

«Rumbo 255, velocidad 50 nudos, profundidad 20 brazas, sistema sonar en condiciones correctas. Tiempo previsto para llegar al objetivo, cuarenta minutos. Informaré cada diez minutos hasta que establezca contacto. Nada más, corto».

La señal de recepción del Rorcual apenas fue audible y Don desconectó. Llegaba la hora de buscar.

Redujo la intensidad de las luces de la cabina para ver mejor la pantalla de observación, se colocó las gafas polaroid y comenzó a escudriñar las profundidades. Las dos imágenes tardaron unos segundos en fundirse en su mente; luego el despliegue tridimensional estalló en vida estereoscópica.

Ese era el instante en que Don se sentía como un dios, capaz de controlar un sector del Pacífico de veinte millas, y de ver con claridad hacia abajo, en las profundidades inexploradas aún en su mayor parte, hasta las dos mil brazas. El inaudible rayo sónico escrutaba en lenta rotación aquel mundo en que flotaba él, buscando a amigos y enemigos en la eterna oscuridad donde la luz jamás podía penetrar. La serie de silenciosos chillidos, demasiado agudos incluso para el oído del murciélago, que inventó el sonar millones de años antes que el hombre, penetraba en la acuática noche; los desmayados ecos volvían en un repiqueteo, y captados y amplificados se transformaban en flotantes manchas verdeazuladas sobre la pantalla.

Gracias a su mucha práctica, Don podía leer fácilmente su mensaje. A quinientos pies por debajo, fuera de los limites de su sumergido horizonte, estaba la Capa Desparramada: la sábana de vida que cubría la mitad del mundo. El sumergido prado del mar se balanceaba atravesado por el sol, fluctuando siempre en los limites de la oscuridad. Durante la noche había permanecido flotando casi junto a la superficie, pero la aurora había vuelto a empujarlo hacia las profundidades.

No era ningún obstáculo para su sonar. Don podía ver a través de su tenue sustancia hasta el limo del suelo del Pacífico, sobre el que corría a la altura de una nube sobre la tierra; de todos modos, las profundidades últimas no eran asunto suyo: los rebaños que él guardaba y los enemigos que podían amenazarlos pertenecían a las capas superiores del mar.

Don accionó la palanca del selector de profundidad, y su rayo sonar se centró en el plano horizontal. Los reverberantes ecos del abismo se desvanecieron, y pudo ver mejor lo que había a su alrededor, en las alturas estratosféricas del océano. Aquella nube resplandeciente a dos millas por delante de él era un banco de peces insólitamente grande; se preguntó si en la Base sabrían de aquello e hizo una anotación en su cuaderno de ruta. Aparecían señales mayores en los bordes exteriores del banco: los carnívoros

perseguían al ganado, asegurando el girar constante de la gran rueda de la vida y la muerte. Pero aquel problema no era de la competencia de Don; él perseguía caza mayor.

El Sub 5 seguía navegando hacia el Oeste, acerada aguja más rápida y mortífera que cualquier otra criatura que surcase los mares. la pequeña cabina, iluminada ahora sólo por el parpadeo de las luces del cuadro de mandos, vibraba mientras las turbinas empujaban el agua hacia los lados. Don miró el mapa y advirtió que estaba ya a medio camino de la zona prevista. Se preguntó si debería salir a la superficie a echar una ojeada a la ballena muerta; las heridas de ésta quizás le permitiesen descubrir algo sobre sus atacantes. Pero se demoraría aun más, y en un caso como aquél el tiempo era vital.

El receptor de largo alcance gimió quejumbroso, y Don pulsó el botón de Trascripción. Nunca había aprendido a interpretar el código de oído, como muchos otros, pero la cinta de papel que surgió de la ranura le solucionó el problema.

PATRULLA AÉREA INFORMA BANCO DE BALLENAS 50-100 AVANZANDO NOVENTA GRADOS REFERENCIA X186593 Y432011 STOP NADANDO A GRAN VELOCIDAD TRAS CAMBIO DE RUMBO STOP NINGUNA SEÑAL DE ORCAS PERO QUIZÁS HAYA RORCUAL EN LAS PROXIMIDADES STOP.

Don consideró muy improbable esta última suposición. Si las orcas (las temibles ballenas asesinas) hubiesen sido las responsables, sin duda las habrían localizado ya, al salir a respirar a la superficie. Además, el avión de patrulleo no las habría asustado como para abandonar a su víctima, y habrían seguido dándose un banquete en el mismo sitio hasta quedar saciadas.

Tenía una cosa a su favor; el rebaño asustado se dirigía ahora casi en línea recta hacia él. Don comenzó a trazar las coordenadas sobre el plano, pero vio enseguida que no era necesario. En el borde extremo de su pantalla había aparecido una flotilla de desmayadas estrellas. Alteró levemente su curso, y enfiló hacia el banco que se aproximaba.

Una parte del mensaje era sin duda correcta: las ballenas avanzaban a una velocidad insólita. Con la rapidez con que se movían estaría entre ellas en cinco minutos. Apagó los motores y percibió la fuerza de la resistencia del agua que le inmovilizó rápidamente.

Don Burley, caballero en su armadura, sentado en su pequeña cabina difusamente iluminada, treinta metros por debajo de las luminosas ondas del Pacifico, preparaba sus armas para el combate que le esperaba. En aquellos momentos de ansiedad, antes de que comenzase la acción, le gustaba imaginarse así, aunque no lo hubiese admitido ante nadie. Se sentía también de la misma estirpe que todos los pastores que habían guardado

rebaños desde la aurora de los tiempos. No sólo era Sir Lancelot, era también David, en los viejos montes palestinos, vigilando que los leones de la montaña no cayesen sobre las ovejas de su padre.

Sin embargo, mucho más próximos en el tiempo, y aun más en el espíritu, estaban los hombres que habían pastoreado grandes rebaños de ganado por las llanuras americanas, apenas tres generaciones atrás. Ellos habrían comprendido su trabajo, aunque los instrumentos de que Don se valía les habrían parecido, sin duda, mágicos. El sistema era el mismo; sólo se había alterado la escala de las cosas. El que los animales que Don pastoreaba pesasen un centenar de toneladas y pululasen por las sabanas interminables del mar no significaba ninguna diferencia básica.

El banco estaba ya a menos de dos millas (le distancia, y Don comprobó el firme girar de su pantalla de observación para concentrarse en el sector que tenía frente a sí. La imagen de la pantalla se convirtió en una especie de seto en forma de abanico cuando el rayo sonar comenzó a parpadear de lado a lado; podía ahora contar todas las ballenas del banco, e incluso hacer un cálculo bastante exacto de su tamaño. Con ojos prácticos, comenzó a buscar a las rezagadas.

Don jamás podría explicar lo que le llevó inmediatamente hacia aquellos cuatro ecos del borde sur del banco. Es cierto que se hallaban un poco separados del resto, pero había otros por detrás de ellos. Hay una especie de sexto sentido que un hombre adquiere cuando ha trabajado el tiempo suficiente con una pantalla de sonar; es una especie de intuición que le permite extraer de las móviles manchas mucho más de lo que racionalmente debiera. Sin pensarlo de modo consciente, Don accionó los mandos e hizo girar de nuevo las turbinas.

El cuerpo principal del banco de ballenas pasaba ahora ante él hacia el este. No tenía miedo a una colisión. Aquellos animales, pese a su pánico, percibían su presencia con la misma facilidad con que podía detectarlos él, y por medios similares. Se preguntaba si debería lanzar su señal. Los animales reconocerían aquel sonido, y esto les tranquilizaría. Pero también podría reconocerlo el aún desconocido enemigo, al que pondría sobre aviso.

Los cuatro ecos que habían atraído su atención estaban casi en el centro de la pantalla. Se aproximó para una intercepción y se inclinó sobre el marcador de sonar como intentado extraer de él por pura fuerza de voluntad toda la información posible. Había dos ecos grandes, un poco separados, uno de los cuales iba acompañado de un par de satélites más pequeños. Don se preguntó si no sería ya demasiado tarde. Con los ojos de su mente podía imaginarse la lucha mortal que se desarrollaba en las aguas a menos de

una milla de distancia. Aquellos dos sonidos más desmayados serían el enemigo, acosando a una ballena mientras su compañero permanecía al lado presa de un terror impotente, sin más armas defensivas que sus inmensas aletas caudales.

Ahora estaba ya casi lo bastante cerca para ver directamente. La cámara de televisión de la proa del Sub 5 taladraba la oscuridad, pero al principio sólo se veía la niebla del plancton. Luego apareció en el centro de la pantalla una forma difusa y vasta, con otras dos más pequeñas debajo. Don veía, con la mayor precisión, pero con un campo de luz angustiosamente limitado, lo que ya le habían dicho los instrumentos del sonar.

Casi inmediatamente comprendió su increíble error. Los dos satélites eran crías. Era la primera vez que encontraba a una ballena con gemelos, aunque no eran insólitos los partos múltiples. En circunstancias normales, el espectáculo le habría fascinado, pero ahora significaba que se había equivocado en sus conclusiones y había perdido unos minutos preciosos. Debía empezar a buscar de nuevo.

Por pura rutina, enfocó la cámara hacia el cuarto sonido de la pantalla de sonar: el eco que había supuesto, por su tamaño, otra ballena adulta. Es curioso hasta qué punto puede afectar una idea preconcebida a la imagen que un hombre ve; pasaron segundos antes de que Don pudiese interpretar lo que tenía ante sus ojos, antes de que supiese que, al final, había ido al lugar correcto.

«¡Dios mío!», exclamó suavemente. «¡No sabía que se hiciesen tan grandes!». Era un tiburón, el más grande que había visto en su vida. Aún no lo veía detalladamente, pero sólo podía pertenecer a un género. El tiburón ballena y el tiburón cesta podían alcanzar un tamaño similar, pero ambos eran inofensivos herbívoros. Aquel era el rey de todos los seláceos, el carcharodón: El Gran Tiburón Blanco. Don intentó recordar el tamaño del mayor ejemplar conocido. En 1990, más o menos, habían capturado uno de casi veinte metros junto a las costas de Nueva Zelanda, pero aquél era por lo menos la mitad mayor.

Estos pensamientos cruzaron por su mente en un instante, y en aquel mismo instante vio que el inmenso animal maniobraba ya disponiéndose a matar. Enfilaba hacia una de las crías, ignorando a la frenética madre. Quizás lo hiciese por cobardía o quizás por sentido común, pero no había modo de saberlo, y quizás tales distinciones careciesen de sentido para el cerebro diminuto y totalmente ajeno del tiburón.

Sólo podía hacer una cosa; tal vez con ello malograse la posibilidad de una caza rápida y segura, pero era más importante la vida del cachalote. Pulsó el botón de la sirena, y un chillido breve y metálico irrumpió en el agua, a su alrededor.

Tiburón y ballena se sintieron aterrados por igual ante el ruido ensordecedor. El tiburón giró en un viraje casi imposible, y Don estuvo a punto de salir despedido de su asiento

cuando el piloto automático cambió el curso del Sub 5. Girando y maniobrando con una agilidad similar a la de cualquier otra criatura marina de su tamaño, el Sub 5 comenzó a aproximarse al tiburón; su cerebro electrónico seguía automáticamente el eco del sonar y dejaba así a Don en libertad para concentrarse en su armamento. Necesitaba aquella libertad; la operación siguiente sería difícil si no podía mantener el mismo rumbo durante al menos quince segundos. En último caso quedaba la posibilidad de acudir a los pequeños torpedos; si hubiese estado solo frente a un grupo de orcas, sin duda los habría utilizado. Pero era sucio y brutal, y había un procedimiento mas limpio. Siempre había preferido la técnica del estilete a la de la bomba de mano.

Ahora ya estaba sólo a veinte metros de distancia, y se acercaba con gran rapidez. La oportunidad era inmejorable. Pulsó el botón de lanzamiento.

De la parte inferior del submarino salió disparado algo que parecía una raya marina. Don había reducido la velocidad de su nave; no tenía necesidad alguna de aproximarse más. El pequeño aparato en forma de flecha podía avanzar con mucha más rapidez que su nave y cubrir la distancia que le separaba del tiburón en segundos. Mientras avanzaba iba desenrollando el fino cable del alambre de control, como una araña submarina que soltase su hilo. Por aquel alambre pasaba la energía que alimentaba al aparato, y las señales que le conducían a su objetivo. Respondía de forma tan instantánea a sus órdenes que Don tuvo la sensación de estar controlando a un sensible caballo de pura raza.

El tiburón vio el peligro menos de un segundo antes de que hiciese blanco. El parecido del aparato con una raya marina le confundió, tal como habían previsto los diseñadores. Antes de que el pequeño cerebro pudiese percibir que ninguna raya actuaba de aquel modo, el proyectil le había alcanzado. La hipodérmica de acero, impulsada por la explosión de un cartucho, atravesó la coriácea piel del tiburón, y el gran pez se hundió en un frenesí de terror. Don retrocedió rápidamente, pues un coletazo del pez le habría zarandeado como a un guisante en una lata, e incluso podría dañar al submarino. Su misión había concluido, sólo tenía que esperar a que actuara el veneno.

El asesino ejecutado intentaba arquear su cuerpo para liberarse así del dardo emponzoñado. Don había recuperado ya el proyectil, muy complacido de que estuviese intacto. Contempló con asombro y desapasionada piedad cómo se iba hundiendo el gran animal en su parálisis.

Sus estertores eran cada vez más débiles. Nadaba ya sin objetivo, y en una ocasión Don tuvo que desviarse rápidamente para evitar una colisión. Cuando perdió el control de

la flotación, el agonizante tiburón ascendió a la superficie. Don no se molestó en seguirle; podía hacerlo después de atender asuntos más importantes.

Encontró a la vaca y a los dos terneros a menos de una milla de distancia y los inspeccionó cuidadosamente. Estaban ilesos, con lo cual no había necesidad de llamar al veterinario para que acudiese con su submarino biplaza altamente especializado con el que podía resolver cualquier crisis cetológica, desde un dolor de estómago a una cesárea.

Las ballenas estaban ya totalmente tranquilas, y una comprobación con el sonar le indicó que todo el banco había abandonado su aterrada fuga. Se preguntó si sabrían ya lo que había sucedido; se sabía ya mucho sobre sus métodos de comunicación, pero se ignoraba aún mucho más.

«Espero que agradezcas lo que he hecho por ti, señora mía», murmuró. Luego, advirtiendo que cincuenta toneladas de amor maternal era una visión un tanto aterradora, vació sus tanques y subió a la superficie.

Todo estaba tranquilo, así que abrió la portezuela y sacó la cabeza. El agua quedaba sólo a unos centímetros de su barbilla, y de vez en cuando una ola intentaba decididamente cubrirle. El peligro de que esto sucediese era mínimo pues tenía tan ajustada la portezuela que era una protección de gran eficacia.

A unos veinte metros de distancia, rodaba sobre la superficie una gran masa gris, como un barco volcado. Don la contempló pensativo, preguntándose cuánto aire comprimido tendría que inyectar al cadáver para que no se hundiese antes que llegase allí uno de los encargados. En unos minutos radiaría su informe, pero de momento era agradable sorber aquella brisa fresca del Pacífico, sentir el cielo abierto sobre sí y ver cómo el sol iniciaba su larga ascensión hacia el mediodía.

Don Burley era un guerrero feliz que descansaba tras la única batalla que el hombre tendría que luchar siempre. El estaba combatiendo al espectro del hambre, con el que se habían enfrentado todas las eras anteriores, pero que no volvería a amenazar al mundo mientras las grandes explotaciones de plancton continuasen produciendo sus millones de toneladas de proteínas, mientras los rebaños de ballenas obedeciesen a sus nuevos amos. El hombre había vuelto al mar, su antigua morada, después de eones de exilio; hasta que se helase el océano, no volvería a haber hambre...

Aun así, Don sabía que ésta era la última de sus satisfacciones. Aunque lo que estuviese haciendo no tuviese valor práctico alguno, lo habría hecho de todos modos. Ninguna otra cosa que la vida pudiese ofrecer se igualaba al placer y a la tranquila sensación de poder que le embargaban cuando realizaba una misión como aquélla. ¿Poder? Sí, esa era la palabra justa. Pero no se trataba de un poder del que pudiese

hacer mal uso; se sentía demasiado unido a todas las criaturas que compartían los mares con él, incluso a aquéllas que por deber había de destruir.

Don parecía totalmente relajado; sin embargo, si cualquiera de las luces e indicadores que llenaban su campo de visión reclamaba su atención, estaría instantáneamente alerta. Su mente había vuelto ya al Rorcual, y le resultaba cada vez más difícil apartar su pensamiento de su retrasado desayuno. Para que el tiempo pasase más deprisa, comenzó a elaborar mentalmente su informe. Estaba seguro de que algunos se sorprenderían. Los ingenieros que mantenían las invisibles barreras sónicas y eléctricas que dividían el poderoso Pacífico en sectores controlables, tendrían que empezar a buscar la brecha; los biólogos marinos que tan confiadamente afirmaban que los tiburones nunca atacaban a las ballenas tendrían que inventar excusas. Ambos lograrían su propósito, Don estaba seguro, y entonces todo quedaría de nuevo bajo control, hasta que el mar plantease la crisis siguiente.

Pero la crisis hacia la que volvía involuntariamente ahora Don era una crisis creada por el hombre, organizada sin ninguna malevolencia hacia él en los más altos niveles oficiales. Había comenzado con una sugerencia del Departamento del Espacio, reglamentariamente presentada ante el Secretariado Mundial. Y aun había seguido su curso más arriba, hasta llegar a la propia Asamblea Mundial, donde había llegado a los aprobatorios oídos de los senadores directamente interesados. Pasando así de sugerencia a orden, había descendido de nuevo a través del Secretariado a la Organización Mundial de Alimentos, y de allí al Departamento Marino, y de éste a la Sección de Ballenas. Todo este proceso se había realizado en el período increíblemente breve de cuatro semanas.

Don, claro está, nada sabía de eso. Para él, los complicados procesos de la burocracia global se concretaron en el saludo que le dirigió su jefe cuando entró en el comedor del Rorcual para tomar su retrasado desayuno.

- ¿De qué trabajo se trata? - preguntó Don con suspicacia. Recordaba aquella desdichada ocasión en que hubo de actuar como guía de un subsecretario permanente que era, al parecer, un poco idiota, y al que había tratado como a tal. Resultó luego que el subsecretario permanente (como podría haberse supuesto dado su cargo) era en realidad un tipo muy listo y sabía muy bien lo que andaba haciendo Don.

- A mi no me lo dijeron - dijo el jefe -. No estoy seguro tampoco de que lo sepan ellos. Da recuerdos a Queensland, y no te acerques a los casinos de la Costa del Oro.

- No tengo más remedio, con lo que gano - se burló Don -. La última vez que fui a Surfer's Paradise, tuve suerte de poder conservar al menos la camisa

- Pero en tu primera visita volviste con un par de miles.

- La suerte del principiante... nunca se repitió. Desde entonces siempre pierde. Así que he decidido dejarlo. Para mi se acabó el juego.

- ¿Quieres apostar a que no? ¿Te apuestas cinco billetes?

- De acuerdo.

- Entonces paga... has perdido al aceptar la apuesta.

La cucharada de plancton condimentado se detuvo un instante en el aire mientras Don intentaba salir de aquella trampa.

- A ver como me haces pagar - replicó -; no tienes ningún testigo y yo no soy un caballero.

Tomó deprisa el resto de su café y luego ladeó la silla y se levantó para irse.

- Supongo que es mejor que empiece a hacer la maleta. Hasta luego, patrón... ya nos veremos.

El capitán del Rorcual observó cómo su primer ayudante salía del camarote como un pequeño huracán. Durante unos instantes el rumor de los pasos de Don volvió como un eco por los pasillos del barco; luego se hizo otra vez un relativo silencio.

El capitán comenzó a caminar otra vez hacia el puente. «Mira, Brisbane», murmuró para sí. Luego comenzó a accionar los indicadores y a componer mentalmente un memorándum dirigido al Cuartel General preguntando cómo esperaban que dirigiese un barco en el que el treinta por ciento de la tripulación se hallaba permanentemente ausente, de permiso o en misiones especiales. Cuando llegó al puente, lo único que le había impedido renunciar era el hecho de que, por mucho que lo intentase, no podía dar con un trabajo mejor.

CAPITULO II

Aunque sólo le habían hecho esperar cinco minutos, Walter Franklin paseaba ya con impaciencia por la sala de recepción. Rápidamente examinó y menospreció las fotografías de las profundidades submarinas que colgaban de las paredes: luego se sentó un instante en el borde de la mesa, hojeando el montón de revistas, publicaciones e informes que siempre se acumulaban en tales lugares. Las revistas populares las había visto ya (en las últimas semanas no había hecho prácticamente más que leer) y pocas de las otras parecían interesantes. Alguien, suponía, había de tragarse todos aquellos informes voluminosos sobre la producción de alimentos, como parte de su trabajo; Walter se

preguntó cómo podrían no sentirse hipnotizados ante aquellas interminables columnas de estadísticas. Neptuno, el órgano oficial de la División Marítima, parecía algo más prometedor, pero como desconocía a la mayoría de las personas de quienes se hablaba en sus columnas, pronto le aburrió. Incluso sus artículos menos especializados quedaban fuera de su alcance, pues presuponían un conocimiento de términos técnicos del que carecía.

El recepcionista le observaba, advirtiendo sin duda su impaciencia, analizando quizás la inseguridad y el nerviosismo que había tras ella. Con un evidente esfuerzo, Franklin se obligó a sentarse y a concentrarse en el ejemplar del día anterior del Correo de Brisbane, Había logrado casi interesarse por un réquiem editorial sobre el cricket australiano, inspirado por los recientes resultados del campeonato, cuando la joven que guardaba la oficina del director le sonrió dulcemente y dijo:

- ¿Tendría la bondad de entrar ya, señor Franklin?

Había esperado encontrar al director solo, o en todo caso acompañado de una secretaria. El enjuto joven que se sentaba en el otro sillón de visitantes le pareció fuera de lugar en aquella solemne oficina, y le miró fijamente, con más curiosidad que cordialidad. Franklin se puso tenso, sabía que habían estado hablando de él y automáticamente se puso a la defensiva.

El director Cary, que sabía casi tanto sobre los seres humanos como él sobre mamíferos marinos, percibió inmediatamente la tensión e hizo cuanto pudo por disiparla.

- Vaya, está usted aquí, Franklin dijo, con una cordialidad un tanto exagerada -. Espero que haya disfrutado durante su estancia entre nosotros. ¿Le han atendido bien?

El director ahorró a Franklin el problema de responder a esta pregunta, continuando: Quiero que conozca a Don Burley. Don es el Primer Guardián del Rorcual, uno de los mejores que tenemos. Se le ha encargado que se cuide de usted. Don, le presento a Walter Franklin.

Se dieron la mano protocolariamente, estudiándose. Luego el rostro de Don se quebró en una perezosa sonrisa. Era la sonrisa del hombre al que le han asignado una tarea que no le interesa, pero que ha decidido hacerlo lo mejor posible.

- Encantado de conocerte, Franklin, Bienvenido a la Patrulla Sirena.

Franklin intentó reír ante aquel insípido chiste, pero, pese a sus esfuerzos, no tuvo gran éxito. Sabía que debía mostrarse cordial, y que aquella gente hacía lo posible por ayudarle. Sin embargo todo esto era razonamiento, era algo que percibía su mente pero no su corazón; no podía relajarse y facilitarles la tarea. El miedo a la compasión ajena y la quisquillosa sospecha de que habían estado hablando de él a sus espaldas, pese a todas

las seguridades que le habían dado, anularon sus deseos de ser amable.

Don Burley no sentía nada de esto. Sólo sabía que la oficina del director no era el lugar adecuado para conocer a un nuevo colega, y antes de que Franklin se diese cuenta de lo que había sucedido se hallaba fuera del edificio, abriéndose paso entre los transeúntes que en mangas de camisa transitaban por la calle George, y entraba en un diminuto bar que había frente a la nueva oficina de correos.

El ruido de la ciudad se apagó, aunque, a través del cristal oscurecido de las paredes, Franklin podía ver las formas difusas de la continua riada de peatones. La temperatura era agradablemente fresca allí dentro tras el calor tórrido de las calles; los políticos locales aún seguían discutiendo si debía instalarse o no aire acondicionado en todo Brisbane (y si se hacia, quién se adjudicaría el correspondiente contrato de muchos millones de dólares), y mientras, los ciudadanos se asfixiaban durante el verano.

Don Burley esperó a que Franklin bebiera su primera cerveza y pidiese otra. Había un misterio en su nuevo alumno, y se proponía aclararlo lo más pronto posible. Aquello debía haberlo organizado alguna autoridad muy alta de la división, quizás algún capitoste del Secretariado Mundial. No se apartaba a un primer guardián de sus deberes así por las buenas para servir de nodriza a alguien que evidentemente era demasiado viejo para seguir. el procedimiento normal de instrucción. A primera vista, Franklin parecía tener más de treinta y cinco años; no había oído que nadie de esa edad hubiese seguido aquel tipo de instrucción especial.

Había algo en Franklin que se percibía inmediatamente, y que no hacía más que aumentar el misterio. Franklin era un hombre del espacio; eso se vela a un kilómetro de distancia. Y, en principio, parecía una ventaja. Luego recordó lo que le había advertido el director: «No haga demasiadas preguntas a Franklin. Ignoro sus antecedentes, pero nos han dicho concretamente que no hablemos con él sobre ellos».

«Quizás eso tenga su sentido» pensó Don. «Quizás se trate de un piloto espacial al que por un error inexcusable se haya apartado de sus tareas, un despiste como el de llegar a Venus cuando debería haber ido a Marte».

- ¿Es la primera vez - comenzó Don cautamente - que vienes a Australia?

No era un inicio muy afortunado, y la conversación podría haber muerto allí irremisiblemente cuando Franklin contestó:

- Nací aquí.

Pero Don no era de los que se achican fácilmente. Se limitó a reír y dijo, medio disculpándose:

- A mí nunca me dice nadie nada, así que normalmente tengo que insistir. Nací en el otro extremo del mundo, en Irlanda, pero desde que me han destinado a la Sección del Pacífico he adoptado, más o menos, Australia como una segunda patria. ¡Aunque no es que pase mucho tiempo en tierra! En este trabajo te pasas el ochenta por ciento del tiempo en el mar. Hay mucha gente a la que eso no le gusta, ¿sabes?

- A mí no me importa - dijo Franklin, pero dejó la observación colgando en el aire. Burley empezó a sentirse exasperado; era difícil sacarle algo a aquel tipo. La perspectiva de trabajar con él durante varias semanas empezó a parecerle muy poco atractiva, y se preguntó qué habría hecho para merecer tal suerte. Sin embargo, prosiguió con firmeza:

- El superintendente me dijo que tenias una buena formación científica y de ingeniería, así que imagino que conoces la mayoría de las cosas que nuestra gente aprende en el primer año. ¿Te han informado sobre cuestiones administrativas?

- Me transmitieron un montón de datos y cifras bajo hipnosis, así que puedo darte una conferencia de un par de horas sobre la División Marítima... sobre su historia, su organización y sus proyectos actuales, con especial referencia a la Sección de Ballenas. Pero de momento eso no significa nada para mi.

«Bueno, parece que vamos llegando a algo», se dijo Don. «Después de todo, este tipo es capaz de hablar. Un par de cervezas más y puede que hasta parezca humano».

- Eso es lo malo de la instrucción hipnótica - asintió Don -. Te bombean información hasta que te sale por las orejas, pero nunca estás del todo seguro de lo que sabes realmente. Y no pueden transmitirte destreza manual ni prepararte para reaccionar adecuadamente en situaciones de emergencia. Sólo hay una manera de aprender las cosas de verdad: hacerlas realmente uno.

Se detuvo, momentáneamente distraído por una atractiva silueta que discurría por el otro lado de la pared tras lúcida. Franklin percibió la dirección de su mirada y su expresión se relajó en una leve sonrisa. Por primera vez se disipó la tensión, y Don empezó a creer que existía alguna esperanza de establecer contacto con aquel enigma que había pasado a ser responsabilidad suya.

Con el índice mojado en cerveza, Don empezó a trazar mapas sobre la mesa de plástico.

- Este será el escenario - comenzó. - Nuestro principal centro de instrucción para operaciones en aguas superficiales está aquí, en el Grupo Capricornio, a unos seiscientos kilómetros al norte de Brisbane y a unos sesenta de la costa. La barrera del Pacífico Sur empieza aquí, y sigue en dirección Oeste hasta Nueva Caledonia y las islas Fiji. Cuando las ballenas emigran hacia el norte desde las zonas polares para tener sus crías en un

Trópico, se las obliga a utilizar los pasos que dejamos aquí. El más importante de estos pasos, desde nuestro punto de vista, es el que hay junto a la costa de Queensland, en la entrada sur de la Gran Barrera Coralina. El arrecife proporciona una especie de canal natural, de unos ochenta kilómetros de profundidad, que llega casi hasta el Ecuador. Una vez que metemos a las ballenas en él, las podemos controlar perfectamente. No dan mucho trabajo; muchas de ellas solían utilizar este camino mucho antes de que apareciésemos en escena nosotros. Y el resto están ya tan bien condicionadas que aunque quitásemos la barrera probablemente no alterasen su ruta migratoria.

- Por cierto - interrumpió Franklin -, ¿la barrera es sólo eléctrica?

- Oh, no. Los campos eléctricos controlan muy bien a los peces, pero no funcionan satisfactoriamente con mamíferos como las ballenas. La barrera es principalmente ultrasónica: una cortina sonora producida por una cadena de generadores situados a un kilómetro por debajo de la superficie. Podemos controlar bastante bien los pasos radiando órdenes especificas; se puede provocar la estampida de todo un banco de ballenas, en la dirección que se desee, con un disco con los sonidos que produce una ballena angustiada o en, peligro. Pero pocas veces tenemos que hacer algo tan drástico como esto. Como dije, están ya perfectamente entrenadas.

- Entiendo - dijo Franklin -. En realidad me habían dicho en algún sitio que la barrera era más bien para impedir que penetrasen otros animales que para que no saliesen las ballenas.

- Eso es verdad en parte, aunque necesitamos aún un cierto control para censar nuestros rebaños y para el sacrificio. Aun así, la barrera no es perfecta. Hay puntos débiles en que se sobreponen los campos generadores, y a veces tenemos que desconectar secciones enteras para permitir la emigración de los peces normales. Entonces pueden colarse los tiburones realmente grandes, o las ballenas asesinas, y organizar un desastre. Nuestro problema más grave son las ballenas asesinas. Atacan a las otras cuando están en el Antártico, y muchas veces los bancos sufren pérdidas de hasta un diez por ciento. No habrá tranquilidad hasta que no se acabe con las asesinas. Pero nadie ha descubierto un modo económico de hacerlo. No podemos patrullar todo el casquete helado con submarinos, aunque cuando he visto lo que una asesina puede hacerle a una ballena normal he deseado que pudiéramos.

Había verdadero sentimiento, pasión casi, en la voz de Burley, y Franklin miró sorprendido al guardián. Los balleneros (tal como inevitablemente los había bautizado un público nostálgico que buscaba héroes) eran individuos a los que no se suponía muy inclinados ni a la meditación ni a las emociones. Aunque Franklin sabía perfectamente

que los personajes sencillos y duros que recorrían silenciosos las páginas de las sagas submarinas contemporáneas tenían poca relación con la realidad, resultaba difícil escapar al tópico general. Era evidente que Don Burley tenía muy poco de silencioso, pero en la mayoría de los otros aspectos parecía ajustarse muy bien al modelo tradicional.

Franklin se preguntó cómo le iría con su nuevo mentor, con su nuevo trabajo. Aún no le producía ningún entusiasmo; sólo el tiempo le diría si llegaría a sentirlo realmente. Había en él problemas y posibilidades, sin duda llenos de interés e incluso fascinantes, y si aquel trabajo ocupaba su mente y le daba campo en el que desarrollar su talento, era cuanto podía esperar. La larga pesadilla del último año había destruido, con muchas otras cosas, su deseo de vivir, la capacidad que antes poseyera para entregarse en cuerpo y alma a un proyecto.

Resultaba difícil creer que pudiese llegar a recuperar el entusiasmo que le había llevado tan lejos por caminos que jamás volvería a recorrer. Cuando miraba a Don, que aún seguía hablando con la fluida lucidez de un hombre que conoce y ama su trabajo, Franklin sentía un súbito e inquietante sentido de culpa. ¿Era justo apartar a Burley de su trabajo y convertirle, supiéselo él o no, en una mezcla de nodriza y parvulista? Si Franklin hubiese sabido que habían cruzado ya por el pensamiento de Burley ideas muy parecidas, su simpatía se habría apagado de golpe.

- Es hora de que cojamos el tren para el aeropuerto - dijo Don, mirando su reloj y apurando su cerveza precipitadamente -. El vuelo de la mañana sale dentro de treinta minutos. Supongo que habrán llevado ya tu equipaje allí.

- En el hotel me dijeron que se encargarían de ello.

- Bueno, lo comprobaremos en el aeropuerto. Vamos.

Media hora después Franklin tuvo de nuevo oportunidad de relajarse. Pronto descubrió que era típico de Burley tomarse las cosas con calma hasta el último momento y luego explotar en un torrente de actividad. Este torrente les llevó del tranquilo bar a aquel avión aun más eficazmente silenciado. Al escoger asientos, se produjo un breve incidente que había de desconcertar bastante a Don en las semanas siguientes.

- Coge tú el asiento de la ventanilla - dijo. - He hecho esta ruta docenas de veces.

Tomó la negativa de Franklin por normal cortesía, y empezó a insistir. Hasta que Franklin no repitió varias veces su negativa, con creciente determinación, e incluso con muestras de enojo, no comprendió Burley que la conducta de su compañero nada tenía que ver con la cortesía común. Parecía increíble, pero Don podría haber jurado que su acompañante estaba muerto de miedo. ¿Qué clase de hombre, se preguntaba asombrado, era aquél que se asustaba así de ocupar el asiento de la ventanilla de un

avión ordinario? Todas sus sombrías premoniciones sobre aquel nuevo trabajo, disipadas en parte durante su conversación anterior, le asaltaron de nuevo con renovado vigor.

La ciudad y la costa abrasada por el sol quedaron abajo mientras los motores a reacción les elevaban sin esfuerzo hacia el cielo. Franklin leía el periódico con una feroz concentración que no engañó a Burley ni por un instante. Este decidió esperar un rato y ensayar otras pruebas más adelante, durante el vuelo.

Los Montes Glasshouse (aquella especie de extraños colmillos. que brotaban de la erosionada llanura) pasaron rápidamente bajo ellos. Luego aparecieron los pequeños pueblos de la costa, por los que la riqueza de las inmensas tierras agrícolas del interior había salido hacia el mundo antes de que la agricultura se trasladase al mar. Y luego (parecía que sólo unos minutos después del despegue) aparecieron las primeras islas de la Gran Barrera Coralífera como sombras más profundas en las nieblas azules del horizonte.

El sol les daba casi directamente en los ojos, pero la memoria de Don podía suministrar los detalles difuminados por el resplandor de las aguas incendiadas. Podía ver las verdes islas rodeadas de sus estrechos bordes de arena y sus barreras inmensamente mayores de coral apenas sumergido. Las olas del Pacífico chocaban con los arrecifes coralinos de cada isla, de modo que durante un millar de millas hacia el norte las níveas crestas de espuma rompían la superficie del mar.

Un siglo atrás (cincuenta años, incluso) apenas estaba habitada una docena de aquellos cientos de islas. Ahora, gracias al transporte aéreo universal, y a las plantas eléctricas y de purificación de agua baratas, el Estado y los ciudadanos privados habían invadido la vieja soledad del arrecife. Unos cuantos individuos afortunados; por medios nunca aclarados del todo, habían logrado adquirir algunas de las islas más pequeñas como propiedad personal. La industria del turismo y de la diversión se había hecho cargo de otras, y no siempre había mejorado la obra de la naturaleza. Pero el principal propietario de las tierras de los arrecifes era sin duda la Organización Mundial de Alimentos, con su complicada estructura de pesquería, granjas marinas y departamentos de investigación, cuya extensión total, según se creía, no había cerebro meramente humano que pudiese abarcarla.

- Casi hemos llegado - dijo Burley -. La isla que acabamos de pasar es Lady Musgrave. - Allí están los principales generadores del extremo occidental de la barrera. Ahora volamos sobre el Grupo Capricornio, Masterhead, One Tree, Northwest, Wilson y Heron en el medio, con todos esos edificios. La torre grande es la administración, el acuario está

junto a aquel estanque... Y, mira aquellos dos submarinos en ese muelle grande que sale del borde del arrecife.

Mientras hablaban Don observaba a Franklin por el rabillo del ojo. Se había inclinado hacia la ventanilla como si siguiese los comentarios de su compañero, pero Burley podría jurar que no miraba el panorama de arrecifes e islas que se extendía debajo. Tenía la cara crispada y rígida; había en sus ojos una expresión forzada y tensa, como si se obligase a sí mismo a no ver nada.

Don, con una mezcla de piedad y menosprecio, comprendía los síntomas, aunque no la causa. Franklin estaba aterrado por la altura; no tenía sentido, pues, la teoría de que era un hombre del espacio. ¿Qué era entonces? Fuese cual fuese la respuesta, no parecía en modo alguno el tipo de persona con quien se deseara compartir el reducido espacio de un submarino de instrucción biplaza...

Las ruedas del avión se posaron sobre el rectángulo de coral alisado que formaba la plataforma de aterrizaje de la Isla Heron. Al salir pestañeando a la luz deslumbradora del sol, Franklin pareció recuperarse de pronto. Don había visto pasajeros mareados que experimentaban transformaciones igualmente rápidas al regresar a tierra firme. Si Franklin no es mejor como marino que como aviador, pensó, esta absurda misión no durará más de un par de días y podré volver enseguida a mi trabajo. No es que Don tuviese muchos deseos de regresar inmediatamente; Heron era un lugar agradable en el que uno podía pasarlo muy bien si sabía enfocar adecuadamente la atmósfera de formalismo que predominaba siempre en las zonas donde había un cuartel general.

Un camión ligero les llevó junto con sus pertenencias por una carretera que discurría por una avenida bordeada de árboles cuyas frondosas copas bloqueaban la luz directa del sol. La carretera tenía menos de medio kilómetro de longitud, pero recorría la pequeña isla desde los muelles y las plantas de mantenimiento del oeste a los edificios administrativos del este. Las dos mitades de la isla estaban parcialmente aisladas entre si por un estrecho cinturón de selva cuidadosamente preservado en su estado virginal, y que, según recordaba Don románticamente, estaba lleno de bellos senderos y de amenos claros.

La administración esperaba al señor Franklin, y había dispuesto ya todo lo necesario para recibirle. Se le había asignado una especie de privilegiado limbo, a un nivel por debajo del personal permanente como Burley, pero a varios por encima de los novicios normales que venían a seguir el curso de instrucción. Disponía, sorprendentemente, de una habitación propia, algo que ni siquiera los miembros veteranos del servicio podían esperar siempre cuando visitaban la isla. Fue un gran alivio para Don, que temía que le

hubiesen asignado una habitación común con su misterioso alumno. Aparte de otros factores, esto habría obstaculizado notablemente ciertos planes románticos que tenía.

Acompañó a Franklin hasta su pequeña pero atractiva habitación de la segunda planta del ala de instrucción, que daba a una extensión de coral que corría en dirección este hasta perderse en el horizonte. Abajo, en el patio, un grupo de aspirantes, relajándose entre clase y clase, charlaban con un instructor, un guardián de segunda al que Don conocía de anteriores visitas pero cuyo nombre no recordaba. Era una sensación agradable, pensó divertido, volver a la escuela cuando uno sabe ya todas las lecciones.

- Estarás cómodo aquí - dijo a Franklin, que se ocupaba de deshacer la maleta -. Una bonita vista, ¿verdad

Tales éxtasis poéticos no eran propios del carácter de Don, pero no podía resistir la tentación de ver cómo reaccionaba Franklin ante aquel panorama que se extendía ante él. Comprobó con desilusión que la reacción de Franklin era absolutamente convencional; quizás no le inquietase una altura de sólo nueve metros. Miró por la ventana con calma, admirando evidentemente el panorama de azules y verdes que se perdía en las aguas interminables del Pacifico.

«Está bien», se dijo Don, «no es justo burlarse del pobre diablo. Tenga lo que tenga, no debe ser agradable aguantarlo».

- Te dejo, para que te acomodes - dijo Don, dirigiéndose a la puerta -. La comida es dentro de media hora, en el comedor general; ese edificio por el que pasamos para venir aquí. Allí nos veremos,

Franklin asintió con aire ausente mientras sacaba sus pertenencias y apilaba camisas y ropa interior sobre la cama. Quería que le dejasen solo mientras se ajustaba a aquella nueva vida que, sin ningún entusiasmo especial, había aceptado ya como propia.

Menos de diez minutos después de que se fuese Burley, alguien llamó a la puerta, y una voz tranquila dijo:

- ¿Se puede?

- ¿Quién es? - preguntó Franklin, que sacudía el polvo para dar un aire presentable a la habitación.

- El doctor Myers.

Aquel nombre nada significaba para Franklin, pero su expresión se quebró en una tensa sonrisa al considerar lo adecuado que era el que su primer visitante fuese un médico. Pensó que no podía haber muchas dudas respecto a la clase de médico que era.

Myers, un hombre corpulento y agradablemente feo de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, tenía una mirada desconcertantemente directa que parecía contradecir un tanto su aire amistoso y afable.

- Siento molestarle nada más llegar - dijo, disculpándose. - Pero tengo que hacerlo porque me voy esta tarde a Nueva Caledonia y tardaré una semana en volver. El profesor Stevens me pidió que viniese a verle y que le transmitiese sus saludos. Si desea algo, no tiene más que llamar a mi oficina e intentaremos satisfacerle.

Franklin admiró la habilidad con que Myers había eludido todos los peligros obvios. No dijo, aunque indudablemente era cierto, que había discutido su caso con el profesor Stevens, ni ofreció directamente ayuda; parecía dar por supuesto que Franklin no la necesitaría y que era ya plenamente capaz de desenvolverse solo.

- Muy agradecido - dijo con sinceridad; pensó que acabaría simpatizando con aquel doctor Myers y se prometió no enfadarse por la vigilancia a que sin duda alguna le someterían -. Dígame, ¿quiénes saben aquí de mi caso?

- Nadie, nadie sabe nada, salvo que debe usted recibir la formación necesaria para hacerse guardián lo más rápido posible. No es la primera vez que sucede esto, ¿sabe?... ha habido ya antes cursos de reconversión similares. Aun así, es inevitable que se produzca mucha curiosidad respecto a usted. Será su mayor problema.

- Burley está ya muerto de curiosidad.

- ¿Le importa que le dé un consejo?

- Desde luego que no. Diga.

- Habrá de trabajar usted continuamente con Don. Lo mejor, por él y por usted mismo, sería que le pusiese en antecedentes, en cuanto se sienta en condiciones de hacerlo. Estoy seguro de que comprenderá perfectamente. O si prefiere, puedo explicárselo yo.

Franklin negó con la cabeza, no confiando en su capacidad para expresarse. No era cuestión de lógica, pero sabía que Myers tenía razón. Tarde o temprano la cuestión saldría a la luz, y quizás no hiciese más que empeorar las cosas posponiendo lo inevitable. Pero el control que tenía sobre su salud y su coherencia mental era aún tan precario que no podía enfrentar la perspectiva de trabajar con hombres que conociesen su secreto, por muy comprensivos que pudiesen ser.

- Muy bien, es cuestión suya, y respetaré su deseo. Buena suerte... y espero que todos nuestros contactos sean puramente sociales.

Mucho después de irse Myers, Franklin se sentó en el borde de la cama, mirando hacia el mar, que iba a ser su nuevo dominio. Iba a necesitar la suerte que el otro le había deseado, pero comenzaba ya a sentir un nuevo interés por la vida. No era sólo que

hubiese gente deseosa de ayudarle; había recibido ayuda más que suficiente en los últimos meses. Al fin comenzaba a ver cómo podía ayudarse a sí mismo, y descubrir un objetivo a su vida.

Súbitamente, salió de su ensueño y miró el reloj. Pasaban ya diez minutos de la hora de la comida; aquel retraso era un mal inicio de su nueva vida. Se imaginó a Don Burley esperando impaciente en el comedor y preguntándose qué le habría sucedido.

- Allá voy, profesor - dijo, mientras se ponía la chaqueta y salía de la habitación. Que pudiese recordar, era el primer chiste que se decía a sí mismo, en mucho, mucho tiempo.

CAPITULO III

Cuando Franklin vio por primera vez a Indra Langenburg estaba cubierta de sangre hasta los codos y hurgaba afanosamente en las entrañas de un tiburón tigre de tres metros de longitud que acababa de destripar La inmensa bestia estaba tendida, con su pálido vientre vuelto hacia el sol. sobre la arena de la playa por la que Franklin hacía su paseo matutino. De su boca salía aún una gruesa cadena que era la que sujetaba el anzuelo. Había sido capturado, evidentemente, durante la noche, y luego el retroceso de la marea le había dejado sobre la playa.

Franklin se detuvo un momento a contemplar aquella insólita combinación de muchacha atractiva y monstruo muerto, y luego dijo melancólicamente:

- No es el tipo de espectáculo que me gusta ver antes del desayuno, sabes. ¿Qué estás haciendo exactamente?

Un rostro moreno y ovalado, de ojos muy serios, se alzó hacia él. El cuchillo de unos treinta centímetros de longitud, afilado como una navaja barbera, que estaba organizando aquella carnicería, continuó seccionando hábilmente vísceras y carne.

- Estoy escribiendo una tesis - dijo una voz tan seria como los ojos - sobre el contenido vitamínico del hígado de tiburón. Para eso tengo que pescar muchos tiburones; es el tercero que cojo esta semana. ¿Quieres algún diente? Tengo muchos, y soy muy bonitos como adorno.

Se inclinó sobre la cabeza del animal e insertó su cuchillo entre las abiertas mandíbulas, que habían sido separadas adecuadamente mediante un taco de madera. Con un rápido giro de la muñeca hizo brotar un collar interminable de mortíferos triángulos marfileños, como una sierra de cinta hecha de hueso, de la boca del tiburón.

- No, gracias - dijo rápidamente Franklin, esperando que la muchacha no se ofendiese - No interrumpas tu trabajo por mí, por favor.

Calculó que apenas debía de tener veinte años, y no le sorprendía encontrar aquella insólita muchacha en la pequeña isla, porque los científicos de la Estación Investigadora no tenían mucho contacto con la sección administrativa y la de instrucción.

- Eres nuevo aquí, ¿verdad? - dijo la ensangrentada bióloga, arrojando una inmensa masa de hígado en un cubo con evidente satisfacción -. No te vi en el último baile del cuartel general.

A Franklin le alegró mucho la pregunta. Era agradable encontraste con alguien que no supiese nada de él, y que no hubiese estado especulando sobre las razones de su presencia allí. Tuvo la sensación de poder hablar con libertad, sin ninguna traba, por primera vez desde su llegada a Heron.

- Sí. He venido a hacer un curso especial de instrucción. ¿Cuánto tiempo llevas tú aquí?

Iniciaba aquella conversación intrascendente sólo por el placer de la compañía, y ella se daba cuenta, sin duda.

- Oh, hace más o menos un mes - le contestó despreocupadamente; hubo otro chapoteo viscoso en el cubo, que estaba ya casi lleno -. Estoy de permiso, vengo de la Universidad de Miami.

- ¿Entonces eres norteamericana? - preguntó Franklin.

- No - respondió solemnemente la muchacha -. Mis antepasados eran holandeses, birmanos y escoceses en proporciones iguales. Y para complicar un poco más las cosas, nací en el Japón.

Franklin se preguntó si no estaría burlándose de él, pero no había el menor signo de burla en la expresión de la muchacha. Parecía realmente agradable, pero no podía estarse allí hablando con ella todo el día... Sólo tenía cuarenta minutos para el desayuno, y su clase de navegación submarina de la mañana empezaba a las nueve.

No volvió a pensar en aquel encuentro, pues estaba conociendo constantemente caras nuevas a medida que su círculo de relaciones se ampliaba. El curso no le dejaba tiempo para mucha vida social, y en el fondo lo agradecía. Volvía a tener totalmente ocupados sus pensamientos; y su mente aceptaba aquella carga con una facilidad que le sorprendía y agradaba al mismo tiempo. Quizás los que le habían enviado allí sabían lo que hacían mejor de lo que suponía él a veces.

Todos los conocimientos empíricos (las estadísticas, los datos concretos, los pormenores administrativos) se los habían transmitido, más o menos dolorosamente, en

estado hipnótico. Prolongados períodos de preguntas, que se grababan en un magnetofón, que más tarde daba las respuestas correctas y confirmaba luego que la información había sido asimilada realmente y no había pasado, como sucedía a veces, a través de la mente sin dejar ninguna huella. Don Burley nada tenía que ver con este aspecto del curso de instrucción de Franklin, pero, para su desdicha, no tenía posibilidad de descansar y divertirse cuando dejaba a Franklin. El instructor jefe había aprovechado muy complacido aquella oportunidad de disponer de Don, y había «sugerido», con tacto encantador, que cuando sus otros deberes se lo permitiesen, podía dar clases a los tres cursos que seguían instrucción en la isla. Don, cogido por sorpresa, y por un superior, no tuvo más alternativa que aceptar con el mejor humor posible. Aquella misión no iba a ser, al parecer, el período de vacaciones que había supuesto.

Pero en otro aspecto sus más graves temores no se materializaban. Franklin era un individuo con el que se podía tratar, mientras no descendiese uno a cuestiones personales. Era muy inteligente y se advertía enseguida que había recibido una formación técnica, en algunos sentidos muy superior a la del propio Don. Nunca necesitaba explicarle las cosas dos veces, y mucho antes de que llegasen al estadio de ensayar con los instructores sintéticos Don pudo comprobar que su alumno poseía las condiciones necesarias para convertirse en un buen piloto. Poseía habilidad manual, reaccionaba con rapidez y precisión, y tenía ese algo indefinible que distingue al piloto de talla del tan sólo competente.

Pero Don sabía que el conocimiento y la destreza manual no eran por sí solos suficientes. Se necesitaba algo más, y no había aún modo de saber si Franklin lo poseía. Mientras no viese sus reacciones en las profundidades del mar, no sabría si todo aquel esfuerzo iba a ser inútil.

Franklin tenía tanto que aprender que parecía imposible que pudiese hacerlo en dos meses, tal como preveía el programa. El propio Don había seguido un curso normal de seis meses, y le irritaba un poco pensar que cualquier otro pudiese hacerlo en un tercio de ese tiempo, pese a las condiciones especiales en que lo hacía. Porque, sólo el controlar el aspecto mecánico de la tarea (el equipo y el diseño de las diversas clases de submarinos) llevaba por lo menos dos meses, incluso con los mejores medios de instrucción. Sin embargo, tenía que enseñar a Franklin al mismo tiempo los principios de la navegación submarina y de superficie, oceanografía básica, sistemas de señales y de comunicación submarina y una dosis sustancial de ictiología, psicología marina y, claro está, cetología. Franklin no había visto nunca una ballena, ni viva ni muerta, y este primer encuentro era

algo que Don deseaba presenciar. Era entonces cuando se solía saber realmente si un hombre servia para aquella tarea.

Llevaban dos semanas de duro trabajo en común cuando Don llevó a Franklin por primera vez bajo el agua. Por entonces ya habían establecido una curiosa relación que era al mismo tiempo amistosa y remota. Aunque hablan dejado de utilizar los apellidos, «Don» y «Walt». eran la única prueba de intimidad que manifestaban. Burley aún no sabía absolutamente nada sobre el pasado de Franklin, aunque había elaborado buen número de teorías. La que más le agradaba era la de que su discípulo había sido un delincuente de gran talento al que se estaba rehabilitando tras una terapia total. Se preguntaba si Franklin no seria un asesino, lo cual era un pensamiento estimulante, y tenía una cierta esperanza de que tan emocionante hipótesis fuese cierta.

Franklin no mostraba ya ninguna de las evidentes peculiaridades de su primer encuentro, aunque estaba sin duda más nervioso y tenso que un individuo normal. Dado que sucedía esto con muchos de los mejores guardianes, Don no se inquietaba. Incluso se había aplacado un tanto su curiosidad por el pasado de Franklin; estaba demasiado ocupado para preocuparse por eso. Había aprendido a ser paciente cuando no había alternativa posible, y estaba seguro de que tarde o temprano descubriría toda la historia. Una o dos veces, estaba casi seguro, Franklin estuvo al borde de la confidencia, pero luego retrocedió. Don había fingido siempre no advertir nada, y hablan reanudado su vieja relación impersonal.

Era una mañana clara, y sólo una pequeña ondulación recorría la superficie del mar cuando se encaminaron por el estrecho muelle que salta del extremo occidental de la isla hasta el borde del arrecife. Había subido la marea, pero, aunque el liso arrecife estaba totalmente sumergido la gran llanura de coral quedaba a sólo medio metro de la superficie, y se veían claramente todos sus detalles a través del agua cristalina. Ni Franklin ni Burley dedicaron más de un par de miradas al acuario natural sobre el que caminaban. Les resultaba demasiado familiar y sabían que las auténticas maravillas del arrecife se encontraban en aguas más profundas, mar adentro.

A unos doscientos metros de la isla, la extensión coralina se hundía bruscamente en las profundidades, pero el muelle continuaba apoyado sobre columnas más altas hasta concluir en una pequeña agrupación de cobertizos y oficinas. Se había hecho una tentativa, audaz y bastante aceptable, de evitar el barullo y el caos que normalmente existen en muelles y puertos; incluso las grúas habían sido diseñada de modo que no ofendiesen a la vista. Una de las condiciones del gobierno de Queensland para alquilar el Grupo Capricornio a la Organización Mundial de Alimentos había sido la de que se

respetase la belleza de las islas. Esta parte del contrato se había cumplido, en términos generales, bastante bien.

- He pedido dos torpedos al garaje - dijo Burley, mientras descendían por el tramo de escaleras que había al final, del muelle. Pasaron luego por las puertas dobles de una gran cámara neumática. Franklin sintió en sus oídos un desconcertante «clip» interno, consecuencia del aumento de presión; calculó que debían estar a unos seis metros por debajo de la superficie. Se encontraban en una cámara brillantemente iluminada llena de variado equipo submarino, desde pulmones individuales a complicados instrumentos de propulsión. Los dos torpedos que Don había pedido estaban en sus soportes sobre la rampa de deslizamiento que conducía a las tranquilas aguas del fondo de la cámara. Los aparatos estaban pintados del amarillo brillante reservado al equipo de instrucción, y Don los contempló con cierto disgusto.

- Hace un par de años por lo menos que no utilizo esas cosas - dijo a Franklin -. Probablemente te vaya mejor a ti con ellos que a mí. Cuando me mojo, me gusta depender sólo de mí mismo.

Se desnudaron hasta quedar sólo con jersey y pantalones de baño y se ajustaron el correaje del equipo de respiración. Don alzó uno de los pequeños pero sorprendentemente pesados cilindros de plástico y se lo entregó a Franklin.

- Estos son los aparatos de alta presión de que te hablé - dijo -. Tienen una presión de mil atmósferas, por lo que el aire que hay en ellos es más denso que el agua. De ahí esos tanques de flotación de los lados que los compensan - El ajuste automático es excelente; a medida que acabas el aire, el tanque va vaciándose lentamente de modo que el cilindro se mantiene en una especie de equilibrio. Si no, saldrías a la superficie como un corcho, quisieses o no.

Comprobó los indicadores de presión de los tanques y asintió complacido.

- Van casi a media carga - dijo -. Eso es más de lo que necesitamos. Se puede estar sumergido un día con uno de esos tanques lleno, y no estaremos más de una hora.

Se ajustaron las nuevas máscaras que les cubrían toda la cara y que ya estaban ajustadas y comprobadas. Eran un artículo tan personal como el cepillo de dientes, pues no había dos personas que tuviesen la cara exactamente igual, y la más leve fisura podía resultar desastrosa.

Tras comprobar el suministro de aire y los equipos de radio submarinos de corto alcance, se tendieron casi horizontales sobre los torpedos, con la cabeza tras el pequeño escudo transparente, que protegía del empuje del agua, pues alcanzarían velocidades de hasta treinta nudos. Franklin encajó cómodamente los pies en los estribos, sintiendo en

los dedos los controles. La pequeña palanca de gobierno que le permitía «pilotar» el torpedo como un avión quedaba justo frente a su cara, en el centro del panel de instrumentos. Aparte de algunos interruptores, la brújula y los medidores que indicaban la velocidad, la profundidad y el estado de las baterías, no había más controles.

Don dio a Franklin las instrucciones finales, concluyendo con estas palabras:

- Manténte a unos seis metros de distancia, a mi derecha, de modo que pueda verte siempre. Si algo va mal y tienes que abandonar el torpedo, acuérdate, por amor de Dios, de apagar el motor. No quiero que se estrelle contra el arrecife, ¿de acuerdo?

- Si... Estoy preparado - contestó Franklin por el pequeño micrófono.

- Bien... Vamos allá.

Los torpedos se deslizaron suavemente rampa abajo, y el agua cubrió sus cabezas. No era ninguna experiencia nueva para Franklin; como la mayoría de la gente, había nadado de vez en cuando por debajo del agua y había llegado a utilizar un pulmón para ver cómo era. No sentía más que una agradable sensación de ansiedad cuando comenzó a girar bajo él la turbina y las paredes de la cámara sumergida se abrieron lentamente.

La luz se intensificó a su alrededor al salir a mar abierto y apartarse de los pilares del muelle. La visibilidad no era muy buena (nueve metros como máximo) pero mejoraría cuando llegasen a aguas más profundas. Don puso su torpedo en ángulo recto respecto a la línea del acantilado y enfiló mar adentro a una agradable velocidad de cinco nudos.

- Lo más peligroso de estos juguetes - dijo la voz de Don por el pequeño altavoz que había junto al oído de Franklin - es ir demasiado deprisa y tropezar con algo. Se necesita mucha experiencia para calcular la distancia bajo el agua. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Tuvo que hacer un brusco viraje para evitar una gran masa de coral que había aparecido de pronto ante ellos. Si la demostración estaba prevista, pensó Franklin, Don la había cronometrado con absoluta precisión. Tras pasar aquella montaña viva, distinguió, a no más de tres metros de distancia, una miríada de peces de brillantes colores que le miraban fijamente, al parecer sin la menor inquietud. Supuso que debían estar ya tan acostumbrados a torpedos y submarinos que nos les sorprendían lo más mínimo. Y como además toda aquella zona estaba estrictamente protegida, no tenían razón alguna para temer al hombre

Tras unos minutos a velocidad de crucero salieron a las aguas abiertas del canal, entre la isla y los arrecifes adyacentes. Tenían espacio para maniobrar ahora, y Franklin siguió a su mentor en una serie de círculos y rizos y grandes subidas en zigzag que pronto le hicieron sentirse desesperadamente perdido. A veces se hundían en picado hasta el lecho del mar, a unos treinta metros de profundidad, y luego salían a la superficie como peces

voladores para comprobar su posición. Don mantenía constantemente una conversación intercalada de preguntas destinadas a comprobar las reacciones de Franklin.

Fue una de las experiencias más emocionantes de su vida. El agua era mucho más clara allí en el canal, y había una visibilidad de casi treinta metros. En una ocasión irrumpieron en un gran banco de bonitos, que formaron luego una inquisitiva escolta hasta que Don aumentó la velocidad dejándolos atrás. Franklin no veía ningún tiburón, como había medio esperado, y comentó a Don sobre su ausencia.

- No verás muchos yendo en un torpedo - le contestó -. El ruido del motor les asusta. Si quieres conocer a los tiburones locales, tendrás que ir nadando a la vieja usanza... o apagar el motor y esperar a que vengan a verte...

Una masa oscura se perfilaba confusamente en el fondo del mar, y redujeron velocidad al aproximarse a una pequeña cordillera de colinas coralíferas de unos seis a nueve metros de altura.

- Por aquí vive un viejo amigo mío - dijo Don -. Puede que esté en casa. Hace cuatro años que no le veo, pero para él eso no es mucho tiempo; llevará por aquí un par de siglos.

Bordeaban ahora un inmenso hongo de coral tapizado de verde, y Franklin atisbaba entre las sombras que había detrás. Distinguió unas cuantas grandes masas, y un par de elegantes ángeles marinos que desaparecieron al verle. Pero no pudo ver ninguna otra cosa que justificase el interés de Burley.

Sintió una cierta angustia cuando una de aquellas masas comenzó a moverse, afortunadamente no en su dirección. Era el pez más grande que había visto en su vida (casi tan grande como el torpedo, y mucho más grueso) y le miraba con sus grandes ojos saltones. De pronto abrió la boca en un bostezo amenazador, y Franklin se sintió como Jonás en el momento decisivo de su carrera. Tuvo la fugaz visión de unos labios inmensos y burbujeantes y unos dientes sorprendentemente pequeños. Luego, las grandes mandíbulas volvieron a cerrarse y casi pudo sentir el empuje del agua desplazada.

Don parecía encantado con el encuentro, que debía traerle sin duda recuerdos de su propio periodo de instrucción allí

- ¡Qué alegría, volver a ver al viejo Slobberchops! ¿No es una hermosura? Debe pesar por lo menos trescientos kilos. Hemos podido identificarle en fotografías tomadas hace ochenta años, y no era mucho más pequeño. Es asombroso que escapara a los arpones de los pescadores antes de que esta zona se convirtiese en reserva.

- Bueno, lo lógico es pensar - dijo Franklin - que serian los pescadores quienes escapasen de él.

- En realidad no es peligroso. Las escorpenas sólo comen lo que pueden tragar de una vez... - esos dientecillos no valen gran cosa para morder. Y un hombre sería demasiado para él. Tendrá que esperar otro siglo para eso.

Dejaron a la escorpena gigante vigilando la entrada de su cueva y continuaron por el borde del acantilado. Durante los diez minutos siguientes no vieron nada de interés salvo una gran raya tendida en el fondo. que se alejó con un nervioso aleteo en cuanto se aproximaron. Desde lejos, parecía una réplica misteriosamente exacta del gran avión Delta que había dominado los aires durante corto tiempo, sesenta o setenta años atrás. Era extraño, pensó Franklin, cómo la naturaleza se había anticipado a tantas invenciones del hombre... Por ejemplo, la forma del vehículo que conducía, e incluso el principio del motor a reacción que lo impulsaba.

- Voy a dar la vuelta al arrecife - dijo Don -. Tardaremos unos cuatro minutos en llegar a casa. ¿Te sientes bien?

- Perfectamente.

- ¿Ningún problema de oídos?

- El oído izquierdo me molestó un poco al principio, pero al parecer se ha acostumbrado ya...

- Bien, vamos. - Sígueme desde más arriba y por detrás de mí, para que pueda verte por el espejo retrovisor. Cuando ibas a mi derecha tenía siempre miedo a chocar contigo.

En aquella nueva formación, enfilaron hacia el este a una velocidad constante de diez nudos, siguiendo la línea irregular del arrecife. Don estaba muy satisfecho del viaje. Franklin parecía sentirse perfectamente bien bajo el agua... aunque uno nunca podía estar del todo seguro al respecto hasta que no se plantease una emergencia. Esto formaría parte de la lección siguiente; aunque Franklin no lo sabía, se había dispuesto una emergencia.

CAPITULO IV

Resultaba difícil diferenciar los días en la isla. El tiempo se había estabilizado en una calma prolongada, y el sol recorría siempre un cielo sin nubes. Pero no había peligro alguno de monotonía, pues había mucho que hacer y que aprender.

Lentamente, absorbido su pensamiento por las nuevas técnicas y conocimientos, Franklin salía de la pesadilla en que había estado encerrado. Era, pensaba Don a veces, como un muelle sobrecargado al que de pronto se hubiese dejado libre. Mostraba, desde luego, indicios ocasionales de nerviosismo e impaciencia en momentos en que no había causa aparente que los justificara, y una vez o dos sufrió arrebatos de cólera que motivaron breves interrupciones del programa de instrucción. Uno de ellos había sido en parte culpa de Don, y al acordarse aún se lo reprochaba a si mismo.

No se encontraba demasiado lúcido aquella mañana, pues había pasado gran parte de la noche con los muchachos que acababan de completar su curso y eran ya flamantes guardianes de tercera (en período de prueba), muy orgullosos de los plateados delfines de sus túnicas. No podía decirse que tuviese resaca, pero su mente funcionaba con gran lentitud, y la mala suerte quiso que hubiesen de abordar un sutil problema de acústica submarina. Incluso en mejor ocasión, Don habría pasado precipitadamente sobre el tema, diciendo, por ejemplo: «Nunca he estado fuerte en matemáticas, pero creo que si tienes en cuenta los gráficos de temperatura y comprensión, eso es lo que sucede.»

Esto servía para la mayoría de los alumnos, pero no funcionó con Franklin, que tenía una irritante afición a descender a detalles innecesarios. Comenzó a trazar gráficos y a diferenciar ecuaciones mientras Don, ansioso de ocultar su ignorancia, esperaba irritado. Pronto se hizo evidente que Franklin había mordido más de lo que podía masticar y apeló a su instructor en busca de ayuda. Don, a la vez torpe y terco aquella mañana, no quiso admitir francamente su ignorancia, con lo que dio la impresión de que se negaba a cooperar. Franklin perdió enseguida el control y se fue en un arrebato de cólera, dejando a Don camino del dispensario. No le agradó gran cosa descubrir que los nuevos guardianes de tercera habían agotado la reserva de píldoras del «día siguiente».

Por fortuna tales incidentes eran raros, pues los dos hombres habían llegado a respetarse mutuamente y a hacer esas concesiones que son esenciales en toda asociación. Franklin no era popular, sin embargo, entre el resto del personal ni entre los alumnos. Esto se debía en parte a que evitaba todo contacto intimo, y eso, en el pequeño mundo de la isla, le creaba reputación de orgulloso. A los reclutas les fastidiaba también el que tuviese privilegios especiales, y sobre todo que dispusiese de habitación propia. Y los instructores, aunque refunfuñaban por el trabajo extra que exigía, estaban irritados sobre todo porque no podían descubrir nada acerca de él. Para su propia sorpresa, Don se vio varías veces defendiendo a Franklin contra las críticas de sus colegas.

- No es un mal tipo cuando llegas a conocerle - había dicho -. Si no quiere hablar de su pasado, es asunto suyo. Para mí basta el hecho de que haya un montón de gente en puestos elevados de la administración que le respalda.

Además, cuando complete el curso, será mejor guardián que muchos de los que hay en esta sala.

Hubo risas burlonas ante esta afirmación, y alguien preguntó:

- ¿Has probado ya algún truco con él?

- No, pero lo haré muy pronto. Tengo planeado uno muy divertido. Ya os contaré cómo se las arregla.

- Apuesto cinco billetes a que se muere de miedo.

- Acepto la apuesta. Ya puedes empezar a ahorrar.

Franklin nada sabía de sus responsabilidades financieras cuando salió con Don del garaje en su segunda excursión en torpedo, ni tenía razón alguna para sospechar lo que se había planeado para él. Esta vez se dirigieron hacia el sur en cuanto salieron del muelle, navegando a unos diez metros de profundidad. En unos minutos superaron el estrecho canal, que cortaba el arrecife para que pudiesen llegar pequeños barcos a la Estación Investigadora, y cruzaron ante la cámara de observación desde la que los científicos podían observar a los habitantes del fondo del mar cómodamente. No había nadie observando en aquel momento al otro lado de los gruesos ventanales de vidrio; inesperadamente Franklin se sorprendió preguntándose qué estaría haciendo la pequeña pescadora de tiburones.

- Nos dirigiremos al arrecife de Wistari - dijo Don -. Quiero que adquieras cierta práctica en navegación.

El torpedo de Don dio un giro en dirección oeste, siguiendo un nuevo rumbo, hacia aguas más profundas. La visibilidad no era buena (menos de diez metros) y resultaba difícil seguirle. De pronto se detuvo y empezó a girar lentamente mientras daba instrucciones a Franklin.

- Quiero que mantengas un rumbo doscientos cincuenta durante un minuto, a veinte nudos; y luego un rumbo cero diez durante el mismo tiempo y a la misma velocidad. Nos encontraremos allí. ¿De acuerdo?

Franklin repitió las instrucciones y ambos comprobaron que tenían los relojes sincronizados. Era evidente lo que hacía Don; había dado a su alumno dos lados de un triángulo equilátero que había de seguir, y él sin duda recorría lentamente el tercero para llegar al lugar de la cita.

Marcando cuidadosamente su rumbo, Franklin apretó el pedal y sintió el chorro de energía que hizo saltar al torpedo hacia delante en una niebla azulada. El firme choque del agua contra sus piernas parcialmente expuestas, era casi la única sensación de velocidad. Sin el escudo habría quedado barrido del torpedo en un instante. De vez en cuando echaba una ojeada al lecho del mar (parduzco e informe allí en el canal, entre los grandes arrecifes) y en una ocasión pasó ante un banco de sorprendidos peces murciélagos que se desviaron pausadamente para dejarle paso.

Franklin comprendió de pronto por primera vez que estaba solo en el fondo del mar, totalmente rodeado por aquel elemento que iba a ser su nuevo dominio. Aquel elemento le apoyaba y le protegía... pero acabaría con él en dos o tres minutos a lo sumo si cometía un error o si su equipo fallaba. Esta certeza no le inquietó; poco significaba frente a la creciente confianza y a la sensación de dominio que iba adquiriendo día a día. Conocía ya, y comprendía, el desafío del mar, y era un desafió que deseaba aceptar. Con el corazón alegre comprendió que volvía a tener un objetivo en la vida.

Pasado el primer minuto, redujo la velocidad a cuatro nudos, había recorrido ya un tercio de milla y era hora de iniciar el recorrido del segundo lado del triángulo, para encontrarse con Don.

En cuanto empujó la pequeña palanca de gobierno hacia estribor, se dio cuenta de que algo iba mal. El torpedo comenzó a cabriolar como un cerdo, totalmente fuera de control. Redujo la velocidad a cero y, eliminadas todas las fuerzas dinámicas, el vehículo empezó a hundirse muy lentamente hacia el fondo.

Franklin seguía tendido e inmóvil sobre la grupa de su recalcitrante montura, intentando analizar la situación. Más que alarmarle, le irritaba el que su ejercicio de navegación se frustrase. De nada serviría llamar a Don, que estaría fuera del alcance de su equipo de radio, que no llegaba a más de unos doscientos metros de distancia. ¿Qué debía hacer?

Comenzó enseguida a elaborar posibles planes de acción, y rechazó la mayoría de ellos inmediatamente. Nada podía hacer para reparar el torpedo, pues todos los controles estaban sellados, y, además, no tenía herramientas. Dado que tanto el timón como el elevador estaban averiados, el problema era realmente fundamental, y Franklin no comprendía como podía haberse producido una avería tan grave.

Se hallaba a unos quince metros de profundidad, e iba ganando velocidad a medida que se acercaba al fondo. Comenzó a ver el lecho liso y arenoso, y por un instante hubo de luchar con el impulso automático que le movía a apretar el botón que vaciaría los tanques del torpedo sacándole a la superficie. Era lo peor que podía hacer, aunque lo natural fuese buscar aire y sol cuando se producía un fallo bajo el agua. Una vez en el

fondo, podía tener tiempo para pensar tranquilamente sobre su situación, mientras que si salía a la superficie, la corriente podía arrastrarle a kilómetros de distancia. No había duda de que en la Estación localizarían muy pronto sus llamadas por radio en cuanto estuviese en la superficie... pero quería salir de aquel apuro sin ninguna ayuda exterior.

El torpedo tocó fondo, lanzando una nube de arena que pronto disipó la suave corriente. Apareció de pronto un pequeño mero, que miró al intruso con sus característicos ojos saltones. Franklin no tenía tiempo para preocuparse de espectadores, y se bajó cuidadosamente de su vehículo situándose a popa. Sin aletas, tenía escasa movilidad bajo el agua, pero afortunadamente disponía de suficientes lugares donde sujetarse para moverse sin dificultad a lo largo del torpedo.

Tal como había temido Franklin (aunque no supiese aún explicarlo) el timón y el elevador estaban totalmente inutilizados. No hubo la menor resistencia cuando movió las pequeñas aspas con la mano, y se preguntó si no habría modo de establecer líneas externas de control y pilotar manualmente el torpedo. Tenía una cuerda de nailon, y un cuchillo, pero no vela ninguna manera práctica de sujetar la cuerda en aquellas suaves e hidrodinámicas aspas.

Al parecer iba a tener que volver a casa andando. No es que resultase difícil, pues podía encender el motor a baja velocidad y dejar que el torpedo le arrastrase por el fondo mientras él lo dirigía por el rumbo adecuado por pura fuerza. Era trabajoso y pesado, pero posible en teoría, y no se le ocurría nada mejor.

Miró su reloj; sólo hacía un par de minutos que había intentado iniciar el recorrido del otro lado del triángulo, por lo que no llevaba más que un minuto de retraso. Don todavía no estaría inquieto, aunque no tardaría mucho en empezar a buscar a su alumno perdido. Quizás lo mejor fuese quedarse allí mismo hasta que apareciese Don, que aparecería tarde o temprano...

Fue entonces cuando cruzó por la mente de Franklin una sospecha, que casi instantáneamente se convirtió en firme convicción. Recordó ciertos rumores que había oído, y recordó también que la conducta de Don antes de salir había sido... - bueno, un tanto sospechosa sería el calificativo más adecuado; como si estuviese planeando una broma secreta.

Así que era eso. Un sabotaje. Quizás en aquel mismo instante Don le observaba en los límites del radio de visibilidad, esperando a ver lo que hacía y dispuesto a intervenir si se planteaba una situación de auténtico peligro. Franklin lanzó una rápida mirada a su alrededor, por ver si el otro torpedo se perfilaba en la bruma, pero no le sorprendió no ver señal alguna de él. Burley era demasiado listo para dejarse coger tan fácilmente. Aquello,

pensó Franklin, cambiaba las cosas. No sólo tenía que resolver por si sólo aquel problema, sino que, si podía, tenía que dejar atrás a Don también.

Volvió a la posición de control, y encendió el motor. Una breve presión en el pedal y el torpedo comenzó a agitarse inquieto, mientras brotaba del fondo del mar un vendaval de arena producido por el motor. Un pequeño experimento le demostró que era posible poner a andar el vehículo, aunque exigía continuos ajustes de dirección para que no se lanzase hacia la superficie o se hundiese en la arena. Le llevaría, pensaba Franklin, mucho tiempo llegar de aquel modo a casa, pero podía hacerlo si no había otra alternativa.

No llevaba recorridos más de una docena de pasos, seguido de una recua de asombrados peces, cuando se le ocurrió otra idea. Parecía demasiado buena para resultar, pero nada malo había en intentarlo. Subiéndose al torpedo y colocándose en posición normal, lo equilibró lo mejor que pudo, desplazando su peso hacia adelante y hacia atrás. Luego lo enfiló hacia la superficie, hizo girar la hélice con las manos y encendió el motor a poca velocidad.

Sentía una gran presión en las muñecas, y sus reacciones tenían que ser casi instantáneas, para contrarrestar los balanceos del torpedo. Pero con un pequeño experimento descubrió que podía utilizar las manos para dirigir el vehículo, aunque resultaba tan difícil como conducir una bicicleta con los brazos cruzados. A cinco nudos, la zona de sus palmas extendidas era bastante para controlar el vehículo.

Se preguntaba si alguien habría conducido alguna vez un torpedo de aquella forma, y se sentía bastante orgulloso. Por experimentar, aumentó la velocidad a ocho nudos, pero la presión que sentía en las muñecas y en los antebrazos era excesiva y tuvo que reducir velocidad para no perder el control.

Por experimentar, aumentó la velocidad a ocho nudos, pero la presión que sentía en las muñecas y en los antebrazos era excesiva y tuvo que reducir velocidad para no perder el control.

No había razón alguna, se decía Franklin, para no acudir ahora a su lugar de cita original, por si Don estaba esperándole allí. Llegaría con un retraso de unos cinco minutos, pero al menos demostraría que podía cumplir su cometido pese a aquellos obstáculos que no estaba seguro del todo de que fuesen obra del hombre.

Don no aparecía por ninguna parte, y Franklin sospechó lo que había sucedido. Su inesperada movilidad había cogido a Burley por sorpresa, y el guardián se había perdido en la niebla submarina. Bien, por puro formulismo Franklin hizo una llamada por radio, pero no obtuvo respuesta alguna de su instructor. «¡Me vuelvo a casa!» gritó al acuático mundo que le rodeaba. No obtuvo respuesta. Seguramente Don estaría por lo menos a un

kilómetro de distancia, entregado a la búsqueda de su alumno perdido, cada vez más nervioso. No tenía ningún sentido seguir bajo la superficie y aumentar las dificultades de control y navegación. Franklin condujo su vehículo hacia la superficie y descubrió que estaba a menos de un kilómetro de la Sección de Mantenimiento del Muelle. Llevando baja la cola del torpedo y ligeramente alzada la proa, pudo deslizarse por la superficie como una lancha rápida sin problema alguno, y en cinco minutos llegó al muelle. En cuanto el torpedo salió de la ducha de pintura anticorrosiva que se aplicaba siempre a todo el equipo después de las inmersiones en agua salada, Franklin comenzó a trabajar en él. Cuando sacó el panel del compartimento de control descubrió que se trataba de un modelo muy especial. Sin un diagrama del circuito, resultaba imposible decir inmediatamente lo que podía hacer la unidad de relés operada por radio, pero no dudaba de que tenía un repertorio interesante. Podía, sin duda, apagar el motor, llenar o vaciar los tanques de flotación, e invertir los controles del timón y del elevador. Franklin sospechaba que podían alterarse también, si era necesario, la brújula y el medidor de profundidad. Alguien había trabajado sin duda de modo cuidadoso para convertir aquel torpedo en un corcel adecuado para alumnos demasiado seguros de si...

Colocó de nuevo el panel e informó de su regreso al oficial de guardia.

- La visibilidad es muy escasa - dijo, ajustándose a la verdad -. Don y yo nos perdimos de vista, así que consideré que era mejor regresar. Supongo que no tardará.

Hubo un considerable revuelo de sorpresa en el comedor cuando apareció Franklin sin su instructor y se sentó tranquilamente en un rincón a leer una revista. Cuarenta minutos después un gran portazo anunció la llegada de Don. La cara del guardián era un estudio de alivio y perplejidad al ver en la sala a su discípulo perdido, que le devolvió la mirada con su expresión más inocente y dijo:

- ¿Qué te pasó?

Burley se volvió a sus colegas y extendió la mano.

- Pagad, muchachos - exigió.

Le había llevado mucho tiempo llegar a una conclusión, pero ahora veía claramente que empezaba a gustarle Franklin.

CAPITULO V

Aquellos dos hombres que se apoyaban en las barandillas que rodeaban el estanque principal del acuario no parecían, pensaba Indra mientras subía hacia el laboratorio, los

habituales científicos de visita. Hasta que no se acercó más y pudo verles bien, no advirtió quiénes eran. El más alto era el guardián de primera Burley, así que el otro debía ser aquel célebre hombre misterioso que estaba siguiendo un curso acelerado. Había oído su nombre pero no lo recordaba, pues no sentía especial interés por las actividades de la escuela de instrucción. Como científica pura, tendía a menospreciar el trabajo eminentemente práctico de la Sección de Ballenas (aunque si alguien la hubiese acusado de tal pedantería intelectualista lo habría negado indignada).

Hasta que llegó casi junto a ellos no advirtió que ya conocía al más bajo. Franklin, por su parte, la contemplaba con una expresión de embarazo y sorpresa, como si dijese:

«¿No nos hemos visto antes?»

- Hola - dijo ella, deteniéndose a su lado -. ¿Me recuerdas? Soy la chica que colecciona tiburones.

- Claro que te recuerdo - contestó Franklin, con una sonrisa -. Aún se me revuelve el estómago a veces. Espero que encuentres muchas vitaminas.

Curiosamente, la expresión de desconcierto (típica del que se esfuerza por localizar recuerdos confusos) aún seguía en su mirada. Le daba un aire como perdido e inquieto, e Indra sintió que reaccionaba con una simpatía que la desconcertaba. Había tenido que eludir ya varios enredos sentimentales en la isla, y se recordó con firmeza su resolución: «Nada, mientras no termine mi doctorado...»

- Así que os conocéis - dijo Don quejumbrosamente -. Podrías presentarme.

Don, pensó Indra, era perfectamente seguro. Comenzaría a cortejarla desde el principio, como todo guardián digno de su nombre. Esto no la inquietaba en absoluto; aunque los rubios grandes no eran precisamente su tipo, resultaba halagador percibir que resultaba interesante, y sabía que no había riesgo alguno de un enredo serio. Pero con Franklin, se sentía mucho menos segura de sí.

Charlaron amistosamente, con un tono zumbón, mientras contemplaban las lentas evoluciones del gran pez y de las marsopas en la piscina oval. El tanque principal del laboratorio era en realidad una laguna artificial, que llenaban y vaciaban dos veces al día las mareas, con el auxilio de un equipo de bombas. Unas barreras de alambre la dividían en varias secciones, y a través de ellas se contemplaban ávidas especies mutuamente incompatibles; un pequeño tiburón tigre, con la inevitable rémora pegada al costado, patrullaba alrededor de su jaula submarina, sin apartar los ojos del suculento pompano que nadaba al otro lado. Pero en algunos sectores se había desarrollado una camaradería sorprendente entre especies hostiles. Langostinos de brillantes colores, como grandes camarones pintados a pistola, se arrastraban a unos centímetros de las inquietas

mandíbulas de una inmensa y horrible morena. Un banco de diminutos pececillos, como sardinas que se hubiesen escapado de la lata, pasaban ante la nariz de un mero de un cuarto de tonelada que podría habérselos tragado a todos de un sólo bocado.

Era un pequeño mundo pacífico, muy diferente del campo de batalla del arrecife. Pero si el equipo del laboratorio no suministrase el volumen adecuado de alimentos, aquella armonía se desvanecería y en unas horas la población del estanque iniciaría un catastrófico declinio.

Don era prácticamente el único que hablaba; parecía haberse olvidado por completo de que había llevado allí a Franklin para mostrarle películas sobre ballenas en la magnífica biblioteca del laboratorio. Era evidente que intentaba impresionar a Indra y que no percibía en absoluto que ella se daba perfecta cuenta de sus propósitos, Franklin, por su parte, observaba la actitud de ambos, divertido con el juego. En una ocasión, Indra cruzó con él una mirada, mientras Don se explayaba sobre las hazañas y aventuras de los guardianes, y ambos intercambiaron una sonrisa propia de dos personas que comparten el mismo divertido secreto. Y en aquel instante Indra pensó que, después de todo, quizás su doctorado no fuese lo más importante del mundo. Aún seguía decidida a eludir cualquier enredo sentimental... pero tenía que saber algo más sobre Franklin. ¿Cuál era su nombre? Walter. No era uno de sus favoritos, pero no estaba mal después de todo.

En la tranquila confianza de que estaba destrozando otro corazón femenino, Don no percibía en absoluto las corrientes subterráneas de emoción que corrían a su alrededor sin rozarle en absoluto. Cuando advirtió de pronto que se habían retrasado ya veinte minutos de la hora de su cita en la sala de proyecciones, pretendió echar la culpa a Franklin, que aceptó los reproches con gesto tranquilo y afable aunque un poco ausente. Durante el resto de la mañana Franklin permaneció bastante alejado de sus estudios, pero Don no lo percibió en absoluto.

Habían concluido prácticamente la primera parte del curso; Franklin había aprendido ya la mecánica esencial de la profesión de guardián, y ahora únicamente necesitaba esa experiencia que sólo el tiempo proporciona. Había excedido, en casi todos los aspectos, las esperanzas de Burley, en parte por su formación científica previa y en parte por su inteligencia natural. Sin embargo había algo más que esto. Franklin mostraba un afán y una decisión que resultaban a veces estremecedores. Era como si triunfar en aquel curso fuese para él cuestión de vida o muerte. En realidad, había ido muy lento al principio, pues durante los primeros días había parecido torpe y ausente, y casi sin interés alguno por su nueva carrera. Luego había parecido revivir, cuando el atractivo del nuevo trabajo y el reto que significaba se apoderaron de él y se vio frente a un nuevo elemento que podía

intentar controlar. Aunque Don no era muy dado a tales fantasías, pensaba que Franklin era como un hombre que despertase de un largo y atribulado sueño.

La auténtica prueba había sido cuando se habían sumergido por primera vez con los torpedos. Quizás Franklin no volviese a utilizar nunca un torpedo (salvo por diversión) en toda su carrera. Eran unidades sólo para aguas superficiales, y para tareas de poca envergadura, y Franklin, como guardián, trabajarla siempre cobijado y seco tras las paredes protectoras de un submarino. Pero a menos que un hombre se sienta tranquilo y confiado (aunque no excesivamente) cuando se sumerge bajo el agua, no sirve para el oficio de guardián, por muy cualificado que pueda estar en otros aspectos.

Franklin había pasado también, con un margen de seguridad satisfactorio, las pruebas de descompresión y de narcosis de CO^2 y Nitrógeno. Burley le había llevado a la «cámara de tortura» de la Estación, donde los médicos aumentaron lentamente la presión del aire y le sometieron a una inmersión artificial. Había reaccionado de modo perfectamente normal hasta una profundidad de cincuenta metros. A partir de entonces sus reacciones mentales se hicieron más lentas y no fue capaz de realizar correctamente simples sumas que le trasmitían por el intercom. A cien metros parecía bajo los efectos de una borrachera suave y empezó a contar chistes que le hicieron llorar de risa, pero que no causaron el menor efecto en los demás, y que dejaron muy embarazado al propio Franklin cuando los oyó más tarde en la cinta. A los ciento veinte metros aún parecía consciente, pero se negaba a reaccionar a la voz de Don, aun cuando éste comenzó a lanzarle ultrajantes insultos. A los, ciento cincuenta metros perdió totalmente el control y hubieron de volverle lentamente al estado normal.

Aunque quizás no tendría nunca ocasión de utilizarlos, experimentó también con preparados respiratorios especiales que permitían a un hombre mantenerse consciente y activo a profundidades mucho mayores. Cuando hiciese inmersiones profundas, no llevarla equipo de respiración, sino que iría cómodamente sentado dentro de un submarino respirando aire normal y con presión normal; pero los guardianes tenían que estar al corriente de todo, y nunca se sabía el equipo que se podía necesitar en una emergencia.

A Burley ya no le asustaba como antes la idea de compartir un submarino biplaza de instrucción con Franklin. Pese a la persistente reserva del otro y al misterio que aún le rodeaba, era ya camaradas y sabían cómo trabajar juntos. Aún no se hablan hecho amigos, pero hablan llegado a un estadio que podría definirse como de respeto tolerante.

En su primera salida en submarino, recorrieron las aguas superficiales situadas entre la Gran Barrera Coralífera y tierra firme, mientras Franklin se familiarizaba con los controles

y, sobre todo, con los instrumentos de navegación. Don le decía que si era capaz de manejar allí un submarino, en aquel laberinto de arrecifes e islas, podía manejarlo en cualquier parte. Salvo una embestida a sesenta nudos contra la Isla Masthead, Franklin se las arregló perfectamente. Sus dedos comenzaban a moverse sobre el complejo tablero de control con una cuidadosa precisión que, según advirtió Don, pronto se convertirla en destreza automática. Su manejo de los diversos medidores y pantallas indicadoras pronto sería inconsciente, de forma que apenas si se daría cuenta de que estaba controlándolos... hasta que algo le llamase la atención.

Don encomendaba a Franklin tareas cada vez más complicadas, como por ejemplo trazar rumbos improbables por pura estimación y luego comprobar su posición en la pantalla de sonar para ver adónde había llegado realmente. Hasta que no estuvo completamente seguro de que Franklin podía manejar eficazmente un submarino, no salieron a aguas profundas, al borde de la plataforma continental.

Conducir un Scout Sub era sólo el principio; uno tenía que aprender a ver y percibir con los sentidos, a interpretar toda la información que mostraban en el tablero de control los diversos instrumentos que analizaban constantemente el mundo submarino. Los instrumentos sónicos eran, quizás, los más importantes. Podían detectar, en la oscuridad más absoluta, o en aguas totalmente turbias, cualquier obstáculo en un radio de quince kilómetros, con gran exactitud y considerable detalle. Podían mostrar los contornos del lecho marino, o detectar con la misma facilidad cualquier pez de más de un metro de longitud dentro de un radio de casi un kilómetro. A las ballenas y a los animales marinos de gran tamaño podía localizarlos con absoluta precisión en el límite extremo de este radio.

La luz visible tenía un papel más limitado. A veces, en aguas profundas, lejos de la eterna lluvia de luz que cae en los bordes de los continentes, se podía ver hasta una distancia de setenta metros... pero esto era raro. En las aguas superficiales de las zonas costeras, la cámara de televisión raras veces podía penetrar más allá de los veinte metros, pero dentro de este campo daba una imagen mucho más perfecta que los otros instrumentos submarinos.

Pero los submarinos no sólo podían ver y sentir; podían también actuar. Franklin debía aprender a utilizar todo un arsenal de instrumentos y armas. Taladros para recoger especímenes del lecho marino, medidores que indicaban la situación y el estado de las barreras, instrumentos de muestreo, aguijones destinados a disuadir a las ballenas rebeldes, sondas eléctricas destinadas a alejar a los animales marinos que se mostraban demasiado inquisitivos... y, aunque se usaban muy pocas veces, también los pequeños

torpedos y dardos envenenados que podían acabar en un segundo con las criaturas más poderosas de los mares.

En salidas diarias a las aguas profundas del Pacífico, Franklin aprendió a utilizar estas herramientas de su nuevo oficio. A veces cruzaban la barrera, y a Franklin le parecía que podía sentir en sus mismos huesos su eterno y agudo chirriar. Se extendía aquella barrera por la mitad del mundo, y sus radiaciones llegaban hasta la superficie desde los generadores sumergidos en las profundidades.

¿Qué habrían dicho, se preguntaba Franklin, en épocas anteriores si pudiesen ver esto? En algunos sentidos parecía la mayor y más audaz de todas las empresas humanas. El mar, que había impuesto su voluntad al hombre desde el principio de los tiempos, parecía humillado al fin. Ni siquiera la conquista del espacio podía considerarse un triunfo superior a aquél.

Y, sin embargo, era una victoria que jamás podía considerarse definitiva. El mar siempre estaría esperando, y reclamaría cada año sus víctimas. Había una lista de honor que Franklin había hojeado brevemente durante su visita a la oficina central. Contenía ya muchos nombres, y había espacio para muchos más.

Parecía como si lentamente Franklin fuese poniéndose de acuerdo con el mar, como deben hacer todos los hombres que tratan con él. Aunque había tenido poco tiempo para lecturas no fundamentales, se había sumergido en Moby Dick, a la que, medio en broma medio en serio, se llamaba la Biblia del Servicio de Ballenas. Le había parecido en general tediosa, y tan alejada del mundo en el que vivía que tenía escaso significado. Sin embargo, de vez en cuando, la prosa sonora y arcaica de Melville tocaba alguna cuerda en su mente y le daba una comprensión mucho más íntima de aquel océano que también él debía aprender a amar y a odiar.

Don Burley, sin embargo, no veía nada interesante en Moby Dick, y solía burlarse de los que siempre andaban citándola.

- ¡Nosotros si que podíamos enseñarle a Melville algunas cosas! - le había dicho una vez a Franklin en tono condescendiente.

- Claro que podríamos - contestó Franklin -. Pero, ¿tendríamos el valor de lanzar un arpón contra una ballena desde una simple barca?

Don no contestó. Era lo bastante honrado como para admitir que no sabía la respuesta.

Había, sin embargo, una pregunta que estaba ahora a punto de poder contestar. Viendo a Franklin aprender su nuevo oficio, con una rapidez que sin duda le convertiría en guardián de primera en no más de cuatro o cinco años, tenía la completa certeza de cuál había sido la última profesión de su alumno. Si éste prefería mantener el secreto, era

cuestión suya. Don se sentía un poco agraviado por la falta de confianza, pero tarde o temprano, se decía, Franklin le confiaría la verdad.

Sin embargo, no fue Don el primero que supo la verdad. Por el más casual de los accidentes, fue Indra.

CAPITULO VI

Se veían ahora por lo menos una vez al día en el comedor, aunque Franklin no había dado aún el paso irrevocable, y casi sin precedentes, de trasladarse de su mesa a la del equipo de investigación. Hubiese sido una declaración ostentosa y puesto en movimiento todas las lenguas de la isla; y, en cualquier caso, no justificada por las circunstancias. Respecto a Indra y Franklin, la tan manida frase de «somos sólo amigos» era aún absolutamente cierta.

También era cierto, sin embargo, que se habían tomado mutuo afecto y que casi todo el mundo, salvo Don, se daba cuenta. Algunos colegas de Indra le habían dicho, aprobatoriamente, «estás haciendo derretirse el iceberg»; y el cumplido la había halagado. Las pocas personas que conocían a Franklin lo bastante como para bromear con él, le habían hecho advertencias sobre Don, indicándole que los guardianes de primera tenían que cuidar su reputación. La reacción de Franklin había sido una sonrisa forzada que ocultaba sentimientos que ni siquiera él comprendía del todo.

La soledad, la necesidad de huir de recuerdos, una válvula de seguridad para protegerse de la presión a que estaba sometido, eran factores tan importantes al menos como los sentimientos normales de un hombre por una mujer tan atractiva como Indra. Franklin no sabía en realidad si aquella amistad se convertiría en algo más serio. Ni siquiera estaba seguro de desear que fuese así.

Ni tampoco Indra, aunque se hubiese debilitado su antigua decisión. A veces, se permitía ensueños en los que su carrera ocupaba un plano muy secundario. Algún día, claro está, habría de casarse, y el hombre que escogiese sería muy parecido a Franklin. Pero el que pudiese ser Franklin, era un pensamiento que aun procuraba eludir.

Uno de los problemas que planteaba un romance en Heron era que allí había demasiada gente en un espacio demasiado reducido. Ni siquiera el sector de bosque original que quedaba proporcionaba suficiente aislamiento. De noche, si uno recorría sus senderos y caminos, con una linterna para evitar las ramas bajas, tenía que tener mucho

cuidado al enfocarla. Podía encontrarse con que los lugares favoritos estaban ya ocupados, lo cual resultaba extremadamente frustrante si no había otro lugar donde ir.

Los afortunados científicos de la Estación Investigadora, tenían, sin embargo, una valiosísima vía de escape. Todos los grandes vehículos de superficie y los navíos submarinos pertenecían a la Administración, aunque estaban a disposición del laboratorio para cuestiones oficiales. Pero, por Dios sabe qué accidente histórico, el laboratorio tenía una pequeña flota privada consistente en una lancha y dos catamaranes. Nadie estaba seguro de a quién pertenecían los últimos, y se sabía que estaban siempre en el mar cuando llegaban los auditores para hacer el inventario anual. Los pequeños catamaranes prestaban gran servicio al laboratorio, pues tenían un calado de sólo veinte centímetros y podían operar sin problemas en el arrecife, salvo con marea baja. Con buen viento podían hacer fácilmente veinte nudos, y solían organizarse carreras con los dos. Cuando no se utilizaban para otras tareas, los científicos navegaban con ellos hasta las islas y los arrecifes próximos para impresionar a sus amistades (normalmente del sexo opuesto) con su destreza como marinos.

Era bastante sorprendente que embarcaciones y ocupantes regresasen siempre ilesos de sus expediciones. Las únicas bajas habían sido morales; un guardián de primera con muchos años de experiencia habían tenido que ser sacado del barco tras un viaje de placer, y había jurado que no se dejaría convencer nunca más para un viaje por la superficie del mar.

Cuando Indra preguntó a Franklin si le gustaría hacer una excursión hasta la isla Masthead, el aceptó inmediatamente.

Luego dijo cauteloso:

- ¿Quién dirigirá la embarcación?

Indra pareció ofendida.

- Yo, por supuesto - contestó; - lo he hecho docenas de veces.

Parecía medio esperar que él dudase de su competencia, pero Franklin había descubierto ya que Indra era una muchacha muy juiciosa... quizás demasiado juiciosa... Si ella decía que era capaz de hacer algo, no le cabía duda de que sabía hacerlo.

Pero había aún otro punto que aclarar. Los catamaranes podían llevar cuatro pasajeros, ¿quiénes serian los otros dos?

Ni Indra ni Franklin llegaron a formular la decisión final. Estaba en el aire mientras discutían sobre los posibles acompañantes, empezando por Don y recorriendo la lista de los amigos que Indra tenía en el laboratorio. Al final, la conversación concluyó en una de esas portentosas pausas que a veces se producen incluso en una habitación llena de

gente hablando. En el súbito silencio, ambos comprendieron que estaban pensando los mismo, y que su relación había entrado en una fase nueva. No llevarían a nadie con ellos a Masthead. Por primera vez, disfrutarían de la soledad que allí no les había sido posible. Y eso sólo podía llevar a una conclusión lógica, que se negaron a admitir incluso ante si mismos, pues la mente humana tiene una notable capacidad para engañarse.

Era ya bien entrada la tarde cuando ultimaron los preparativos y pudieron salir. Franklin se sentía bastante culpable respecto a Don y se preguntaba cuál sería su reacción cuando se enterase de lo sucedido. Probablemente le dolería, pero no era la clase de persona que guarda rencor y lo aceptaría como un hombre.

Indra había pensado en todo: comida, bebida, crema para el sol, toallas, no había olvidado nada de lo necesario para la expedición. A Franklin le impresionó su minuciosidad, y le divirtió sorprenderse pensando que una mujer tan competente debería ser muy útil en la casa. Luego se recordó a si mismo que las mujeres que eran tan eficientes no solían ser felices si no controlaban las vidas de sus maridos como las suyas.

El viento soplaba firme desde tierra, y el catamarán saltaba entre las olas como un animal vivo. Franklin nunca había navegado en una embarcación de vela y la experiencia le resultaba emocionante. Se tendió sobre el suelo gastado pero confortablemente almohadillado de la cabina abierta, mientras Isla Heron retrocedía en la distancia a asombrosa velocidad. Resultaba tranquilizador y relajante contemplar las gemelas y espumosas estelas que señalaban su ruta por el mar, y acariciar con la mirada las tensas y henchidas curvas de las velas. Con una suave y fugaz melancolía, Franklin deseó que todas las máquinas del hombre pudiesen ser tan sencillas y eficaces como aquélla. ¡Qué contraste entre aquella embarcación y las intrincadas complejidades de los submarinos que había aprendido a manejar! Pero esta idea se esfumó enseguida; existían tareas que no se podían realizar por medios simples, y había que aceptar el hecho sin congoja.

A su izquierda, se dibujaba ahora el alargado perfil de las masas coralinas que siglos de tormentas habían aplastado sobre el borde del Arrecife Wistori. Las olas rompían contra las masas sumergidas incansables y persistentes en su furia, que nunca había impresionado a Franklin tanto como ahora. Las había visto antes muchas veces, pero nunca tan cerca y en una embarcación tan frágil.

El hirviente borde del arrecife quedó a popa; ahora no tenían más que esperar que los vientos les llevasen a su destino. Y si el viento fallaba (lo cual era muy improbable) aún podían llegar a él con el pequeño motor auxiliar, aunque éste se utilizaba sólo como último recurso. Era cuestión de principios regresar con el tanque lleno de combustible.

Aunque se encontraban juntos y solos casi por primera vez desde que se conocían, ni Franklin ni Indra sentían necesidad alguna de hablar. Parecía existir entre ellos una comunión silenciosa que no deseaban romper con palabras, contentándose con compartir la paz y la belleza del mar abierto y el cielo despejado. Estaban encerrados entre dos hemisferios de azul intacto, que se unían en el borde nebuloso del horizonte, como si en el mundo no existiese nada más. Hasta el tiempo parecía haberse detenido. Franklin tenía la sensación de poder permanecer eternamente allí tendido, acunado por el suave movimiento de la embarcación que se deslizaba plácidamente sobre las olas.

De pronto, una nube baja y oscura comenzó a solidificarse, para perfilarse luego como una isla llena de árboles con su estrecha costa arenosa y su inevitable anillo de coral. Indra se incorporó y comenzó a interesarse activamente de nuevo en la navegación, mientras Franklin contemplaba con cierta ansiedad los rompientes y las grandes olas que parecían rodear la isla sin fisuras.

- ¿Cómo vamos a entrar? - preguntó.

- Rodearemos por sotavento; allí será fácil, si la marea está lo bastante alta como para que podamos cruzar el arrecife. Si no lo está, siempre podemos anclar y llegar andando.

Franklin no se tranquilizó del todo ante un enfoque tan despreocupado de un problema que parecía grave, y sólo podía esperar que Indra supiese realmente lo que hacía. Si ella cometía un error, se enfrentarían con la necesidad de recorrer a nado un trecho incómodo, aunque no particularmente peligroso, y después esperar un ignominioso rescate cuando alguno de los del laboratorio saliese en su busca.

O bien la cosa era más fácil de lo que parecía a un inquieto novato, o bien Indra poseía gran pericia como navegante, pues rodearon un trecho de isla y llegaron a un punto donde las grandes olas se convertían en suave ondulación. Indra giró entonces la proa de la embarcación enfilando hacia tierra y se dirigió en línea recta a la costa.

No se oyó ningún ruido de rechinante coral o plástico raspado El catamarán cruzó como un ave el estrecho borde del arrecife, visible ahora claramente bajo las inquietas aguas. Superó esta zona de peligro y luego se adentró en la tranquila superficie de la laguna, pareciendo ganar velocidad al aproximarse a la playa. Segundos antes del impacto, Indra plegó la vela principal. Con un suave choque, la embarcación golpeó la arena, y ascendió por la suave loma, quedando detenida con más de la mitad de su longitud sobre la línea del agua.

- Bueno, por fin llegamos - dijo Indra -. Una isla de coral deshabitada en perfectas condiciones.

Parecía más tranquila y alegre de lo que Franklin la había visto nunca. Comprendió que también ella había estado sometida a una gran presión en su trabajo y que le alegraba escapar de la rutina diaria por unas horas. ¿O era el efecto estimulante de su compañía lo que convertía a la seria investigadora en una muchacha animada y vivaz? Fuera cual fuese la explicación, el cambio le agradaba.

Bajaron de la embarcación y transportaron su equipaje hasta la playa, instalándose bajo la sombra de los cocoteros, que habían sido transplantados a aquellas islas en el siglo anterior, desafiando el predominio de los pisonios y de los pandáneos de grandes raíces. Parecía como si alguien hubiese estado allí recientemente, pues extraños surcos al parecer obra de las ruedas de un vehículo salían del agua y se perdían en la isla. Resultaba muy desconcertantes para quien no supiese que las grandes tortugas habían acudido allí a poner sus huevos.

Una vez fijado el catamarán de modo seguro, Franklin e Indra iniciaron un viaje de exploración. Es indudable que todas las islas de coral son casi exactamente iguales; se repetía interminablemente, una y otra vez, el mismo tipo con escasas variaciones. Pero aun cuando uno supiese esto, y hubiese desembarcado en docenas de islas, cada una de ellas ofrecía una nueva experiencia que había que aceptar.

Comenzaron a recorrer su pequeño mundo, caminando por el estrecho cinturón de arena, entre el bosque y el mar. A veces, cuando llegaban a un claro, hacían una pequeña incursión tierra adentro, intentando deliberadamente perderse en la maraña de árboles para poder imaginarse que estaban en el corazón de África y no, en el mejor de los casos, a cien metros del mar.

En una ocasión se detuvieron para cavar con las manos en el punto donde terminaba el rastro de una tortuga, sobre una duna de arena, lisa en su parte superior. Desistieron de su propósito tras haber cavado hasta casi un metro de profundidad sin hallar signo alguno de los flexibles y coriáceos huevos. La madre tortuga, decidieron solemnemente, había trazado sin duda pistas falsas para engañar a sus enemigos. Durante los diez minutos siguientes, convirtieron esta fantasía en una sorprendente tesis sobre la inteligencia de los reptiles, que, lejos de proporcionar a Indra prestigio académico, la habría costado el diploma que ya poseía.

Inevitablemente llegó el momento en que, tras ayudarse a cruzar un sector de áspero coral, sus manos continuaron unidas aunque el camino volviese a ser suave y normal una vez más. Sin hablar, aunque más conscientes ambos que nunca de su mutua presencia, continuaron caminando en el silencio del gozo compartido.

En un tranquilo paseo, deteniéndose siempre que sentían deseos de examinar alguna curiosidad del mundo vegetal o animal, tardaron casi dos horas en rodear la pequeña isla. Cuando llegaron donde estaba el catamarán, tenían mucha hambre, y Franklin comenzó a desempaquetar la comida impulsado por una avidez que no ocultaba mientras Indra empezó a trabajar con el infiernillo.

- Ahora te prepararé una taza de legítimo té australiano - dijo ella.

Franklin le dedicó aquella sonrisa maliciosa que a ella le resultaba tan atractiva.

- No será gran novedad para mí - dijo -. Después de todo yo nací en Australia.

Ella le miró con un asombro que fue convirtiéndose gradualmente en exasperación.

- ¡Vaya, podrías habérmelo dicho! En fin, en realidad yo creo...

Se detuvo, como haciendo un deliberado esfuerzo, y dejó la frase incompleta colgando en el aire. Franklin no tuvo ninguna dificultad para terminarla. Ella había querido decir:

«Ya va siendo hora de que me cuentes algo sobre ti mismo, y de que abandones esa estúpida reserva.»

Lo justificado de la inexpresada acusación hizo enrojecer a Franklin, y por un instante se desvaneció parte de su despreocupada felicidad (la primera que experimentaba en muchos meses). Luego le asaltó un pensamiento que nunca había enfrentado antes, pues el hacerlo podría haber amenazado su amistad con Indra. Ella era mujer y científica, y en consecuencia doblemente inquisitiva. ¿Por que no le había hecho ninguna pregunta sobre su vida pasada? Sólo podía haber una explicación. El doctor Myers, que le observaba en la sombra, pese a fingir jovialmente que no lo hacía, debía de haber hablado con ella.

Un poco más de su alegría se desvaneció al comprender que Indra debía de sentir lástima por él y debía preguntarse, como todos los demás, que le habría sucedido exactamente. No podía aceptar, se dijo amargamente, un amor basado en la piedad.

Indra parecía no darse cuenta de su súbito y meditabundo silencio, ni del conflicto que le acongojaba. Parecía totalmente entregada a la tarea de cargar el pequeño infiernillo por un método un tanto primitivo que consistía en trasvasar el combustible del tanque del motor del catamarán, y a Franklin le divirtieron tanto sus repetidos fracasos que olvidó su súbito enojo. Cuando ella logró al fin encender el infiernillo, se tendieron a la sombra de los cocoteros, mordisqueando emparedados y esperando que hirviese el agua. El sol estaba ya muy bajo, y Franklin comprendió que probablemente no regresarían a Heron hasta bien entrada la noche. De todos modos no estaría oscuro, pues había casi luna llena, por lo que sin ayuda de los faros y boyas locales el viaje de vuelta no les resultaría difícil.

El té era excelente, aunque quizás demasiado flojo para un veterano. Les ayudó muy eficazmente a tragar el resto de la comida, y mientras se relajaban con sus suspiros de satisfacción, sus manos se encontraron una vez más. Ahora, pensó Franklin, debería sentirme totalmente satisfecho Pero sabía que no era así; algo que no podía definir le inquietaba.

Su inquietud fue creciendo, aunque él intentase ignorarla y sepultarla en su mente. Sabía que era totalmente ridículo e irracional suponer que amenazase allí algún peligro, en aquella isla pacífica y deshabitada. Sin embargo, campanillas de aviso repiqueteaban al fondo de los laberintos de su cerebro, sin que pudiese descifrar sus señales.

La pregunta casual de Indra llegó como una venturosa distracción. Indra miraba con detenimiento el cielo occidental, evidentemente buscando algo.

- Oye, Walter - preguntó. ¿Es cierto que se puede ver Venus de día, sabiendo su posición? Anoche se veía tan bien, después del crepúsculo, que casi llegué a creerlo.

- Es absolutamente cierto - contestó Franklin -. De hecho, no es nada difícil. El mayor problema es localizarlo. Una vez localizado, se ve muy fácilmente.

Se incorporó apoyándose en el tronco del cocotero, hizo visera con la mano para protegerse del resplandor del sol crepuscular, y comenzó a buscar en el cielo con poca esperanza de descubrir la mancha plateada que sabía debía brillar por allí. Había visto Venus dominando el cielo del crepúsculo durante las últimas semanas, pero era difícil determinar su posición respecto al sol estando ambos sobre la línea del horizonte al mismo tiempo.

De pronto, inesperadamente, sus ojos captaron y retuvieron una solitaria estrella plateada que pendía del lechoso azul del cielo.

- ¡Lo he encontrado! - exclamó, alzando el brazo como un puntero. Indra miró en la dirección indicada, pero al principio nada pudo ver.

- Deben de ser manchas que se te forman delante de los ojos - se burló.

- No. No es imaginación. Mira fijamente - replicó Franklin, con los ojos aún clavados en aquella diminuta estrella; sabía que se borraría si apartaba la vista un segundo.

- Pero Venus no puede estar allí - protestó Indra -. Es demasiado al norte.

En un estremecedor instante, Franklin se dio cuenta de que ella tenía razón. Por si le quedase alguna duda, comenzó a ver que la estrella que observaba se movía rápidamente por el cielo, elevándose desde el este y desafiando así las leyes que controlaban a los demás cuerpos celestes.

Lo que veía era la Estación Espacial, el mayor de los satélites que orbitaban la Tierra. Intentó apartar los ojos, para quebrar el hechizo hipnótico de aquella estrella sin brillo

hecha por el hombre. Era como si se tambalease al borde de un abismo; el terror de las extensiones desoladas e infinitas en que flotan los mundos comenzó a invadir y a dominar su mente, amenazando los cimientos mismos de su cordura.

Hubiese ganado la batalla, con sólo un leve estremecimiento, de no ser por un segundo accidente del destino. Con la explosiva brusquedad con que la memoria responde a veces al interrogatorio persistente, supo de pronto el motivo de su inquietud de los últimos minutos. Era el olor del combustible que Indra había sacado del motor del catamarán: el inconfundible olor, ligeramente aromático del sinteno. Y con él el recuerdo de dónde había aspirado por última vez aquel aroma demasiado familiar.

El sinteno, utilizado primero para propulsar cohetes, y sustituido ya por otros combustibles químicos, salvo en casos en que no se necesitaba gran potencia, como para la propulsión de trajes espaciales.

Trajes espaciales.

Era demasiado. Aquel doble asalto le derrotó. La vista y el olfato le habían traicionado a la vez. En unos segundos, los diques pacientemente construidos que protegían su mente se derrumbaron ante la creciente riada de terror.

Podía sentir de nuevo girar la Tierra bajo él a través del espacio. Parecía girar cada vez más deprisa sobre su eje, intentando lanzarle como la honda a la piedra por la pura velocidad de su rotación. Con un grito ahogado, se encogió, hundió la cara en la arena y se agarró desesperadamente al áspero tronco del cocotero. Esto no le proporcionó ninguna seguridad; comenzó de nuevo la caída interminable. El ingeniero jefe Franklin, segundo de a bordo del Arcturus estaba otra vez en el espacio, al principio de la pesadilla que había esperado no necesitar nunca volver a recorrer, que había rezado por olvidar.

CAPITULO VII

En la primera impresión de asombrada sorpresa, Indra miró estúpidamente a Franklin que, encogido en la arena, gemía como un niño desvalido. Luego la compasión y el sentido común le indicaron lo que debía hacer. Acudió rápidamente a su lado y le rodeó con sus brazos.

- ¡Walter! - gritó -. No pasa nada... ¡No tienes nada que temer!

Estas palabras le parecieron absurdas e insustanciales incluso mientras las pronunciaba, pero era todo cuanto podía ofrecer.

Franklin no parecía oír; aún temblaba sin control, aún se agarraba con desesperada determinación al árbol. Resultaba penoso ver a un hombre reducido a aquel estado de abyecto miedo, despojado por completo de toda dignidad y orgullo. Al acercarse a el Indra advirtió que entre sus gemidos pronunciaba un nombre... e incluso en un momento como aquél no pudo evitar una punzada de celos. Pues era el nombre de una mujer. Una y otra vez, en voz baja, apenas audible, Franklin murmuraba «¡Irene!», y se encogía luego en un nuevo paroxismo de llanto.

Había algo allí que estaba por encima de los escasos conocimientos médicos de Indra. Dudó un instante y luego acudió corriendo al catamarán y abrió su pequeño botiquín de primeros auxilios. Encontró un frasco de potentes cápsulas contra el dolor, en el que se leía claramente Sólo debe tomarse una cada vez, y con ciertas dificultades logró introducir una en la boca de Franklin. Luego le estrechó entre sus brazos, comprobando que los temblores iban disminuyendo y que la violencia del ataque cedía.

Es difícil trazar una línea entre la compasión y el amor. Si tal frontera existe, Indra la cruzó durante esta vigilia silenciosa. No le había deprimido ver a Franklin perder su entereza; sabía que debía haberle ocurrido algo verdaderamente terrible en el pasado que le llevaba a aquello. Fuera lo que fuese, Indra pensaba que su propio futuro no sería completo a menos que pudiese ayudarle a combatirlo.

De pronto Franklin se quedó inmóvil, aunque siguiese, en apariencia, consciente. No ofreció resistencia cuando ella le hizo girar para que no siguiese con la cara medio enterrada en la arena, y aflojó su abrazo al tronco del árbol. Pero tenía los ojos en blanco y aún movía la boca silenciosamente, aunque no saliese de ella palabra alguna.

- Volveremos a casa - murmuró Indra, corno si intentase tranquilizar a un niño asustado.

Le ayudó a ponerse de pie, y él se levantó sin resistencia. Incluso la ayudó, mecánicamente, a guardar su equipo y a empujar el catamarán hacia el agua. Parecía casi normal otra vez, salvo porque no hablaba y porque había en sus ojos una tristeza que destrozaba el corazón de Indra.

Dejaron la isla, utilizando la vela y el motor, pues Indra estaba decidida a no perder ni un instante. Ni siquiera entonces pensó que pudiese estar personalmente en peligro. a pesar de hallarse a muchos kilómetros de toda posible ayuda, con un hombre que podía estar loco. Su única preocupación era conseguir que Franklin recibiese enseguida asistencia médica.

La luz se desvanecía rápidamente. El sol había tocado ya el horizonte, y la oscuridad se espesaba por el este. Las luces de tierra firme de las islas próximas comenzaron a

aparecer una a una. Y, más brillante que cualquiera de ellas, allá en el oeste, estaba Venus, causante en cierto modo de todo aquel problema...

De pronto Franklin comenzó a hablar, con gran esfuerzo, pero de modo perfectamente racional.

- Siento mucho todo esto, Indra - dijo -. Me temo que estropeé tu excursión.

- No seas tonto - dijo ella -. No fue culpa tuya, no te preocupes... Y no hables, a menos que quieras hacerlo.

Franklin cayó en un nuevo silencio, que no rompió durante el resto del viaje. Cuando Indra intentó coger de nuevo su mano, se puso tenso, en un gesto defensivo, como diciendo, sin rechazarla realmente, que prefería no tener aquel contacto. Ella se sintió herida, pero obedeció su muda petición. De todos modos, estaba bastante ocupada vigilando las señales luminosas y las boyas al pasar entre los arrecifes.

No había pensado estar fuera hasta tan tarde, aunque la luna creciente inundaba el mar de luz. El viento había refrescado, y aparecían y desaparecían a lo largo del arrecife de Wistari los rompientes en amenazadoras hileras de un blanco luminoso y fantasmal. Indra mantenía un ojo en ellas y el otro en el parpadeante faro que señalaba el final del muelle de Heron. Mientras no pudiese ver el propio muelle y distinguir detalles de la isla, no podía relajarse y volver a prestar atención a Franklin.

Este parecía de nuevo casi normal cuando dejaron el catamarán y se encaminaron hacia el laboratorio. Indra no podía ver su expresión, pues en aquella parte de la playa no había luces y las palmeras bloqueaban la de la luna. La voz le parecía totalmente controlada cuando le dio las buenas noches.

- Gracias por todo, Indra. Nadie podría haber hecho más.

- Déjame que te lleve inmediatamente a ver al doctor Myers. Tienes que verle ahora.

- No... él nada puede hacer. Estoy ya perfectamente... No volverá a suceder.

- Yo creo que de todos modos debes ir a verle. Te llevare a tu habitación y luego iré a llamarle.

Franklin movió violentamente la cabeza.

- No quiero que lo hagas. Prométeme que no irás a decírselo.

Amargamente acongojada, Indra se debatía con su conciencia. Lo más prudente, estaba segura, era prometérselo... y luego romper la promesa. Pero, si lo hacía, Franklin quizás nunca se lo perdonase. Por último, se comprometió.

- ¿Irás a verle tú mismo, si no me dejas que te lleve yo?

Franklin dudó antes de contestar. Le parecía vergonzoso despedirse de aquella muchacha, a la que podría haber amado, con una mentira. Pero en la drogada calma que le invadía supo lo que debía hacer.

- Iré a verle por la mañana... y gracias de nuevo.

Luego se alejó, con brusca determinación, antes de que Indra pudiese hacerle más preguntas.

Ella le vio desaparecer en la oscuridad, por el camino que llevaba al sector administrativo y de instrucción. Luchaban en su alma la felicidad y la ansiedad... Felicidad porque había encontrado el amor, ansiedad porque aquel amor estaba amenazado por fuerzas que ella no comprendía. La ansiedad se centró en un único temor: ¿debería haber insistido en que Franklin, incluso contra su voluntad, viese inmediatamente al doctor Myers?

Quizás no hubiese tenido duda alguna sobre la respuesta a esta pregunta si hubiese visto a Franklin caminar por el bosque iluminado por la luna, como un sonámbulo, hacia el muelle en el que había iniciado todos sus viajes por el fondo del mar.

La parte racional de su mente era sólo un instrumento pasivo de sus emociones, y éstas se dirigían a un solo objetivo. Se había visto herido demasiado gravemente para que la razón le controlase ya; como un animal herido, no podía pensar más que en aplacar su dolor. Buscaba el único sitio donde por un breve período había hallado paz y satisfacciones.

El muelle estaba desierto; recorrió el solitario embarcadero hasta el borde del arrecife. Abajo, en el hangar submarino, a unos setenta metros de la línea de superficie, hizo sus preparativos finales con el mismo cuidado que en sus viajes anteriores. Sintió una fugaz sensación de culpa al arrebatar a la administración aquel valioso equipo y al desperdiciar aquel período de instrucción, aun más valioso, que había recibido. Pero no era culpa suya el que no tuviese otra elección.

Suavemente, el torpedo se deslizó bajo la sumergida arcada y enfiló hacia mar abierto. Era la primera vez que Franklin salía de noche; sólo los submarinos totalmente cerrados operaban después del oscurecer, pues la navegación nocturna implicaba peligros que era locura enfrentar sin la debida protección. Esto era lo que menos preocupaba a Franklin mientras seguía aquella ruta que recordaba tan bien, dirigiéndose hasta el canal que le llevaría a alta mar. Parte del dolor, pero no de su decisión, se evaporó de su mente. El pertenecía a aquello; era allí donde había encontrado la felicidad. Y allí buscaría el olvido.

Se hallaba en un mundo de un azul nocturno que los pálidos rayos de la luna apenas si podían iluminar. A su alrededor se movían extrañas formas como fosforescentes

espectros. cuando las criaturas del arrecife se acercaban, atraídas, o escapaban asustadas por el sonido del torpedo. Bajo él, sólo sombras en una oscuridad más profunda, día ver las colinas y valles de coral que tan bien había llegado a conocer. Con una resignación más allá de la tristeza, les dijo adiós.

No tenía sentido demorarse más, ahora que veía claramente su destino. Pisó a fondo el pedal. y el torpedo saltó hacia delante como un caballo herido por la espuela. Las islas de la Gran Barrera Coralina iban quedando rápidamente tras él, e iba penetrando en el Pacífico a una velocidad que ninguna otra criatura del mar podía igualar.

Sólo una vez alzó la vista hacia el mundo que había abandonado. El agua era fantásticamente clara, y a unos treinta metros por encima de su cabeza pudo ver el trazo plateado de la luna sobre el mar, como pocos hombres podían haberlo visto antes. Pudo ver incluso la mancha nebulosa y temblona de luz que era la luna misma, refractándose a través de la superficie del agua e inmovilizándose de cuando en cuando, al alcanzar las temblorosas olas un instante de estabilidad en una imagen perfecta y sin tacha.

Y en una ocasión, un tiburón muy grande (el más grande que había visto en su vida) intentó perseguirle. La gran sombra, dejando tras sí una estela fosforescente, se situó de pronto casi frente a él, y él no hizo esfuerzo alguno por eludirla. Al pasar tuvo la fugaz visión de sus ojos fijos e inhumanos, de sus agallas. y del inevitable séquito de pez piloto y rémora. Al mirar hacia atrás vio que el tiburón le seguía, sin saber si la persecución estaba motivada por la curiosidad, el sexo o el hambre, y sin que le preocupara en realidad. Continuó viéndolo durante casi un minuto, hasta que su superior velocidad lo dejó atrás. Nunca había visto que un tiburón reaccionase de aquel modo. Normalmente el ruido de la turbina les aterraba. Pero las leyes que regían el arrecife durante el día no eran las mismas que prevalecían en las horas de oscuridad.

Continuó recorriendo la noche luminosa que cubría la mitad del mundo, agazapado tras el curvo escudo protector que le protegía del empuje de las aguas que cruzaba velozmente en su urgencia por llegar a alta mar. Pese a todo, manejaba el torpedo con destreza y precisión; sabía exactamente dónde estaba, exactamente cuando llegaría a su destino... y exactamente qué profundidad tenían las aguas en las que ahora se adentraba. En unos minutos, el lecho del mar descendería bruscamente y él habría de dar su último adiós al arrecife.

Inclinó la proa del torpedo imperceptiblemente hacia las profundidades, y redujo al mismo tiempo su velocidad a un cuarto. Cesó la enloquecida y rugiente agitación de las aguas; se deslizaba ahora suavemente hacia abajo en un largo e imperceptible descenso cuyo final jamás vería.

Lentamente la luz pálida y difusa de la luna comenzó a desvanecerse y el agua a espesarse sobre él. Deliberadamente, evitaba mirar el medidor de profundidad iluminado, y evitaba pensar en las brazas de agua que le separaban de la superficie. Percibía cómo aumentaba, minuto a minuto, la presión sobre su cuerpo, pero no le resultaba en absoluto desagradable. En realidad, le daba la bienvenida; se entregaba, en un sacrificio voluntario, alegremente, al abrazo de la gran madre de la vida.

La oscuridad era ahora completa. Estaba solo, atravesando una noche más extraña y palpable que ninguna que pudiese existir sobre la tierra. De vez en cuando podía ver, bajo él, a una distancia imprecisable, pequeñas explosiones de luz: eran las criaturas desconocidas de alta mar que se entregaban a sus misteriosas tareas. A veces, toda una efímera galaxia estallaba y se apagaba en unos segundos; quizás esta otra galaxia, se decía, no sea de mayor duración, ni de mayor importancia, vista desde la eternidad.

El pesado sueño de la narcosis del nitrógeno le dominaba ya casi. Ningún otro ser humano, utilizando sólo un pulmón de aire comprimido, podía haber estado nunca a tanta profundidad y regresar luego para contarlo. Estaba respirando aire a una presión diez veces superior a la normal, y el torpedo seguía aún penetrando en las oscuras profundidades. Responsabilidad, pesar, temor, habían quedado barridos de su pensamiento por la bendita euforia que había invadido todos los niveles de su conciencia.

Y sin embargo, en el mismo final ya, le punzaba una aflicción. Sentía una suave y melancólica tristeza, al pensar que Indra debía iniciar ahora de nuevo su búsqueda de una felicidad que él podría haberle proporcionado.

Después dejó de existir todo salvo el mar, y una máquina sin mente que seguía hundiéndose cada vez con mayor lentitud en las profundidades del Pacífico.

CAPITULO VIII

Había cuatro personas en la habitación, y ninguna de ellas hablaba ahora. El instructor jefe se mordía los labios nerviosamente, Don Burley, sentado, miraba con expresión absorta, e Indra intentaba no llorar. Sólo el doctor Myers parecía razonablemente tranquilo y maldecía en silencio la fantástica, la aún inexplicable mala suerte que. les había llevado a aquella situación. Hubiera jurado que Franklin estaba en plena recuperación, que había pasado ya el peligro de una crisis sería. ¡Y ahora aquello!

- Sólo podemos hacer una cosa - dijo el instructor jefe bruscamente. - Enviar todas las embarcaciones submarinas en una búsqueda general.

Don Burley se agitó lentamente, como si llevase un gran peso sobre los hombros.

- Son ahora las doce. En este tiempo ha podido recorrer casi doscientos kilómetros. Y sólo hay seis pilotos cualificados en la estación.

- Lo sé... sería como buscar una aguja en un pajar. Pero es lo único que podemos hacer.

- A veces cinco minutos de meditación pueden ahorrar muchas horas de búsqueda a ciegas - dijo Myers -. Después de todo un día, un poco de tiempo más da igual. Con vuestro permiso, me gustaría tener una charla en privado con la señorita Slangenburg.

- Por supuesto, si ella no se opone.

Indra asintió torpemente. Aún se consideraba responsable de lo sucedido... por no acudir al médico inmediatamente, al regresar de la isla. Su intuición la había engañado entonces; ahora le decía que no había ninguna posibilidad, ninguna esperanza, y únicamente podía rezar para que de nuevo la engañase.

- Bien, Indra - dijo Myers afablemente, cuando los otros dejaron la habitación -. Si queremos ayudar a Franklin tenemos que conservar la calma e intentar descubrir lo que ha hecho. Así que deje de acusarse de lo sucedido... esto no es culpa suya. No estoy seguro de que sea culpa de nadie.

«Podría ser culpa mía», añadió ásperamente para si. «Pero, ¿quién podría haberlo imaginado? Sabemos tan poco de la astrofobia, incluso ahora... y desde luego no es mi especialidad.»

Indra logró esbozar una animosa sonrisa. Hasta el día anterior había pensado siempre que era una persona equilibrada y capaz de enfrentarse a cualquier situación. Pero el día anterior quedaba lejos, muy lejos.

- Dígame, por favor - dijo -, ¿qué le pasa a Walter? Creo que si me lo explica me ayudará a entenderlo mejor todo.

Era una petición lógica y razonable; incluso antes de que Indra la formúlase, Myers había llegado a la misma conclusión.

- De acuerdo... pero tenga en cuenta que, por el bien del propio Walter, se trata de una información confidencial. Sólo se lo explico por tratarse de una emergencia y con el fin de que pueda colaborar mejor al conocer los hechos.

»Hasta hace un año, Walter era un hombre del espacio de alta graduación. Era en realidad ingeniero jefe de un transporte de la ruta marciana. Lo que como sabe, es un cargo de mucha responsabilidad, y además estaba en el principio de su carrera.

»En fin, el caso es que se produjo una emergencia y había que desconectar el transmisor iónico. Walter se puso un traje espacial y salió a solucionarlo; se trataba de

algo normal, en realidad. Pero antes de que terminase su tarea el traje espacial falló. Bueno, no quiero decir que se produjese una filtración. Lo que sucedió fue que se estropeó el sistema de propulsión, y no pudo accionar los cohetes que sirven para moverse por el espacio.

» Por tanto se quedó allí, a millones de kilómetros de todas partes, separándose a gran velocidad de su nave. Para empeorar aun más las cosas, tropezó con el casco de la nave al separarse y esto averió la antena de su radio. En consecuencia no podía transmitir ni recibir mensajes... no podía pedir ayuda ni saber lo que estaban haciendo sus amigos por él. Estaba completamente solo, y en unos minutos perdió de vista la nave.

»Desde luego, nadie que no se haya visto en una situación similar puede imaginarse lo que es. Podemos intentarlo, pero no podemos saber realmente lo que significa estar absolutamente aislado, con las estrellas a nuestro alrededor, sin saber si nos rescatarán alguna vez. No hay vértigo en la tierra que pueda compararse con eso. Ni siquiera el peor mareo.

»Tardaron cuatro horas en rescatar a Walter. Estaba en perfectas condiciones físicas y probablemente lo sabía... pero daba igual en realidad. El radar de la nave le localizó, pero hasta que no se reparó la avería no pudo volver a rescatarle. Cuando le llevaron de nuevo a bordo, estaba... bueno, digamos que bastante mal.

»Les llevó casi un año a los mejores psicólogos de la Tierra sacarle de aquel estado, y, como hemos visto, no pudieron resolver plenamente el problema. Y había además un factor con el que los psicólogos nada tenían que ver.

Myers se detuvo, preguntándose cómo asimilaría Indra todo aquello, como afectaría a sus sentimientos hacia Franklin. Parecía haber superado ya el choque inicial; no pertenecía, a Dios gracias, al tipo histérico, tan difícil de controlar.

- En fin, Walter estaba casado. Tenía en Marte esposa e hijos, y los quería mucho. Su mujer pertenecía a una segunda generación de colonizadores, y los niños, claro está, a una tercera. Habían pasado toda su vida bajo la gravedad marciana, habían sido concebidos y habían nacido allí. En consecuencia, jamás podrían trasladarse a la Tierra, donde quedarían aplastados al adquirir un peso triple del habitual.

»Walter, por su parte, no podía volver al espacio. Podía repararse su mente para que funcionase con eficacia aquí en la Tierra, pero nada más. Jamás podría enfrentar una caída libre, la idea de que hubiese sólo espacio a su alrededor, vacío entre estrellas. Se convirtió así en un desterrado en su propio mundo, que nunca podría volver a ver a su familia.

»Hicimos cuanto pudimos por él, y aún sigo pensando que se encontraba en perfectas condiciones. Podía utilizar su talento y su capacidad en este trabajo, pero existían además profundas razones psicológicas por las que se consideró que podría ser muy adecuado para él y podría permitirle reconstruir su vida. Creo que probablemente usted conozca esas razones tan bien como yo, Indra, e incluso mejor. Como bióloga marina sabe de los lazos que tenemos con el mar. No los tenemos, en cambio, con el espacio, en consecuencia nunca nos sentiremos a gusto allí... al menos mientras sigamos siendo sólo hombres.

»Estudié a Franklin mientras estuvo aquí; lo hice a sabiendas y no lo lamento. Mejoraba sin cesar, iba tomándole cariño al trabajo. Don estaba muy contento de sus progresos; era el mejor alumno que había tenido. Y cuando me enteré (¡no me pregunte cómo!) de que andaba con usted me pareció estupendo. Porque tiene que reconstruir su vida totalmente, ¿sabe? Espero que no le importe que lo exponga de este modo, pero cuando me dijeron que pasaba su tiempo libre con usted, supe que había dejado de mirar atrás.

»Y ahora, este derrumbe. No tengo inconveniente en admitir que no entiendo nada. Me dice que estuvieron mirando la Estación Espacial, pero eso no me parece causa suficiente. Walter tenía mucho miedo a las alturas cuando vino aquí, pero ya casi se le había quitado. Además, ha debido ver la estación docenas de veces, por la mañana y al oscurecer. Tuvo que haber otro factor que desconocemos.

El doctor Myers interrumpió su rápida exposición, y dijo suavemente, como si acabara de ocurrírsele:

- Dígame, Indra... ¿hicieron el amor?

- No - dijo ella sin titubeos ni embarazo -. No hubo nada de eso.

Era un poco difícil de creer, pero sabía que le decía la verdad. Pudo percibir (¡claro e inconfundible!) un tono de pesar en la voz de ella.

- Pensaba que podría tener sentimientos de culpa respecto a su esposa. Sépalo él o no, usted probablemente se la recuerda, y por eso le atrajo desde el primer momento. De todos modos, eso no basta para explicar lo sucedido, así que dejémoslo.

»Lo único que sabemos es que sufrió un ataque, y muy grave. Darle el sedante fue lo mejor que pudo hacer usted dadas las circunstancias. ¿Está completamente segura de que no dio ninguna indicación de lo que se proponía hacer al volver a Heron?

- Completamente. Lo único que dijo fue: «No se lo digas al doctor Myers». Dijo que usted no podría hacer nada.

«Eso bien pudiera ser cierto», pensó agriamente Myers, y no le gustó la idea. Sólo había una razón por la que un hombre quisiese eludir a la única persona que podía ayudarle. Que hubiese decidido que de nada le serviría ya cualquier ayuda.

- Pero prometió - continuó Indra - verle a usted por la mañana.

Myers no contestó, y ambos sabían que aquella promesa no había sido más que una añagaza.

Indra se agarraba aún desesperadamente a la última esperanza.

- Bueno - dijo, con voz temblorosa, como si realmente no creyese sus propias palabras - Si se propusiese hacer algo... una cosa definitiva... habría dejado un mensaje para alguien.

Myers la miró con tristeza, totalmente convencido ya del desenlace.

- Sus padres han muerto - contestó. Hace mucho que dijo adiós a su mujer. ¿Qué mensaje iba a dejar?

Indra percibió, con aterradora certeza, que lo que el doctor decía era cierto. Quizás ella fuese la única persona del mundo por la que Franklin sintiese algún afecto, y de ella se había despedido...

Myers se puso trabajosamente de pie.

- Nada podemos hacer - dijo - más que iniciar una búsqueda general. Cabe la posibilidad de que simplemente haya intentado serenarse navegando a toda velocidad, y que vuelva avergonzado esta misma mañana. Ya ha pasado otras veces.

Palmeó los inclinados hombros de Indra y luego la ayudó a levantarse.

- No se preocupe, querida. Todos haremos lo posible por arreglar esto. Pero sabía en lo profundo de su corazón que era demasiado tarde.

Hacía ya horas que era demasiado tarde, e iban a emprender la búsqueda porque había veces en que era imposible ajustarse a la lógica. Se dirigieron juntos a la oficina del ayudante del instructor jefe, donde estaban esperándoles el instructor jefe y Burley. El doctor Myers abrió la puerta y se quedó paralizado en el umbral. Por un instante pensó que tenía dos pacientes más... o que se había vuelto loco él. Don y el instructor jefe, olvidadas las distinciones de rango, cogidos por los hombros, se estremecían en un ataque de risa histérica. No había duda de la histeria, pero era la histeria del alivio, y no había duda tampoco de la risa.

El doctor Myers contempló aquella insólita escena durante unos cinco segundos, y luego recorrió con la vista la habitación. Vio inmediatamente el mensaje sobre la mesa, donde lo había dejado caer uno de sus temporalmente desquiciados colegas. Sin pedir permiso, se lanzó hacia él y lo cogió.

Tuvo que leerlo varias veces antes de captar su sentido; entonces también él empezó a reír como hacia años que no reía.

CAPITULO IX

El capitán Bert Derryl esperaba tener un viaje tranquilo; si había justicia en el mundo, se lo merecía. La última vez había tenido aquel embarazoso problema con los polis en Mackay; la vez anterior había sido aquella roca de Isla Lagartija que no figuraba en el mapa; y antes, maldita sea, aquel jovenzuelo imbécil que había utilizado un arpón indesprendible con un tiburón tigre de cinco metros y había sido arrastrado hasta el fondo del mar.

Por las apariencias, esta vez sus clientes parecían un grupo aceptable. Desde luego, la Agencia de Deportes siempre garantizaba su respetabilidad y su crédito... pero de todos modos, era sorprendente con lo que tenía que cargar a veces. En fin, uno tiene que ganarse la vida, y costaba mucho mantener aquel viejo cascarón.

Por extraña coincidencia, sus clientes siempre tenían los mismos nombres: señor Jones, señor Robinson, señor Brown, señor Smith... Al capitán Bert le parecía una idea absurda, pero era otro de los procedimientos de la Agencia, y la vida le resultaba así más interesante, intentando imaginar quiénes eran realmente. Algunos llevaban sus precauciones al extremo de utilizar durante toda la travesía máscaras faciales de goma... incluso debajo de las máscaras dé bucear... Debían ser tipos importantes que tenían miedo a que les reconociesen. Bueno sería el escándalo si, por ejemplo, se descubriese a un juez del Tribunal Supremo o a un jefe del Departamento Espacial pescando ilegalmente en una reserva del Servicio Mundial de Alimentos. El capitán Bert rió entre dientes pensándolo.

El pequeño crucero deportivo de cinco camarotes se hallaba aún a treinta y tantos kilómetros del borde del arrecife, navegando por el Pacifico. Por supuesto, era arriesgado operar tan cerca de Capricornio, justo en «territorio enemigo». Pero allí era donde estaban los peces mayores, precisamente porque eran los mejor protegidos. Había que exponerse si se quería que los clientes quedaran satisfechos.

El capitán Bert había planeado su táctica cuidadosamente, como hacía siempre. De noche nunca había patrullas, y aunque las hubiese, el sonar de largo alcance de su crucero las localizaría y podrían escapar de ellas. En consecuencia, era perfectamente seguro navegar en la oscuridad, para llegar al punto elegido inmediatamente antes del

amanecer, y colocar entonces a su ansiosos clientes en la cámara neumática nada más salir el sol. El permanecería agazapado en el fondo, manteniendo el contacto por radio. Si salían del campo de acción de ésta, aún disponía del sonar de baja potencia para guiarlos. y si se alejaban tanto que ni siquiera el sonar servía, ya no era cuestión del capitán Bert. Palpó el bolsillo de su chaqueta donde reposaban seguros los cuatro justificantes que le absolvían de toda responsabilidad en caso de ocurrirles algo a los señores Jones, Smith, Robinson o Brown. A veces se preguntaba si tenía en realidad algún sentido considerar aquellos sus nombres reales, pero en la Agencia le decían que no se preocupase de eso. El capitán Bert no era de los que se preocupaban. pues de hacerlo habría abandonado aquel trabajo hacía mucho tiempo.

Los señores R. J. S y B estaban tendidos en sus respectivas literas dando los toques finales al equipo que no necesitarían hasta por la mañana. Smith y Jones tenían unos flamantes rifles submarinos, que evidentemente estaban por estrenar, y todos los aparejos imaginables. El capitán Bert les miró sardónicamente. Representaban un tipo que él conocía muy bien. Eran de los que se encariñan tanto

con el equipo que no llegan a disparar siquiera, ni con los fusiles ni con las cámaras. Recorrerían felices el arrecife, metiendo tanto ruido que en kilómetros a la redonda los peces sabrían exactamente lo que pretendían. Sus hermosos fusiles, que podían taladrar a un tiburón de media tonelada a veinte metros probablemente nunca llegarían a disparar. Pero en realidad a sus propietarios no les importaría. Disfrutarían de todos modos.

Robinson era un tipo muy distinto.

Su fusil era ligeramente dentado, y tendría unos cinco anos. Había sido utilizado, y evidentemente su propietario sabía manejarlo. No era uno de aquellos deportistas obsesionados con los catálogos que tenían que comprar el modelo del año nada más salir, como una mujer que no puede soportar no estar a la moda. El señor Robinson, concluyó el capitán Bert, sería el que cobrase la mayor pieza.

En cuanto a Brown (el compañero de Robinson) era el único al que el capitán Bert no había podido clasificar. Se trataba de un hombre corpulento, de rasgos duros, de unos cuarenta y tantos, el más viejo de todos, y su cara le resultaba vagamente familiar. Probablemente fuese un funcionario de los escalones superiores del Estado, que había sentido la necesidad de echar una cana al aire. El capitán Bert, que era temperamentalmente incapaz de trabajar para el Estado Mundial, o para cualquier otro patrón, podía entender muy bien lo que sentía.

Había más de trescientos metros de profundidad debajo de ellos y el arrecife aún estaba a kilómetros de distancia. Pero en aquel oficio no podía darse nada por supuesto,

y los ojos del capitán Bert pocas veces se separaban de los indicadores del cuadro de control, aunque observasen también a los viajeros que se preparaban para su expedición matutina. Apenas se percibió el claro y pequeño eco en el indicador de sonar, el capitán ya estaba pegado a él.

- Se acerca un gran tiburón, amigos - anunció jovialmente. Hubo un movimiento general hacia la pantalla.

- ¿Cómo sabe que es un tiburón? - preguntó alguien.

- No puede ser otra cosa. Es imposible que sea una ballena... no pueden pasar por el canal del arrecife.

- ¿Seguro que no es un submarino? - preguntó una voz llena de ansiedad.

- Imposible. Mire el tamaño que tiene. Un submarino sería diez veces mayor en la pantalla. No se ponga nervioso, amigo.

El inquieto pasajero guardó silencio, avergonzado. En los cinco minutos siguientes nadie se atrevió a habían, mientras el distante eco iba desplazándose hacia el centro de la pantalla.

- Pasará a unos cuatrocientos metros de nosotros - dijo el señor Smith -. ¿Y si cambiásemos el rumbo para tratar de establecer contacto?

- Sería imposible. Nada más oír los motores escapará. Si nos detuviésemos aún podría acercarse a olfatearnos. Pero, ¿de qué serviría? No podríamos cogerle. Es de noche y está muy por debajo de la profundidad a la que podrían operar ustedes.

La atención del pasaje se desvió momentáneamente hacia un gran banco de peces (atunes probablemente, dijo el capitán) que apareció en el sector sur de la pantalla. Una vez pasaron éstos, aquel señor Brown de aspecto distinguido dijo caviloso.

- Si fuese un tiburón probablemente ya hubiese cambiado de rumbo.

Lo mismo pensaba el capitán Bert, que empezaba a sentirse confuso.

- Creo que lo mejor sería echarle un vistazo - dijo -. No nos causará ningún problema hacerlo.

Alteró imperceptiblemente el rumbo; el extraño eco continuaba su curso invariable. Se movía con gran lentitud y no había problema para situarse lo bastante cerca y verlo sin riesgo de colisión. Cuando estaban ya muy próximos, el capitán Bert conecto la cámara y el foco... y carraspeó.

- Estamos listos, amigos. Es un poli.

Se oyeron cuatro gemidos simultáneos, y luego un coro de pero usted, nos dijo... que el capitán silenció con unas cuantas interjecciones escogidas mientras continuaba estudiando la pantalla.

- Hay algo muy extraño - dijo - Yo tenía razón al principio. No es un submarino. Es sólo un torpedo. De todos modos no puede detectamos... no lleva el equipo adecuado. ¿Pero qué demonios está haciendo aquí de noche?

- ¡Laguémonos! -suplicaron varias voces inquietas.

- Calma - gritó el capitán Bert -. Déjenme pensar. - Miró el indicador de profundidad. - Demonios murmuró, esta vez con un tono mucho más apagado -. Estamos a cien brazas de profundidad. A menos que ese tipo esté respirando alguna mezcla especial, está listo.

Miró con detenimiento la imagen de la pantalla de televisión; no podía estar seguro del todo, pero la figura que estaba tendida sobre aquel torpedo que se movía con tanta lentitud, parecía tan extrañamente inmóvil. Sí, no había duda; era evidente por la postura de la cabeza. El piloto estaba inconsciente, quizás muerto.

- Pues vaya engorro - exclamó el capitán -. Pero no podemos hacer otra cosa, Tenemos que intentar coger a ese tipo.

Alguien empezó a protestar, pero lo pensó mejor y se calló. El capitán Bert tenía razón, no había duda. Había que apechugar con las posibles consecuencias.

- ¿Pero cómo vamos a rescatarle? - preguntó Smith -. No podemos salir a esta profundidad.

- No será fácil - admitió el capitán -. Es una suerte que se mueva con tanta lentitud. Creo que podremos empujarle hacia arriba.

Enfiló hacia el torpedo, realizando ajustes extraordinariamente delicados con los controles. De pronto se produjo un choque que hizo saltar a todo el mundo salvo al capitán, que sabía cuándo iba a producirse y cuál sería su intensidad.

Se echó hacia atrás, y lanzó un suspiró de alivio.

- ¡Lo conseguí a la primera! - dijo orgulloso. El torpedo se había dado la vuelta, y la desvalida figura de su jinete colgaba ahora de él sujeta por el correaje. Pero en vez de dirigirse hacia las profundidades, comenzó a ascender hacia la superficie.

Le siguieron hasta los setenta metros de profundidad, mientras el capitán Bert iba dando detalladas instrucciones. Existía aún una posibilidad, explicó a sus pasajeros, de que el piloto estuviese vivo, pero si llegaba a la superficie moriría irremisiblemente, pues el cambio brusco de presión de diez atmósferas a una le mataría,

- Así que tenemos que cogerle cuando llegue a los cincuenta metros, y luego intentar introducirle en la cámara neumática. Bueno, ¿quién va a salir por él? Yo no puedo dejar los controles.

Nadie dudaba de que el capitán estuviese dando la única y suficiente razón y que hubiese salido sin vacilar si otro miembro de la tripulación fuese capaz de manejar el submarino. Tras una breve pausa, Smith dijo:

- He descendido hasta los cien metros con aire normal.

- También yo - dijo Jones -. No de noche, claro - añadió pensativo.

No es que fuesen exactamente voluntarios, pero lo harían. Escucharon las instrucciones del capitán y luego se pusieron su equipo y de no muy buena gana se dirigieron a la cámara neumática.

Por fortuna, estaban en buena forma y el capitán pudo someterles a la presión correspondiente en un par de minutos

- Bueno, muchachos dijo -. Voy a abrir la puerta... Listos.

Les habría ayudado poder ver el foco de la embarcación, pero había sido cuidadosamente filtrado para eliminar toda luz visible. En comparación las lámparas manuales parecían débiles gusanos de luz, mientras se movían hacia el torpedo que aún seguía ascendiendo. Llegó primero Jones, mientras Smith desenrollaba la soga de la cámara neumática. Ambos navíos ascendían más deprisa de lo que podía nadar un hombre, y era necesario que Jones se mantuviese como un pez cogido al sedal, de modo que mientras se moviese bajo el submarino pudiese abrirse camino hasta el torpedo. Aunque probablemente no le resultase agradable, según pensaba el capitán, se las arregló para llegar al torpedo a la segunda tentativa. Tras esto, todo fue fácil. Jones apagó el motor del torpedo, y una vez quietas ambas embarcaciones, Smith acudió a ayudarle. Liberaron al piloto y le condujeron hasta el submarino. Su máscara facial estaba intacta, por lo que aún había esperanzas de que estuviese vivo. No resultó fácil introducir su cuerpo inerte en la pequeña cámara neumática, y Smith tuvo que mantenerse fuera, sintiéndose horriblemente solo, mientras su compañero pasaba delante.

Y así, treinta minutos después, Walter Franklin despertó en un medio sorprendente, aunque no por completo desconocido. Se hallaba tendido en una litera a bordo de un pequeño submarino crucero, y a su alrededor había cinco hombres. Y lo más extraño era que cuatro de los hombres tenían la cara cubierta con pañuelos, de modo que sólo podía verles los ojos

Miró al quinto... contempló su rostro grisáceo y curtido y su revuelta perilla. La sucia gorra de capitán resultaba superflua. Nadie hubiese dudado de que el capitán era él

Un terrible dolor de cabeza impedía a Franklin pensar claramente. Hubo de hacer varias tentativas antes de poder murmurar: Dónde estoy?

- No te preocupes, amigo - contestó el barbudo - Lo que nos gustaría saber es qué demonios hacías a trescientas brazas de profundidad con ese equipo. ¡Vaya, se ha desmayado otra vez

La segunda vez que Franklin volvió en sí se sentía ya mucho mejor, y lo bastante interesado en vivir como para desear saber lo que sucedía a su alrededor. Pensó que debía sentirse agradecido hacia aquella gente, fuera quien fuese, pero de momento no sentía ni alivio ni desilusión al saberse rescatado.

- ¿Qué significa todo esto? - dijo, señalando los extraños pañuelos. El capitán, ahora sentado ante los controles, volvió la cabeza y contestó lacónicamente:

- ¿Todavía no has comprendido donde estás?

- No.

- ¿Quiere eso decir que no sabes quién soy?

- Lo siento, pero no lo sé.

Hubo un gruñido que pudo significar incredulidad o desilusión.

- Supongo que serás uno de los nuevos. Me llamo Bert Darryl, y estás a bordo del León Marino. Esos dos caballeros que están detrás de ti han arriesgado el cuello para salvarte.

Franklin se volvió en la dirección indicada y contempló los blancos triángulos de lino.

- Gracias - dijo, y luego se detuvo incapaz de pensar nada más. Ahora sabía dónde estaba, y podía imaginar lo que había sucedido.

Así que aquél era el famoso, o notorio, según el punto de vista, capitán Darryl, cuyos anuncios aparecían en las publicaciones deportivas marítimas. El capitán Darryl. organizador de emocionantes safaris submarinos. El diestro e intrépido cazador... y el igualmente intrépido y diestro furtivo, cuya habilidad para eludir la persecución de las autoridades era desde hacía mucho tiempo fuente de cínicos comentarios entre los guardianes. El capitán Darryl, uno de los pocos aventureros auténticos de aquella era regimentada, según algunos. El capitán Darryl, estafador y tramposo, según otros...

Franklin comprendía ya por qué los otros tripulantes llevaban máscaras. Aquélla era una de las empresas menos legítimas del capitán, y Franklin había oído que en ellas sus clientes a menudo pertenecían a los sectores más altos de la sociedad. Sólo ellos podían permitirse pagar el precio; debía costar mucho mantener el León Marino, aunque se decía que el capitán Darryl nunca pagaba dinero efectivo y debía en todos los puertos desde Sidney a Darwin.

Franklin contempló las anónimas figuras que le rodeaban, preguntándose quiénes podrían ser y si conocería a alguno. Sólo habían hecho un leve esfuerzo para ocultar los potentes fusiles submarinos que había sobre la otra litera. ¿Adónde llevaría el capitán a

sus clientes, y qué perseguirían? Dadas las circunstancias lo mejor sería que mantuviese los ojos cerrados y se enterase de lo menos posible.

El capitán Darryl había llegado ya a la misma conclusión.

- Comprenderás, amigo - dijo por encima del hombro, como si intentase impedir que Franklin viera los indicadores del rumbo - que tu presencia a bordo resulta un tanto embarazosa. Aún no podemos soltarte, aunque lo merecerías por la estupidez que has hecho. El asunto es... ¿qué podemos hacer contigo?

- Podéis dejarme junto a la costa de Heron. No puede quedar muy lejos. - Franklin sonreía al decir esto, para mostrar que se proponía seriamente que aceptasen la sugerencia. Era curioso lo alegre y despreocupado que se sentía; quizás fuese una pura reacción física... y quizás estuviese realmente contento de disponer de una segunda oportunidad, de una nueva vida.

- Pues bien - masculló el capitán -. Estos caballeros han pagado por su expedición deportiva, y no quieren echarla a perder por tu culpa.

- Bueno, de cualquier modo pueden quitarse los pañuelos. No parecen muy cómodos con ellos... y si reconociese a alguien, no lo denunciaría.

Con cierta renuncia, se quitaron los pañuelos. Como suponía, y esperaba, no conocía a ninguno, ni por fotografía ni personalmente.

- Bueno, lo cierto es - dijo el capitán - que tendremos que dejarte en algún sitio antes de entrar en acción.

Se rascó la cabeza mientras revisaba su imagen mental, maravillosamente detallada, del Grupo Capricornio, y luego llegó a una decisión.

- De todos modos, tendrás que pasar aquí la noche, y supongo que tendremos que dormir por turnos. Si quieres hacer algo útil, puedes ponerte a trabajar en la cocina.

- Desde luego, señor - dijo Franklin.

Estaba justo amaneciendo cuando alcanzó la arenosa costa, se puso de pie, y se quitó las aletas. («Son unas de las mejores que tenemos, así que no se te olvide devolvérmelas por correo, había dicho el capitán Bert mientras le empujaba a la cámara neumática».) Más allá del arrecife, el

León Marino se entregaba a su dudosa empresa, y los pescadores se disponían a iniciar su expedición. Aunque iba contra sus principios y deberes, Franklin no pudo evitar desearles suerte.

El capitán Bert había prometido comunicar la noticia por radio a Brisbane a las cuatro horas, y el mensaje sería transmitido inmediatamente a Heron. Las cuatro horas bastarían

para que el capitán y sus clientes cumplieran sus objetivos y se alejaran de las aguas de la Organización Mundial de Alimentos.

Franklin cruzó la playa, se quitó su equipo y su ropa húmedos, y se tendió a contemplar el amanecer que jamás había soñado que vería. Le quedaban cuatro horas para debatirse con sus pensamientos y enfrentar de nuevo la vida. Pero no necesitaba tiempo para eso, pues hacía ya rato que había tomado una decisión.

Su vida ya no era suya, ya no podía desecharla libremente; no podía hacerlo porque le había sido devuelta, a riesgo de la suya propia, por hombres a los que no conocía y a quienes jamás volverla a ver.

CAPITULO X

- Supongo que comprenderá usted - dijo Myers - que no soy más que el médico de la Estación, no un destacado psiquiatra. Así que tendré que enviarle de nuevo al profesor Stevens y a sus ayudantes.

- ¿Es realmente necesario? - preguntó Franklin.

- No lo creo así, pero no puedo aceptar la responsabilidad. Si yo fuese un jugador, como Don, apostaría que no volverá usted a gastarnos esta mala pasada; pero los médicos no pueden permitirse jugar, y, de cualquier modo, creo que le conviene estar unos cuantos días fuera de Heron.

- Acabaré el curso en un par de semanas, ¿no podemos esperar hasta entonces?

- Nunca discuta con un médico, Walt... no puede ganar. Y si la aritmética no falla, un mes y medio no es un par de semanas. El curso puede esperar unos días. No creo que el profesor Stevens le retenga mucho tiempo. Probablemente la eche una buena regañina y le envíe aquí de nuevo. Pero si le interesa mi opinión, se la daré con mucho gusto.

- Adelante.

- En primer lugar, sabemos por qué tuvo usted ese ataque. El olor es el sentido de mayor fuerza evocadora, y después de que me ha dicho que las cabinas neumáticas de las naves espaciales huelen siempre a sinteno, el asunto está claro. Fue mala suerte que lo oliese precisamente cuando miraba la Estación Espacial; esa maldita Estación casi me ha hipnotizado cuando me he dedicado a contemplarla, cruzando el cielo como un meteoro loco, pero eso no lo explica todo, Walter. Tenia que estar usted, digamos, sensibilizado emocionalmente para que le produjera esos efectos. Dígame... ¿tiene aquí una fotografía de su mujer?

Franklin pareció más desconcertado que alterado por aquella pregunta inesperada y aparentemente absurda.

- Si - dijo - ¿Por qué lo pregunta?

- No importa. ¿Me deja verla?

Tras un rato de búsqueda, que Myers estaba completamente seguro de que era innecesaria, Franklin sacó una cartera de piel y le mostró la fotografía. Franklin no miró a Myers mientras éste estudiaba a aquella mujer separada de su marido por leyes más inviolables que ninguna que pudiese establecer el hombre. Era pequeña y morena, con unos brillantes ojos castaños. Una simple ojeada indicó a Myers todo lo que quería saber, pero continuó contemplando la fotografía con una mezcla indeterminable de compasión y curiosidad. ¿Cómo habría enfrentado la esposa de Franklin, se preguntó, su problema? ¿Estaría ella, también, reconstruyendo su vida en aquel lejano mundo al que la genética y la gravedad la ataban para siempre? No, para siempre no era el término exacto. Ella podía trasladarse sin problemas a la luna, que tenía la misma gravedad que su planeta natal. Pero tendría poco sentido hacerlo, pues Franklin no podía afrontar siquiera el pequeño viaje de la Tierra a la Luna.

Con un suspiro, el doctor Myers cerró la cartera. Incluso en el más perfecto de los sistemas sociales, en el más pacífico y satisfecho de los mundos, subsistirían la desdicha y la tragedia. Y a medida que el hombre extendiese sus poderes por el universo, crearía inevitablemente nuevos males y nuevos problemas que le torturarían. En consecuencia, aparte de los detalles, en aquel caso no había nada realmente nuevo. A lo largo de todas las eras, los hombres se habían visto separados de aquellos a quienes amaban (muchas veces para siempre) por accidentes geográficos o por la malevolencia de sus semejantes.

- Escuche, Walt - dijo Myers devolviéndole la cartera -, Sé unas cuantas cosas sobre usted que ni siquiera sabe el profesor Stevens, por lo tanto ésta es mi aportación:

»Compréndalo usted conscientemente o no, Indra es como su mujer. Ese fue en principio el motivo de que se sintió atraído por ella. Al mismo tiempo, esa atracción creó un conflicto en su mente. No quiere usted ser infiel ni siquiera a alguien (perdóneme, se lo ruego, por hablarle tan crudamente) que por lo que a usted respecta, muy bien podría estar muerto. En fin... ¿está usted de acuerdo con mi análisis?

Franklin tardó largo rato en contestar.

- Creo - dijo por fin - que quizás haya algo de eso. Pero, ¿qué puedo hacer?

- Esto tal vez suene a cínico, pero hay un viejo proverbio que puede aplicarse en este caso: «Hay que cooperar con lo inevitable». Si uno admite que ciertos aspectos de su vida están fijados y tiene que aceptarlo, dejará de luchar contra ellos. No se trata de una

rendición; puede proporcionarle a usted la energía necesaria para las batallas que aún tendrá que ganar.

- ¿Y qué piensa realmente Indra de mí?

- Esa chica estúpida está enamorada de usted, si eso es lo que quiere saber. Así que lo menos que puede hacer es compensaría por todos los problemas que le ha causado.

- ¿Cree usted entonces que debe casarme otra vez?

- El hecho de que pueda hacerme esa pregunta es una buena señal, pero no puedo responder a ella con un simple sí o un no... Hemos hecho todo lo posible por reconstruir su vida profesional; no podemos ayudarle tanto en su vida emocional. No hay duda de que es muy deseable que establezca usted una relación estable y firme que reemplace la que ha perdido. En cuanto a Indra... bueno, es una muchacha inteligente y encantadora, pero nadie, podría determinar hasta qué punto sus sentimiento actuales nacen de la pura simpatía. En fin, es mejor no precipitar las cosas; dejar que pase un poco de tiempo. No puede permitirse usted cometer errores.

»En fin, con esto termina el sermón... Salvo una cosa. En parte, el problema con usted, Walter Franklin, es que ha sido siempre demasiado independiente y que está acostumbrado a confiar sólo en sí mismo. Se ha negado siempre a admitir que tenía limitaciones, que necesitaba ayuda de los demás. Así que cuando se enfrentó con algo que realmente era demasiado para usted, se desmoronó, y desde entonces no ha dejado de odiarse. Ahora todo eso ha terminado, está superado; aunque el viejo Walt Franklin fuese un poco granuja, creo que podremos hacer un trabajo mejor con el nuevo. ¿No está de acuerdo?

Franklin esbozó una áspera sonrisa. Se sentía emocionalmente exhausto, pero al mismo tiempo la mayoría de las sombras se habían disipado de su mente. Aunque hubiese sido duro para él aceptar ayuda, se había rendido al fin, y se sentía mejor por ello.

- Gracias por el tratamiento, doctor - dijo -. No creo que los especialistas pudieran hacer nada mejor. y estoy completamente seguro de que ya no es necesario que vuelva a ver al profesor Stevens.

- También lo estoy yo... pero de todos modos debe ir. Ahora déjeme que haga el trabajo que me corresponde, colocando plástico cicatrizante en esos cortes que le hizo el coral.

Franklin iba ya camino de la puerta cuando se detuvo con una brusca y ansiosa pregunta.

- Casi se me olvida... Don está muy interesado en llevarme mañana en el submarino, ¿hay algún problema?

- Oh, no, claro que no. Don es lo bastante mayor para cuidar de usted. Pero regrese a tiempo para coger el avión del mediodía, eso es lo único que le pido.

Cuando Franklin salió de la oficina y las dos habitaciones calificadas exageradamente de «Centro Médico», no sentía ningún resentimiento porque le mandasen fuera de la isla. Le habían tratado con mucha más tolerancia y consideración de lo que esperaba, e incluso quizás de lo que mereciera. Toda la hostilidad que habían sentido hacia él los alumnos menos favorecidos, se había desvanecido de golpe, pero prefería escapar por unos días de una atmósfera que había pasado a ser embarazosamente afable. Le resultaba difícil, sobre todo, hablar sin cierta tensión con Don e Indra.

Pensó otra vez en el consejo del doctor Myers y recordó el estremecimiento que había sentido cuando le dijo «esa chica estúpida está enamorada de usted». Pero sabía que no sería justo, lo sabía, aprovecharse de la situación emocional del momento; sólo podían saber lo que sentían el uno por el otro después de que se hubiesen dado tiempo suficiente para pensarlo con calma. Dicho así, parecía algo demasiado frío y calculado. Si uno está realmente enamorado, ¿debe pararse a medir los pros y los contras?

Sabía cuál era la respuesta a esto. Como había dicho Myers, no podía permitirse cometer un error más. Sería mucho mejor que se tomase el tiempo necesario y llegase a una conclusión segura que arriesgar la felicidad de dos vidas.

Apenas se había alzado el sol sobre los kilómetros de arrecifes que se extendían hacia el Oeste, cuando Don Burley sacó a Franklin de la cama. La actitud de Don hacia él había experimentado un cambio que no resultaba fácil definir. Lo ocurrido le había alterado y desconcertado, y á su modo ostentoso y franco intentaba expresar simpatía y comprensión. Al mismo tiempo, había sido herido en su amor propio; aún no podía creerse del todo que desde el principio Indra estuviese sólo por Franklin, al que nunca había considerado digno rival. No se trataba de que tuviese celos de Franklin; los celos eran una emoción que estaba por encima de él. Le preocupaba descubrir que no comprendía a las mujeres todo lo bien que creía.

Franklin había hecho ya la maleta, y su habitación parecía desnuda y vacía. Aunque se fuese sólo por unos días aquel espacio era tan necesario que no podía dejarse vacante hasta su vuelta. Le estaba bien empleado, se decía a sí mismo filosóficamente.

Don tenía mucha prisa, lo cual no era insólito, pero tenía además un aire conspiratorio, como si hubiese planeado una gran sorpresa para Franklin y estuviese casi infantilmente

ansioso porque saliese todo tal como proyectaba. En cualquier otra circunstancia, Franklin habría sospechado que se trataba de una broma, pero tal explicación no le servía ahora.

El pequeño submarino de instrucción se había convertido ya prácticamente en una extensión de su propio cuerpo, y seguía los rumbos que Don le daba hasta que sabía, por pura visión mental, que estaban en algún punto del canal de diez metros de anchura que había entre el arrecife de Wistari y tierra firme. Don, por alguna razón personal que se negaba a explicar, había desconectado la pantalla principal de sonar de modo que Franklin navegaba a ciegas. Don, por su parte, podía ver todo lo que había en los alrededores utilizando el aparato repetidor que había en la parte trasera de la cabina, y Franklin, aunque de vez en cuando se sentía tentado a echar una mirada atrás, luchaba por resistir tal impulso. Era, después de todo, parte legítima de su entrenamiento; algún día quizás tuviera que pilotar un submarino privado de sus sentidos artificiales por una avería.

- Puedes subir ahora a la superficie - dijo por fin Don.

Intentaba comportarse con indiferencia, pero Franklin percibió en su voz un tono de emoción que no podía ocultar. Franklin accionó los tanques, e incluso sin mirar el medidor de profundidad supo cuándo llegaba a la superficie por el inconfundible balanceo del submarino. No era una sensación cómoda, y esperaba que no estuviesen allí mucho tiempo.

Don echó una mirada a su pantalla privada de sonar, e hizo luego un gesto indicando la escotilla superior.

- Ábrela - dijo -. Vamos a echar un vistazo.

Puede entrar agua refunfuñó Franklin -. Parece que hay mucho oleaje.

- Si estamos los dos en la escotilla, no pasará mucha agua. Ten, ponte este capote. Eso te protegerá del agua - Parecía una idea absurda, pero Don debía de tener sus razones.

Arriba, una pequeña mancha elíptica de cielo parecía la capa exterior de la abierta torreta de observación. Don trepó primero por la escalera; Franklin le siguió, semicerrados los ojos contra el agua pulverizada por el viento.

Sí, Don sabía lo que hacia. No era extraño que estuviese tan deseoso de hacer aquel viaje antes de que Franklin abandonase la isla. Don era a su modo un buen psicólogo, y Franklin sintió una inmensa gratitud hacia él. Pues aquél fue uno de los grandes momentos de su vida; sólo podía recordar otro que se le igualase: el instante en que había visto por primera ver la Tierra, en toda su paralizadora belleza, recortada en el escenario infinitamente distante de las estrellas. y aquella escena inundaba también su

alma de la misma emoción, de la misma sensación de hallarse en presencia de fuerzas cósmicas.

Las ballenas nadaban hacia el norte, y él estaba entre ellas. Durante la noche, los caudillos del rebaño debían haber cruzado el Paso de Queensland, camino de los mares cálidos, para que sus crías pudieran nacer allí seguras. A su alrededor tenía una armada viviente, que surcaba las olas con una potencia sin esfuerzo. Los grandes cuerpos oscuros brotaban humeando del agua y se hundían luego casi sin ruido en el mar. Mientras Franklin miraba, demasiado fascinado para tener sensación de peligro, una de aquellas enormes bestias salió a la superficie a unos doce metros de distancia. Hubo un sonoro silbido de aire cuando el animal vació sus pulmones, y Franklin captó una oleada, afortunadamente débil, de aquel aire fétido. Un ojo ridículamente pequeño se clavó en él, un ojo que parecía perdido en la monstruosa e informe cabeza del monstruo. Durante un instante aquellos dos mamíferos, el bípedo que había abandonado el mar y el cuadrúpedo que había regresado a él, se miraron por encima del abismo evolutivo que les separaba. ¿Qué podía parecer un hombre a una ballena? Franklin se lo preguntó, y se preguntó también si había modo de saber la respuesta. Luego, la titánica masa se zambulló en el mar, y sus grandes aletas caudales se agitaron en el aire, y fluyeron las aguas de nuevo a llenar el súbito vacío.

Un distante retumbar de trueno le hizo mirar hacia tierra. A unos ochocientos metros jugaba los gigantes. Mientras observaba, una forma tan extraña que resultaba difícil relacionarla con ninguna de las películas y dibujos que había visto surgió de las olas con una lentitud que quitaba el aliento, y se mantuvo un instante completamente fuera del agua. Igual que una bailarina de ballet que desafiase en el apogeo de su salto la gravedad, así, por un instante, pareció hacer la ballena colgando sobre el horizonte. Luego, con aquella misma gracia sosegada y serena, inclinóse hacia al mar, y segundos más tarde el ruido del impacto llegó lanzando ecos entre las olas.

La límpida lentitud de aquel inmenso salto le daba una apariencia de sueño, como si se distorsionase de pronto el sentido del tiempo. Ninguna otra cosa transmitía tan claramente a Franklin el inmenso tamaño de las bestias que le rodeaban como móviles islas. Con cierto retraso, se preguntó qué sucedería si una de las ballenas subía a la superficie debajo del submarino, o decidía interesarse demasiado por él...

- No debes preocuparte - le tranquilizó Don -. Saben quiénes somos. A veces vienen y se frotan contra nosotros para quitarse los parásitos, y entonces resulta un poco incómodo. En cuanto a si pueden tropezar con nosotros accidentalmente, saben adónde van muchos mejor que nosotros.

Como para refutar esta afirmación, surgió una vaporosa montaña del mar que lanzó sobre ellos una ducha de agua. El submarino se balanceó violentamente, y Franklin temió por un instante que volcara; luego, recobró el equilibrio y comprendió que podía, literalmente, extender la mano y tocar aquella cabeza incrustada de percebes que descansaba ahora sobre las olas. Aquella boca de fantástica forma se abrió en un prodigioso bostezo, los centenares de tiras de sus dientes se agitaban como las de una persiana con la brisa.

Si hubiese estado solo, Franklin habría estado rígido de miedo, pero Don parecía dominar por completo la situación. Se asomó por la escotilla y gritó hacia el invisible oído de la ballena:

- ¡Quítate de ahí, mamá! ¡No somos tus hijos!

La gran boca con sus colgantes cortinas de hueso cerradas, el ojillo diminuto (extrañamente similar al de la vaca y al parecer no mucho mayor) les miraba con lo que podría haber sido una expresión afligida. Luego, el submarino se balanceó una vez más, y la ballena desapareció.

- Ves, no hay ningún problema - explicó Don - Son animales pacíficos y buenos, salvo cuando tienen con ellos sus crías. Como cualquier otro ganado.

- Pero ¿te acercarías tanto a cualquiera de las ballenas dentadas... los cachalotes, por ejemplo?

- Eso depende. Si fuese un macho resabiado (una auténtica Moby Dick) no me gustaría intentarlo. E igual con las ballenas asesinas; podrían creer que yo era un buen bocado, aunque podría asustarías fácilmente con la sirena. Una vez caí entre un harén de unos doce cachalotes. y a las damas no pareció importarles. aunque algunas tenían ballenatos con ellas. Ni tampoco al viejo, aunque parezca extraño. Supongo que sabía que yo no era un rival - Hizo una pausa pensativo y continuó luego -: Fue la única vez que vi realmente copular a las ballenas. Era un tanto aterrador... Me produjo tal complejo de inferioridad que me dejó fuera de combate durante una semana.

- ¿Cuántas crees que hay en este banco? preguntó Franklin.

Bueno, sobre el centenar. Los contadores del paso nos darán la cifra exacta. Puede decirse que hay por lo menos cinco mil toneladas de la mejor carne y del mejor aceite nadando a nuestro alrededor... Un par de millones de dólares, por lo menos. ¿No te hace sentirte feliz todo este tesoro?

- No - dijo Franklin -. Y no estoy muy seguro de que a ti te suceda lo contrario. Ahora sé por qué te gusta este trabajo, y no hay ninguna necesidad de que finjas otra cosa. Don no intentó siquiera contestar. Permanecieron juntos en la estrecha escotilla, indiferentes a las

gotas de agua que salpicaban su rostro, compartiendo iguales sentimientos y emociones, mientras los más poderosos animales que haya visto el mundo pasaban nadando ante ellos rumbo al norte. Y entonces Franklin supo, con seguridad plena, que su vida se enraizaba en aquel mundo. Aunque le habían sucedido muchas cosas y había perdido algo que nunca dejaría de añorar, había pasado el estadio de inútil congoja y cavilación solitaria. Había perdido la libertad del espacio, pero ganaba la libertad de los mares.

Y eso era suficiente para cualquier hombre.

CAPITULO XI

CONFIDENCIAL: A CONSERVAR EN SOBRE SELLADO

Va adjunto el informe médico sobre Walter Franklin, que ha concluido con éxito su período de instrucción y se ha licenciado como guardián de tercera con las mejores notas que se registran. En vista de ciertas quejas de miembros veteranos de la Rama de Organización y de Personal en el sentido en que hubo informes anteriores que resultaban demasiado técnicos para la mentalidad general, redacto este sumario en lenguaje comprensible hasta para los oficiales administrativos.

Pese a muchos defectos personales, la capacidad intelectual de Walter Franklin le sitúa entre ese pequeño grupo del que deben salir los futuros directores de los departamentos técnicos, grupo tan trágicamente pequeño que, como he indicado con frecuencia, peligrará la existencia misma del estado si no aumenta su tamaño. El accidente que eliminó a Walter Franklin del Servicio Espacial, en el que habría hecho sin duda una excelente carrera, le dejó en plena posesión de su capacidad y talento y nos brindó una oportunidad que habría sido una locura desperdiciar. No sólo nos permitió estudiar lo que luego se convertiría en un caso típico de libro de texto de astrofobia, sino que nos brindó una importante tarea en el campo de la rehabilitación. Muchas veces se han expuesto las analogías que existen entre el mar y el espacio, y un hombre acostumbrado a uno de los dos medios puede fácilmente adaptarse al otro. Pero en este caso las diferencias entre los dos medios son de la misma importancia; a un nivel más simple, el hecho de que el mar sea un fluido sustentador y continuo, en el que la visión se limita siempre a unos metros, dio a W.F. la sensación de seguridad que había perdido en el espacio.

El hecho de que, hacia el final de su periodo de instrucción, intentase suicidarse, puede parecer contradecir, a primera vista, el enfoque que damos al caso y nuestro tratamiento.

No es así: esa tentativa nació de una combinación de factores totalmente imprevisibles (párrafos 57-86 del informe adjunto), y su resultado, como pasa a menudo, fue que mejoro la estabilidad del sujeto. El método elegido para el suicidio es también muy significativo por si mismo y demuestra que habíamos elegido correctamente la nueva vocación de Walter Franklin. Puede, además, ponerse en duda la seriedad de esa tentativa de suicidio; si Walter Franklin hubiera estado realmente decidido a matarse, habría escogido un medio mas simple y seguro de hacerlo.

Ahora que el sujeto ha restablecido (con aparente éxito) su vida emocional, y muestra solo sintamos insignificantes de desequilibrio, confío en que no tengamos mas problemas. Sobre todo, es muy importante que interfiramos con su vida lo menos posible. La independencia y originalidad de su pensamiento, aunque ya no tan acusadas como eran, forman parte fundamental de su personalidad y determinaran en alto grado sus futuros progresos.

Solo el tiempo dirá si todos los esfuerzos empleados en este caso arrojaran un saldo positivo en dólares. Pero aunque así no fuese, quienes en el han trabajado han recibido ya la recompensa de haber colaborado en la reconstrucción de una vida, que sin duda será útil, y quizás de un valor incalculable.

Ian K. Stevens
Director
División de Psiquiatría Aplicada
Organización Sanitaria Mundial

SEGUNDA PARTE - EL GUARDIAN

CAPITULO XII

El segundo guardián Walter Franklin estaba ocupado con su afeitado mensual cuando sonó la llamada de emergencia. Siempre le había parecido sorprendente que, después de tantos años de investigación, los bioquímicos aún no hubiesen descubierto un inhibidor que hiciese desaparecer definitivamente la barba. Pero, de todos modos, no había que ser desagradecido. Tan sólo un par de generaciones atrás, por increíble que pareciese, los hombres se velan obligados a afeitarse cada día, utilizando toda una variedad de instrumentos caros, complicados y a veces mortíferos.

Franklin no se paró a limpiarse la crema de la cara cuando oyó el zumbido del comunicador de alarma. Salió del baño, cruzó la cocina y llegó al vestíbulo antes de que el sonido se apagase y el instrumento iniciase su segunda llamada. Pulsó el botón de recepción, se iluminó la pantalla y en ella vio el rostro familiar de la operadora del cuartel general, que parecía turbada.

- Debe usted acudir enseguida, señor Franklin - dijo apresuradamente la muchacha.

- Pero ¿que pasa?

- Es en las granjas, señor. Se ha roto la valla en algún sitio y han penetrado los rebaños. Están comiéndose los cultivos de primavera, y hay que sacarlos de allí lo más pronto posible.

- Vaya, ¿no es más que eso? - dijo Franklin -. Estaré en el muelle en diez minutos.

Era una emergencia sin duda, pero no era una emergencia que le emocionase mucho. Por supuesto, los de la sección de granjas debían estar gimiendo al ver que su cuota de producción descendía a mordiscos de miles de toneladas. pero, en el fondo Franklin estaba de parte de las ballenas. Si hablan conseguido penetrar en las grandes praderas de plancton, mejor para ellas.

- ¿Qué pasa? preguntó Indra, levantándose de la cama. Su pelo, largo y oscuro, resultaba atractivo incluso a aquella hora de la mañana, colgando en lustrosas guedejas sobre sus hombros. Franklin le explicó lo que pasaba y ella pareció preocuparse.

- Es un problema más grave de lo que tú crees - dijo -. Si no actúas rápido las ballenas pueden ponerse muy enfermas. El volteo de primavera se ha hecho hace sólo dos semanas, y es el mayor que hemos tenido. Así que tus glotones animalitos estarán atiborrándose estúpidamente.

Franklin comprendió que ella tenía toda la razón. Las granjas de plancton no eran asunto suyo, constituían una sección completamente independiente de la División Marítima. Pero sabía mucho sobre ellas, pues eran un método alternativo, y en cierto modo rival, de obtener alimentos del mar. Los entusiastas del plancton afirmaban, no sin razón, que los cultivos resultaban más eficaces que la ganadería, pues las propias ballenas se alimentaban del plancton y se hallaban, en consecuencia, situadas mucho más abajo en la cadena alimentaria. ¿Por qué desperdiciar diez kilos de plancton, argumentaban, para producir uno de carne de ballena, si se podía cosechar el plancton directamente?

Esta polémica se había prolongado por lo menos veinte años, y hasta el momento ninguna de las dos partes podía decir que hubiese ganado. A veces, la discusión había sido muy agria, como repitiendo, a una escala infinitamente mayor y más sofisticada, la

rivalidad de los agricultores y los barones ganaderos en la época en que se colonizó el Medio Oeste Norteamericano. Pero, por desgracia para los hacedores de mitos, los departamentos rivales de la División Marítima y de la Organización Mundial de Alimentos luchaban entre sí sólo con comunicados oficiales y las eficaces pero poco espectaculares armas de la burocracia. No sonaban los revólveres en aquella disputa, y si la valla se rompía, se debería a cuestiones puramente técnicas, y no a un sabotaje nocturno...

La vida depende toda ella de la vegetación, tanto en el mar como en la tierra. Y la vegetación del contenido mineral del medio en que crece: de nitratos, fosfatos y demás elementos químicos básicos. En el océano, estas sustancias vitales tienden siempre a acumularse en lo profundo, donde no penetra la luz. gracias a la cual las plantas pueden existir y crecer. Los primeros centenares de metros superiores del mar son la fuente primaria de su vida; por debajo de ese nivel todo depende, directa o indirectamente, de los alimentos formados arriba.

Por la primavera, cuando el calor del nuevo año desciende al océano, las aguas de las profundidades, en respuesta a ese sol invisible, expanden y elevan hacia la superficie billones de toneladas de las sales minerales que contienen. Fertilizadas así por los alimentos que brotan de las oscuras profundidades, y por los rayos del sol que cae a ellas del cielo, las plantas flotantes se multiplican con explosiva violencia, y las criaturas que nadan entre ellas florecen también. Así es la primavera en los prados marinos.

Este ciclo se había repetido por lo menos mil millones de veces antes de que el hombre apareciese en escena. Y ahora el hombre lo había alterado. No contento con el flujo de minerales que la naturaleza entregaba espontáneamente, había situado sus generadores atómicos en puntos estratégicos de las profundidades marinas, y el calor que producían forzaba a las inmensas fuentes sumergidas a derramar sus tesoros químicos hacia el sol fructificador. Esta aceleración artificial de los procesos naturales había sido una de las aplicaciones de la energía nuclear más inesperadas y productivas. Por este medio la cosecha del mar había aumentado en casi un diez por ciento.

Y ahora las ballenas procuraban afanosamente restaurar el equilibrio.

El problema se solucionaría en una operación combinada mar-aire. Disponían de muy pocos submarinos, y eran demasiado lentos para realizar aquella tarea sin ayuda. Tres de ellos (incluido el submarino monoplaza de Franklin) serían transportados al lugar por un avión de carga que los haría descender al mar y luego cooperaría siguiendo los movimientos de las ballenas desde el aire, si se dispersaban tanto que el sonar de los submarinos no pudiera localizarlas. Otros dos aviones intentarían también espantarlas

arrojando generadores de ruidos entre ellas, aunque era una técnica que nunca había funcionado bien y nadie esperaba realmente que ahora funcionase.

A los veinte minutos de sonar la alarma, Franklin contemplaba la enorme planta de procesado de alimentos de Pearl Harbor desde el carguero que le conducía hacia el cielo. A pesar del tiempo transcurrido, no le gustaba gran cosa volar y lo evitaba cuando podía. Pero ya no le inquietaba y podía mirar sin temor el mundo a sus pies.

A unos ciento cincuenta kilómetros al este de Hawai, el mar pasaba bruscamente del azul al oro. Los móviles campos, con la primera cosecha del año, cubrían el Pacifico hasta perderse en el horizonte, y no mostraban signo alguno de concluir mientras el avión avanzaba rápidamente hacia el sol naciente. De vez en cuando las estelas de más de kilómetro y medio de longitud de las cosechadoras flotantes cortaban la superficie como enigmáticos juguetes de algún niño gigante, y junto a ellas, más pequeñas y compactas. Veíanse las balsas y pontones del equipo de concentración. Era una visión impresionante, aun en aquella era de obras de ingeniería gigantescas. pero no conmovía a Franklin. No podía sentirse emocionado ante la visión de un millón de toneladas de diatomeas y camarones... aunque supiese que alimentarían a un cuarto de la raza humana.

- Pasamos ahora sobre el Corredor Hawaiano - dijo el piloto por el altavoz -. De aquí a un minuto llegaremos.

- Ya lo veo - dijo uno de los otros guardianes, inclinándose por delante de Franklin y señalando al mar. - Allí están. Corriéndose la mayor juerga de su vida.

Ante aquel espectáculo los pobres agricultores debían de estar tirándose de los pelos. Franklin recordó de pronto una vieja nana que no rememoraba desde hacia por los menos treinta años.

Muchachito triste, ve y toca tu cuerno

La vaca está en el maizal, en el prado los corderos.

No había duda de que las vacas estaban en el maizal, y el muchachito triste iba a tener que trabajar duro para sacarías de allí. Abajo, minadas de estrechas ringleras desaparecían en el amarillo mar sin limites por donde las lentas montañas móviles pasaban devorando los ricos cultivos de plancton. Una línea azul de agua despejada señalaba el rastro de cada ballena en su recorrido por lo que debía ser un paraíso de cetáceos... Paraíso del que Franklin tenía que sacarlas lo más pronto posible.

Los tres guardianes. tras un comunicado final por radio, abandonaron la cabina y pasaron a la bodega, donde estaban ya los pequeños submarinos colgando de los pescantes que permitirían bajarlos hasta el mar. La operación no ofrecía ninguna

dificultad. Lo que no resultaría ya tan fácil sería poder recogerlos de nuevo, y si el mar se picaba quizás tuviesen que regresar por su cuenta.

Resultaba extraño estar dentro de un submarino en un avión, pero Franklin tenía poco tiempo para tales pensamientos mientras comprobaba los instrumentos del aparato. Luego el altavoz de su panel de control dijo: «Descendiendo a diez metros; ahora abrimos las escotillas de la bodega. Submarino número uno, dispuesto». Franklin era el número dos; el avión de carga se mantenía tan inmóvil y las cabrias realizaban el descenso tan suavemente que no sintió ni siquiera el impacto cuando el submarino se introdujo en su elemento natural. Luego las tres embarcaciones enfilaron la rutas que les hablan asignado, como perros pastores mecánicos rodeando un rebaño.

Casi inmediatamente, Franklin comprendió que aquella operación no iba a ser tan simple como parecía. El submarino atravesaba un espeso caldo que eliminaba completamente la visión, e incluso afectaba gravemente al sonar... Y, lo que aun era más grave, afectaba también a los motores. No podía permitirse averiar el sistema de propulsión, así que lo mejor sería descender bajo la capa de plancton y no salir a la superficie si no era absolutamente necesario.

A cien metros de profundidad el agua estaba simplemente sucia, y aunque la visión seguía siendo nula, podía desarrollar buena velocidad. Se preguntaba si las glotonas y alegres ballenas que había sobre su cabeza sabían de su proximidad y comprendían que el festejo tocaba a su fin. Pudo ver en la pantalla de sonar sus luminosos ecos que se movían lentamente a lo largo del espejo fantasmal del límite aire-agua que sus rayos sónicos no podían penetrar. Era extraño lo similar que parecía la superficie del mar desde abajo al ojo desnudo y a los sentidos acústicos del sonar.

Los pequeños ecos, característicamente compactos, de los otros dos submarinos, recorrían los flancos del desparramado rebaño. Franklin miró el cronómetro. En menos de un minuto tenía que comenzar la acción. Conectó los micrófonos externos y escuchó las voces del mar. ¡Cómo puede decir nadie que el mar es silencioso! Hasta el limitado oído del hombre puede detectar muchos de sus sonidos: el raspar de garras quitinosas, el gemido de las grandes peñas agitadas y batidas por el océano, el chirriar de los langostinos, el «click» inconfundible de la cola del tiburón cuando súbitamente cambia el rumbo. Y éstos son sólo los sonidos del espectro audible; para escuchar toda la música marina uno debe ir mucho más abajo y mucho mas arriba del campo auditivo humano. Lo cual para los convertidores de frecuencia del submarino era una tarea bastante fácil; si lo deseaba, Franklin podía captar cualquier sonido entre casi un millón de ciclos por segundo y vibraciones tan lentas como la apertura de una vieja puerta enmohecida.

Conectó el receptor e inmediatamente comenzó a interpretar los infinitos mensajes que llegaban a la pequeña cabina del acuático mundo exterior. Desechó inmediatamente los ruidos producidos por el hombre. El sonido de su propio submarino y los ecos más distantes de sus compañeros quedaron prácticamente eliminados por los filtros especiales destinados a este propósito. Pero podía detectar los silbidos de los tres aparatos de sonar (el suyo casi anulando a los otros), y tras ellos el desmayado y lejano bip bip bip del Corredor Hawaiano. La doble valía prevista para canalizar a las ballenas a través de las explotaciones agrícolas marinas lanzaba sus pulsaciones a intervalos de cinco segundos, y aunque la porción más próxima de la valía no funcionase, se podían oír claramente los sonidos de las partes más distantes de la barrera sónica. Las pulsaciones llegaban curiosamente distorsionadas y fundidas en un eco desmayado y continuo en el que cada nueva onda sonora iba seguida inmediatamente de las desmayadas ondas de regiones más remotas de la barrera. Franklin podía apreciar cómo las pulsaciones llegaban desde la distancia, igual que cuando se oye el retumbar del trueno recorrer el cielo.

Sobre este fondo, los sonidos del mundo natural parecían más agudos y claros. Llegaban en todas direcciones, sin un instante de silencio, los chillidos y gemidos agudos de las ballenas que hablaban entre sí o simplemente expresaban su animación y su gozo. Franklin era capaz de distinguir las voces de los machos y de las hembras, pero no llegaba al punto de algunos especialistas que podían identificar a los individuos e incluso interpretar lo que querían decir.

No hay en el mundo sonido más extraño que los gritos de un rebaño de ballenas, cuando uno se mueve entre ellas en las profundidades del mar. Franklin no tenía más que cerrar los ojos para imaginarse que se había perdido en un bosque plagado de demonios y que le rodeaban fantasmas y espectros; si Hector Berlioz hubiese oído aquel coro fúnebre, habría sabido que la Naturaleza se había anticipado ya a su Sueño del Aquelarre.

Pero las cosas sólo resultan extrañas cuando uno no está familiarizado con ellas, y aquel sonido era ahora parte de la vida de Franklin. Ya no le producía pesadillas, como le sucediera al principio. En realidad, la principal emoción que ahora le inspiraba era de simpático afecto, junto con una ligera sorpresa al ver que animales tan enormes pudiesen producir aquellos chillidos en falsete.

Había, sin embargo, un recuerdo que le evocaba a veces el sonido del mar. No tenía ya poder para herirle, aunque podía despertarle a veces una aguda tristeza. Recordaba el tiempo pasado en los departamentos de señales de las naves y las estaciones espaciales, escuchando las ondas de radio mientras los monitores recorrían el espectro en su control

automático. A veces, era, como esas mismas voces fantasmales que gritaban en la noche, el rumor de naves distantes o de señales, o los torrentes de código de alta velocidad, cuando las colonias hablaban con la Madre Tierra. Y siempre podía oírse, como perpetuo murmullo de fondo en los débiles transmisores del hombre, el susurro interminable de las propias estrellas y galaxias que empapaban de radiaciones todo el universo.

La manecilla del cronómetro quedó situada junto al punto cero. No había marcado aun el primer segundo cuando el mar estalló en una infernal cacofonía: una ululación que subía y caía y que hizo que Franklin se lanzara rápidamente hacia el control volumétrico. Habían arrojado ya las minas sónicas, y Franklin lo sentía por las desdichadas ballenas que se hallasen lo bastante cerca de ellas. Casi inmediatamente, comenzaron a alterarse las imágenes de la pantalla, y las aterradas bestias empezaron a huir presas de pánico. Franklin observaba con detenimiento, dispuesto siempre a disuadir a cualquier sector del rebaño que pudiese no hallar el agujero de la valía e intentase volver a los campos.

«Deben haber perfeccionado los generadores de ruidos», pensó Franklin, «pues la última vez que intentaron utilizarlos no funcionaron tan bien, o quizás estas ballenas sean más dóciles». Sólo unas cuantas rezagadas intentaron escurrirse, y en menos de diez minutos consiguieron conducirlas por el camino recto y hacerlas volver a pasar el agujero de la cerca con las sirenas de los submarinos. Media hora después de arrojar las minas, todo el rebaño había pasado por el agujero invisible de la valía, y corría de nuevo por el estrecho corredor. Los submarinos no tenían sino, que permanecer por allí hasta que los ingenieros hicieran las reparaciones precisas y la cortina sónica quedara nuevamente completa.

Nadie podía proclamar que aquello fuese una ilustre victoria. Solamente era otro día de trabajo, una insignificante batalla de una campaña interminable. El nerviosismo de la persecución había desaparecido, y Franklin se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que el cargador les alzara del mar y les llevara de regreso a Hawai. Teóricamente aquel era su día libre, y había prometido llevar a Peter a Waikiki para empezar a enseñarle a nadar.

Incluso cuando sólo está a la espera, un buen guardián nunca aparta su atención mucho tiempo de la pantalla de sonar. Cada tres minutos, de modo automático, Franklin conectaba la sonda de gran alcance y desviaba el transmisor hacia el fondo del mar, simplemente para tener constancia de lo que sucedía a su alrededor. Estaba seguro de que sus colegas hacían exactamente lo mismo, mientras se preguntaban cuánto tardarían en recogerles...

En el límite mismo de su alcance, a unos quince kilómetros de distancia y a más de tres de profundidad, un desmayado eco arañaba el borde de la pantalla. Franklin lo contempló con cierto interés; luego enarcó las cejas perplejo. Tenía que ser algo insólitamente grande para resultar visible a tal distancia... algo tan grande como una ballena... pero ninguna ballena podía nadar a tal profundidad; aunque se habían encontrado ballenas espermáticas a casi kilómetro y medio de profundidad, aquello quedaba fuera del límite al que podían operar, pese a las fabulosas inmersiones que realizaban. ¿Un tiburón de aguas profundas? Pudiera ser, pensó Franklin, pero nada me impide comprobarlo.

Centró la pantalla en el eco distante, y amplió la imagen cuanto permitía sus instrumentos. Quedaba demasiado lejos para captar detalles, pero pudo advertir que se trataba de un objeto fino y largo... y que se movía con gran rapidez. Lo contempló un instante y luego llamó a sus colegas. No se recomendaba la charla innecesaria durante las operaciones, pero aquél era un pequeño misterio que le intrigaba.

- Submarino dos llamando - dijo -. He localizado un gran eco a ciento ochenta y cinco grados, quince kilómetros, y una profundidad de dos kilómetros y medio. Parece otro submarino. ¿Sabéis si hay alguien operando por allí?

- Submarino uno llamando a submarino dos - llegó la primera respuesta -. Queda fuera de mi alcance. Puede ser un submarino del departamento de Investigación. ¿Qué tamaño dices que tiene tu eco?

- Unos treinta metros de longitud. Quizá más. Y avanza a unos diez nudos.

- Submarino tres llamando. No hay ningún submarino de investigación por allí. El Nautilus IV está en reparación, y el Cousteau en el Atlántico. Lo que has localizado debe de ser un pez.

- No hay peces de ese tamaño. ¿Me dais permiso para ir tras él? Creo que debería echarle un vistazo.

- Permiso concedido - contestó el submarino uno -. Nos quedaremos aquí. No perdamos contacto.

Franklin enfiló rumbo sur, a máxima velocidad. El eco tras el que corría estaba ya demasiado profundo para poder alcanzarlo, pero siempre existía la posibilidad de que volviese hacia la superficie. Aunque no lo hiciera, podría obtener una imagen mucho más clara en cuanto acortase la distancia.

Llevaba recorridos unos tres kilómetros cuando se dio cuenta de que su presa se le escapaba inevitablemente. No había duda; o bien había detectado las operaciones de su motor o bien su sonar, y descendía a gran velocidad hacia el fondo. Logró situarse a unos seis kilómetros y entonces la señal se perdió en una masa confusa de ecos del lecho del

océano. La última visión que tuvo del fugitivo confirmó su primera impresión de gran longitud y relativa delgadez, pero no le permitió determinar detalles de su estructura.

- Así que se te escapó - dijo el submarino uno -. Ya me suponía que ocurriría.

- ¿Entonces sabes lo que era?

- No, nadie lo sabe. Y si quieres un consejo, no hables a ningún periodista de eso. Si lo haces, no te dejarán en paz.

Momentáneamente paralizado por el asombro, Franklin contempló el pequeño altavoz del que habían brotado las palabras. Así que no le tomaban el pelo, como había creído siempre. Recordó las historias oídas en el bar de Isla Heron siempre que los guardianes se reunían después del trabajo. Se había reído de ellos entonces, pero ahora sabía que aquellas historias eran ciertas. Aquel eco escurridizo que se había puesto rápidamente fuera de su alcance era nada menos que la Gran Serpiente Marina.

Indra, que aún trabajaba en el Acuario Hawaiano cuando sus deberes de ama de casa se lo permitían, no se impresionó tanto como su marido esperara. De hecho, su primer comentario le resultó a Franklin un poco decepcionante.

- Si, pero ¿qué clase de serpiente marina? Sabrás que hay tres tipos completamente distintos.

- Pues no, no lo sabía.

- Bueno, pues en primer lugar hay una anguila gigante a la que se ha visto en tres o cuatro ocasiones, aunque nunca se la identificó adecuadamente, y de la que se capturó una larva en la década de 1940. Se sabe que alcanza los veinte metros de longitud, y para muchos es toda una serpiente marina. Pero la realmente espectacular es la Regalecus Geisne. Tiene, al aparecer, la cara como de caballo, una cresta de brillantes plumas rojas como el tocado de un indio, y un cuerpo de serpiente que puede alcanzar los veinticinco metros. Considerando que sabemos que estas cosas existen, ¿por qué esperas que nos sorprendamos de lo que pueda producir el mar?

- ¿Y cuál es el tercer tipo que mencionaste?

- Se trata de un tipo que no hemos ni identificado ni siquiera descrito. Simplemente lo llamamos X, porque la gente aún se ríe cuando alguien habla de serpientes marinas. Lo único que sabemos es que indudablemente existe, que es sumamente escurridiza y que vive en aguas muy profundas. Algún día capturaremos un ejemplar, pero probablemente sea por pura casualidad.

Franklin estuvo muy pensativo el resto de la velada. No le gustaba admitir que, pese a todos los instrumentos que el hombre utilizaba para escudriñar el mar, pese al constante patrulleo que él realizaba por las profundidades, el océano mantuviese secretos y pudiese

retenerlos aún durante siglos Y él sabía que, aunque quizás nunca volviese a verlo, le acosaría siempre el recuerdo de aquel eco lejano e inquietante que bajaba rápidamente hacia los abismos que constituían su hogar.

CAPITULO XIII

Respecto al encanto de la vida de un guardián, hay muchos malentendidos. Franklin nunca los había compartido, por lo que ni se sorprendió ni se desilusionó al ver que la mayor parte de su tiempo transcurría en largos y tranquilos patrulleros por mar abierto. En realidad, les daba la bienvenida. Le proporcionaban tiempo para pensar, aunque no para cavilar... y fue en esas misiones solitarias en el corazón vivo del Océano donde ahuyentó sus últimos miedos y curaron por fin sus heridas mentales.

El año del guardián se programaba en función del régimen de la migración de las ballenas, pero tal régimen variaba a medida que se vallaban y fertilizaban nuevas áreas del océano. Podía pasarse el verano navegando cautamente entre el hielo, y el invierno cruzando en una y otra dirección el Ecuador. Operaba a veces desde las estaciones costeras, y otras desde bases móviles como el Rorcual, el Pequod o el Cachalote. En una estación podría estar consagrado totalmente a las grandes ballenas dentadas o a las barbudas, que literalmente sorbían del mar su alimento mientras nadaban, con la boca abierta, por el rico caldo de plancton. Y en otra estación le tocaría tratar con sus primos, tan distintos, los feroces cetáceos dentados de los que las ballenas espermáticas eran los más destacados representantes. No eran éstas mansas herbívoros, sino que perseguían y se disputaban sus monstruosas presas en las profundidades sin luz, a casi un kilómetro de los últimos rayos de sol.

Había semanas, e incluso meses, en que un guardián no veía siquiera una ballena. La oficina tenía muchas tareas en que emplear u equipo y su personal, y éstas no se reducían a los cetáceos. Todo el que tuviese relación con el mar acababa acudiendo, tarde o temprano, a la Oficina de Ballenas en busca de ayuda. A veces, estas peticiones eran trágicas; varias veces al año habían de enviar submarinos a la búsqueda, normalmente inútil, de exploradores y deportistas ahogados.

Por otra parte. corría la historia de que un senador había pedido una vez a la oficina de Sydney que localizase su dentadura postiza, perdida cuando las olas de Bondi le derribaron. Se decía que le habían enviado, con gran prontitud, las grandes mandíbulas

de un tiburón tigre, con una nota exculpatoria que decía que eran aquellos los únicos dientes que hablan encontrado tras una intensa búsqueda en la playa de Bondi.

Algunas de las tareas que se encomendaban a los guardianes tenían cierto encanto, y todos deseaban desempeñarías. Una sección muy pequeña y muy escasa de personal de la Oficina de Pesquerías tenía a su cargo la extracción de perlas, y durante la estación de calma se permitía a veces a los guardianes abandonar su misión normal para ayudar en las zonas perlíferas.

Franklin hizo uno de tales viajes al Golfo Pérsico. Era un trabajo simple, no muy distinto de la jardinería, y como exigía sumergirse en profundidades no superiores a los setenta metros se utilizaba equipo sencillo de aire comprimido y el buceador empleaba un torpedo para moverse. Las mejores áreas perlíferas se habían repoblado cuidadosamente con razas selectas, y el principal problema era proteger a la ostra de sus enemigos naturales, sobre todo del pez estrella y de la raya. Una vez maduras, las recogían y las subían a la superficie para inspección, uno de los pocos trabajos que nadie había logrado mecanizar. Toda perla descubierta pertenecía, claro está, a la Oficina de Pesquerías. Pero las mujeres de todos los guardianes a quienes se encomendaba esta tarea lucían al poco tiempo collares y joyas de perlas... Indra no era una excepción a esta regla.

Recibió su collar el día que dio a luz a Peter, y con la llegada de su hijo le pareció a Franklin que el antiguo capítulo de su vida se había cerrado definitivamente.

No era así, desde luego; jamás podría olvidar (ni lo deseaba) que Irene le había dado a Roy y a Rupert, en un mundo tan remoto ahora para él como un planeta de la más lejana estrella. Pero el dolor de aquella separación irrevocable se había aplacado al fin, pues ninguna aflicción es eterna.

Estaba contento, aunque le molestaba al principio de que no se pudiese hablar con Marte, ni, en realidad, con ningún lugar del espacio situado más allá de la órbita de la Luna. El defasaje de seis minutos debido al tiempo empleado por las ondas electromagnéticas para cubrir la distancia interplanetaria, eliminaba la posibilidad de una conversación, lo que le ahorraba la tortura de sentirse en presencia de Irene y los muchachos a través del visófono. Por Navidad in intercambiaban cintas grabadas en las que hablaban de los acontecimientos del año; aparte de alguna carta esporádica, era éste el único contacto personal que persistía, y el único que Franklin necesitaba.

No había modo de saber si Irene se había adaptado a su práctica viudez. Los muchachos ayudaban sin duda, pero a veces Franklin hubiese preferido saberla casada otra vez, tanto por él como por ella. Sin embargo nunca había logrado sugerírselo, y ella siempre había eludido la cuestión, al dar él indicios de querer hacerlo.

¿La molestaba Indra? Tampoco era fácil responder a esto. Quizás algunos celos fuesen inevitables; la propia

Indra, en las disputas ocasionales del matrimonio, dejó bien claro que a veces la molestaba la idea de ser la segunda mujer en la vida de Franklin.

Tales disputas eran raras, y tras el nacimiento de Peter aún más. La pareja casada forma un sistema dinámicamente inestable basta que la llegada del primer hijo convierte el dúo en un trío.

Franklin era feliz del modo que siempre había deseado serlo. Su familia le proporcionaba la seguridad emocional que necesitaba; su trabajo el interés y la aventura que había buscado y perdido en el espacio. Había más vida y más maravillas en el mar que en todas las millas interminables y vacías que separaban los mundos, y su corazón apenas si añoraba la belleza azul de la tierra creciente, la retorcida niebla argentada de la Vía Láctea, o la tensa emoción del aterrizaje en las lunas de Marte tras una larga travesía.

El mar había empezado a conformar su vida y su pensamiento, como a todos los hombres dignos de mandar en sus aguas y aprender sus secretos. Se sentía emparentado con todas las criaturas que se movían en el seno del mar, aunque fuesen enemigos y fuese su deber destruirlos. Pero sobre todo, sentía una simpatía y una reverencia casi mística, que medio le avergonzaba, por las grandes bestias cuyos destinos controlaba.

El creía que la mayor parte de los guardianes compartían ese sentimiento, aunque evitaban cuidadosamente admitirlo en sus conversaciones. Lo más que llegaban era a acusarse de estar «aballenados», término un tanto indefinible cuyo sentido podría resumirse en actuar más como ballena que como hombre en una situación dada. Era un sello identificador sin el que ningún guardián podía ser realmente bueno en su trabajo, aunque a veces pudiese resultar algo exagerado. El ejemplo clásico (que todo el mundo juraba auténtico) era el del viejo guardián que tenía la sensación de ahogarse a menos que sacase el submarino a resoplar a la superficie cada diez minutos.

Los guardianes, a quienes se consideraba, y que se consideraban a sí mismos, la elite del ejército de especialistas submarinos del mundo, habían de acudir siempre que se planteaba una tarea insólita que radie quería realizar. A veces estos trabajos eran tan suicidas que se hacía necesario explicar al presunto cliente que debía hallar otro medio de resolver su problema.

Pero a veces, como no había otro medio, debían correr el riesgo. La oficina aún recordaba que allá por el año veinte el Comandante Kircher había tenido que penetrar en los canales gigantes a través de los cuales penetraba el agua fría en la planta energética

que abastecía a medio continente sudamericano. Se había soltado una rejilla del filtro y no había otro modo de fijarla que desplazando a un hombre allí. Con el cuerpo sujeto por poderosas sogas para que la corriente no le arrastrase entre las instalaciones, Kircher había descendido a la rugiente oscuridad. Logró hacer su trabajo y regresar sano y salvo. Pero fue la última vez que se sumergió bajo el agua.

Las misiones de Franklin habían sido por el momento bastante convencionales; no había tenido que enfrentar nada tan escalofriante como lo de Kircher, y no sabía cómo reaccionaría si se presentaba la ocasión. Por supuesto, siempre podía prescindir de una tarea que implicase riesgos anormales; su contrato era muy claro en este punto. Pero la «cláusula suicida», como sardónicamente se la llamaba, era en realidad letra muerta. Cualquier guardián que la invocase, salvo en circunstancias muy extremas, no incurriría en desgracia ante sus superiores, pero le resultaría muy difícil seguir viviendo con sus colegas.

La primera operación de Franklin que se salía de la rutina tardó casi cinco años en llegar: cinco años de ajetreo y trabajo pero curiosamente tranquilos en una visión retrospectiva. De cualquier modo, cuando esa primera operación llegó, compensó sobradamente la demora.

CAPITULO XIV

El tesorero jefe dejó sus tablas y mapas sobre la mesa, y contempló triunfalmente a la pequeña audiencia por encima de sus viejas gafas.

- Verán, pues, caballeros - dijo - que no hay duda alguna al respecto. En esta zona de aquí - señaló de nuevo en el mapa - la mortalidad entre las ballenas espermáticas ha sido anormalmente elevada. No se trata ya de las habituales variaciones incontroladas de los números del censo. Durante las emigraciones de los últimos cinco años, un máximo de nueve y un mínimo de dos ballenas han desaparecido en esta pequeña zona.

Como saben todos muy bien, la ballena espermática no tiene enemigos naturales, salvo las orcas, que a veces atacan a hembras pequeñas con crías. Pero estamos absolutamente seguros de que ningún rebaño de ballenas asesinas ha irrumpido en esta zona en varios años, y han desaparecido por lo menos tres machos adultos. En nuestra opinión eso sólo deja una posibilidad.

»El lecho marino se halla en esta zona a unos mil trescientos metros, lo cual significa que una ballena espermática podría llegar a él en unos minutos para cazar por el fondo

antes de tener que volver a buscar aire. Ahora bien, dado que se ha descubierto que se alimentan casi exclusivamente de calamares, los naturalistas se preguntan si no habrá un calamar que pueda ganar siempre cuando le ataca una ballena. La opinión general no lo creía posible, porque la ballena es mucho mayor y mucho más poderosa.

»Pero hemos de recordar que ni siquiera hoy sabemos el tamaño que puede alcanzar un calamar gigante. La Sección de Biología me dice que se han encontrado tentáculos del Bathyteutis Maximus de hasta veintisiete metros de longitud. Además, el calamar sólo tendría que sujetar a una ballena en el fondo durante unos minutos, con esta profundidad, y el animal se ahogaría antes de llegar a la superficie. Así que hace un par de años formulamos la teoría de que en esta zona debe de vivir por lo menos un calamar anormalmente grande. Y, ejem, lo bautizamos con el nombre de Percy.

»Hasta la semana pasada Percy era sólo una teoría. Entonces, como saben, se encontró muerta en la superficie a la ballena S.87693, muy magullada y con el cuerpo cubierto por los costurones típicos de las ventosas y garras del calamar. Me gustaría que viesen estas fotografías.

Sacó una serie de grandes y brillantes fotos de la cartera y fue pasándolas. Cada una de ella mostraba una porción de cuerpo de ballena cruzado de blancas rayas y círculos perfectamente redondos. En medio de la imagen aparecía, incongruentemente, una regla que daba idea de la escala.

- Esas, caballeros, son las señales de las ventosas. Llegan a alcanzar veinte centímetros de diámetro. Creo que podemos decir que Percy ya no es una teoría. La cuestión es:

¿Qué hacer con él? Está costándonos un mínimo de veinte mil dólares al año. Agradecería cualquier sugerencia.

Hubo un breve silencio mientras el grupito de funcionarios contemplaba pensativo las fotos. Luego, el director dijo:

- Le he pedido al señor Franklin que viniese a darnos su opinión. ¿Qué dice usted, Walter? ¿Podría coger a Percy?

- Si puedo encontrarlo, sí. Pero el fondo es muy accidentado y podría ser una larga búsqueda. No podría utilizar un submarino normal, claro... a esa profundidad no habría margen de seguridad, sobre todo si Percy nos daba un abrazo; por cierto, ¿qué tamaño le calculan?

El tesorero jefe, normalmente tan locuaz con las cifras, vaciló claramente un instante antes de responder.

- El cálculo no es mío - dijo disculpándose -. Pero los biólogos dicen que pueden tener cincuenta metros de longitud.

Hubo unos silbidos apagados, pero el director no pareció impresionarse. Estaba convencido hacia mucho de que era verdad el viejo dicho de que había en el mar peces mayores de los que se hubiesen cogido nunca. Sabía también que, en un medio donde la gravedad no marca límite alguno a la estatura, un animal podía estar creciendo indefinidamente mientras pudiese eludir la muerte. De todos los animales marinos, el calamar gigante quizás fuese el más a salvo de cualquier ataque. Ni siquiera su enemigo la ballena espermática podía alcanzarle si permanecía por debajo de los mil trescientos metros.

- Hay docenas de formas de matar a Percy si podemos localizarlo - intervino el biólogo jefe -. Explosivos, veneno, electrocución... cualquiera servirla; pero, a menos que no haya alternativa, creo que deberíamos evitar matarlo. Debe de ser uno de los animales más grandes de este planeta. Sería un crimen asesinarlo.

- ¡Por favor, doctor Robert! - protestó el director -. He de recordarle que esta oficina sólo trabaja en la producción de alimentos... no en investigar la conservación de animales que no sean las ballenas. Y no creo que asesinar sea un término muy adecuado tratándose de un gigantesco molusco.

El doctor Robert no pareció muy afectado por esta pequeña reprimenda.

- Estoy de acuerdo, señor - dijo animosamente - en que nuestra principal tarea es la producción de alimentos, y en que hemos de tener en cuenta los factores económicos. Pero no olvide que estamos cooperando de continuo con el Departamento de Investigación Científica, y éste parece uno de los casos en que podemos trabajar juntos para ventaja mutua. De hecho, podríamos incluso obtener un beneficio a la larga.

- Continúe - dijo el director, con un ligero parpadeo de ojos. Se preguntaba qué ingenioso plan habrían cocinado aquellos científicos, que teóricamente trabajaban para él, de acuerdo con los del departamentos de investigación.

- Jamás se ha capturado un calamar gigante vivo - prosiguió el doctor Robert -, simplemente porque nunca hemos dispuesto de los instrumentos adecuados. Seria una operación cara, pero ya que de todos modos tenemos que cazar a Percy, el coste adicional no seria muy elevado. Así que propongo que le cojamos vivo.

Nadie se molestó en preguntar cómo. Si el doctor Robert decía que era posible, significaba que ya había ideado un plan de campaña. Los directores, como solían, pasaron por alto los pequeños detalles técnicos de la operación de elevar varias

toneladas de belicoso calamar desde la profundidad de una milla, y pasaron directamente a lo más importante.

- ¿Pagará Investigación una parte? ¿Qué hará usted con Percy cuando se haya capturado?

- Investigación proporcionará, extraoficialmente, el equipo adicional, si nosotros aportamos submarinos y pilotos. Necesitaremos también ese dique flotante que Mantenimiento nos prestó el año pasado. Es lo bastante grande para contener dos ballenas, así que sin duda servirá para un calamar. Habría que hacer algún gasto adicional... una planta de aireación para el agua, barreras electrificadas para que Percy no escape. En realidad, sugiero que se utilice el muelle como laboratorio mientras estudiamos al animal.

- ¿Y después de eso?

- Bueno, podemos venderlo.

- Me parece que no debe de haber mucha demanda de calamares de cincuenta metros como animalitos caseros.

Como un actor que lanza su mejor parlamento, el doctor Robert sacó su último triunfo.

- Si podemos entregar a Percy vivo y en buenas condiciones, Marinalandia pagará cincuenta mil dólares por él. Esa es la primera oferta informal que me hizo el profesor Milton esta mañana cuando hablé con él. Estoy seguro de que podemos conseguir más; me preguntó incluso si no podríamos acordar una especie de porcentaje. Después de todo, un calamar gigante sería la mayor atracción que haya tenido nunca Marinalandia.

- Ya nos bastaba con Investigación - gruñó el director -. Ahora parece que intenta meternos en el negocio del espectáculo. De cualquier modo, por lo que a mí respecta me parece factible. Si tesorería puede convencerme de que el proyecto no es demasiado caro, y si no surge ningún otro problema, podemos seguir adelante. Siempre, claro está, que el señor Franklin, y sus colegas piensen que se puede hacer. Hay que tener en cuenta a los que han de hacer el trabajo.

- Si el doctor Robert tiene un plan concreto, me gustaría discutirlo con él. El proyecto, desde luego, me parece interesante.

«Eso es», pensó Franklin, «el eufemismo del año». Pero no era de los que se entusiasmaba excesivamente con una empresa, pues estaba convencido de que esto conducía al desengaño. Si la «operación Percy» prosperaba, sería la tarea más interesante que le hubiesen encomendado en sus cinco años de guardián. Pero era demasiado hermoso para ser cierto; surgiría algo que cancelarla todo el proyecto.

No fue así. Menos de un mes más tarde, descendía hacia el lecho oceánico en un submarino de aguas profundas especialmente adaptado. A sesenta metros por debajo, le seguía Don Burney en una segunda máquina. Era la primera vez que trabajaban juntos desde los lejanos días de Isla Heron. Franklin, cuando le pidieron que eligiese un compañero, pensó automáticamente en Don. Era la oportunidad de su vida, y Don jamás le hubiese perdonado que eligiera a otro.

A veces, Franklin se preguntaba si Don no estaría resentido por el rápido ascenso de su discípulo en el servicio. Cinco años atrás, Don era primer guardián; Franklin, un novato sin ninguna experiencia. Ahora ambos eran primeros guardianes, y a Franklin tal vez le ascendiesen enseguida. No es que le agradase la perspectiva, pues aunque era bastante ambicioso, sabía que cuanto más subiese en el escalafón, menos tiempo podría pasar en el mar. Quizás Don supiese muy bien lo que hacia. Era muy difícil imaginarlo sentado en una oficina.

- Será mejor que pruebes las luces - dijo la voz de Don por el altavoz -. El doctor Robert quiere que te tome una foto.

- Está bien - contestó Franklin -: aquí estoy.

- Vaya... ¡qué guapo estás! Si yo fuese otro calamar, seguro que te encontraría irresistible. Ladéate un momento. Gracias. ¡Es como un árbol de Navidad! La primera vez que veo a uno navegando a diez nudos y seiscientas brazas.

Franklin sonrió y apagó las luces. La idea del doctor Robert era bastante simple, pero faltaba ver si funcionaba. En el abismo sin luz, había muchas criaturas que llevaban constelaciones de órganos luminosos que podían encender y apagar a voluntad, y el calamar gigante, con sus enormes ojos, es particularmente sensible a tales luces. Estas no sólo sirven para atraer a sus presas, sino también para atraer a su pareja. «Si los calamares son tan inteligente como se supone», pensó Franklin, «Percy pronto descubrirá mi disfraz. Sería cómico, sin embargo, que engañase a una ballena espermática y me enfrentara con una lucha no deseada».

El fondo rocoso quedaba ahora a sólo unos doscientos metros; todos los detalles de su superficie se dibujaban claramente en la pantalla de sonar de corto alcance. Parecía un lugar muy poco adecuado para una búsqueda. Debía de haber allí innumerables cuevas en las que Percy podía ocultarse sin que hubiese ninguna esperanza de detectarle. Por otra parte, las ballenas le habían detectado... para su mal. «Si aquel calamar podía hacer algo», se decía Franklin, «mi submarino puede hacer lo mismo o más».

- Estamos de suerte - dijo Don -. Nunca he visto el agua tan clara por aquí. Si no levantamos barro, podremos ver a unos sesenta metros.

Esto era importante; los reclamos luminosos de Franklin serian inútiles si el agua estaba demasiado turbia para que fuesen visibles. Encendió la cámara de televisión externa y rápidamente localizó el desmayado brillo de la luz de estribor de Don, a unos sesenta metros de distancia. Sí, habían tenido suerte; aquello simplificaba mucho las cosas.

Franklin estableció conexión con el centro de señales mas próximo y fijó su posición con la mayor exactitud. Para asegurarse aún más, dijo a Don que hiciese lo mismo, y partieron la diferencia que había entre ellos. Luego, navegando lentamente en rumbos paralelos, iniciaron su minuciosa búsqueda por el lecho marino.

Era insólito encontrar roca desnuda a aquella profundidad, pues el lecho del océano normalmente se halla cubierto por una capa de barro y una capa de sedimento de cientos e incluso miles de metros de grosor. Sin duda, pensó Franklin, fuertes corrientes barren esta zona... pero según los medidores, en aquel momento no había ninguna corriente. Sería una corriente estacional, relacionada con la fosa de tres kilómetros de profundidad del Cañón Miller, que quedaba solo a ocho kilómetros de distancia.

Franklin encendía cada pocos segundos sus luces coloreadas y observaba luego con ansiedad la pantalla para ver si obtenía alguna respuesta. Al poco rato le seguían una media docena de fantásticos peces de las profundidades, criaturas nocturnas de medio metro a un metro de longitud, con enormes mandíbulas y de cuyos cuerpos pendían antenas y tentáculos ridículamente pequeños. El señuelo de las luces del submarino parecía contrarrestar su miedo al ruido del motor, lo cual era un signo alentador. Aunque por su velocidad los dejó enseguida atrás, nuevos monstruos, de los que no parecía haber dos iguales, los remplazaban de continuo.

Franklin prestó una atención relativamente escasa a la pantalla de televisión; eran más importantes para él los sentidos de largo alcance del sonar que le indicaban lo que había a trescientos metros por delante de él. No sólo tenía que localizar a su presa sino también evitar las rocas y cerros que podían surgir de pronto en la ruta del submarino. Iba sólo a diez nudos, velocidad bastante lenta, pero que exigía toda su concentración. A veces, tenía la sensación de estar volando a la altura de las copas de los árboles por un país montañoso con niebla espesa.

Recorrieron sin incidentes unos ocho kilómetros, dando luego un leve giro para regresar siguiendo un rumbo paralelo. Aunque no consiguiesen otra cosa, pensó Franklin, al menos realizarían un estudio de la zona mucho más detallado de lo que jamás se había hecho. Tanto él como Don operaban con sus registradores abiertos, de modo que automáticamente quedaba grabado el perfil del lecho marino que recorrían.

- ¿Quién dijo que éste era un oficio emocionante? - dijo Don cuando iniciaban su cuarta vuelta -. No he visto siquiera una cría de pulpo. Quizás estemos asustando a los calamares.

- Según Robert no son muy sensibles a las vibraciones. así que no lo creo probable. Y además, creo que Percy no es de los que se asustan fácilmente.

- Si existe - dijo Don con escepticismo.

- No olvides aquellas señales de ventosas de veinte centímetros. ¿Qué crees, que las hicieron los ratones?

- ¡Eh! - dijo Don -. Echa una ojeada a ese eco, situación setenta y seis metros, alcance doscientos trece. Parece una roca, pero creo que se ha movido.

Otra falsa alarma, se dijo Franklin. No, el eco parecía agitarse. ¡Dios mío, se movía!

- Reduce la velocidad a medio nudo - ordenó. - Sitúate detrás de mí... me acercaré despacio y encenderé las luces.

- Es un eco muy extraño. Cambia constantemente de tamaño.

- Entonces debe ser lo que buscamos. Allá va.

El submarino se movía ahora a través de una llanura interminable, ligeramente en pendiente, acompañado aún por su inquisitivo cortejo de pequeños dragones. En la pantalla de televisión, todos los objetos se perdían en la niebla a la distancia de unos cincuenta metros; los proyectores de rayos ultravioleta, a máxima potencia, no podían llegar más lejos. Franklin apagó las luces delanteras y toda la iluminación externa y siguió aproximándose cautamente, sólo con la ayuda de la pantalla de sonar.

A unos ciento cincuenta metros de distancia, el eco empezó a mostrar su estructura inconfundible; a ciento veinte metros ya no había duda alguna. A los noventa el cortejo de peces que acompañaban a Franklin se desvaneció de pronto a gran velocidad como si cobrase conciencia de que aquél no era un lugar recomendable. A los sesenta metros, Franklin volvió a encender los reclamos visuales, pero espero unos segundos antes de encender los focos y la televisión.

Por el lecho del mar caminaba un bosque... un bosque de agitados y serpentinos troncos. El gran calamar se alzó por un instante como taladrado por los focos. Probablemente pudiese verlos, aunque eran invisibles al ojo humano. Luego encogió sus tentáculos con increíble rapidez, plegándose en una masa rayada y compacta... y se lanzó hacia el submarino con toda la potencia de su propio motor a reacción.

Se desvió en el último instante, y Franklin captó la visión de un ojo inmenso y sin párpado, que debía tener por lo menos treinta centímetros de diámetro. Un segundo después se produjo un violento golpe en el casco seguido de un rechinar que parecía

producido por grandes garras que arañasen el metal. Franklin recordó las cicatrices que tantas veces había visto en las aceitosas pieles de las ballenas espermáticas y le confortó el recordar la capa de acero que le protegía. Le llegó el sonido producido por la desarticulación del tendido de la iluminación externa... pero daba igual, ya había cumplido su objetivo.

No podía saber lo que estaba haciendo el calamar. De vez en cuando el submarino se tambaleaba violentamente pero Franklin no hacía tentativa alguna de escapar. A no ser que las cosas se pusieran muy mal, tenía intención de quedarse allí y capturarlo.

- ¿Puedes ver lo que hace? - preguntó a Don en tono bastante quejumbroso.

- Sí... te tiene rodeado con sus ocho brazos y extiende los dos tentáculos ávidamente hacia mí. Y está experimentando los cambios de color más bellos que puedas imaginarte... no sé cómo describírtelo. Me gustaría saber si realmente intenta comerte... O si tan sólo está demostrándote su afecto.

- Sea lo que sea no resulta nada cómodo. Toma enseguida esas fotografías para que pueda salir de aquí.

- Está bien; dame otro par de minutos para tomar también una secuencia cinematográfica. Luego intentaré clavarle mi arpón.

Aquellos dos minutos le parecieron muy largos, pero al final Don terminó. Percy no mostraba aún signo alguno de la timidez que había predicho con demasiada confianza el doctor Robert, aunque por entonces debía saber ya que el submarino de Franklin no era otro calamar.

Don clavó su dardo con limpieza y precisión en la zona más gruesa del cuerpo de Percy, donde quedaría fijado con seguridad sin causar ningún daño grave al animal. Al sentir el pinchazo, el gran molusco soltó bruscamente su presa, y Franklin aprovechó la oportunidad para alejarse a toda velocidad. Sintió el arañar de los tentáculos sobre la proa del submarino; luego, una vez libre, ascendió velozmente hacia el distante cielo. Le complacía mucho haber conseguido escapar sin utilizar ninguna de las armas que con tal fin le habían proporcionado. Don le siguió inmediatamente, y se situaron a ciento cincuenta metros del lecho del mar, muy fuera del campo visual. En la pantalla de sonar, el lecho rocoso era una llanura claramente definida, pero ahora en su centro palpitaba una diminuta y brillante estrella. El pequeño indicador (unos quince centímetros de longitud y apenas dos y medio de anchura) que había quedado clavado en la carne de Percy empezaba ya a actuar. Continuaría haciéndolo durante más de una semana, en que se le acabarían las baterías.

- ¡Ya le tenemos! - gritaba alegremente Don -. Ahora ya no podrá escapar.

- Lo que hace falta es que no se libere de ese dardo - dijo cautamente Franklin -. Si consigue quitárselo, tendremos que empezar otra vez a buscarlo.

- El arpón se lo clavé yo - dijo Don en tono serio. - Te apuesto diez contra uno a que no se cae.

- Si he aprendido algo en este juego - dijo Franklin - es a no aceptar tus apuestas.

Alzó la palanca poniendo al submarino en velocidad máxima y lo enfiló hacia la superficie, situada aún a más de ochocientos metros de distancia.

- No hagamos esperar al doctor Robert... el pobre debe de estar loco de impaciencia. Además, yo también quiero ver esas fotografías. Es la primera vez que represento el papel principal con un calamar gigante.

Y aquello, se recordó, sólo era el inicio. Faltaba aún lo más importante.

CAPITULO XV

- ¡Qué bonito es - dijo Franklin, mientras se relajaba perezosamente en la tumbona del porche - tener una mujer que no se asusta del trabajo que hago!

- Hay veces que sí me asusto - contestó Indra -. No me gustan esas operaciones en aguas profundas. Si algo sale mal allí, no tendrás ninguna oportunidad.

- Igual puedes ahogarte a tres metros de profundidad que a diez mil.

- Eso es una tontería y tú lo sabes. Además, que yo sepa, ningún guardián ha muerto nunca ahogado. Las cosas que les pasan nunca son tan simples y sencillas.

- Siento haber iniciado esta conversación - dijo quejumbrosamente Franklin, mirando a su alrededor para ver si Peter podía oírles -. De todos modos, la operación Percy no te preocupa, ¿verdad?

- No, creo que no. Estoy tan ansiosa como todos los demás por que lo captures... y aun más por ver si el doctor Robert puede mantenerlo con vida.

Se levantó y se acercó a la estantería de libros que había en la pared. Hurgando entre la habitual pila de papeles y revistas allí acumuladas, desenterró por fin el libro que buscaba.

- Escucha esto, - continuo - y recuerda que lo escribieron hace casi doscientos años.

Empezó a leer con su mejor voz de sala de lectura, mientras Franklin escuchaba al principio con cierta resistencia, y luego totalmente absorbido.

- A lo lejos, se alza perezosamente una gran masa blanca, y va elevándose y elevándose, y separándose del agua, brilla al fin ante nuestra proa como un alud de nieve

descender por las colinas. Resplandece así un instante se hunde luego lentamente, lo mismo que surgió. Luego vuelve a surgir y relumbra levemente. No parecía una ballena, ¿era, sin embargo, Moby Dick? pensaba Dagoo. El fantasma había desaparecido de nuevo, pero para volver a reaparecer con un grito como un estilete que estremeció y sobresaltó a todos los hombres, y el Negro gritó: ¡Allí! ¡Allí otra vez! ¡Miradla cómo respira! ¡Ahí delante ¡La ballena blanca! ¡La ballena blanca!

»Enseguida estuvieron sobre el agua las cuatro balleneras. Ahab iba en la delantera, y todas se lanzaron rápidamente hacia su presa. Pronto se hundió ésta, y mientras, con remos alzados, esperábamos de nuevo su aparición, en mismo punto donde se hundiera, se alzó una vez más lentamente. Olvidando casi por un instante todo pensamiento Moby Dick, contemplábamos el más fantástico fenómeno que el misterio de los mares hubiese revelado a la humanidad. Una masa vasta y pulposa, de estadios de longitud y de anchura, de un color crema brillante, flotaba sol el agua, y de su centro irradiaban innumerables y largos brazos, que se retorcían y curvaban como un nido de anacondas, como si ciegamente pretendiesen capturar al desdichado objeto que se pusiese a su alcance. No tenia aquella masa ningún rostro o parte frontal distinguible; no había en ella muestra convincente de sensación o instinto pero ondulaba allí sobre las olas, como una forma de vida increíble, ultraterrena e informe.

»Cuando, con una especie de aspiración, volvió a desaparecer lentamente, Starbuck aún contemplaba las agitadas aguas en que se había hundido y con voz descompuesta clamó: - ¡Casi hubiese preferido ver a Moby Dick y luchar contra ella a tener que verte, espectro blanco!

- ¿Qué era, señor? - preguntó Flask.

- El gran calamar, que, según dicen, pocos barcos balleneros han visto y han podido regresar luego a sus puertos a contarlo.

»Pero Ahab nada decía; dando vuelta a su bote, volvió nuevo al barco; el resto le siguió con el mismo silencio.:

Indra hizo una pausa, cerró el libro y esperó la respuesta de su marido. Franklin se agitó en la demasiado confortable tumbona y dijo pensativo:

- Había olvidado ese párrafo... si es que llegué hasta ahí. Parece bastante real, pero ¿qué hacía un calamar en la superficie?

- Tal vez estuviese agonizando. A veces, suben a la superficie de noche pero nunca de día, y Melville dice que era «una mañana de un azul transparente».

- Oye, ¿y a cuánto equivale un estadio? Me gustaría saber si el calamar de Melville era tan grande como Percy. Según las fotos, Percy tiene unos cuarenta metros basta las puntas de los tentáculos.

- Así que es mayor que la ballena azul más grande que se haya registrado.

- Sí, unos sesenta centímetros mayor. Pero, por supuesto, no pesa ni la décima parte.

Franklin se levantó de la tumbona y entró a buscar un diccionario. Indra oyó inmediatamente exclamaciones indignadas en el cuarto de estar, y preguntó:

- ¿Qué pasa?

- Aquí dice que un estadio es una medida antigua de longitud que equivale a unos doscientos metros. Melville no sabía lo que decía.

- Normalmente es muy exacto, al menos en lo que se refiere a las ballenas. Pero hablar de «estadios» sin duda es ridículo... Me sorprende que nadie se haya fijado antes en ese detalle. Debía querer decir brazas, u otra cosa, y el impresor se equivocó.

Ligeramente aliviado, Franklin dejó el diccionario y volvió al porche. A tiempo justo para vez llegar a Don Burley, que levantó a Indra y le plantó un sonoro beso fraternal en la frente, y volvió a dejarla otra vez en el sillón.

- ¡Vámonos, Walt! - dijo -. ¿Tienes lista la maleta? Te llevaré hasta el aeropuerto.

- ¿Dónde anda Peter? - dijo Franklin -. ¡Peter! Ven a despedirte... Tu padre se va a trabajar.

Un amasijo de incontrolable energía de cuatro años entró volando en la habitación y casi derribó a su padre al saltarle a los brazos.

- ¿Me traerás un calamar, papá? - preguntó.

- Vaya... ¿cómo sabes tú eso?

- Por las noticias de esta mañana, cuando tú dormías aún - explicó Indra -. Pasaron durante unos segundos la película de Don, también.

- Ya me temía eso. Ahora tendremos que trabajar entre un montón de fotógrafos y reporteros que no nos dejarán en paz. Eso significa que algo saldrá mal.

- De todos modos, no pueden sumergirse con nosotros hasta el fondo - dijo Burley.

- Espero que tengas razón... pero no olvides que no somos los únicos que tenemos submarinos de aguas profundas.

- No sé cómo puedes aguantarlo - protestó Don a Indra -. ¿Es que sólo sabe ver el lado negro de las cosa

- No siempre - sonrió Indra, mientras quitaba a Peter de brazos de su padre -. Está contento por lo menos dos veces a la semana.

Su sonrisa se desvaneció al ver cómo se alejaba el rápido coche deportivo colina abajo. Le tenía mucho cariño a Don, que prácticamente era un miembro de la familia a veces se preocupaba por él. Era una lástima que no se hubiese casado y asentado, la vida promiscua y nómada que llevaba difícilmente podía resultarle muy satisfactoria. Desde que le conocían, había pasado casi todo su tiempo la superficie del mar o bajo ella, aparte de los ajetreados permisos en los que había utilizado su casa como base. invitación de ellos, pero a menudo para su embarazo cuando tenían que entretener a inesperadas huéspedes durante el desayuno.

En cuanto a la vida de ellos, había sido bastante nómade en general, pero al menos habían tenido siempre un lugar al que podían llamar su casa. Aquel apartamento en Brisbane, donde el nacimiento de Peter puso fin a su breve pero feliz carrera como profesora de la universidad de Queensland; aquel chalet de las Fiji en cuyo techo había una gotera móvil que los constructores nunca podían encontrar; los pabellones de casados de la estación ballenera de Georgia del Sur (aún podía oler las montañas de despojos y ver a las gaviotas hurgar en los patios empapados de aceite de ballena); y por último aquella casa que miraba a través del mar hacia las otras islas de Hawaii. Cuatro hogares en cinco años podía parecer excesivo a muchos, pero para ser la mujer de un guardián, Indra sabía que había tenido suerte.

No lamentaba gran cosa el haber tenido que interrumpir temporalmente su carrera. Cuando Peter fuese lo bastar mayor, se decía, volvería a la investigación; incluso ahora leía toda la literatura y seguía al tanto de los acontecimientos científicos. Sólo unos meses atrás el Diario de Selacios había publicado su carta «Sobre la posible evolución del Tiburón Goblin (Scapanorhynchus Owstoni)» y se halló visto envuelta en una agradable polémica con los cinco científicos calificados para discutir el asunto.

Aunque nada resultase de aquellos sueños, era agradable tenerlos y saber que podías obtener lo mejor de ambos mundos. Eso se decía Indra Franklin, ama de casa e ictióloga, mientras volvía a la cocina a preparar la comida para su hijo, que siempre tenía hambre.

El muelle flotante se había modificado en varios puntos y de un modo que hubiese contrariado a sus diseñadores originales. Una gruesa alambrada de acero, apoyada sobre potentes aisladores, recorría todo su perímetro, y sobre la valía había una lona destinaba a impedir que la luz del sol afectase los sensibles ojos y la delicada piel de Percy. La única iluminación que había dentro del muelle llegaba de una batería de bombillas pintadas de color ámbar; pero, de momento, las grandes puertas de ambos extremos de la inmensa caja de hormigón estaban abiertas, dejando entrar el agua y la luz.

Los dos submarinos, casi a flor de agua, estaban atados junto a la atestada galería de máquinas mientras el doctor Robert daba sus últimas instrucciones.

- Procuraré no molestaros mucho cuando estéis allí abajo - dijo - pero, por amor de Dios, id diciéndome lo que pasa.

- Estaremos demasiado ocupados para hacer comentarios sobre la marcha - contestó Don con una mueca -, pero haremos lo que podamos. Y si algo va mal, no os preocupéis que lo diremos enseguida. ¿Todo listo, Walt?

- Listo - dijo Franklin, descendiendo por la escotilla -. Dentro de cinco horas estaremos aquí con Percy... espero.

Se apresuraron a descender hasta el lecho del mar; menos de diez minutos después tenían encima mil trescientos metros de agua, y apareció el familiar terreno rocoso en la televisión y en la pantalla de sonar. Pero no había señal alguna de la parpadeante estrella que debería indicarles la presencia de Percy.

- Espero que el indicador no se haya estropeado - dijo Franklin mientras transmitía esta noticia a los ansiosos y esperanzados científicos -. Si es así, puede llevarnos días volver a localizarlo.

- ¿Supones que, ha abandonado esta zona? No se lo reprocharía, desde luego - dijo Don.

La voz del doctor Robert, aún confiada y segura, descendió hasta ellos desde el mundo distante de sol y luz que quedaba a casi kilómetro y medio de altura.

- Probablemente se haya escondido en una grieta o esté escudado tras una roca. Os sugiero que os elevéis unos trescientos cincuenta metros para percibir claramente todas las irregularidades del lecho marino, e iniciéis una búsqueda a gran velocidad. Ese indicador tiene un alcance de más de kilómetro y medio, así que lo localizaréis rápidamente.

Una hora después, hasta el doctor parecía menos confiado, y por los comentarios que les llegaban por el comunicador parecía que periodistas e informadores de televisión empezaban a impacientarse.

- Sólo puede estar en un sitio - dijo al fin Robert -. Si está aquí, y el indicador aún sigue funcionando, seguro que se ha metido en el Cañón Miller.

- Eso está a cinco mil metros de profundidad - protestó Don -. El margen de seguridad de estos submarinos es sólo de cuatro mil.

- Lo sé, lo sé. Pero no estará en el fondo. Probablemente esté cazando por la pendiente. Le verás fácilmente si está allí.

- Bien - dijo Franklin, con no mucho optimismo. Iremos a echar una ojeada, pero si está a más de cuatro mil metros, yo no lo sacaré de allí.

En la pantalla de sonar, el cañón se hizo claramente visible como una súbita quiebra de la imagen luminosa del lecho del mar. Se acercaba rápidamente mientras los dos submarinos corrían hacia él a cuarenta nudos: las criaturas más rápidas que existen bajo la superficie del mar, pensó Franklin. Una vez había volado bajo sobre el Gran Cañón, y había visto cómo la tierra abajo desaparecía súbitamente al abrirse bajo el avión aquella enorme cavidad. Y ahora, aunque para ver había de fiarse tan sólo de la trama de ecos que le traían las ondas sonoras, sentía la misma sensación al cruzar el borde de aquella fosa aún mayor del suelo del océano.

Apenas había pensado esto cuando sonó por el altavoz la voz de Don, quebrada de excitación.

- ¡Allí está! ¡A trescientos metros más abajo!

- No hace falta que me rompas los tímpanos - gruñó Franklin.

La escarpada pendiente de la pared del cañón se dibujó como una línea casi vertical en el centro de la pantalla de sonar. Por la superficie de aquella pared se deslizaba una estrella diminuta y parpadeante que era lo que ellos andaban buscando. El paciente indicador había traicionado a Percy delatándole a sus perseguidores.

Informaron de la situación al doctor Robert; Franklin se imaginaba el júbilo y la emoción que reinarían arriba, prueba de los cuales llegaba a través del altavoz abierto. El doctor Robert, con voz temblorosa, preguntó:

- ¿Cree que puede aún resultar el plan?

- Lo intentaré - contestó él -. Nos será fácil con esa pared rocosa detrás; y espero que no haya ninguna cueva en la que pueda meterse Percy. ¿Estás listo tú, Don?

- Dispuesto a seguirte.

- Creo que podemos alcanzarle sin utilizar los motores. Vamos allá.

Franklin llenó los tanques delanteros, e inició un largo deslizamiento casi vertical, esperaba que silencioso. Percy estaría ya sobre aviso tras la experiencia anterior, y probablemente escapase en cuanto se diese cuenta de que ellos andaban por allí.

El calamar cruzaba el cañón, y Franklin se maravilló de que pudiese encontrar alimentos en aquel lugar que parecía desprovisto de vida. Expelía un chorro constante de agua del tubo de su sifón y avanzaba con un movimiento especial; no parecía darse cuenta de que ya no estaba solo, pues no cambió su rumbo desde que Franklin comenzara a observarle.

- Setenta metros... voy a encender otra vez las luces - dijo a Don.

- No nos verá... la visibilidad es de menos de treinta metros hoy.

- Sí, pero ya estoy a esa distancia... ¡Me ha localizado! ¡Ahí viene!

Franklin no esperaba en realidad que el ardid resultase por segunda vez con un animal tan inteligente como Percy, pero de pronto sintió un golpe súbito, seguido de un arañar de garras córneas, cuando los grandes tentáculos abrazaron al submarino. Aunque se sabía perfectamente seguro allí dentro, y sabía que no había animal que pudiese con aquellas paredes construidas para soportar presiones de un millar de kilos por centímetro cuadrado, aquel sonido rasposo y deslizante era el más adecuado para despertar pesadillas.

Luego, hubo un brusco silencio. Oyó exclamar a Don:

- ¡Dios mío, con qué rapidez actúa eso...! Estás liquidado.

Casi inmediatamente intervino el doctor Robert lleno de ansiedad:

- ¡No le des demasiado! ¡Y manténle en movimiento para que pueda respirar!

Don estaba demasiado ocupado para contestar. Una vez representado su papel de señuelo, Franklin no podía hacer más que observar cómo maniobraba diestramente su compañero alrededor del gran molusco. La bomba anestésica le había paralizado por completo; iba hundiéndose lentamente, con los tentáculos extendidos e inertes flotando. De su pico cruel brotaron trozos de pescado, algunos de ellos de hasta medio metro de anchura, cuando el monstruo regurgitó su última comida.

- ¿Puedes situarte debajo? - preguntó Don apresuradamente -. Se hunde demasiado deprisa para mí.

Franklin pulsó la palanca y dio una vuelta cerrada. Hubo un suave golpe, como de una masa de nieve que cae de un tejado, y supo que rodeaban ahora al submarino cinco o diez toneladas de cuerpo gelatinoso.

- Estupendo... manténlo ahí... me pondré en posición.

Franklin estaba ahora ciego, pero los golpes y roces del exterior le decían lo que pasaba. Al fin Don dijo triunfalmente:

- ¡Todo listo! Podemos subir.

El peso se alzó del submarino, y Franklin pudo ver de nuevo. Percy había sido limpiamente enlazado. Una banda de red gruesa y elástica rodeaba su cuerpo en la parte más estrecha. De este arnés partía un cable unido al submarino de Don, invisible en la niebla, a unos treinta metros de distancia. Percy era conducido por el agua en su dirección natural de movimiento: hacia atrás. Si se opusiese de modo consciente y activo, podría escapar con bastante facilidad, pero, en su estado, el collar que le rodeaba permitía a Don manejarle sin dificultad. Lo bueno seria cuando reviviese...

Franklin dio una breve descripción de la escena para sus colegas que esperaban pacientemente mil seiscientos metros más arriba. Probablemente estuviesen radiándolo, y esperaba que Indra y Peter lo escuchasen. Luego se alineó para vigilar a Percy al iniciar el largo retorno a la superficie.

No podían avanzar a más de dos nudos, pues el collar podía desprenderse de la gran masa de gelatina que sujetaba. En cualquier caso, el viaje de vuelta a la superficie les llevaría por lo menos tres horas, pues Percy tenía que ajustarse suavemente al cambio de presión. Dado que un animal como la ballena espermática que respira aire (y es en consecuencia más vulnerable) puede soportar casi el mismo cambio de presión en diez o veinte minutos, probablemente fuese una precaución excesiva. Pero el doctor Robert no quería dejar nada al azar en aquella captura sin precedentes.

Llevaban ascendiendo lentamente casi una hora, y hablan alcanzado los mil metros, cuando Percy mostró signos de vida. Los dos largos brazos, que terminaban en los grandes tentáculos cubiertos de ventosas, comenzaron a agitarse claramente; los monstruosos ojos, que Franklin había estado viendo medio hipnotizado a menos de dos metros, comenzaron a brillar otra vez con inteligencia. Sin advertir que hablaba en un susurro ahogado, informó de estos síntomas al doctor Robert.

La primera reacción del doctor fue un gran suspiro de alivio.

- ¡Magnifico! Temía que le hubiésemos matado. ¿Respira bien? ¿Se contrae el sifón?

Franklin bajó unos cuantos metros para poder ver mejor el tubo carnoso que brotaba de la manta del calamar. Se abría y se cerraba con un ritmo irregular pero que parecía ir haciéndose más firme a cada momento.

- ¡Espléndido! - exclamó el doctor Robert -. Está en plena forma. En cuanto empiece a moverse mucho, adminístrenle una de esas bombitas. Pero esperen hasta el último momento.

Franklin se preguntó cómo podía decidir ese momento. Percy comenzaba ahora a brillar con un bellísimo tono azul. Incluso con los focos apagados se veía claramente. Azul, recordó haber oído al doctor Robert, era el color que indicaba la excitación en los calamares. Así pues, había que hacer algo.

- Mejor será que lancemos esa bomba. Creo que está reviviendo - dijo a Don.

- De acuerdo. Ahí va.

Una esfera de cristal flotó cruzando la pantalla de Franklin y se perdió en seguida de vista.

- ¡Estas malditas bombas nunca estallan! - gritó -. ¡Otra!

- Muy bien... ahí va la número dos. Espero que funcione. Sólo me quedan cinco.

Pero, una vez más, la bomba narcótica falló. Esta vez Franklin ni siquiera vio la esfera. Sólo advirtió que en vez de relajarse de nuevo, Percy revivía segundo a segundo. Los ocho tentáculos cortos (es decir, comparados con los dos de casi treinta metros de las ventosas) comenzaban ahora a entrelazarse ásperamente. Recordó la frase de Melville:

«Como un nido de anacondas». No; no le parecía la expresión adecuada. Era como un avaro, un Shylock submarino que se frotase las manos ante su tesoro. En cualquier caso, era una visión desconcertante, pues aquellos dedos medían más de treinta centímetros de diámetro y estaban a sólo dos metros de distancia...

- Tendrás que probar otra vez - dijo a Don -. Si no lo paramos pronto, se nos escapará.

Un instante después lanzó un suspiro de alivio al ver desparramarse fragmentos de cristal. Deberían haber sido invisibles en el agua, pero con la luz ultravioleta de los focos adquirían un brillo fluorescente. Pero, de momento, se sintió demasiado aliviado para preguntarse por qué podría ver algo tan poco visible como un trozo de cristal en el agua; sólo supo que Percy había comenzado otra vez a relajarse y ya no parecía dispuesto a rebelarse.

- ¿Qué pasó? - dijo quejumbrosamente el doctor Robert por el altavoz

- Estas malditas bombas que han hecho ustedes. Dos de ellas fallaron. Así que me quedan sólo cuatro... y si sigue esta media de fallos tendré mucha suerte si me funciona una.

- No lo comprendo. El mecanismo funcionaba perfectamente cuando lo probamos en el laboratorio.

- ¿Lo probaron a cien atmósferas de presión?

- ¿Cómo?... No. No lo creímos necesario.

El «puf» de Don pareció resumir lo que pensaba de los biólogos que querían meterse a ingenieros, y hubo silencio en todos los canales durante los siguientes cinco minutos de lenta ascensión. Luego el doctor Robert, en tono algo áspero, volvió a la carga.

- Ya que no podemos confiar en esas bombas - dijo - sería mejor que subiesen más, deprisa. Volverá a revivir en unos treinta minutos.

- Bien... Doblaré la velocidad. Espero que no se suelte del collar.

Nada sucedió en los veinte minutos siguientes; luego comenzó a repetirse la historia

- Revive de nuevo - dijo Franklin -. Creo que al aumentar la velocidad se despierta antes.

- Eso me temía contestó el doctor Robert -. Sigan así mientras puedan y adminístrenle luego otra bomba. Recemos porque sea una de las que funcionen.

Una voz nueva penetró de pronto en el circuito.

- Aquí el capitán. Se acaban de localizar unas ballenas espermáticas a unos tres kilómetros de distancia. Parece que se dirigen aquí. Les sugiero que lo comprueben. No tenemos en el barco indicador sonar horizontal.

Franklin accionó inmediatamente la sonda de gran alcance por la que llegaron enseguida los ecos.

- No hay por qué preocuparse - dijo -. Si se acercan demasiado, podemos espantarlas. - Volvió a mirar la pantalla de televisión y vio que Percy empezaba a inquietarse.

- Lanza tu bomba - dijo a Don - y cruza los dedos.

- Sobre esto no apuesto - contestó Don -. ¿Dio resultado?

- No; falló también. Vuelve a intentarlo.

- Con ésta me quedan sólo tres. Ahí va.

- Lo siento... ya la veo. No funcionó.

- Quedan dos. Y con ésta solo una.

- Falló también. ¿Qué cree usted que es mejor que hagamos, doctor? ¿Arriesgarnos con la última? Me temo que Percy va a despertar en menos de un minuto.

- No podemos hacer otra cosa - contestó el doctor Robert con voz que reflejaba claramente la tensión -. Adelante, Don.

Franklin lanzó casi inmediatamente un grito de satisfacción.

- ¡Lo conseguimos! - exclamó -. Está otra vez dormido. ¿Cuánto cree que se mantendrá dormido esta vez?

- No creo que más de veinte minutos. Así que programen la ascensión teniéndolo en cuenta. Estamos inmediatamente encima de ustedes... y recuerden lo que dije de dejar por lo menos diez minutos para los últimos sesenta metros. No quiero que la presión le cause ningún daño después de lo que nos cuesta sacarle.

- Un momento - intervino Don -. He estado mirando esas ballenas. Vienen a gran velocidad y directamente hacia nosotros. Creo que han detectado a Percy... o el indicador que le colocamos.

- ¿Qué más da? dijo Franklin -. Podemos asustarías con... ¡Oh!

- Ya imaginé que lo habías olvidado. Estos no son submarinos de patrulleo, Walt. No tienen sirenas, y no puedes asustar a las ballenas espermáticas sólo con aumentar el ruido de los motores.

De eso no había duda, aunque cincuenta años atrás, cuando se cazaba casi hasta la extinción a aquellas grandes bestias, quizás hubiese servido. Pero desde entonces habían vivido y muerto una docena de generaciones; ahora aquellos animales veían en los submarinos algo inofensivo que no les impediría devorar la comida que habían

localizado. Existía el peligro real de que devorasen al desvalido Percy antes de que pudiesen encerrarlo en lugar seguro.

- Creo que lo conseguiremos dijo Franklin, calculando ansiosamente la velocidad de las ballenas que se aproximaban. Era algo que nadie podía haber previsto; muestra típica de cómo las operaciones submarinas plantean siempre complicaciones y problemas inesperados.

- Voy a subir directamente a los setenta metros - le dijo Don -. Esperaremos allí mientras podamos, y luego correremos al barco. ¿Qué le parece a usted, doctor?

- Es lo único que pueden hacer. Pero recuerden que esas ballenas alcanzan los quince nudos si quieren.

- Sí, pero no pueden mantenerlos mucho tiempo, aunque vean que se les escurre la comida. Allá vamos.

Los submarinos aumentaron su velocidad de ascenso, y empezó a iluminarse el agua a su alrededor y a relajarse lentamente la enorme presión. Al final volvían al estrecho sector donde podía bucear con seguridad un hombre no protegido. El barco nodriza estaba a menos de cien metros de distancia, pero esta etapa final del ascenso era la más crítica de todas. En estos últimos metros la presión pasaría rápidamente de ocho atmósferas a una, un cambio tan grande como el que se había producido en los cuatrocientos metros anteriores. No tenía Percy espacios de aire en su interior que pudieren hacerle explotar si la ascensión era demasiado rápida, pero nadie podía estar seguro de que no se produjesen otros daños internos.

- Las ballenas están a sólo ochocientos metros de distancia - informó Franklin -. ¿Quién dijo que no podían mantener la velocidad? Estarán aquí en dos minutos.

- Tendréis que espantarlas de algún modo - dijo el doctor Robert con un quiebro de desesperación.

- ¿Y qué método nos sugiere? - preguntó Franklin, con sarcasmo.

- Puede usted fingir atacar; eso podría dispersarlas.

«Eso», se dijo Franklin, «no va a resultar muy divertido». Pero al parecer no había alternativa; echando una última ojeada a Percy, que comenzaba ya a agitarse otra vez, se desvió a media velocidad para salir al encuentro de las ballenas.

Sonaron tres ecos justo ante él. No muy largos. Pero no se dejó consolar por esto. Aun cuando fuesen hembras, relativamente pequeñas, cada una sería como diez elefantes y avanzaban hacia él a una velocidad media de más de treinta kilómetros por hora; hacía cuanto ruido podía, pero de momento sin ningún resultado visible.

Luego oyó gritar a Don:

- ¡Percy está despertando muy de prisa! Empieza a moverse ya...

- Entra directamente - ordenó el doctor Robert -. Las puertas están abiertas.

- Pues tengan preparada la puerta trasera para que puedan cerrarla en cuanto haya metido el cable. Voy a pasar ya... no quieto compartir vuestra piscina con Percy cuando descubra lo que le ha sucedido.

Franklin oyó toda esta charla sólo prestando la mitad de su atención. Los tres ecos que se aproximaban estaban amenazadoramente cerca. Las ballenas espermáticas eran uno de los animales más tenaces y belicosos del mar, tan diferentes de sus primas vegetarianas como un búfalo salvaje de una vaca Suiza. Habían sido ballenas espermáticas las que habían embestido y hundido el Essex e inspirado el último capítulo de Moby Dick. No tenía deseo alguno de figurar como un ejemplo similar submarino.

Mantuvo, sin embargo, su rumbo, aunque los rápidos ecos estaban ya a menos de quince segundos de distancia. Vio entonces que comenzaban a separarse. Aunque no estuviesen quizás asustadas, se habían desorientado al menos. Probablemente el ruido de los motores les hubiese hecho perder contacto con su objetivo. Redujo a cero su velocidad y las tres ballenas comenzaron a rondarle inquisitivamente, manteniéndose a unos treinta metros de distancia. A veces captaba sus sombrías miradas en la pantalla de televisión. Como había supuesto, eran hembras jóvenes, y lamentó haberles robado lo que debería haber sido su alimento.

Había roto el impulso de su ataque; ahora le tocaba a Don concluir su parte de la misión. Por los breves, y a veces espeluznantes, comentarios del altavoz, era evidente que no se trataba de una tarea fácil. Percy no había recobrado todavía del todo la conciencia, pero sabía que algo iba mal y estaba empezando a enfadarse.

Los del muelle flotante pudieron ver mejor que ellos las etapas finales. Don afloró a la superficie a unos cincuenta metros de distancia, y tras él el mar quedó cubierto de una masa ondulante de gelatina, que se retorcía y agitaba sobre las olas. A la mayor velocidad a que osó arriesgarse, Don enfiló hacia el extremo abierto del muelle. Uno de los tentáculos de Percy se sujetó vacilante a la entrada, como en un esfuerzo sonámbulo por evitar la cautividad, pero a la velocidad que iban no pudo mantener su presa. Una vez seguro dentro, las grandes puertas metálicas comenzaron a cerrarse como mandíbulas que se moviesen horizontalmente, y Don soltó la soga que sujetaba al calamar. Salió luego rápidamente por el otro lado, y la segunda serie de compuertas comenzó a cerrarse antes de que el submarino pasase del todo. Se había conseguido encerrar a Percy en menos de un cuarto de minuto.

Cuando Franklin salió a la superficie, acompañado de tres ballenas espermáticas, desilusionadas pero no hostiles, tardó un rato en atraer la atención. Todos los que estaban en el muelle contemplaban con asombro, satisfacción, curiosidad científica e incluso cierto escepticismo, aquel monstruoso cautivo que revivía ya rápidamente en su gran tanque de hormigón. Aireaban el agua las corrientes de burbujas de una serie de tubos, y las últimas huellas de las drogas que le habían paralizado se desvanecían de Percy. Bajo la fosca luz ámbar que era la única que iluminaba ahora el interior del muelle, el calamar gigante comenzó a. examinar su cárcel.

Primero nadó lentamente de un extremo a otro de la caja rectangular de hormigón, explorando las paredes con sus tentáculos. Luego los dos inmensos brazos comenzaron a alzarse en el aire, dirigiéndose hacia los asombrados observadores que se amontonaban en los bordes del muelle. El animal tocó la red electrificada y retrocedió con un movimiento casi invisible por su extraordinaria rapidez. Percy repitió por dos veces el experimento hasta convencerse de que no había salida en aquella dirección, sin dejar de taladrar a los espectadores con una mirada que indicaba una inteligencia tan grande como la suya.

Cuando Don y Franklin subieron a bordo, el calamar parecía haberse acostumbrado a la cautividad, y mostraba cierto interés por una serie de peces que le habían echado al tanque. Cuando los dos guardianes se unieron al doctor Robert tras la alambrada metálica, pudieron ver por primera vez de forma clara y completa a aquel monstruo que habían sacado de las profundidades del océano.

Sus ojos se pasearon por los cuarenta metros de vigor carnoso y flexible, recorrieron las incontables ventosas de sus tentáculos, le vieron moverse como en una lenta pulsación, y contemplaron los inmensos ojos taladrantes del animal de presa más soberbiamente equipado que el mundo hubiese visto. Y Don resumió lo que ambos sentían.

- Es todo suyo, doctor. Espero que sepa manejarlo.

El doctor Robert sonrió confiadamente. Se sentía muy feliz, aunque empezaba a invadir su pensamiento una congoja. No dudaba en absoluto de poder manejar a Percy, y tenía razón. Pero no estaba tan seguro de poder manejar al director cuando llegasen las facturas del equipo de investigación que había tenido que encargar... y de las montañas de peces que Percy tendría que comer.

CAPITULO XVI

El secretario del Departamento de Investigación Científica le había escuchado con bastante atención. Y no sólo con atención, se decía Franklin, sino con un halagador interés. Cuando concluyó la exposición que había tardado tanto en preparar, sintió una súbita e inesperada depresión. Sabía que había hecho todo lo posible; lo que sucediese ahora no era asunto suyo.

- Hay unos cuantos puntos que me gustaría aclarar - dijo el secretario. El primero es evidente. ¿Por qué no acudió usted al Departamento de Investigación de la propia División Marítima en vez de tramitar la cuestión a través del Secretariado mundial para entrar en contacto con el DIC?

Franklin sabía que era una pregunta obvia... y una cuestión delicada. Pero sabía de sobra que habría de plantearse y venia preparado.

- Naturalmente, señor Farland - contestó -, hice cuanto pude porque la División Marítima me apoyara. Había mucho interés, sobre todo después de que capturamos aquel calamar. Pero la Operación Percy resultó mucho más cara de lo que se había calculado, y hubo muchas preguntas embarazosas al respecto. El asunto terminó con el traslado de varios de nuestros científicos a Otros departamentos.

- Lo sé - intervino el secretario con una sonrisa -. Algunos de ellos prestan servicio con nosotros.

- En consecuencia, toda investigación que no tenga una importancia práctica inmediata se ve con malos ojos en la División, y esa es una de las razones de que acuda a ustedes. Además, la División no tiene autoridad suficiente para hacer lo que yo propongo. El mero coste de fletar dos submarinos de aguas profundas es considerable, y tiene que aprobarse a un nivel superior que el de la División.

- Pero, ¿cree usted que si se aprobase se podría disponer del equipo?

- Sí, en la época adecuada del año. Ahora que la valla es prácticamente segura en un cien por cien (no hemos tenido un fallo importante en tres años) los guardianes tenemos mucho tiempo libre después de las rondas anuales y de la matanza. Por eso me pareció buena idea...

- Utilizar los talentos desperdiciados de los guardianes...

- Bueno, es un modo muy directo de expresarlo. No quiero dar la impresión de que la oficina sea ineficaz.

- Ni por asomo pensaría yo que está usted sugiriendo tal cosa - sonrió el secretario -. La otra cuestión es de carácter más personal. ¿Por qué tiene usted tanto empeño en este

proyecto? Ha dedicado a él mucho tiempo y esfuerzo... y, permítame que se lo diga, se ha arriesgado a irritar a sus superiores viniendo aquí directamente.

A esto no era tan fácil responder, y menos tratándose de un extraño. ¿Podría comprender aquel hombre, tan encumbrado en la estructura del Estado, la fascinación de un eco misterioso en una pantalla de sonar, que sintió sólo una vez muchos años atrás? Sí, podría, pues era, parcialmente al menos, un científico.

- Como guardián jefe - explicó Franklin - probablemente no siga mucho tiempo sirviendo en el mar. Tengo treinta y ocho años, y voy haciéndome viejo para este tipo de trabajo. Soy de carácter inquisitivo, quizás debiese haber sido científico. Es un problema que me gustaría aclarar, aunque sé que me va a resultar difícil.

- Me hago cargo. Este mapa de pruebas confirmatorias cubre casi la mitad de los océanos del mundo.

- Sí, sé que no da muchas esperanzas, pero con los nuevos aparatos de sonar podemos sondear un volumen triple al de antes, y un eco de ese tamaño es fácil de localizar. Sólo seria cuestión de tiempo detectarlo.

- Y quiere ser usted quien lo haga. Bien, eso es razonable. Cuando recibí su primera carta tuve una charla con mis especialistas en biología marina, y me dieron tres opiniones distintas... todas ellas poco alentadoras. Algunos de los que admiten que se han visto esos ecos dicen que son probablemente ecos fantasma debidos a fallos de los aparatos de sonar o de discontinuidades de algún tipo que se producen en el agua.

- Cualquiera que los haya visto - replicó Franklin - no diría eso. En realidad conocemos de sobra todos los ecos fantasmas y las discontinuidades ordinarias que se producen en las pantallas de sonar.

- Eso creo yo; algunos de mis científicos piensan que las, digamos, serpientes marinas convencionales no son sino calamares, y anguilas, y que sus patrullas sólo vieron estos animales o bien un gran tiburón de aguas profundas. Franklin negó con un gesto.

- Conozco bien todos esos ecos. Este es completamente distinto.

- La tercera objeción es de carácter teórico. No hay sencillamente comida bastante en las profundidades últimas del océano para alimentar a formas de vida grandes y activas.

- Nadie puede asegurarlo. En el siglo pasado, por ejemplo, los científicos decían que no podía haber vida alguna en el fondo del océano. Sabemos que eso era un disparate.

- Bueno, su proposición es muy razonable. Veré lo que puedo hacer.

- Muchas gracias, señor Farland. Quizás fuese mejor que nadie de la oficina supiese que he venido a verle.

- No se lo diremos, pero lo sospecharán. - El secretario se levantó, y Franklin comprendió que la entrevista había terminado.

- Antes de que se vaya, señor Franklin - dijo el secretario - quizás pudiese aclararme una cuestión que lleva años preocupándome.

- ¿De qué se trata, señor?

- Nunca comprendí por qué un guardián, al parecer bien instruido, estaba en plena noche fuera de la Gran Barrera Coralina, respirando aire comprimido a casi doscientos metros de profundidad.

Hubo un largo silencio mientras los dos hombres, su relación súbitamente alterada, se miraron. Franklin hurgó en su memoria, pero aquella cara no evocaba ningún eco: hacia ya mucho tiempo, y desde entonces había conocido a mucha gente.

- ¿Fue usted uno de los que me salvaron? - preguntó -. Si lo es, he de darle las gracias. - Se detuvo un instante y luego añadió: - Sabe, no fue un accidente.

- Eso pensé yo; y eso lo explica todo. Pero, antes de cambiar de tema, ¿qué le sucedió a Bert Darryl? Nunca pude saber la verdad.

- Bueno, se quedó sin dinero; nunca pudo volver a fletar el León Marino. La última vez que le vi fue en Melbourne; estaba deshecho porque habían eliminado las tasas aduaneras y ya no había modo de que un honrado contrabandista pudiera ganarse la vida. Por último, intentó cobrar el seguro del León Marino; organizó un fuego bastante convincente y tuvo que abandonar la nave en Cairns. La nave se fue al fondo, pero los valuadores bajaron a verla y subieron con embarazosas preguntas, al descubrir que todas las cosas de valor se habían salvado del fuego. No sé cómo salió el capitán del asunto.

»Debió ser el final de aquel viejo bribón. Se dio a la bebida, y una noche en Darwin decidió salir a nadar un poco a la escollera. Pero se olvidó de que había bajado la marea... y en Darwin la marea baja diez metros. Así que se tiró de cabeza y se rompió el cuello; fueron muchos, además de sus acreedores, los que lo sintieron de veras.

- Pobre amigo Bert. El mundo será un lugar aburrido cuando ya no quede gente como él.

Era una opinión un tanto herética, pensó Franklin, en labios de un destacado miembro del Secretariado Mundial. Pero le agradó mucho, y no sólo porque la compartiese. Sabía ahora que había adquirido inesperadamente un amigo influyente, y que habían aumentado las posibilidades de que saliese adelante su proyecto.

No esperaba nada de modo inmediato, así que no se desilusionó al ver que pasaban las semanas sin noticias. De todos modos, se mantenía bastante ocupado; la estación de

calma aún estaba a tres meses, y entretanto tenía diversas tareas menores pero laboriosas.

Y había una además de bastante envergadura. Había llegado Mine Franklin al mundo, con sus grandes ojos y su boca insaciable, e Indra empezaba a tener sus primeras dudas serias respecto a la posibilidad de continuar su carrera académica.

Franklin, muy a su pesar, no estaba en casa cuando nació su hija. Capitaneaba una pequeña flota de seis submarinos, encargados de dispersar a gran número de ballenas asesinas en las islas Pridilof. No era la primera misión de este género, pero fue la más positiva, gracias al uso de técnicas más perfeccionadas. Se habían grabado las llamadas características de las focas y de las ballenas pequeñas y se hacían sonar en el mar, mientras los submarinos esperaban silenciosos a que apareciesen las ballenas asesinas

Lo habían repetido cientos de veces, y habían podido hacer una gran matanza. Cuando la pequeña flotilla regresó a la base, habían matado más de un millar de orcas. Había sido un trabajo duro y en algunos momentos peligroso, y pese a que era importante hacerlo, a Franklin le había deprimido profundamente aquella carnicería científica. No podía evitar la admiración ante la belleza, ferocidad y rapidez de aquellos cazadores a los que él mismo cazaba, y hacia el final de la misión casi se alegró de que comenzase a descender el ritmo de mortandad. Parecía como si las orcas hubiesen aprendido por amarga experiencia, y los estadísticos del departamento tendrían que decidir si la operación sería o no económicamente rentable a la hora de repetirla en la estación siguiente.

A Franklin, nada mas concluir su misión y abrazar ansiosamente a Mine, sin ningún signo de reconocimiento por parte de ésta, le enviaron de nuevo a Georgia del Sur. Tenía que descubrir porqué las ballenas, que hasta entonces habían nadado en los sectores de matanza sin ningún reparo se mostraban de pronto suspicaces y se resistían a penetrar por los pasillos electrificados. En realidad él nada hizo por resolver el misterio; mientras él buscaba factores psicológicos, un joven e inteligente inspector de planta descubrió que parte de los desperdicios sangrientos de las plantas de procesado se filtraban accidentalmente en el mar. No era sorprendente, pues, que las ballenas, pese a que su sentido del olfato no está desarrollado como el de otros animales marinos, se sintiesen alarmadas al ver que las barreras móviles intentaban guiarlas al lugar donde habían encontrado la muerte tantos parientes suyos.

Como guardián jefe, ya predestinado a cosas más altas, Franklin era ahora una especie de comodín al que podían utilizar para todo. Aparte de los efectos que esto tenía en su vida familiar, el cambio le agradaba. Cuando un hombre había aprendido la mecánica del oficio de guardián, el simple patrulleo y pastoreo significaban poco futuro

para él. Gente como Don Burley obtenían de esto gran placer y emoción, pero Don no era ambicioso y no tenía una formación intelectual. Franklin se decía esto sin ningún sentido de superioridad. Era la simple constatación de un hecho que Don sería el primero en admitir.

Estaba en Inglaterra, para actuar como perito en la Comisión Ballenera (el gendarme del departamento) cuando recibió una quejumbrosa llamada del doctor Lundquist, que había sustituido al doctor Robert al abandonar éste la Oficina de Ballenas para aceptar un cargo mucho más lucrativo en el acuario de Marinalandia.

- El Departamento de Investigación Científica me ha enviado tres cajones de maquinaria. Yo no he pedido nada, pero aquí está tu nombre. ¿Qué significa todo eso?

Franklin pensó rápidamente. Llegaría cuando él estuviese fuera, y si el director daba con ello antes de que pudiese preparar el terreno, sería el escándalo.

- Es una historia demasiado larga para explicártela ahora - contestó Franklin -. Tengo que comparecer ante el comité dentro de diez minutos. Deja eso en algún sitio hasta que yo vuelva... entonces te lo explicaré todo.

- Eso espero... todo esto es muy irregular.

- No tienes por qué preocuparte. Nos veremos pasado mañana... Si Don Burley viene a la base, que eche un vistazo a lo que han enviado. Pero ya resolveré yo todo el papeleo cuando vuelva.

Esa, se dijo, sería la peor parte del trabajo. Conseguir que un equipo que no se había pedido oficialmente se incluyese en el inventario de la oficina sin demasiadas preguntas. Iba a ser por lo menos tan difícil como localizar a la Gran Serpiente Marina.

Pero no tenía por qué preocuparse. Su nuevo e influyente aliado, el secretario del Departamento de Investigación Científica, se había anticipado ya a la mayoría de sus problemas. El equipo se enviaba a la oficina en calidad de préstamo, y ésta habría de devolverlo al terminar el trabajo. Y lo que es más, el director había dado la impresión de que se trataba de un proyecto del DIC. Aunque pudiese tener sus dudas, Franklin estaba oficialmente cubierto.

- Puesto que pareces estar enterado de todo, Walter - dijo en el laboratorio cuando por fin desempaquetaron lo enviado - será mejor que me expliques para qué sirve esto.

- Es un registrador automático, mucho más perfecto que los que tenemos en las compuertas para contar las ballenas al pasar. En esencia es una sonda de sonar de largo alcance, que explora un volumen de espacio de casi diez kilómetros de radio, y llega hasta el fondo del mar. Rechaza todos los ecos fijos, y solo registra objetos en movimiento. Y puede actuar sólo sobre objetos de un tamaño determinado En otras

palabras, se puede utilizar para contar el número de ballenas superiores, por ejemplo, a los veinte metros de longitud, sin registrar las otras. Lo hace una vez cada seis minutos, doscientas cuarenta veces al día, así que nos dará un censo prácticamente constante de cualquier zona determinada.

- Muy ingenioso. Supongo que el DIC desea que utilicemos esto en algún sitio.

- Si... y también para hacer los censos semanales. Nos va a ser muy útil. En fin... envían tres, por cierto.

- ¡No hay nadie como el DIC! Ojalá tuviésemos tanto dinero como ellos para derrochar. ¿Cómo funciona esto?... Si es que funciona.

Todo fue así de simple, y sin que se mencionasen en ningún momento las serpientes marinas.

No vieron rastro de ellas durante más de dos meses. Todas las semanas, el submarino de patrulla que estuviese en las proximidades enviaba las señales de los tres instrumentos, anclados a unos ochocientos metros de profundidad en los puntos elegidos por Franklin tras cuidadoso estudio de todos los datos disponibles. Con un empeño que lentamente se convirtió en terca decisión, examinó los centenares de metros de películas antiguas de dieciséis milímetros, medio aún no superado en su propio campo de registro. Contempló los miles de ecos que la película proyectaba, condensando en minutos las idas y venidas de las grandes criaturas del mar durante días y noches.

Normalmente las imágenes nada mostraban, pues había ajustado el discriminador de modo que rechazase todos los ecos de objetos de menos de veinticinco metros de longitud. Esto, calculaba, debía eliminar a todas las ballenas, salvo a las mayores, y detectar a la presa que andaban buscando. Pero cuando los rebaños se ponían en movimiento, la película se plagaba de ecos que cruzaban la pantalla a velocidades fantásticamente exageradas cuando proyectaba las imágenes. Veía la vida del mar acelerada en casi diez veces.

Tras dos meses de vana observación, comenzó a preguntarse si no habrían elegido el peor lugar para situar los registradores, y comenzó a hacer planes para trasladarlos. Cuando llegaron los siguientes rollos de película, se dijo que lo haría, y había decidido ya los nuevos emplazamientos.

Pero esta vez encontró lo que andaba buscando. Apareció en el borde de la pantalla, y por muy poco tiempo. Dos días atrás aquel eco inolvidable y extrañamente lineal había aparecido en el registrador. Ahora tenía pruebas, aunque no fuesen definitivas.

Desplazó los otros dos registradores, disponiendo los tres instrumentos en un gran triángulo de unos veinticinco kilómetros de lado, para que sus campos de registro se

sobrepusiesen. Entonces fue ya cuestión de esperar con la máxima paciencia posible otra semana.

La espera fue fructífera; pasada la semana tenía toda la munición necesaria para su campaña. La prueba estaba allí clara e innegable.

Un animal muy grande, demasiado grande y fino para identificarlo como una criatura marina conocida, vivía a la asombrosa profundidad de seis mil metros y subía hasta mitad de camino de la superficie dos veces diarias, probablemente para comer. De su aparición intermitente en las pantallas de los registradores, Franklin pudo extraer una idea bastante aproximada de sus actitudes y movimientos. A menos que abandonase bruscamente la zona y le perdiese el rastro, no habría dificultad alguna para repetir el éxito de la Operación Percy.

Debería haber recordado que en el mar nada se repito exactamente.

CAPITULO XVII

- Sabes, querido - dijo Indra -, me gustaría que ésta fuese una de tus últimas misiones.

- Si crees que estoy ya viejo...

- No, no es eso. Cuando estés de servicio en el cuartel general podremos empezar a tener una vida social normal. Podré invitar a gente a cenar sin tener que disculparme porque tú tienes que salir de repente a ver a una ballena enferma. Y será mejor para los niños; no tendré que andar siempre explicándoles quién es ese extraño al que a veces ven por casa.

- Bueno, no es tan malo ¿verdad, Pete? - dijo Franklin riendo, y tironeando el pelo revuelto y negro de su hijo.

- ¿Cuándo me vas a llevar en submarino, papá? - preguntó Peter por más o menos centésima vez.

- Un día de éstos, cuando seas lo bastante mayor para poder entrar solo.

- Pero si esperas a que sea grande, entonces yo ya iré solo y no necesitaré que me lleves.

- ¡Tienes mucha razón! - dijo Indra -. Siempre he dicho que mi hijo era un genio.

Debe haber sacado de ti el pelo - dijo Franklin -, pero eso no quiere decir que seas responsable de lo que hay debajo.

Se volvió a Don, que estaba haciendo ridículos ruidos en beneficio de Anne. Esta parecía no saber si reír o llorar, pero estaba prestando al problema, evidentemente, la mayor atención.

- ¿Cuándo vas tú a decidirte por las alegrías de la vida doméstica? ¿Es que piensas ser tío honorífico toda tu vida?

Por un instante, Don pareció un poco embarazado.

- En realidad - dijo lentamente - estoy pensándolo. He conocido a una persona al fin, que me parece que podría servirme.

- ¡Felicidades! Tengo entendido que ves mucho a Marie últimamente.

Don pareció a un más turbado.

- Bueno... no es Marie. Lo único que quería era despedirme de ella.

- Oh - dijo Franklin muy sorprendido. - ¿Y quien es ella?

- No creo que la conozcas. Se llama June... June Curtis. No está en la oficina, lo que es una ventaja en muchos sentidos. Aún no estoy decidido del todo; pero es probable que me declare la próxima semana.

- Sólo tienes que hacer una cosa - dijo Indra con firmeza -. En cuanto regreséis de esta expedición, tráela a cenar y te diremos lo que pensamos de ella.

- Y le preguntaré a ella lo que piensa de ti - intervino Franklin -. Hemos de ser justos. ¿No crees?

Recordaba las palabras de Indra («ésta será una de tus últimas misiones») mientras el pequeño navío de profundidad descendía hacia la noche eterna. No era estrictamente cierto, claro está. Aunque le hubiesen ascendido y ocuparse ahora un cargo permanente en tierra, aún saldría en ocasiones al mar. Pero las posibilidades disminuirían cada vez más. Como guardián, aquél era su canto de cisne, y no sabía si lamentarlo o alegrarse.

Durante siete años había recorrido los océanos (un año de su vida en cada mar), y en aquel tiempo había llegado a conocer a las criaturas de las profundidades como jamás pudieron conocerlas los hombres de tiempos anteriores. Había contemplado el mar en todas sus formas; había surcado espejeantes y lisas aguas, y soportado poderosas olas que agitaban su navío a treinta metros por debajo de la superficie azotada por la tormenta. Había contemplado allí belleza y horror, nacimiento y muerte, en todas sus múltiples formas, mientras surcaba un mundo líquido tan henchido de vida que frente a él la tierra era un vacío desierto.

Ningún hombre podría agotar nunca las maravillas del mar, pero Franklin sabía que le había llegado la hora de emprender tareas nuevas. Miró en la pantalla de sonar aquel cigarro de luz que le acompañaba, que era la nave de Don, y pensó tiernamente en sus

características comunes y en las diferencias que ahora iban a separarles. ¿Quién habría imaginado, se decía, que fueran a hacerse tan buenos amigos, en aquel lejano día que se conocieron como instructor y alumno?

Habían transcurrido sólo siete años, pero ya le resultaba difícil recordar la clase de persona que era en aquellos días. Sentía una enorme gratitud hacia los psicólogos que además de reconstruir su mente le habían proporcionado un trabajo con el que reconstruir su vida.

Sus pensamientos dieron el siguiente e inevitable paso. La memoria intentó recrear a Irene y a los chicos... ¡Dios santo, Rupert tendría ahora doce años!... que habían sido un tiempo toda su vida, pero ahora eran extraños que año a año le quedaban más lejos. La última fotografía que tenía de ellos era de hacía más de un año. La última carta de Irene se había echado en Marte hacía seis meses, y se recordó, sintiéndose culpable, que aún no la había contestado.

La aflicción había desaparecido hacía mucho; no le producía dolor verse exilado en su propio mundo, ni añoraba las caras de los amigos que tenía cuando consideraba su imperio todo el espacio. Era sólo una vaga tristeza, no del todo desagradable, que le hacía meditar sobre la inconsistencia del llanto.

La voz de Don interrumpió su ensueño, que en realidad nunca había desviado su atención del cuadro de instrumentos.

- Estamos sobrepasando mi récord, Walt. Nunca había bajado más de los tres mil metros.

- Y esto es sólo la mitad. De todos modos, ¿qué más da teniendo una nave adecuada? Sólo tardas un poco más en bajar, y un poco más en subir. Estos submarinos aún tienen un índice de seguridad cinco en el fondo de la Fosa Filipina.

- De eso no hay duda, pero no puedes convencerme de que no haya diferencias psicológicas. ¿No sientes tres kilómetros de agua sobre los hombros?

Resultaba extraño que Don se mostrase tan imaginativo; normalmente era Franklin quien hacia tales observaciones, y su amigo se burlaba de ellas inmediatamente. Si Don se ponía sombrío, lo mejor era aplicarle su propia medicina.

- Avísame cuando hayas empezado a hervir - dijo Franklin -. Si el agua te llega a la barbilla, daremos la vuelta.

Hubo de admitir que aquel chiste soso fortaleció su propia moral. El saber que la presión iba elevándose firmemente sobre él a media tonelada por centímetro cuadrado, le producía una cierta desazón que nunca había experimentado en aguas superficiales, donde el desastre podía ser igual de instantáneo y total. Tenía completa confianza en su

equipo y conocía ese curioso sentimiento de depresión que parecía haberle barrido la mayor parte de su interés en aquel proyecto en el que tanto empeño había puesto.

Mil quinientos metros más abajo, recuperó su interés en todo su primitivo vigor. Ambos vieron el eco simultáneamente, y por un instante comenzaron a gritarse uno a otro hasta que recordaron su disciplina de señales. Restaurado el silencio, Franklin dio sus órdenes.

- Reduce a un cuarto la velocidad - dijo -. Sabemos que ese animal es muy sensible y es mejor no asustarle hasta el último minuto.

- ¿No podemos llenar los tanques y descender suavemente?

- Aún falta mucho... aún está a mil metros por debajo. Reduce tu sonar al mínimo. No quiero que capte nuestras ondas sonoras.

El animal se movía de modo curiosamente errático, a una profundidad constante, efectuando a veces pequeños desvíos a derecha e izquierda como a la búsqueda de comida. Iba siguiendo las pendientes de una montaña submarina insólitamente escarpada, que surgía de pronto elevándose unos mil trescientos metros del lecho del mar. Franklin pensó, y no por primera vez, que era una lástima que el escenario más soberbio del mundo estuviese encerrado y oculto en las profundidades del océano. Nada en la superficie podía compararse a los cañones de ciento cincuenta kilómetros de anchura del Atlántico Norte, o a las monstruosas hoyas que daban al Pacifico los pozos más profundos de la Tierra.

Se hundieron lentamente pasando la cúspide de la montaña sumergida, una montaña cuyos picos más altos quedaban a casi cinco kilómetros por debajo del nivel del mar. Bajo ellos, a poca distancia, estaba ahora aquel eco misteriosamente alargado que parecía aún ondular a través del agua en un movimiento sinuoso que recordó a Franklin, inevitablemente, el de una serpiente. Resultaría irónico, pensó, que aquello fuera realmente la Gran Serpiente Marina. Pero eso era imposible, porque no había culebras de respiración acuática.

Ninguno de los dos hombres habló mientras se acercaban con lentitud y cautela a su objetivo. Ambos percibían que aquél era uno de los momentos más importantes de sus vidas y deseaban saborearlo plenamente. Hasta entonces Don se había mantenido un tanto escéptico, creyendo que lo que encontrasen sería un animal de alguna especie ya conocida. Pero su asombro aumentó al ampliarse el eco en la pantalla. Aquello era algo totalmente nuevo.

La montaña se alzaba ahora sobre ellos; bordeaban el pie de un cerro de más de seiscientos metros de altura, y su presa estaba a menos de ochocientos de distancia. Franklin sintió que le cosquilleaba en la mano el deseo de encender los focos ultravioleta

que resolverían en un instante el más antiguo misterio del océano, dándoles fama perdurable. ¿Hasta qué punto era para él importante aquello?, se preguntó, mientras pasaban los segundos. Lo era, no pretendía engañarse a si mismo. En toda su carrera, quizás no tuviese otra oportunidad como aquélla...

De pronto, sin el menor aviso, el submarino tembló como si lo golpease un martillo

- Dios mío... ¿qué fue eso? - gritó al mismo tiempo Don.

- Algún condenado imbécil está soltando explosivos - contestó Franklin, en el que la rabia y la frustración habían barrido por completo al miedo -. ¿No se notificó a todo el mundo nuestro descenso?

- Eso no fue ninguna explosión. Yo lo he oído antes... Es un terremoto.

Ninguna otra palabra podría haber conjurado de modo tan inmediato el terror de las profundidades insondables que Franklin había sentido clavarse unos instantes en su mente durante el descenso. El peso incalculable de las aguas comenzó a aplastarle como un peso físico; su poderosa nave pasó a parecerle el más frágil de los cascarones, sentenciada ya por fuerzas frente a las que de nada valía toda la ciencia del hombre.

Sabía que los terremotos eran frecuentes en las profundidades del Pacífico, donde las masas de roca y agua se hallaban siempre en precario equilibrio. Una o dos veces, yendo de patrulleo, había sentido choques distantes... pero esta vez, estaba seguro, se hallaban cerca del epicentro.

- Sube a toda velocidad hacia la superficie - ordenó -. Puede ser sólo el comienzo.

- Pero si no necesitamos más que otros cinco minutos - protestó Don -. Probemos suerte, Walt.

Franklin se sentía muy tentado a ceder. Aquel único estruendo quizás no se repitiera; la tensión de los torturados estratos podría haberse aliviado. Observó el eco tras el que andaban; se movía ahora mucho más de prisa, como si también le hubiese asustado aquel despliegue de las incontenibles fuerzas de la naturaleza.

- Nos arriesgaremos - decidió Franklin -. Pero si se produce otro nos iremos inmediatamente.

- Me parece justo - contestó Don -. Te apuesto diez a uno.

No llegó a terminar la frase. Esta vez el martillazo no fue más violento, pero si más sostenido. Todo el océano pareció agitarse cuando las ondas de choque, viajando a más de kilómetro y medio por segundo, comenzaron a agitarse entre la superficie y el lecho del mar. Franklin dio la orden de «¡vámonos!» y enfiló el submarino casi en vertical hacia el cielo distante.

Pero el cielo no estaba. El plano claramente definido que señalaba la frontera entre el agua y el aire en la pantalla de sonar se había desvanecido, reemplazado por una incoherente mezcla de nebulosos ecos. Por un instante Franklin supuso que el estampido había estropeado el aparato; luego su mente interpretó la increíble, la aterradora imagen que iba formándose sobre la pantalla.

- Don - gritó - dirígete a mar abierto... ¡las montañas se derrumban!

El billón de toneladas de roca que había sobre ellos se desplomaba en las profundidades. Se había desprendido toda la cara de la montaña y caía, moviéndose con una engañosa lentitud y una potencia totalmente irresistible. Era una avalancha a cámara lenta, pero Franklin sabía que en unos segundos las aguas que el submarino surcaba quedarían cubiertas por los fragmentos que caían.

Avanzaba a toda velocidad, y sin embargo parecía estar inmóvil. Sin necesidad de amplificadores, podía oír a través del casco el estruendo y el ruido de las rocas. Más de la mitad de la pantalla de sonar estaba ya bloqueada, bien por fragmentos sólidos, bien por las inmensas nubes de barro y grava que comenzaban a llenar el mar. Estaba quedándose ciego; y nada podía hacer mas que mantener el rumbo y rezar.

Con un golpe sordo, algo chocó contra el casco y el submarino se estremeció de un extremo a otro. Franklin pensó por un instante que había perdido el control. Luego consiguió hacer que la nave volviese a un rumbo regular. Tan pronto lo hizo, comprendió que había penetrado en una poderosa corriente, probablemente del agua desplazada por la montaña al caer. Le dio la bienvenida, pues estaba lanzándole a la seguridad del mar abierto, y por primera vez se atrevió a tener esperanzas.

¿Dónde estaba Don? Era imposible localizar su eco en el cambiante caos de la pantalla de sonar. Franklin puso su equipo de comunicación a máxima potencia y comenzó a llamar a través de la agitada oscuridad. No hubo respuesta. Probablemente Don estuviese demasiado ocupado para contestar, aunque hubiese recibido la señal.

Las grandes olas habían cesado y con ellas los temores más graves de Franklin. No había ya peligro de que la presión aplastase el casco, y por esta vez; no había duda, se había librado de la derrumbada montaña. La corriente que se había sumado a sus motores perdía ya fuerza, lo cual probaba que se hallaba muy lejos de su origen. En la pantalla de sonar, la niebla luminosa que había bloqueado toda visión se desvanecía minuto a minuto al ir desapareciendo el barro y cascotes.

Lentamente la mellada cara de la montaña surgió de la masa de entrecruzados ecos. La imagen de la pantalla comenzó a estabilizarse, y Franklin pudo ver la gran cicatriz que dejaba la avalancha. El propio lecho marino quedaba ahora oculto tras una gran niebla de

barro; pasarían horas antes de que se hiciese visible de nuevo y pudiesen valorarse los daños producidos por aquel paroxismo de la naturaleza.

Franklin observó y esperó a que la pantalla se aclarase. Aunque el agua aún seguía turbia, ya no estaba llena de materia en suspensión. Podía verse a un kilómetro... luego a dos. Y luego a tres.

Y en todo aquel espacio no había el menor rastro de los agudos y brillantes ecos de la nave de Don. Al crecer su campo de visión sin que apareciese en la pantalla, Franklin fue perdiendo esperanzas. Llamó una y otra vez en solitario silencio, mientras la desesperación y el pesar luchaban por dominar su alma.

Hizo explotar las granadas de señales que pondrían en estado de alerta todos los hidrófonos del Pacífico y enviarían aviso para que acudiese ayuda por mar y aire. Pero mientras iniciaba su búsqueda, descendiendo lentamente en espiral, sabía de sobra que era en vano.

Don Burley había perdido su última apuesta.

TERCERA PARTE - EL BURÓCRATA

CAPITULO XVIII

El gran mapa Mercator que cubría toda una pared era bastante insólito. Todas las zonas de tierra quedaban completamente en blanco. Parecía como si el autor pensase que los continentes no habían sido explorados. Pero el mar se detallaba minuciosamente y, esparcidos por su superficie, había innumerables puntos de luz coloreada, que proyectaba algún mecanismo que había en el interior de la pared. Estos puntos se movían lentamente de hora en hora, registrando al hacerlo, para que ojos expertos lo interpretaran, la emigración de todos los principales bancos de ballenas de los mares.

Franklin había visto aquel gran mapa muchas veces en los últimos catorce años... pero nunca desde aquel lugar destacado. Pues lo miraba ahora desde la silla de director.

- No creo que tenga que advertirle, Walter - dijo su ex jefe - que se hace cargo de la Oficina en un momento muy difícil. En un período de cinco años vamos a tener un grave choque con las granjas. A menos que logremos ser más eficientes, las proteínas derivadas del plancton pronto serán sustancialmente más baratas que las muestras.

- Y este es sólo uno de los problemas. La posición del personal es más difícil cada año... y esto no va a ayudar gran cosa.

Entregó un sobre a Franklin, que sonrió crispadamente cuando vio lo que contenía. El anuncio era bastante conocido; había aparecido en todas las principales revistas en la última semana y debía haberle costado al Departamento Espacial una pequeña fortuna.

Una escena submarina de claridad difusa y color borroso se extendía en dos páginas. Grandes monstruos, más inmensos y espeluznantes que todos los que hubiesen poblado la tierra desde el período jurásico, luchaban entre sí en las profundidades cristalinas. Franklin sabía, por las fotografías que había visto, que era una pintura muy exacta, y no podía reprochar al ilustrador ninguna licencia artística respecto a la luz submarina.

El texto era digno y evitaba el sensacionalismo; ya el dibujo era lo bastante sensacional, no necesitaba adornos. El Departamento Espacial, decía, necesita con urgencia jóvenes para servir como guardianes y especialistas en producción de alimentos para la explotación de los mares de Venus. Era el trabajo, se decía, más emocionante y compensador que pudiese existir en el sistema solar. El sueldo era bueno y las condiciones menos estrictas que para los pilotos espaciales o los astrogadores. Tras la breve lista de condiciones físicas y de instrucción, el anuncio terminaba con las palabras que la Comisión Venusiana había prodigado durante los últimos seis meses, y que Franklin estaba cansado de oír: «Ayuda a construir una segunda Tierra».

- De momento dijo el ex director nuestro problema será mantener en marcha la primera, cuando los brillantes jóvenes que debieran unírsenos se vayan a Venus. Y, aquí entre nosotros, no me sorprendería que el Departamento Espacial hubiese sondeado ya a algunos de nuestros hombres.

- ¡Ellos no harían una cosa así!

- ¿Qué no? Lo cierto es que hay una solicitud del guardián de primera McRae; Si no puede hablar con él del asunto, intente descubrir por qué quiere irse.

Las cosas iban a ponerse sin duda difíciles, pensó Franklin. Joe McRae era un viejo amigo; ¿podía utilizar ahora aquella amistad siendo el jefe de Joe?

- Otro de nuestros pequeños problemas es el de mantener controlados a los científicos. Lundquist es aún peor que Robert; tiene en marcha seis proyectos disparatados, y, por lo menos, Robert nunca emprendía varios a la vez Se pasa la mitad del tiempo en Isla Heron. No estaría mal acercarse allí a ver qué hace. Es algo que yo nunca tuve oportunidad de hacer.

Franklin siguió escuchando cortésmente a su predecesor, que continuaba enumerando, con evidente alivio, las diversas desventajas de su nuevo puesto. La mayoría de ellas ya las conocía, y su pensamiento estaba ahora lejos de allí.

Pensaba lo agradable que sería iniciar su directoriado con una visita oficial a Isla Heron, de la que hacia cinco años que había salido, y que guardaba tantos recuerdos de sus primeros días en el departamento.

El doctor Lundquist se alegró de la visita del nuevo director, pues era lo bastante inocente como para tener esperanzas de que prestase más apoyo a sus actividades. No hubiese sentido tanto entusiasmo si hubiese sospechado que era mucho más probable que sucediese lo contrario. Nadie podía sentir mayor simpatía que Franklin por las investigaciones científicas, pero ahora que tenía que aprobar personalmente los presupuestos descubría que se había alterado levemente su punto de vista. Lo que hiciese Lundquist tenía de tener un valor directo para la oficina. En caso contrario, no era factible... a menos que se hiciese cargo de él el Departamento de Investigación Científica.

Lunquist era un hombrecillo pequeño y nervioso, cuyos movimientos rápidos y algo crispados recordaban a Franklin los de un gorrión. Era un entusiasta de un tipo que se daba muy poco ya, y combinaba unas firmes bases científicas con una imaginación desbocada. Franklin pronto descubriría lo desbocada que era.

A primera vista parecía que la mayoría de los trabajos que se realizaban en el laboratorio eran pura rutina. Franklin pasó una aburrida media hora con dos jóvenes científicos que le explicaron los métodos que hablan ideado para liberar a las ballenas de los numerosos parásitos que las agobiaban, y logró escapar por los pelos a una conferencia sobre obstetricia cetácea. Escuchó con más interés los últimos informes sobre los trabajos de inseminación artificial, pues había colaborado en el pasado en algunos de los primeros (y a menudo ridículamente fallidos) experimentos en este campo. Olisqueó cautamente un ámbar sintético, reconoció que parecía igual que el auténtico. Y escuchó la grabación de los latidos cardíacos de una ballena antes y después de una operación en la que le habían salvado la vida, y pretendió apreciar la diferencia.

Hasta allí todo estaba perfectamente en orden, tal y como él esperaba. Pero entonces Lundquist le sacó del laboratorio y le llevó a la gran piscina, diciéndole mientras descendían:

- Creo que le parecerá a usted más interesante esto. Está solo en fase experimental, desde luego, pero tiene grandes posibilidades.

El científico miró su reloj y murmuró para sí:

- Tenemos dos minutos; aparece a esta hora normalmente. - Miró hacia al arrecife y luego dijo con satisfacción -: ¡Vaya, ya está ahí!

Una gran masa oscura avanzaba hacia la isla, y un momento después Franklin vio la típica nube de vapor que identificó el lomo de la ballena. Casi inmediatamente vio un

segundo chorro mucho más pequeño y comprendió que se trataba de una hembra con su cría. Sin vacilar, los dos animales penetraron por el estrecho canal que se había practicado entre el coral años atrás para que pudiesen subir hasta el laboratorio barcos pequeños. Giraron a la izquierda y entraron en el gran estanque formado por la marea que ya estaba allí en la última visita de Franklin, y allí se quedaron esperando pacientemente como perros bien adiestrados.

Dos técnicos del laboratorio, con impermeables, empujaban algo que parecía un extintor de incendios hacia el borde del agua. Lundquist y Franklin se apresuraron a unírseles, y pronto se hizo evidente por qué eran necesarios los impermeables en un día claro y sin nubes. Cada vez que las ballenas resoplaban, organizaban un chaparrón en miniatura, y Franklin buscó rápidamente protección de aquella ducha nauseabunda.

Ni siquiera un guardián veía a menudo una ballena viva de tan cerca, y en condiciones tan ideales. La madre tendría unos quince metros de longitud, y, como todas las ballenas jorobadas, tenía una estructura maciza. No era ninguna belleza, pensó Franklin, y las verrugas irregulares de los bordes exteriores de sus aletas poco hacían para mejorar su apariencia. El ballenato tenía unos seis metros de longitud, y no parecía sentirse demasiado feliz allí encerrado, pues daba vueltas ansiosamente alrededor de su estólida madre.

Uno de los científicos lanzó un grito extraño y penetrante e inmediatamente la ballena se ladeó, sacando del agua la mitad de su arrugado vientre. No pareció preocuparse cuando colocaron un gran cubo de goma sobre la mama descubierta; en realidad, estaba cooperando claramente, pues el medidor del tanque de recolección registró un asombroso incremento de fluido.

- Sabrá sin duda - explicó Lundquist - que las vacas expulsan su leche bajo presión, de modo que las crías puedan mamar estando las tetas sumergidas sin que se les meta agua en la boca. Pero cuando las crías son muy pequeñas, la madre se da la vuelta de ese modo para que la cría pueda mamar encima del agua. Eso simplifica mucho las cosas.

La obediente ballena, sin recibir instrucciones que Franklin pudiese detectar, había dado la vuelta y estaba inclinada sobre el otro costado para que pudieran ordeñarle la segunda mama. Miró el medidor. Registraba ya casi doscientos litros, y aún seguía subiendo. La cría estaba claramente inquieta, o quizás excitada por la leche que pudiera haber caído al agua por accidente. Hizo varias tentativas de eliminar a su rival mecánico, y no cejó en su empeño hasta que recibió unos fuertes aletazos.

Franklin estaba impresionado, pero no sorprendido. Sabía que no era la primera vez que se ordeñaba a una ballena, aunque no que pudiese hacerse con tanta limpieza y

rapidez. Pero, ¿a que venia todo aquello? Conociendo al doctor Lundquist, podía sospecharlo.

- Así - dijo el científico, esperando sin duda que la demostración hubiese causado el impacto previsto - podemos conseguir un mínimo de doscientos litros de leche diarias de un animal sin impedir el crecimiento de la cría. Y si empezásemos a criar animales para el ordeñe como los granjeros en tierra, podríamos conseguir una tonelada diaria sin problema. ¿Cree usted que es mucho? Me parece un objetivo muy modesto. Después de todo, el ganado selecto ha llegado a dar cuarenta litros de leche al día... ¡y una ballena pesa bastante más de veinte veces lo que una vaca!

Franklin hizo cuanto pudo por interrumpir las estadísticas.

- Todo eso está muy bien. No pongo en duda sus cifras. Ni dudo que se pueda eliminar de la leche el gusto a aceite... SI, lo he entendido, gracias. Pero, ¿cómo demonios vamos a controlar a todas las ballenas de un rebaño, especialmente un rebaño que recorre tres mil kilómetros al año?

- Bueno, hemos trabajado en eso. En parte es una cuestión de entrenamiento, y hemos aprendido mucho al conseguir atraer aquí a Susan con nuestras grabaciones submarinas. ¿Nunca ha visto usted en una granja lechera como entran las vacas en la ordeñadora automática y cómo salen después... sin ningún ser humano en kilómetros de distancia? ¡Y, créame, las ballenas son mucho más listas y más fáciles de instruir que las vacas! He hecho un primer boceto de un tanque de leche que pudiese ordeñar a cuatro ballenas a la vez, y seguir al rebaño en su emigración. De cualquier modo, ahora que podemos controlar la producción de plancton, podemos detener la emigración si lo deseamos y mantener a las ballenas en los trópicos sin que pasen hambre. Todo esto se puede llevar a la práctica, se lo aseguro.

Franklin, a pesar de todo, se sentía fascinado por la idea. Se había planteado, de una forma u otra, durante muchos años, pero al parecer, el doctor Lundquist era el primero que hacía algo práctico al respecto.

La ballena madre y su cría, un tanto indignada aún, tuvieron que volver al mar, y se dedicaron a chapotear ruidosamente pasado el arrecife. Franklin, mientras los observaba, se preguntaba si acabarla viendo al cabo de unos años a las grandes bestias dirigirse obedientemente a las plantas móviles de ordeñado, entregando cada una de ellas una tonelada de lo que se consideraba uno de los alimentos más ricos de la Tierra. Pero podía seguir siendo sólo un sueño. Habría que resolver innumerables problemas prácticos, y lo que se había logrado a escala de laboratorio con un solo animal quizás fuese imposible en el mar.

- Lo que me gustaría que hiciese usted - dijo a Ludquist -, es presentarme un informe indicándome lo que el ordeñe exigiría en equipo y personal. Procure indicarme los costos, siempre que pueda. Y luego calcule cuánta leche podía producir cada animal, y lo que pagarían por ella las plantas transformadoras. Entonces tendríamos algo concreto sobre lo que trabajar. De momento me parece un experimento interesante, pero es imposible saber si tiene aplicación práctica.

Lundquist pareció un poco descorazonado ante la falta de entusiasmo de Franklin, pero se animó enseguida mientras salían del recinto de la piscina. Si Franklin había pensado que un proyecto como el del ordeñe de las ballenas había agotado la capacidad de invención de Lundquist, iba a comprobar que estaba equivocado.

- El segundo proyecto del que quiero hablarle - empezó el científico - aún está en etapa de planeamiento. Como uno de nuestros problemas más graves es la falta de personal, he estado ideando modos de mejorar la eficiencia eliminando hombres de puestos rutinarios.

- Supongo que en su proyecto pretenderá hacerlo todo de modo automático. En fin, hace menos de un año que cayeron sobre nosotros los últimos equipos de eficiencia (y, añadió Franklin para sí, la Oficina aún no ha logrado recuperarse).

- Mi enfoque del problema - explicó Lundquist - no es muy convencional, y creo que a usted, como guardián, le interesará especialmente. Como sabe, suelen necesitarse dos e incluso tres submarinos para manejar un gran banco de ballenas. Si intenta hacerlo un submarino solo, se dispersan en todas direcciones. Ahora bien, a mí esto siempre me ha parecido un derroche inútil de hombres y equipo, puesto que todo podría hacerlo un sólo guardián. Sólo necesita que sus compañeros hagan los ruidos adecuados en los lugares adecuados... algo que una máquina podría hacer igualmente.

- Si está pensando usted en submarinos esclavos automáticos - dijo Franklin -, ya se ha intentado. Y no resultó. Un guardián no puede controlar dos naves al mismo tiempo, y mucho menos tres.

- Conozco detalladamente ese experimento - contestó Lundquist -. Podría haber sido un éxito si lo hubiesen enfocado adecuadamente. Pero mi idea es mucho más revolucionaria. Dígame... ¿Significa para usted algo «perro pastor»?

Franklin frunció el ceño.

- Creo que sí - contestó -. ¿No eran los perros que usaban los pastores en la antigüedad, hace cientos de años, para proteger sus rebaños?

- Siguieron haciéndolo hasta hace menos de cien años. Y «proteger» no es el término adecuado. He visto películas de perros pastores en acción, y nadie que no lo hubiese

visto creería las cosas que eran capaces de hacer. Estos perros eran tan inteligentes y estaban tan bien adiestrados que podían conseguir que un rebaño de ovejas hiciese lo que el pastor quisiera sólo a una orden de éste. Podían dividir el rebaño en secciones, separar a una sola oveja de sus compañeras, o mantener inmóvil el rebaño en un punto durante el tiempo que fuese preciso.

»¿Entiende lo que quiero decir? Llevamos siglos adiestrando perros, y no nos parece milagroso. Lo que quiero decir es que debemos repetir lo mismo en el mar. Sé que una buena cantidad de mamíferos marinos (las focas y las morsas, por ejemplo) son por lo menos tan inteligentes como los perros, pero no se ha hecho tentativa alguna de domesticarlos y educarlos, salvo en circos y en lugares como Marinalandia. Habrá visto usted las cosas que hacen nuestras marsopas, y ya sabe lo afectuosas que son: Después de ver esas películas antiguas de perros pastores, aceptará que todo lo que podía hacer un perro hace cien años podemos enseñárselo hoy a una marsopa.

- Un momento - dijo Franklin, un poco abrumado -. Aclaremos esto. ¿Quiere usted proponer que cada guardián lleve con él cuando trabaja con un banco de ballenas un par de perros?

- Para ciertas operaciones, si. Por supuesto, la técnica tendría sus limitaciones. No hay animal marino que posea la velocidad y el alcance de un submarino, y los «perros», como usted los ha llamado, no podrían llegar siempre a los lugares donde se les necesitase. Pero he hecho algunos estudios y creo que sería posible duplicar la eficacia de nuestros guardianes de este modo, eliminando la necesidad de que tengan que trabajar en parejas o tríos.

- Pero - protestó Franklin - ¿qué caso iban a hacer las ballenas a las marsopas? No les harían ninguno.

- Oh, yo no quiero decir que tengamos que utilizar marsopas, era sólo un ejemplo. Tiene usted razón, las ballenas no les harían caso. Tendremos que utilizar un animal mayor, y al menos tan inteligente como la marsopa, y al que las ballenas tengan que hacer caso. Sólo hay un animal que cumple estas condiciones, y querría que usted me diese permiso para capturar un ejemplar y educarlo.

- Explíquese - dijo Franklin, con un tono de resignación en la voz tan patente que incluso Lundquist, que tenía poco sentido del humor, se vio obligado a sonreír.

- Lo que yo quiero - continuó - es coger un par de ballenas asesinas y enseñarles a trabajar con uno de nuestros guardianes.

Franklin pensó en aquellos torpedos de diez metros de poder mortífero que tan a menudo había cazado y sacrificado en los mares helados del polo. Era difícil imaginarse a

una de aquellas feroces bestias obedeciendo las órdenes del hombre. Luego recordó la diferencia entre el perro pastor y el lobo, y cómo se había superado tiempo atrás. Si, se podía hacer de nuevo... si merecía la pena.

En caso de duda, pide un Informe, le había dicho una vez uno de sus superiores. Bien, tendría que salir por lo menos con dos informes de Isla Heron, y ambos de lectura interesante. Pero los planes de Lundquist, pese a su fantasía, pertenecían al futuro; Franklin tenía que dirigir la oficina tal como era el mundo aquí y ahora. Prefería evitar cambios drásticos en unos años, hasta que adquiriese experiencia. Además, aunque la idea de Lundquist pudiese demostrarse eficaz, tendría que librar una larga y dura batalla para convencer a los que tenían que aprobar la provisión de fondos. «Quiero comprar cincuenta máquinas ordeñadoras de ballena, por favor». Si Franklin podía imaginarse la reacción de ciertos grupos conservadores. En cuanto a educar ballenas asesinas, bueno, le tomarían por loco.

Vio alejarse la isla mientras el avión le llevaba rumbo a casa (extraño, después de tantos viajes, que debiese volver a vivir en el país en que había nacido). Hacía ya casi quince años que había hecho por primera vez aquel viaje con el buen Don ¡Qué contento se habría puesto Don si pudiese ver el fruto de su labor como instructor! Y también el profesor Stevens. Franklin siempre le había tenido un poco de miedo, pero ahora podría mirarle a la cara, si aún estuviese vivo. Con una punzada de remordimiento comprendió que nunca podría darle las gracias al psicólogo por todo lo que había hecho.

De recluta neurótico a director de la Oficina en quince años. No estaba mal. Y ahora qué, Walter, se preguntó Franklin. No sentía necesidad de más triunfos; quizás hubiese satisfecho ya sus ambiciones. Quizás le bastase con dirigir la Oficina durante un plácido y tranquilo futuro.

Era bueno para su paz mental que no tuviese ni idea de lo fallida que resultaría tal esperanza.

CAPITULO XIX

El fotógrafo había terminado, pero el joven que había sido la sombra de Franklin durante los últimos dos días, parecía tener aún una ilimitada reserva de cuadernos y preguntas. ¿Valía la pena todo aquello sólo para que su borroso rostro (probablemente sobrepuesto en un montaje a un fondo de ballenas) apareciese en los escaparates de las librerías del mundo? Franklin lo dudaba, pero no tenía elección. Recordó aquel proverbio:

«Los funcionarios públicos no tienen vida privada». Era verdad a medias, como todos los aforismos. Nadie había conocido nunca al último director de la Oficina, y él podría haber llevado una existencia igualmente gris si no hubiese decretado otra cosa el Departamento de Relaciones Públicas de la División Marítima.

- Muchos de sus hombres, señor Franklin - dijo el joven de Earth Magazine -, me han hablado de su interés por la fantástica gran Serpiente marina, y de la misión en la que resultó muerto el guardián de Primera Burley. ¿Se han hecho más investigaciones en ese campo?

Franklin suspiró; temía que aquello surgiese tarde o temprano, y esperaba que no destacase excesivamente en el artículo. Se dirigió al archivo privado de su gabinete y sacó una gruesa carpeta de notas y fotografías:

- Aquí están todos los datos, Bob - dijo -. Quizás le guste echarles una ojeada... llevo la relación al día. Espero que alguna vez consigamos resolver el enigma; puede usted decir que por ahora se trata de un asunto mío, pero que en los últimos ocho años no he tenido posibilidad de hacer nada en este campo. Ahora la cuestión corresponde al Departamento de Investigación Científica... no a la Oficina de Ballenas. Nosotros tenemos otras tareas.

Podría haber añadido muchas más tareas, pero decidió no hacerlo. Si no hubiesen trasladado al secretario Farland de su puesto en el DIC a poco del trágico fracaso de su misión, podría haber tenido una segunda oportunidad. Pero en las investigaciones y recriminaciones que siguieron al desastre, se había perdido la posibilidad, quizás por muchos años. Puede que en la vida de todo hombre haya de haber un gran fracaso, algún asunto incluso que equilibra otros éxitos.

- Entonces sólo queda una pregunta - continuó el periodista -. ¿Qué me dice del futuro de la Oficina? ¿Tiene usted algún plan interesante a largo plazo del que pueda hablarme?

Era otro asunto peliagudo. Franklin había aprendido, hacia ya mucho tiempo, que los hombres de su posición debían cooperar con la prensa, y en aquellos dos últimos días, su afanoso interrogador se había convertido prácticamente en miembro de la familia. Pero había cosas que le parecieron demasiado delicadas, e hizo todo lo posible porque el doctor Lundquist estuviese lejos mientras Bob anduviese por Isla Heron. Había visto, bien es verdad, un modelo de la máquina ordeñadora que le había impresionado mucho, pero no le habían dicho nada de las dos ballenas asesinas a las que se mantenía, con grandes problemas y gastos, en el extremo este del arrecife.

- Bueno, Bob - comenzó lentamente -, a estas horas probablemente conozca las estadísticas mejor que yo. Esperamos aumentar nuestros rebaños en un diez por ciento en los próximos cinco años. Si este plan de ordeñe resulta (hasta ahora es puramente un

experimento) dejaremos un poco de lado a las ballenas espermáticas y nos centraremos más en las ballenas jorobadas. De momento, proporcionamos el doce y medio por ciento de la cuota total de alimentos de la raza humana, y eso constituye una gran responsabilidad. Espero que lleguemos al quince por ciento estando yo en la Oficina.

- Así que todo el mundo tendrá que comer filete de ballena por lo menos una vez a la semana, ¿no?

- Dígalo como quiera. Pero la gente come ballena continuamente sin saberlo... cuando usa grasa para cocinar o extiende margarina sobre un trozo de pan. Podemos duplicar nuestra producción y no se darían cuenta, pues nuestros productos casi siempre van disfrazados de otra cosa.

- El Departamento Artístico va a resolver eso; cuando el reportaje aparezca, pondremos una fotografía de los alimentos domésticos corrientes que pueden consumirse en una semana indicando el porcentaje de cada uno que procede de las ballenas.

- Eso estará muy bien. Por cierto... ¿ha decidido usted cómo va a llamarme?

El periodista sonrió.

- Eso depende de mi editor - contestó -. Pero le dije que evitase el término «ballenero» siempre que pudiese. Es demasiado vulgar.

- Bueno, me lo creeré cuando lea el articulo. Todos los periodistas nos lo prometen, pero luego parece que no pueden resistir la tentación. Por cierto, ¿cuándo cree usted que aparecerá el reportaje?

- A menos que una noticia importante lo desplace, en unas cuatro semanas. Tendremos las pruebas antes, probablemente a finales de la semana próxima.

Franklin le vio salir de la oficina exterior, lamentando en parte perder una compañía tan agradable, que, aunque le hiciese preguntas embarazosas, lo compensaba sobradamente con las historias que podía contarle sobre los hombres más famosos del planeta. Ahora, suponía, también él pertenecía a aquel grupo, pues por lo menos cien millones de personas leían las series de «Hombres de Earth».

El reportaje apareció, según lo prometido, cuatro semanas más tarde. Era fiel, estaba bien escrito y contenía un error tan trivial que el propio Franklin no lo había advertido al repasar las pruebas. La información fotográfica era excelente y contenía un asombroso estudio de una cría de ballena mamando, que sin duda había significado un gran riesgo y había exigido meses de paciencia. El que se hubiese hecho en la piscina de Isla Heron sin que el fotógrafo se mojase siquiera los pies era algo irrelevante que no debía distraer al lector.

Aparte del pie que había bajo la fotografía principal (¡«Príncipe de las ballenas»!), Franklin estaba encantado, y también todos los demás miembros de la Oficina, de la División Marítima, e incluso de la propia Organización Mundial de Alimentos. Nadie sospechó que en unas semanas fuese a enredar a la Oficina de Ballenas en una de las mayores crisis de toda su historia.

No fue falta de visión; a veces el futuro se puede prever y se pueden hacer planes para enfrentarlo. Pero hay veces en los asuntos humanos en que acontecimientos que parecen no tener ninguna conexión posible (que parecen tan remotos como si ocurriesen en planetas distintos) pueden relacionarse de pronto con asombrosa violencia.

La Oficina de Ballenas era una organización que había tardado casi medio siglo en crearse, y que ahora daba trabajo a veinte mil hombres y poseía equipo valorado en unos veinte mil millones de dólares. Era una unidad típica del Estado Científico Mundial, con todo el poder y el prestigio que ello implicaba.

Y ahora iba a verse estremecida hasta sus cimientos por las suaves palabras de un hombre que había vivido quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

Franklin estaba en Londres cuando apareció el primer inicio de la tormenta. No era insólito el que funcionarios de la Organización Mundial de Alimentos olvidasen a sus inmediatos superiores de la División Marítima y fuesen a hablar directamente con él. Sin embargo, era insólito que el propio secretario de la Organización Mundial de Alimentos se inmiscuyese en el trabajo diario de la Oficina, obligando a Franklin a cancelar todos sus compromisos y obligándole a dar media vuelta al mundo hasta una pequeña población de Ceilán de la que nunca había oído hablar y cuyo nombre ni siquiera podía pronunciar.

Por fortuna había sido un verano cálido en Londres, y los diez grados más de Colombo no resultaron tan opresivos. Recibió a Franklin en el aeropuerto la representante oficial de la Organización Mundial de Alimentos, OMA, que parecía muy fresca y cómoda con su sarong, prenda que habían aceptado ya hasta los occidentales más conservadores. Dio la mano al cortejo habitual de funcionarios menores, se alegró al ver que no había periodistas por allí que pudiesen decirle más sobre aquella misión de lo que él mismo sabía, y rápidamente pasó al otro avión que le llevaría las últimas cien millas de su viaje.

- Ahora - dijo, una vez recuperado el aliento, mientras pasaban bajo ellos millas y millas de plantaciones de té automatizadas - será mejor que empiece a informarme. ¿Por qué es tan importante llevarme a Anna... como se llame?

- Anuradhapura. ¿No se lo ha dicho el secretario?

- Sólo estuvimos juntos cinco minutos en el aeropuerto de Londres. Así que dígame enseguida de qué se trata, por favor.

- Bueno, es algo que lleva siete años cociéndose. Hemos advertido al Cuartel General, pero nunca nos han tomado en serio. Ahora esa entrevista que le hicieron a usted en Earth ha dado publicidad al asunto; el Mahanayake Thero de Anuradhapura, que es el hombre más influyente del Este, y del que oirá usted hablar mucho más, lo leyó y enseguida nos pidió que le garantizásemos facilidades para hacer un recorrido por las instalaciones de la Oficina. No podemos negarnos, claro, pero sabemos perfectamente lo que se propone. Se llevará con él a un equipo de cámaras y recogerán material suficiente, para lanzar una gran campaña contra la Oficina. Luego, cuando le parezca más oportuno, pedirá un referéndum. Y si las cosas se ponen contra nosotros, tendremos problemas.

Las piezas del rompecabezas parecían ordenarse; por lo menos el esquema general estaba claro. Por un instante, Franklin se sintió irritado porque le hubiesen hecho cruzar medio mundo para tratar un asunto tan absurdo. Luego comprendió que los hombres que le hablan enviado allí no lo consideraban absurdo. Debían saber mejor que él la potencia de las fuerzas que estaban en juego. Nunca era prudente subestimar el poder de la religión, aunque se tratase de una religión tan pacífica y tolerante como el budismo.

Era una situación que hubiese parecido inimaginable solo cien años atrás, pero los catastróficos cambios políticos y sociales del último siglo se habían combinado para hacerla inevitable. Con el fracaso o el debilitamiento de sus tres grandes rivales, el budismo era ahora la única religión que seguía poseyendo un poder real sobre las mentes de los hombres.

El cristianismo, que nunca se había recobrado del todo del gran golpe que le habían asestado Darwin y Freud, había sucumbido por último, inesperadamente, ante los descubrimientos arqueológicos de finales del siglo veinte. La religión hindú, con su fantástico panteón de dioses y diosas, no había podido sobrevivir en una era de racionalismo científico, y el Islam, debilitado por las mismas fuerzas, había sufrido además una gran pérdida de prestigio cuando la triunfante estrella de David eclipsó al pálido creciente del profeta.

Estas creencias aún sobrevivían, y continuarían haciéndolo aún durante generaciones, pero había desaparecido todo su poder. Sólo las enseñanzas del Buda habían conservado e incluso aumentado su influencia, al llenar el vacío dejado por los otros credos. Al ser una filosofía y no una religión, y al no basarse en revelaciones vulnerables a la pirueta del arqueólogo, el budismo apenas si se había visto afectado por los cataclismos que habían destruido a los otros gigantes. Aunque purgado y purificado por formas externas, su estructura básica permanecía inalterable.

Uno de los fundamentos del budismo, como Franklin sabía de sobra, era el respeto a todas las criaturas vivas. Era una ley que pocos budistas habían obedecido nunca al pie de la letra, excusándose en el sofisma de que no había inconveniente en comer la carne del animal matado por otro. Pero en años recientes se habían hecho tentativas de imponer esta regla con todo rigor, y se habían planteado interminables debates entre vegetarianos y carnívoros, en los que se habían planteado muchos absurdos. El que estos problemas pudiesen tener efectos prácticos sobre el trabajo de la Organización Mundial de Alimentos, era algo que Franklin nunca había considerado seriamente.

- Dígame - preguntó, mientras las fértiles colinas corrían rápidamente bajo ellos -, ¿qué clase de hombre es ese Thero a quien me lleva usted a ver?

- Thero es el título; puede traducirlo usted por arzobispo, si quiere. En realidad se llama Alexander Boyce, y nació en Escocia hace sesenta años.

- ¿Escocía?

- Si. Fue el Primer occidental que alcanzó la cúspide de la jerarquía budista, y para conseguirlo tuvo que superar una gran oposición. Un bhikku, bueno, un monje, amigo mío, se quejaba en una ocasión de que Maha Thero era como un viejo eclesiástico escocés pero que había nacido con unos centenares de año de retraso y había reformado el budismo en vez de la Iglesia de Escocia.

- ¿Y cómo llegó a Ceilán, en primer lugar?

- Créalo usted o no, vino como técnico ayudante de una compañía cinematográfica. Tenía entonces unos veinte años. Al parecer, fue a filmar la estatua del Buda agonizante al templo-cueva de Dambulla y se convirtió. Después tardó veinte años en llegar a la cúspide, y ha sido él el autor de la mayoría de las reformas introducidas desde entonces en el budismo. Las religiones se corrompen al cabo de un par de miles de años, y necesitan una limpieza. El Maha Thero hizo esto con el budismo de Ceilán, librándolo de los dioses hindúes que hablan logrado colarse en los templos.

- ¿Y ahora está mirando a ver si encuentra nuevos mundos que conquistar?

- Eso es lo que parece. Afirma que no le interesa la política, pero ha derribado a un par de gobiernos sólo con alzar el dedo, y tiene muchos seguidores en el este. Sus programas «La voz del Buda» tienen una audiencia de cientos de millones, y se calcula que hay por lo menos mil millones de simpatizantes, aunque no estén totalmente de acuerdo con sus ideas. Comprenderá usted ahora por qué me lo tomo tan en serio.

Una vez eliminado el disfraz del nombre exótico, Franklin recordó que el Venerable Alexander Boyce había merecido también uno de los reportajes de Earth Magazine hacía dos o tres años. Así pues, tenían algo en común; sentía ahora no haber leído aquel

articulo, pero cuando lo vio, para él carecía de interés, y ni siquiera podía recordar la apariencia de Thero.

- Es un hombrecito engañosamente plácido, es muy fácil engañarse con él - fue la respuesta a su pregunta -. Le parecerá razonable y amistoso, pero una vez decidido a algo aplasta toda oposición, como un glaciar. No es un fanático, no lo crea. Si puede demostrarle que determinadas acciones son esenciales, no interferirá con ellas, aunque no le gusten. No le agrada nuestra idea de aumentar la producción de carne, pero comprende que no todo el mundo puede ser vegetariano. Llegamos con él al compromiso de no construir nuevos mataderos en las ciudades sagradas, como nos proponíamos hacer en principio.

- Entonces, ¿a que viene este súbito interés suyo por la Oficina de Ballenas?

- Probablemente haya decidido plantear la cuestión ahí. Y además... ¿no cree usted que las ballenas son distintas a los otros animales? - la observación tenía un tono semiexculpatorio, como si esperase un desmentido o como si se tratase de algo ridículo.

Franklin no contestó. Era un asunto en el que había pensado sin decidirse durante veinte años, y la escena que se veía ahora bajo ellos le excusaba de hacerlo.

Volaban sobre lo que había sido en tiempos la mayor ciudad del mundo. Una ciudad frente a la que Roma y Atenas en sus momentos de máximo esplendor habían sido sólo aldeas; una ciudad cuyo número de habitantes sólo alcanzaron Londres y Nueva York dos mil años después. Un anillo de inmensos lagos artificiales, algunos de ellos de kilómetros de anchura, rodeaba la antigua sede de los reyes ceilandeses. Incluso desde el aire, la moderna ciudad de Annuradhapura mostraba asombrosos contrastes entre lo nuevo y lo viejo. Entre los brillantes edificios del siglo veintiuno se alzaban las inmensas y bellas cúpulas de las grandes pagodas. La más poderosa de todas (la pagoda Abhayagiri) apareció ante Franklin cuando el avión voló sobre ella. La cúpula estaba cubierta de hierba e incluso de pequeños matorrales, de modo que el gran templo no parecía más que una colina extrañamente Simétrica coronada de un capitel rojo. Era una colina a la que sólo superaban en tamaño las pirámides que los faraones construyeron junto al Nilo.

Una vez que Franklin llegó a la oficina local de la Organización Mundial de Alimentos, habló con el superintendente, transmitió unas cuantas noticias a un periodista que de algún modo había descubierto su presencia, y comió tranquilamente, tuvo la certeza de poder manejar la situación. Se trataba, después de todo, de un problema de relaciones públicas. Se había planteado uno muy similar unas tres semanas atrás, cuando un artículo Periodístico sensacionalista y completamente falso se explayó sobre los métodos de sacrificar ballenas, lo cual provocó los ataques encarnizados de una docena de

asociaciones para la prevención de la crueldad. Una comisión investigadora había comprobado el asunto con gran rapidez, y nadie había salido perjudicado salvo el periodista responsable.

No sentía tanta confianza unas horas después, cuando contempló el dorado capitel de la pagoda Ruanveliseya.

La inmensa cúpula blanca estaba tan hábilmente restaurada que parecía inconcebible que hubiesen transcurrido casi veintidós siglos desde que se echaran Sus cimientos. Rodeando por completo el patio pavimentado del centro, había una hilera de elefantes de tamaño natural que formaban un muro de más de medio kilómetro de longitud. Arte y fe se habían unido allí para producir una de las obras arquitectónicas más grandiosas del mundo, y el sentido de antigüedad era abrumador; ¿Cuántas de las obras del hombre moderno, se preguntaban Franklin, se conservarían en tan perfecto estado en el año 4.000?

Las grandes losas del patio ardían, y se alegró de no haberse quitado los calcetines cuando dejó los zapatos en la puerta. En la base de la cúpula que se alzaba como una resplandeciente montaña hacia el azul sin nubes del cielo, había una edificación moderna de una sola planta cuyo limpio perfil y cuyas blancas paredes de plástico armonizaban perfectamente con la obra de arquitectos que hablan muerto cien años antes de iniciarse la era cristiana.

Un monje con túnica azafrán condujo a Franklin hasta el limpio y cómodo despacho con aire acondicionado del Thero. Podría haber sido el de cualquier atareado administrador de cualquier región del mundo, y la sensación de extrañeza, que le hacía sentirse a disgusto desde que había entrado en el patio del templo, comenzó a desvanecerse.

El Maha Thero se levantó para saludarle. Era un hombre bajo que apenas si llegaba a Franklin al hombro. Su cabeza afeitada y resplandeciente le despersonalizaba un tanto, y hacía que resultase difícil determinar lo que estaba pensando y aun más encajarle en categorías ordinarias. A primera vista Franklin no se sintió impresionado; luego recordó cuántos hombres de aquella estatura hablan sido dirigentes y caudillos del mundo.

A pesar de haber transcurrido cuarenta años, El Mahanayake Thero no había perdido en absoluto el acento de su tierra. Al principio resultaba incongruente, e incluso un poco cómico, en aquel marco, pero a los pocos minutos Franklin dejó de reparar en ello.

- Me alegro mucho de que haya venido a verme, señor Franklin - dijo afablemente el Thero estrechando su mano -. He de admitir que no esperaba que se atendiese mi petición con tanta rapidez. Espero que no le haya molestado.

- No - contestó Franklin con firmeza -. En realidad - añadió con más sinceridad - esta visita es una experiencia inédita para mí, y le agradezco la oportunidad de realizarla.

- ¡Magnífico! - dijo el Thero, aparentemente con verdadera satisfacción -. Siento lo mismo respecto a mi viaje a esa base que tienen ustedes en Georgia del Sur, aunque no creo que disfrute mucho con el clima de allí.

Franklin recordó sus instrucciones: «Disuádele si puedes, pero no intentes ponerle ninguna dificultad». Bueno, aquí tenía una posibilidad.

- Hay una cuestión que me gustaría aclararle, Reverencia - contestó, con la esperanza de haber elegido el título correcto. - Ahora en Georgia del Sur es pleno invierno, y la base está prácticamente cerrada hasta finales de la primavera. No volverá a funcionar hasta dentro de cinco meses.

- Qué estúpido soy... debería haberme dado cuenta. Pero nunca he estado en el Antártico y siempre he tenido ganas de ir; Supongo que estaba inventándome una excusa. Bueno... tendré que ir a una de las bases del norte. ¿Cuál me sugiere usted... Groenlandia o Islandia? Dígame cuál es más adecuada. No queremos causarles ningún problema.

Fue esta última frase la que derrotó a Franklin antes de que la batalla hubiese empezado realmente. Ahora sabía que trataba con un adversario a quien no podía engañar ni apartar de su camino. Tendría que continuar con el Thero pisándole los talones y arreglárselas lo mejor posible.

CAPITULO XX

La amplia bahía estaba salpicada de vistosas manchas de niebla mientras el gran rebaño la recorría en seguros círculos, no tan alarmado por las voces que lo habían atraído a aquel lugar situado entre las montañas como simplemente inseguro de su significado. Las ballenas habían obedecido durante toda su vida las órdenes que recibían, a veces en forma de vibraciones que brotaban del agua, y otras de choques eléctricos, de aquellas pequeñas criaturas a las que reconocían como sus dueños. Aquellas órdenes, habían llegado a convencerse, nunca las perjudicaban; muchas veces las conducían a fértiles pastos que jamás habrían encontrado sin su ayuda, pues se hallaban en zonas del mar que toda la experiencia y los recuerdos un millón de años les decían que eran estériles. Y, a veces los pequeños amos las habían protegido de las ballenas asesinas, espantando a las mortíferas manadas antes que pudiesen despedazarías.

No tenían ningún enemigo ni temían nada. Llevaban generaciones pastando por los pacíficos océanos del mundo viviendo una vida más placentera que ninguno de sus antepasados desde el principio de los tiempos. En años habían aumentado en una media de un diez por ciento de longitud y un treinta por ciento de peso, gracias a los solícitos cuidados de los amos. Incluso ahora el campeón de toda su raza, la ballena blanca B69322, de cuarenta seis metros de longitud, universalmente conocida como Leviatán, correteaba en el Gulf Stream con su compañera, una cría recién nacida. Leviatán no hubiese. podido alcanzar aquel tamaño en una época anterior; aunque no pudiesen aportarse pruebas, probablemente fuese el animal mas grande que había existido en toda la historia de la Tierra

Se impuso el orden sobre el caos cuando los campos directores comenzaron a guiar el rebaño a lo largo de canales invisibles. Luego sustituyeron las barreras eléctricas por hormigón; las ballenas nadaban por cuatro canales paralelos, demasiado estrechos para que pasase más de una cada vez. Sensores automáticos las pesaban y medían, rechazando a las que no alcanzaban determinado tamaño desviándolas de nuevo hacia el mar, adonde volvían tanto desconcertadas y sin advertir lo seriamente que había descendido su número.

Las ballenas que habían pasado la prueba continuaban nadando tranquilamente a lo largo de los dos restantes canales hasta desembocar en una gran laguna. Había tareas que no podían dejarse por entero a las máquinas. En la laguna había inspectores humanos que comprobaban cualquier error, y las condiciones de los animales, y seleccionaban a las condenadas que debían dejar la laguna en último y breve viaje hasta las zonas de sacrificio.

- Llega la B52111 - dijo Franklin al Thero, que se hallaba junto a él en la cámara de observación -. Es una hembra de veintiún metros que ha tenido cinco crías... ya ha pasado el mejor período de crianza. - Tras él, sabía que las cámaras filmaban silenciosamente la escena mientras operadores de afeitado cráneo y túnica color azafrán las manejaban con una habilidad tan profesional que le había sorprendido hasta que se enteró de que todos habían estudiado en Hollywood.

La ballena nunca sospechaba nada; probablemente no llegase a sentir siquiera el suave contacto de los flexibles dedos de cobre que rozaban su cuerpo. Nadaba tranquilamente en el estanque y al instante siguiente era una masa sin vida, que continuaba avanzando sólo por el impulso de su inercia. La descarga de cincuenta mil amperios que le cruzaba el corazón como un relámpago no le había dejado siquiera tiempo para el último estertor.

Al fin de la cámara de sacrificio, la gran cinta transmisora tomaba el peso de aquel inmenso cuerpo y lo hacía subir por una breve pendiente hasta sacarlo por completo del agua. Luego comenzaba a moverse lentamente por una interminable serie de rodillos giratorios que parecían perderse en el horizonte.

- Es el transportador de ese género mayor del mundo - explicó Franklin con justificado orgullo -. Puede recoger hasta diez ballenas (unas mil toneladas) cada vez. Aunque nos produce considerables gastos, y plantea grandes problemas en la elección de emplazamiento, procuramos tener siempre las plantas de transformación a alrededor de un kilómetro de las cámaras de sacrificio, para que no haya peligro de que las ballenas se asusten por el olor de la sangre. Creo que admitirá usted que no sólo el sacrificio es instantáneo, sino que los animales no muestran la menor alarma.

- No hay duda de ello - dijo el Thero -. Todo parece muy humano. Pero, si las ballenas se asustasen, sería muy difícil matarlas, ¿no? Me pregunto si se preocupan tanto sólo por ahorrarles sufrimientos...

Era un planteamiento muy astuto y, como muchos otros que había expuesto en los últimos días, muy difícil para Franklin responder de modo adecuado.

- Supongo - dijo lentamente - que dependería del dinero que se pudiera conseguir. En último término dependería de la Asamblea Mundial. Los comités de finanzas tendrían que decidir lo humanitarios que podríamos permitirnos ser. De todos modos, es una cuestión teórica.

- Por supuesto... pero hay otras cuestiones que no son tan teóricas - replicó el Venerable Boyce, mirando pensativo las ochenta toneladas de carne y hueso que se perdían en la distancia -. ¿Podemos volver al coche? Quiero ver lo que pasa al otro lado.

«Y yo» pensó Franklin sombríamente, «querría ver cómo se lo toman usted y sus colegas. La mayoría de los que visitan las plantas transformadores salen bastante pálidos y agitados, y hay muchos que se desmayan». Era un chiste conocido en la oficina el que aquella lección de producción de alimentos quitaba el apetito a todos los que la seguían durante varias horas después de la experiencia.

El hedor les golpeó cuando aún estaban a unos cien metros de distancia. Franklin pudo ver de reojo que el joven monje que llevaba la cinta grabadora mostraba ya signos de desasosiego; pero el Maha Thero no parecía afectado en lo más mínimo. Aún seguía tranquilo y desapasionado cinco minutos después, cuando contemplaba el rechinante infierno en que se retorcían los grandes huesos entre montañas de carne y vísceras.

- Piense - dijo Franklin - que durante casi doscientos años, este trabajo lo hacia directamente el hombre, trabajando a veces en una cubierta inclinada y con mala mar. No

es ningún espectáculo hermoso ni siquiera ahora, pero ¿se imagina usted cómo debía ser cuando había que cortar con un cuchillo tan grande como una persona?

- Creo que podría - contestó el Thero -, pero prefiero no hacerlo. - Se volvió a sus cámaras y les dio unas breves instrucciones, poniéndose a observar luego con detenimiento la llegada de la ballena siguiente en la cinta transportadora

El gran cuerpo había sido ya medido con ojos fotoeléctricos y sus dimensiones transmitidas al computador que controlaba las operaciones. Aunque se supiese cómo se hacía, resultaba admirable contemplar la precisión con que cuchillos y sierras se movían en sus brazos mecánicos, realizaban sus tareas previstas cuidadosamente, y luego se retiraban. Grandes ganchos cogían la capa de grasa de treinta centímetros de grosor y la arrancaban igual que un hombre pela un plátano, dejando que el cuerpo desnudo y sangrante continuase a lo largo de la cinta para sufrir la primera etapa de descuartizamiento.

La ballena pasaba a la velocidad normal del paso de un hombre, y se desintegraba ante los ojos de los observadores a ese mismo ritmo. Trozos de carne grandes como elefantes caían y se deslizaban por cintas laterales; sierras circulares seccionaban huesos y costillas con una nube de polvo óseo. Las flexibles bolsas y tubos de los intestinos repletos de quizás una tonelada de plancton y camarones de la última comida de la ballena, quedaban a un lado en grandes montones.

En el espacio de menos de dos minutos aquel señor del océano quedaba reducido a sangrantes fragmentos que sólo un experto podría reconocer. Ni siquiera los huesos se desperdiciaban. Al final de la cinta transportadora, el desarticulado esqueleto caía en un pozo donde lo pulverizaban para convertirlo en abono.

- Este es el final del proceso - dijo Franklin -, pero en cuanto a la etapa de transformación, sólo es el principio. Hay que extraer el aceite de la piel que se arrancó al principio; hay que cortar la carne en porciones manejables y esterilizarla. Se usa para ello una fuente de neutrones de alta intensidad. Y hay que diferenciar otros diez productos básicos, y prepararlos para el transporte. Me gustaría mostrarle la parte de la fábrica que usted desee ver. Las operaciones son menos desagradables que las que acabamos de observar.

El Thero guardó por un instante un pensativo silencio y estudió las notas que había estado tomando con su letra increíblemente pequeña. Luego contempló otra vez la cinta transportadora de casi medio kilómetro de longitud, llena de sangre, por la que llegaba la ballena siguiente a la cámara de sacrificio.

- Hay una escena que no estoy seguro de que hayamos conseguido filmar adecuadamente - dijo, con una súbita decepción -. Si no le importa, me gustaría volver al principio y empezar de nuevo.

Franklin logró coger el magnetofón que se desprendía de las manos del joven monje.

- No se preocupe, hijo - dijo tranquilizándole - La primera vez siempre es la peor. Cuando uno lleva aquí varios días, le sorprende que los que vienen se quejen del olor.

Aunque resultase increíble, el personal permanente le había asegurado que era absolutamente cierto. Sólo esperaba que el Venerable Boyle no fuera tan meticuloso como para darle oportunidad de comprobarlo.

- Y ahora, Reverencia - dijo Franklin, mientras el avión se elevaba sobre las montañas coronadas de nieve e iniciaba el viaje de vuelta a Londres y Ceilán, - ¿le importaría decirme cómo se propone usted utilizar el material que ha recogido?

Durante los dos días que habían pasado juntos el sacerdote y el funcionario, había nacido entre ellos una amistad y un respeto mutuo que Franklin, por su parte, aún consideraba sorprendente, aunque fuese agradable. Consideraba (y quién no?) que sabía conocer a la gente, pero el Mahanayake Thero tenía aspectos que quedaban fuera de su capacidad de análisis. Daba igual; sabía por instinto no sólo que estaba en presencia del poder, sino también (no podía evitar este término tópico e impreciso) de la bondad. Había empezado a preguntarse incluso, con un creciente asombro que en cualquier momento podría convertirse en certeza, si aquel hombre que le acompañaba ahora no acabaría por pasar a la historia como un santo

- No tengo nada que ocultar - dijo el Thero suavemente -, y, como usted sabe, la mentira va en contra de las enseñanzas del Buda. Nuestra posición es muy simple. Creemos que todas las criaturas tienen derecho a la vida, y, en consecuencia, que lo que ustedes hacen es malo. Por tanto, nos gustaría que dejasen de hacerlo.

Esto era lo que Franklin esperaba, pero aquélla era la primera declaración definida que obtenía. Sintió un leve disgusto; una persona tan inteligente como el Thero debía comprender sin duda que tal cosa era totalmente impensable, puesto que implicaría prescindir de una octava parte del suministro alimentario del mundo. Y, en realidad, ¿por reducir la cuestión a las ballenas? ¿Qué pasaba con las vacas, las ovejas, los cerdos... todos los animales que el hombre mantenía y luego sacrificaba según su conveniencia?

- Sé lo que está pensando - dijo el Thero antes de que Franklin pudiese exponer sus objeciones -. Nos damos perfecta cuenta de los problemas que esto acarrearía, y comprendemos que es necesario actuar lentamente. Pero hay que empezar en algún

sitio, y la Oficina de Ballenas nos parece el ejemplo más dramático y el que más puede favorecer nuestro punto de vista.

- Gracias - contestó secamente Franklin -. Pero, ¿le parece justo eso? Lo que usted ha visto aquí sucede en todos los mataderos del planeta. El hecho de que la escala de operaciones sea distinta, no altera las cosas.

- Estoy de acuerdo con usted. Pero somos hombres prácticos, no fanáticos. Sabemos perfectamente que habría que hallar otras fuentes de alimentación antes de eliminar el suministro de carne en todo el mundo.

Franklin movió la cabeza en un gesto de enérgico desacuerdo.

- Lo siento - dijo -. Pero aunque pudiese usted resolver el problema del suministro no va a hacer vegetariana así por las buenas a toda la población del planeta. A menos que desee usted estimular la emigración a Marte y a Venus. Me pegaría un tiro si supiese que no podría volver a comer nunca un buen filete o una pierna de cordero. Así que sus planes fallarán por dos motivos: la psicología humana y los simples datos materiales de producción de alimentos.

El Maha Thero pareció un poco ofendido.

- Mi querido director - dijo, - ¿es que no se le ocurre pensar que ya nos hemos planteado tan obvios inconvenientes? Pero deje que acabe de exponerle nuestro punto de vista antes de explicarle cómo nos proponemos actuar. Tengo interés en ver sus reacciones, porque representa usted el máximo de resistencia que probablemente nos encontremos.

- Muy bien - sonrió Franklin -. A ver si puede usted convencerme de que deje mi trabajo.

- El hombre ha supuesto desde el comienzo de la historia - dijo el Thero - que el resto de los animales sólo existen para provecho suyo. Ha barrido especies enteras, a veces por pura codicia, y a veces porque destruían sus cultivos o porque obstaculizaban sus otras actividades. No negaré que a menudo estaba justificado y que con frecuencia no había otra alternativa. Pero a lo largo de las eras, el hombre ha ensuciado su alma con sus crímenes contra el reino animal... y algunos de los más graves, dicho sea de pasada, se perpetraron concretamente en su profesión, hace sólo sesenta o setenta años. He leído de ballenas arponeadas que murieron después de horas de tan aterradores tormentos que no pudo utilizarse ni una brizna de su carne... estaba envenenada por las toxinas producidas por el animal en su agonía.

- Se trata de un caso realmente excepcional - interrumpió Franklin -, y de todos modos ya se ha puesto coto a eso.

- Cierto, pero todo eso forma parte de la deuda que hemos de pagar.

- Svend Foyn no creo que estuviese de acuerdo con usted. Cuando inventó el arpón explosivo, allá en la década de 1860, hizo una anotación en su diario agradeciendo a Dios el haberle inspirado toda su obra.

- Un punto de vista interesante - contestó secamente el Thero -. Me gustaría haber tenido la posibilidad de haberlo discutido con él. Sabe, hay una simple prueba que diferencia a la raza humana en dos clases. Si un hombre va caminando por la calle y ve que un escarabajo se coloca justo donde él va a posar el pie... bueno, puede alterar el paso y no pisarlo o reducirlo a pulpa. ¿Qué haría usted, señor Franklin?

- Eso dependería del escarabajo. Si supiese que era venenoso, lo mataría, si no lo dejaría. Creo que cualquier hombre razonable haría lo mismo.

- Entonces nosotros no somos razonables. Nosotros creemos que sólo está justificado matar para salvar la vida de una criatura superior. Y es sorprendente las pocas veces que ese caso se plantea. Pero volvamos a mi argumentación; parece que nos hemos desviado un poco.

»Hace unos cien años un poeta irlandés llamado Lord Dunsany escribió una obra llamada The Use of Man, que verá pronto en uno de nuestros programas de televisión. En ella, un hombre sueña que sale transportado mágicamente del sistema solar para comparecer ante un tribunal de animales... y si no puede encontrar dos que declaren en su favor, la raza humana quedará condenada. Solo el perro acepta defender a su amo; todos los demás recuerdan sus viejos agravios y sostienen que habrían estado mucho mejor si no existiese el hombre. Está a punto ya de pronunciarse la sentencia condenatoria, cuando llega otro defensor del hombre gracias al cual se salva la Humanidad. La otra criatura que no tiene ninguna queja del hombre es... el mosquito.

- Quizás piense usted que se trata sólo de un cuento entretenido; eso mismo, estoy seguro, debió pensar Dunsany, que casualmente era muy aficionado a la caza. Pero a menudo los poetas expresan la verdad oculta de la que ni siquiera ellos tienen conciencia, y creo que esta obra casi olvidada contiene una alegoría de profunda importancia para la Humanidad.

»Dentro de un siglo, más o menos, saldremos realmente del sistema solar. Tarde o temprano encontraremos tipos de vida inteligente muy superiores al nuestro, aunque de formas completamente extrañas. Y cuando ese momento llegue, el tratamiento que reciba el hombre de sus superiores quizás dependa de cómo se haya comportado con las demás criaturas de su propio mundo.

Hablaba con tal sosiego y convicción, que Franklin sintió en su alma un súbito escalofrío. Por primera vez percibía que podía existir cierta razón en la postura de su adversario... algo que no era simple humanitarismo. (Pero, ¿podía el humanitarismo ser alguna vez «simple»?) Nunca le había gustado el aspecto final de su trabajo, pues había llegado a tomar gran afecto a aquellos inmensos animales que tenía a su cargo, pero siempre lo había considerado una lamentable necesidad.

- Admito que su planteamiento es muy correcto - admitía -, pero nos guste o no, tenemos que aceptar las realidades de la vida. No sé de quién es esa frase que dice «roja naturaleza de garras y dientes», pero es bastante exacta. Y si el mundo tuviera que elegir entre comida y moral, sé muy bien lo que elegiría.

El Thero esbozó aquella suave y misteriosa sonrisa que, conscientemente o no, parecía un eco de la benevolente mirada que tantas generaciones de artistas habían procurado imprimir en el rostro del Buda.

- Esa es precisamente la cuestión, mi querido Franklin - replicó. No hay ya ninguna necesidad de elegir. Nuestra generación es la primera en la historia del mundo que puede romper con el pasado y comer lo que le plazca sin derramar la sangre de criaturas inocentes. Y le agradezco sinceramente que me haya ayudado a ver cómo.

- ¡¿Yo?! - exclamó Franklin.

- Exactamente - dijo el Thero, cuya sonrisa excedía ahora los cánones del arte budista -. Y ahora, si me perdona, deseo dormir un poco.

CAPITULO XXI

- Así que - gruñó Franklin - ésta es la recompensa por mis veinte años de servicios públicos... que hasta en mi propia familia me consideren un carnicero cruel.

- Pero todo eso es verdad, ¿no? - dijo Anne señalando la pantalla de televisión, que unos segundos antes goteaba sangre.

- Por supuesto que sí. Pero se ha dispuesto todo muy hábilmente con fines propagandísticos También yo podría hacer una filmación defendiendo nuestro punto de vista.

- ¿Estás seguro? - preguntó Indra -. En la División estarían encantados de que lo hicieses, pero no creo que resulte fácil.

Franklin resopló indignado.

- ¡Esas estadísticas son absurdas! La idea misma de ordeñar los rebaños en vez de sacrificarlos es una simple locura. Si dedicamos todos nuestros recursos a la producción de leche de ballena, no podremos cubrir ni una cuarta parte de la pérdida de grasas y de proteínas que se producirá al cerrar las plantas de transformación.

- Vamos, Walter - dijo Indra plácidamente -, no es necesario que te rompas un vaso sanguíneo intentando mantener la calma. Lo que realmente te subleva es la idea de que deban ampliarse las granjas de plancton para cubrir el déficit.

- Bien, tú eres la bióloga. ¿Es práctico convertir esa sopa de guisantes en buenos filetes?

- Sin duda es posible. Se hizo un experimento muy ingenioso. Se le dio a probar al chef del Waldorf el producto auténtico y el sintético, y no pudo apreciar la diferencia. No hay duda de que tienes una buena batalla ante ti... La gente de las granjas se pondrá inmediatamente del lado de Thero, y se producirá una total escisión en la División Marítima.

- Probablemente él lo planeó - dijo Franklin con forzada admiración -. Está diabólicamente bien informado. Preferiría no haberle dicho tanto sobre las posibilidades de la producción de leche durante aquella entrevista... y encima lo exageraron un poco en el articulo final. Estoy seguro de que eso fue lo que hizo que empezara todo.

- Esa es otra cosa que iba a decirte. ¿Dónde consiguió las cifras en las que basa sus estadísticas? Que yo sepa, no se han publicado en ninguna parte fuera de la Oficina.

- Tienes razón - admitió Franklin -. Debería haber pensado antes en eso. Lo primero que haré mañana por la mañana será darme una vuelta por Isla Heron para charlar un rato con el doctor Lundquist.

- ¿Me llevarás, papá? - suplicó Anne.

- Esta vez no, señorita. No me gustaría que una hija mía oyese algunas de las cosas que tendré que decir.

- El doctor Lundquist está fuera, en la laguna, señor - dijo el primer ayudante de laboratorio -. No hay modo de contactar con él hasta que decida regresar.

- Oh, ¿no hay ningún medio? Yo podría bajar allí y darle un toquecito en el hombro.

- No me parece aconsejable, señor. A Atila y a Gengis Khan no le gustan gran cosa los extraños.

- Dios mío, así que está nadando con ellos...

- Oh... le han tomado mucho cariño, y se han hecho muy amigos también de los guardianes que trabajan con ellos, pero si se acercase algún otro se lo comerían enseguida.

«Aquí parece que suceden muchas cosas» pensó Franklin, «de las que sé muy poco» Decidió acercarse hasta la laguna andando; a menos que hiciese un calor extremado, o hubiese que llevar algo, no merecía la pena tomar un coche para distancias tan cortas.

Había cambiado de idea cuando llegó al nuevo muelle oriental. O Isla Heron estaba creciendo, o los años empezaban a pesarle. Se sentó y contempló el mar. La marea estaba alta, pero la línea divisoria que señalaba el borde del arrecife se vela claramente, y en la zona cercada aparecían las manchas de las dos ballenas asesinas como intermitentes masas de niebla. Había allí también un pequeño bote, y alguien dentro, pero estaba demasiado lejos para que pudiese ver si era el doctor Lundquist o uno de sus ayudantes.

Esperó unos minutos y telefoneó luego pidiendo un bote que le llevase hasta el arrecife. En algo más de lo que le hubiese llevado nadar hasta allí, llegó al recinto y pudo ver bien por primera vez a Atila y a Gengis Khan. Las dos ballenas asesinas medían algo menos de diez metros de Longitud, y cuando el bote comenzó a aproximarse a ellas, ambas retrocedieron y le contemplaron con sus inmensos e inteligentes ojos. La actitud insólita, y el blanco puro de los cuerpos que tenía ante sí, dieron a Franklin la extraña impresión de que no se hallaba frente a animales, sino frente a seres que podían hallarse en un estadio superior del orden natural que él mismo. Sabía que no era cierto, y se recordó que estaba contemplando a los más implacables asesinos del mar.

Las ballenas volvieron al agua, aparentemente satisfechas de lo que habían visto. Fue entonces cuando Franklin localizó a Lundquist, que trabajaba a unos diez metros de profundidad con un pequeño torpedo cargado con instrumentos. Probablemente la conmoción le había interrumpido, porque salió inmediatamente a la superficie e hizo una seña a su visitante al reconocerle, echándose hacia atrás la máscara facial.

- Buenos días, señor Franklin. No le esperaba hoy. ¿Qué le parecen mis alumnos?

- Impresionantes. ¿Qué tal aprenden sus lecciones?

- No hay duda a ese respecto; son muy inteligentes. Más inteligentes aun que las marsopas, y sorprendentemente afectuosos cuando llegan a conocerte. Puedo ya enseñarles a hacer cualquier cosa. Si quisiese cometer el crimen perfecto, no tendría más que decirles que usted era una foca y lo devorarían en dos segundos.

- En ese caso, preferiría que charlásemos en tierra. ¿Ha terminado lo que estaba haciendo?

- Eso nunca se acaba, pero no importa. Conduciré el torpedo de vuelta... no hay ninguna necesidad de cargar el bote con todo esto.

El científico enfiló su pequeño pez metálico hacia la isla y lo puso enseguida a una velocidad que ningún animal marino puede igualar. Inmediatamente las dos ballenas asesinas salieron tras él, con sus inmensas aletas dorsales alzando una estela cremosa en el agua. Parecía un juego peligroso, pero antes de que Franklin pudiese descubrir lo que había sucedido, Lundquist había cruzado la valla del recinto y las dos ballenas quebraron su embestida en una furia de espuma.

Franklin iba muy pensativo de vuelta a tierra. Hacía años que conocía a Lundquist, pero tenía la sensación de que aquélla era la primera vez que le había visto realmente Nunca había dudado de su originalidad (en realidad, de su inteligencia), pero parecía poseer también un coraje y una iniciativa insospechados. Nada de lo cual, concluyó Franklin sañudamente, le ayudaría, a menos que tuviese una respuesta satisfactoria a ciertas preguntas.

Vestido con sus ropas normales, y de nuevo en las familiares proximidades del laboratorio, Lundquist era el hombre que Franklin había conocido siempre.

- Bueno - comenzó -, supongo que habrá visto esa propaganda de televisión contra la Oficina...

- Desde luego, pero ¿es contra nosotros?

- Desde luego es contra nuestra actividad principal, pero no vamos a discutir eso. Lo que yo quiero saber es esto: ¿Ha estado usted en contacto con el Maha Thero?

- Oh, sí. Se puso inmediatamente en contacto conmigo en cuanto apareció ese articulo del Earth Magazine.

- ¿Y usted le facilitó información confidencial?

Lundquist pareció sinceramente ofendido.

- No me parece bien que diga eso, señor Franklin. La única información que le di fue un avance de mi articulo sobre la producción de leche de ballena, que saldrá el mes próximo en la Revista Cetológica. Usted mismo aprobó su publicación.

Las acusaciones que Franklin iba a hacer se desmoronaron, y de pronto se sintió avergonzado de si mismo.

- Lo siento, doctor Lundquist - dijo -. Retiro lo dicho. Todo esto me ha puesto un poco nervioso. Sólo quiero aclarar los hechos antes de que el Cuartel General caiga sobre mí. Pero, ¿no cree usted que debería haberme hablado del asunto?

Francamente, no veo por qué. Recibimos miles de peticiones continuamente, y no vi razón para suponer que no se trataba de una más. Por supuesto, me complació que alguien se interesase tanto por mi proyecto especial, y les ayudé cuanto pude.

- Muy bien - dijo Franklin con resignación -. Olvidemos el asunto. Pero, dígame, como científico, ¿cree usted realmente que podernos permitirnos interrumpir el sacrificio de ballenas y suplirlo con la leche y con los productos sintéticos?

- En diez años, podemos hacerlo si es preciso. No hay, a mi juicio, ningún obstáculo técnico. Por supuesto, no puedo garantizar las cifras de la producción de plancton; pero esté usted seguro que el Thero tuvo fuentes fidedignas de información también en ese campo...

- Pero ¿entiende usted lo que esto significará? Si se empieza con las ballenas, tarde o temprano se acabará haciendo lo mismo con todos los animales domésticos.

- ¿Y por qué no? La idea me atrae. Si se pueden combinar ciencia y religión para eliminar parte de la crueldad de la naturaleza, ¿no le parece a usted algo magnífico?

- Parece usted un criptobudista... y estoy harto de decir que no hay ninguna crueldad en lo que hacemos. Entretanto, si el Thero hace alguna pregunta más, pásenmelo a mí.

- Muy bien, señor Franklin - contestó Lundquist con cierta sequedad. Siguió una embarazosa pausa, providencialmente rota por la llegada de un mensajero.

- En el cuartel general quieren hablar con usted, señor Franklin. Es urgente.

- De eso estoy seguro - murmuró Franklin. Luego observó la expresión aún un tanto hostil de Lundquist y no pudo reprimir una sonrisa.

- Si puede usted preparar a las orcas para hacer de guardianes, doctor Lundquist dijo -, será mejor que empiece a buscar un mamífero adecuado, a ser posible anfibio, para que me sustituya como director.

En un planeta de comunicaciones instantáneas y universales, las ideas corren de Polo a Polo con más rapidez de lo que podrían correr de boca a oído en un pequeño pueblo. El programa hábilmente dirigido y presentado que había estropeado el apetito de unos veinte millones de personas en su primera emisión, dispuso de un público mucho más numeroso en la segunda. Pronto se plantearon otros temas de conversación: una de las desventajas de la vida en un estado mundial pacífico y bien organizado era que con la desaparición de guerras y crisis quedaba muy poco de lo que antes se llamaban «noticias». Realmente se afirmaba que al eliminarse la soberanía nacional, había sido también abolida la historia. Así que todo se redujo al club y a la cocina, a la asamblea mundial y a un carguero espacial solitario, sin ninguna competencia de ningún sector.

La Organización Mundial de Alimentos mantuvo un discreto silencio, pero tras bastidores había una furiosa actividad. Y no ayudó gran cosa la inmediata presión del grupo agrario, cuya actitud había predicho Indra sin gran esfuerzo. Franklin se sentía particularmente molesto por las tentativas del departamento rival de aprovecharse de sus dificultades, e hizo varias protestas al Director de Granja Plancton, cuando el enfrentamiento comenzó a resultar un tanto agrio.

- Al diablo todo, Ted - había dicho por el visófono una ocasión. - Tú eres tan carnicero como yo. Cada tonelada de plancton que procesas contiene quinientos millones de camarones que tienen tanto derecho a la vida, la libertad y la felicidad, como mis ballenas. Así que no intentes escurrir el bulto. Tarde o temprano, el Thero caerá ti... ésa es la cuestión.

- Puede que tengas razón, Walter - había admitido culpable bastante alegremente -, pero creo que las cosas seguirán así mientras yo viva. No es fácil hacer que gente se sienta sentimental con los camarones... ellas no tienen pequeñas crías de diez toneladas que amamantar.

Era cierto sin duda. Resultaba duro trazar la línea diferenciadora entre el puro sentimentalismo y el humanitarismo racional. Franklin recordaba un cartel reciente en el que aparecía el Thero alzando los brazos en protesta mientras se arrancaba brutalmente una col del suelo. El artista no se había inclinado por ninguna de las dos partes: sencillamente exponía el punto de vista de los que consideraban que estaban armando mucho escándalo por nada. Quizás todo aquel asunto se esfumase en una semana cuanto la gente se aburriera y empezara a discutir sobre otra cosa... pero lo dudaba. Aquel primer programa de televisión había demostrado que el Thero era un experto moldeando la opinión pública; desde luego no iba a dejar que su campaña perdiese fuerza.

El Thero tardó menos de un mes en obtener el diez por ciento de votos necesarios según la Constitución para formar una comisión investigadora. El hecho de que una décima parte de la Humanidad estuviese lo bastante interesada en la cuestión como para pedir que se expusiesen todos los hechos no significaba que estuviesen de acuerdo con el Thero. La mera curiosidad y el placer de ver a un departamento estatal combatiendo a la defensiva eran causa suficiente para dar el voto. La comisión investigadora, por sí misma, no significaba gran cosa. Lo importante sería el referéndum final sobre el informe de la comisión, y esto tardaría aún meses en llegar.

Una de las consecuencias inesperadas de la revolución electrónica del siglo veinte fue que por primera vez en la historia fue posible tener un auténtico gobierno democrático, en

el sentido de que cada ciudadano podía expresar su punto de vista en cuestiones políticas. Lo que los atenienses, con diverso éxito, había intentado hacer con unos cuantos miles de hombres libres, podía lograrse ahora en una sociedad global de cinco mil millones. Instrumentos automáticos de recogida de datos construidos en principio para establecer la cuantía de audiencia de los programas de televisión, habían tenido al final un significado mucho más amplio, al hacer que fuese relativamente simple y barato descubrir exactamente lo que pensaba en realidad el público sobre cualquier tema; naturalmente, tenía que haber salvaguardia, y un sistema tal habría sido desastroso antes de que existiese la educación universal... antes, en realidad, de principios del siglo veintiuno. Incluso ahora, era posible que un tema emocionalmente cargado empujase a la gente a votar algo que en realidad fuese contra los intereses de la comunidad, y ningún gobierno podía funcionar a menos que mantuviese el derecho último a decidir cuestiones de política durante su período. Aunque el mundo exigiese determinada acción por un noventa y nueve por ciento de los votos, el Estado podía ignorar la voluntad expresa del pueblo... pero habría de dar cuenta de su conducta en las siguientes elecciones.

A Franklin no le agradaba el privilegio de ser testigo clave en las audiencias de la comisión, pero sabía que no tenia medio de evitarlo. Pasaba ahora gran parte del tiempo recogiendo datos para refutar los argumentos de los que deseaban poner fin al sacrificio de ballenas, y resultaba ser una tarea más difícil de lo que se había imaginado. No podía presentar uno una exposición simple y clara en la que dijese que la carne de ballena procesada cuesta tanto por kilo cuando llegara manos del consumidor, mientras que las carnes sintéticas derivadas del plancton o de las algas costarán más. Nadie lo sabía exactamente... había demasiadas variables. Y lo que menos se sabía era el coste de mantenimiento de las plantas marinas de ordeñado propuestas, si se decidía utilizar a las ballenas sólo para leche y no para carne.

Los datos eran insuficientes. Lo honrado sería decirlo así, pero le presionaban para que afirmase que la suspensión del sacrificio de ballenas jamás sería una posibilidad práctica o económica. Su propia lealtad a la Oficina, por no mencionar la seguridad de su situación personal, le impulsaban en la misma dirección.

Pero no era sólo una cuestión económica. Había factores emocionales que alteraban el juicio de Franklin y le impedían aclarar la cuestión. Los días que había pasado con el Maha Thero, y su breve visión de una civilización y un modo de pensar mucho más antiguos que los suyos le habían afectado más profundamente de lo que creía. Como la mayoría de los hombres de aquella era predominantemente materialista, estaba intoxicado con los triunfos científicos y sociológicos de las primeras décadas del siglo

totalmente libre de supersticiones. Los problemas fundamentales de la filosofía nunca le habían preocupado gran cosa. Sabía que existían, pero no era asunto cuyo.

Y ahora, le gustase o no, se veía amenazado por algo tan inesperado, que se hallaba prácticamente indefenso. Se había considerado siempre muy humano, pero ahora le recordaban que la humanidad quizás no bastase. Mientras se debatía con sus pensamientos, el mundo que le rodeaba le irritaba cada vez más y las cosas llegaron a tal extremo que Indra tuvo que intervenir.

- Walter - dijo firmemente, cuando Anne se fue llorando a la cama tras una regañina en la que había mucha culpa por ambas partes -, nos ahorrará un montón de problemas el que enfrentes los hechos y dejes de engañarte a ti mismo.

- ¿Qué demonios quieres decir?

- Llevas toda la semana irritado con todo el mundo... con sólo una excepción. Has perdido el control con Lundquist, aunque eso fue en parte culpa mía, con la prensa, con todos las otras oficinas de la División, con los niños, y en cualquier momento te pasará conmigo. Pero hay una persona con la que no estás enfadado... y esa persona es el Maha Thero, causante de todo el problema.

- ¿Por qué habría de estarlo? Está loco, por supuesto, pero es un santo... o lo más parecido a un santo que he visto.

- No me refiero a eso. Lo que digo es que en el fondo estás de acuerdo con él, pero no quieres admitirlo.

Franklin explotó entonces:

- Eso es totalmente ridículo! - exclamó. Luego su indignación se esfumó. Era ridículo; pero también era cierto. Sintió que le invadía una gran calma; ya no estaba irritado con el mundo y consigo mismo. Su reacción infantil ante el hecho de verse él envuelto en un dilema que no era suyo se evaporó súbitamente. No había razón alguna por la que debiese avergonzarse de haber llegado a amar a las grandes bestias que guardaba. Si se podía evitar su sacrificio, él debería alegrarse de ello, fueran cuales fuesen las consecuencias para la Oficina.

La sonrisa del Thero afloró de pronto en su memoria. ¿Había previsto aquel hombre extraordinario que le ganaría también para su causa? Si su suave persuasión (que no había dudado en combinar con la táctica de choque de aquel programa de televisión que chorreaba sangre) resultaba eficaz con el propio Franklin, sin duda la batalla estaba decidida.

CAPITULO XXII

La vida era bastante más simple antes, pensó Indra con un suspiro. Era verdad que Pete y Anne pasaban casi todo el tiempo en el colegio, pero esto no le había permitido el tiempo libre que esperaba. Al ascender Walter a los escalones superiores del Estado tenía que mantener una agitada vida social. Aunque quizás eso fuese exagerar un poco; el director de la Oficina de Ballenas se hallaba aún muy lejos (por lo menos a seis escalones) de las alturas selectas que habitaban el presidente y sus consejeros.

Pero había algunas cosas que no dependían del rango oficial. Nadie podía negar al trabajo de Walt un encanto y un interés en sus actividades que le hacían conocido en un circulo mucho más amplio que los otros directores de la División Marítima, incluso antes del artículo del Earth Magazine y de la polémica sobre el sacrificio de ballenas. ¿Cuántos sabían el nombre del director de granjas de plancton o de producción de alimentos? Ni siquiera el uno por ciento de los que habían oído hablar de Walter. y eso la enorgullecía aunque al mismo tiempo exponía a Walter a muchos celos y resentimientos interdepartamentales.

Y ahora parecía expuesto - probablemente - a algo aun peor. De momento, nadie de la Oficina, y menos entre los funcionarios superiores de la División Marítima o de la Organización Mundial de Alimentos, imaginaba siquiera que Walter tuviese dudas personales y no estuviese totalmente entregado a defender el statu quo.

Sus tentativas de leer el último número de Nature se vieron interrumpidas por el visófono privado. Pese a sus decididas protestas, lo habían instalado el día que Walter se convirtió en director. Al parecer el servicio público no era lo bastante bueno, así la Oficina podía tener localizado a Walter siempre que quisiese, a menos que él mismo tomase medidas para impedirlo.

- Oh, buenos días, señora Franklin - dijo la operadora, que prácticamente era amiga de la familia -. ¿Está el director?

- Me temo que no - dijo Indra con satisfacción -. Llevaba un mes sin un día libre y se ha ido con Peter a navegar por la bahía. Si quieren localizarle tendrán que enviar un avión. La radio del J94 ha vuelto a estropearse.

- ¿Los dos aparatos? ¡Qué extraño! De todos modos no es urgente. ¿Querrá usted entregarle este informe cuando llegue?

Con un clic apenas audible, una hoja de papel cayó en el recipiente de informes. Indra lo leyó, dijo un distraído adiós a la operadora, e inmediatamente llamó a Franklin por su radio, que funcionaba perfectamente.

El rechinar del barco, el suave murmullo del agua que cortaba el suave casco, e incluso el grito esporádico de un ave marina, fueron los sonidos que llegaron claramente por el auricular y la trasladaron de pronto a Bahía Moreton.

- Creí que te gustaría saberlo, Walter - dijo - El Consejo de Policía celebrará su reunión especial el próximo miércoles, aquí en Brisbane. Eso te deja tres días para decidir lo que vas a decirles.

Hubo una breve pausa durante la cual pudo oír a su marido moverse por el barco. Luego, Franklin contestó:

- Gracias, querida. Ya sé lo que tengo que decir... lo que no sé es cómo decirlo. Pero he pensado algo que quizás ayude. Tú conoces a las mujeres de todos los guardianes... supón que llamas a cuantas puedas, e intentas descubrir lo que piensan sus maridos sobre este asunto. ¿Puedes hacerlo sin que resulte sospechoso? Para mí en este momento no es tan fácil saber lo que piensan mis hombres. Son lo bastante fieles como para decirme lo que suponen que yo quiero que digan.

Hubo un quiebro en la voz de Franklin que Indra había advertido cada vez con más frecuencia en los últimos días. Pero conocía a su marido lo bastante bien como para estar segura de que no lo lamentaba en absoluto haber asumido sus responsabilidades.

- Es una buena idea - dijo ella -. Hay por lo menos una docena a las que debería haber visitado hace semanas, y esto me dará una excusa. Aunque probablemente signifique que tengamos que celebrar otra fiesta.

- Eso no me importa, mientras siga siendo director y pueda permitirme pagarla. Pero si me vuelven al sueldo de guardián en un mes o así, tendremos que suspender el festejo.

- No creerás realmente...

- Bueno, no es que las cosas estén tan mal. Pero pueden trasladarme a un puesto tranquilo y seguro, aunque no puedo imaginar qué servicios puedo prestar fuera de la oficina. QUÍTATE DE EN MEDIO IMBÉCIL... ES QUE NO VES POR DONDE ANDAS. Lo siento, querida, hay por aquí demasiados marineros de fin de semana. Volveremos en unos noventa minutos, si es que no nos embiste algún idiota. Pete dice que quiere miel para el té. Adiós.

Indra contempló pensativa la radio en la que de golpe cesaron los rumores del barco distante. Le hubiera gustado acompañar a Walter y a Pete en su excursión por la bahía, pero había comprendido que su hijo necesitaba ahora la compañía de su padre más que la suya. A veces gruñía un poco por esto, dándose cuenta de que en unos meses perderían a aquel muchacho cuya mente y cuerpo habían formado, pero que se les escapaba ahora de entre las manos.

Era inevitable, desde luego; los lazos que ligan a padres e hijos debían ahora separarles. No sabía si Pete comprendía por qué estaba tan decidido a irse al espacio; después de todo, era una ambición bastante común entre los muchachos de su edad. Pero era uno de los que habían obtenido el titulo triplanetario a edad más temprana, y era fácil entender el porqué. Estaba decidido a conquistar aquel elemento que había derrotado a su padre.

Pero basta de ensueños, se dijo. Cogió su archivo de números de visófono y comenzó a seleccionar los nombres de las mujeres de todos los guardianes que podían estar en casa.

El Consejo de Policía se reunía normalmente dos veces al año, y pocas veces había cuestiones realmente políticas que discutir, pues la mayor parte del trabajo de la Oficina lo desempeñaban satisfactoriamente los comités encargados de finanzas, producción, personal y desarrollo técnico. Franklin pertenecía a todos ellos, aunque sólo como miembro ordinario, pues el presidente era siempre alguien de la División Marítima o del Secretariado Mundial. A veces volvía de las reuniones deprimido y descoronado; pero no era habitual que volviese también de mal humor.

Desde el momento en que le vio entrar en casa, Indra supo que algo había ido mal.

- Dame ya la mala noticia - dijo con resignación cuando su exhausto marido se derrumbó en el sillón más cómodo -. ¿Tienes que buscar otro empleo?

Sólo bromeaba a medias, y Franklin logró esbozar una vaga sonrisa.

- Las cosas no están tan mal - contestó -. Pero hay más en juego en este asunto de lo que piensas. El viejo Burrows venía bien preparado; alguien del Secretariado le ha dado información completa. El asunto es el siguiente: a menos que pueda demostrarse que resultará mucho más barato producir alimentos de la leche de ballena y de derivados sintéticos que con el método actual, continuarán sacrificándose ballenas. Ni siquiera un ahorro de un diez por ciento se considerará suficiente para justificar el cambio. Según Burrows, lo que nos interesa es una reducción de costos, no seguir abstrusos principios filosóficos come el de tratar con justicia a los animales.

»Eso es bastante razonable, supongo, y desde luego no intentaría rebatirlo. El problema se planteó durante el descanso del café, cuando Burrows me llevó a un rincón y me preguntó qué pensaban los guardianes de este asunto. Le dije entonces que el ochenta por ciento preferían que cesasen los sacrificios de ballenas, aunque significase un aumento en el coste de los alimentos. No sé por que me hizo esta pregunta, quizás se hayan filtrado noticias de nuestra pequeña encuesta.

»De todos modos, mi contestación le alteró un tanto, y pude ver que intentaba salirse por la tangente Luego me dijo claramente que yo sería un testigo clave del caso, y que a la División Marítima no le gustaría que defendiese a Thero ante una audiencia de cinco millones de personas. «¿Y si me piden mi opinión personal?», dije. «Nadie ha trabajado más que yo para aumentar la producción de carne y aceite de ballena, pero me gustaría que la Oficina se convirtiese lo antes posible en un Servicio puramente de conservación». Me preguntó entonces si había meditado bien mi postura y yo le dije que sí. Luego las cosas tomaron un cariz más personal, aunque con un tono amistoso, y llegamos a la conclusión de que había una clara diferencia de criterios entre los que manejaban directamente a las ballenas y los que las veían sólo como estadísticas en los gráficos de producción de alimentos. Después Burrows salió e hizo unas llamadas telefónicas, y nos hizo esperar media hora mientras hablaba con unos cuantos peces gordos del Secretariado. Por último volvió con lo que prácticamente eran mis órdenes, aunque procuró que no lo pareciesen. En resumen es lo siguiente: «He de ser en todo un obediente muñequito de ventrílocuo».

- Pero, ¿y si la otra parte te pregunta directamente cuál es tu opinión personal?

- Nuestro abogado procurará evitarlo, y si fracasa yo diré que no tengo opinión personal.

- ¿Y qué se persigue con todo esto?

- Eso mismo le pregunté yo a Burrows, y finalmente logré sacárselo. Hay por medio cuestiones políticas. En el Secretariado creen que Maha Thero llegará a hacerse demasiado poderoso si gana este caso, así que quieren combatirle con todos los medios.

- Ahora comprendo - dijo Indra lentamente -. ¿Tú crees que el Thero persigue el poder político?

- Para sí mismo... no. Pero quizás intente ganar influencia para implantar sus ideas religiosas, y eso es lo que el Secretariado teme.

- ¿Y cuál va a ser tu actitud?

- No lo sé - contestó Franklin -. Realmente no lo sé.

Aun seguía indeciso cuando comenzaron las audiencias y el Maha Thero hizo su primera aparición personal ante los espectadores de todo el mundo. Mientras contemplaba a aquel hombrecito de túnica amarilla y resplandeciente cráneo, Franklin no podía evitar pensar que no parecía, a primera vista, muy impresionante. De hecho, había en él algo casi cómico: hasta que empezaba a hablar, y uno sabía sin lugar a dudas que estaba en presencia del poder y la convicción.

- Me gustaría dejar absolutamente clara una cosa - dijo el Maha Thero, dirigiéndose no sólo al presidente de la comisión, sino también a los invisibles millones que veían aquella primera audiencia. -. No es cierto que intentemos implantar el vegetarianismo en el mundo, como han intentado hacer creer algunos de nuestros adversarios. Ni siquiera el propio Buda se abstenía de comer carne, cuando se la daban, y tampoco nosotros, pues un huésped debe aceptar agradecido todo lo que su anfitrión le ofrece.

»Nuestra actitud se basa en algo más profundo y más fundamental que los prejuicios alimentarios, que son normalmente pura cuestión de condicionamiento. Es más, creemos que la mayoría de los hombres razonables, tengan o no nuestras creencias religiosas, acabarán aceptando nuestro punto de vista.

»Puede resumirse de modo muy simple, aunque sea resultado de veintiséis siglos de pensamiento. Consideramos que es malo causar daño o matar a un ser vivo, cualquiera que sea, pero no somos tan estúpidos como para imaginar que pueda evitarse por completo. Reconocemos, por ejemplo, que es necesario eliminar los microbios y las plagas de insectos, aunque lamentemos tal necesidad.

»Pero cuando el matar va no es esencial, debe cesar la matanza. Creo que hemos llegado a ese punto con respecto a la mayoría de los animales superiores. La producción de todo tipo de proteínas sintéticas de fuentes puramente vegetales es hoy una posibilidad económica... O lo será si se hace lo necesario para ello. Dentro de una generación podremos abandonar la carga de culpa que, mucho o poco, ha agobiado nuestras conciencias individuales, y que debe haber acosado en un momento u otro la conciencia del hombre al mirar el mundo de vida con el que comparte su planeta.

»Sin embargo, no intentamos imponer a nadie, contra su voluntad, esta actitud. Las buenas acciones carecen de mérito si vienen impuestas por la fuerza. Nos contentaremos con dejar que los hechos y datos que a continuación se aportan hablen por sí mismos, para que el mundo pueda elegir.

Era, pensaba Franklin, un discurso sencillo y directo, totalmente vacío del fanatismo que fatalmente habría despertado prejuicios contra la causa en aquella era racionalista. Sin embargo, todo el asunto era bastante irracional; en un mundo puramente lógico, no habría podido plantearse la disputa, pues nadie habría dudado del derecho del hombre a utilizar el reino animal según considerase oportuno. Pero la lógica podía resultar aquí peligrosa; podía utilizarse fácilmente para defender el canibalismo.

El Thero no había mencionado en ninguna parte de su discurso algo que había impresionado hondamente a Franklin. No había planteado la posibilidad de que el hombre pudiese algún día entrar en contacto con formas ajenas de vida que pudiesen juzgarle por

su conducta hacia el resto del reino animal. ¿Pensaría acaso que se trataba de una idea demasiado avanzada y que el público en general no se la consideraría seria y se tomaría la campaña un poco a broma? ¿O había comprendido que era un argumento que podría tener especial fuerza de persuasión con un ex-astronauta? No había modo de saberlo; en cualquier caso, demostraba que el Thero era un astuto previsor de las reacciones, tanto privadas como públicas.

Franklin desconectó el receptor. Las escenas que aparecían ahora las conocía de sobra, pues había ayudado al Thero a filmarías. La División Marítima, pensó malignamente, debe de estar lamentando ahora las facilidades que dio a Su Reverencia, pero, en fin, era lo único que podía hacer, dadas las circunstancias.

A los dos días tendría que comparecer a prestar declaración; se sentía ya más como un criminal a punto de ser juzgado que como un testigo. Y en realidad iba a pasar un juicio... o, para ser más exactos, pasaría por él su conciencia. Resultaba extraño que habiendo intentado en una ocasión suicidarse, pusiera ahora objeciones a la matanza de otras criaturas. Debía existir allí alguna conexión, pero le resultaba demasiado complicado desentrañaría, y aunque lo lograse, poco le ayudaría a resolver su dilema.

Sin embargo, la solución estaba en camino, y venía en una dirección totalmente inesperada.

CAPITULO XXIII

Franklin iba a abordar el aeroplano que le llevarla a las audiencias cuando sonó la señal especial. Se quedó en la puerta, leyendo el mensaje que le enviaban, y en aquel momento desaparecieron todos los demás problemas.

La petición de socorro procedía de la Oficina de Minas, la mayor de todas las secciones de la División Marítima. Su nombre resultaba un tanto engañoso, pues no explotaba ni una sola mina en el estricto sentido de la palabra. Veinte o treinta años atrás existían realmente minas en el lecho del océano, pero ahora el propio mar era un inagotable cofre de tesoros. Casi todos los elementos naturales podían extraerse de forma directa y económica de los millones de toneladas de materia disuelta que había en cada kilómetro cúbico de agua marina. Con el perfeccionamiento de los filtros graduables de intercambio iónico, la pesadilla de la escasez de metales se había desvanecido para siempre.

La Oficina de Minas era también responsable de los centenares de pozos de petróleo que salpicaban los lechos marinos, bombeando el precioso fluido, material básico de la

mitad de las plantas químicas de la Tierra; material que anteriores generaciones, con criminal miopía, hablan quemado como combustible. En aquella oficina que controlaba un imperio de alcance mundial, podían suceder muchos accidentes; el año anterior, sin ir más lejos, Franklin les había prestado un submarino ballenero en un fracasado intento por recuperar un tanque de concentrado de oro; pero ahora el problema era mucho más grave, como descubrió después de hacer unas cuantas llamadas indispensables.

Treinta minutos después estaba en el aire, aunque no volaba en la dirección en que había esperado volar. Y pasó casi una hora antes de que pudiera llamar a Indra, después de todas las llamadas y órdenes que hubo de dar.

A Indra le sorprendió la llamada por lo inesperada, pero su sorpresa se convirtió enseguida en alarma.

- Escucha, querida empezó Franklin -. Al final no voy a Berna. En Minas han tenido un grave accidente y nos han pedido ayuda. Uno de sus submarinos grandes está atrapado en el fondo... estaban excavando un pozo y dieron con una bolsa de gas a gran presión. La instalación se desplomó sobre ellos y dejó atrapado el submarino, así que no pueden salir de allí. Hay a bordo una carga de gente importante, entre otros un senador y el director de Minas. No sé cómo vamos a hacer para sacarlos, pero haremos todo lo posible. Te volveré a llamar en cuanto pueda.

- ¿Tendrás que bajar tú también? - preguntó Indra nerviosa.

- Posiblemente. ¡Pero no te preocupes! ¡Llevo años haciéndolo!

- No estoy preocupada - contestó Indra, y Franklin fue lo suficientemente listo para no contradecirla.

- Adiós, querida - continuó -. Dale un abrazo a Anne y no te preocupes.

Indra vio desvanecerse la imagen. Se había desvanecido ya cuando comprendió que Walter llevaba semanas sin parecer tan feliz como le había parecido ahora. Quizás no fuese el término adecuado estando como estaban en peligro las vidas de unos hombres. Sonrió, sabiendo muy bien por qué lo hacía.

Ahora Walter podía olvidar todos los problemas de su oficio, y podía entregarse de nuevo, aunque fuera sólo por un rato, a las sencillas y elementales normas del mar.

- Allí está - dijo el piloto del submarino, señalando la imagen que se formaba en el borde de la pantalla de sonar -. En roca dura, a trescientos treinta y cinco metros de profundidad. En un par de minutos podremos verles con detalle.

- ¿Cómo está el agua de clara?... ¿Podemos utilizar la televisión?

- Lo dudo. Ese géiser de gas aún sigue brotando... ahí está... ese eco confuso. Está levantando kilómetros de barro.

Franklin contempló la pantalla, comparando la imagen que se formaba allí con los planos y esquemas de la pizarra. El suave ovoide del gran submarino estaba parcialmente oscurecido por los escombros, y un millar más de toneladas de acero lo tenían sujeto al lecho del océano. No era extraño que, aunque hubiese vaciado sus tanques y puesto el motor a máxima potencia, no lograse moverse más que unos centímetros.

- Menudo problema - dijo Franklin pensativo. ¿Cuánto tardarían en llegar aquí los grandes remolcadores?

- Cuatro días por lo menos. El Hércules puede arrastrar cinco mil toneladas, pero está en Singapur. Y es demasiado grande para traerlo en avión; tendría que venir por sus propios medios. Ustedes son los únicos que tienen submarinos bastante pequeños para el transporte aéreo.

Eso era cierto, pensó Franklin, pero significaba también que no eran bastante grandes para hacer trabajos pesados. La única esperanza era que pudiesen conseguirlo eliminando escombros poco a poco hasta que el submarino atrapado pudiese escapar.

Otro de los submarinos de la Oficina estaba ya actuando; alguien, se dijo Franklin, se había ganado una citación por la rapidez con que había instalado las lámparas de soldadura en una nave que no estaba diseñada para transportarlos. Franklin dudaba incluso que el propio Departamento Espacial, pese a sus famosa eficacia, pudiese haber actuado más deprisa.

- Capitán Jacobsen llamando - dijo el altavoz -. Me alegro de que esté con nosotros, señor Franklin. Sus muchachos están haciendo un buen trabajo, pero parece que llevará tiempo.

- ¿Cómo están las cosas dentro?

- No tan mal. Lo único que me inquieta es el casco entre los mamparos tres y cuatro. El impacto fue ahí, y hay alteraciones.

- ¿Puede usted aislar la sección si se producen filtraciones?

- No muy bien - dijo secamente Jacobsen -. Casualmente queda en mitad de la cámara de control. Si hemos de evacuarla, nos quedaremos completamente desvalidos.

- ¿Y sus pasajeros?

- Bueno... están bien - contestó el capitán, en un tono que sugería que estaba concediendo a algunos de ellos beneficio de la duda -. Al senador Chamberlain le gustaría hablar unas palabras con usted.

- Hola, Franklin - comenzó el senador -. No esperaba volver a verle en estas circunstancias. ¿Cuánto cree que tardarán en sacarnos?

El senador tenía buena memoria, o si no había sido bien informado. Franklin no le había visto más de tres veces. la última en Camberra, en una sesión del Comité para Conversación de los Recursos Naturales. Franklin había declarado ante este comité como testigo durante unos diez minutos, y no esperaba que su ocupado presidente lo recordase.

- No puedo prometer nada, senador - respondió cautamente -. Puede llevar algún tiempo despejar todos estos escombros. Pero lo conseguiremos... por eso no se preocupe.

Cuando el submarino se aproximó más, Franklin ya no estuvo tan seguro. Los escombros ocupaban una extensión de unos sesenta metros de longitud, y sería laborioso ir apartándolos en secciones que los pequeños submarinos pudiesen manejar.

Durante los diez minutos siguientes hubo una conferencia tripartita entre Franklin, el capitán Jacobsen y el guardián jefe Barlow, piloto del segundo submarino. Al final, llegaron a la conclusión de que lo mejor era continuar retirando los escombros; aun en el peor de los casos, terminarían la tarea por lo menos dos días antes de que pudiese llegar el Hércules, a menos, claro está de que se produjesen acontecimientos inesperados. El único peligro posible parecía ser el que había mencionado el capitán Jacobsen; como todas las grandes embarcaciones submarinas, la suya llevaba una planta purificadora de aire que conservaba respirable la atmósfera durante semanas, pero si fallaba el casco en la zona de la sala de control, todos los servicios esenciales del submarino quedarían bloqueados. Los ocupantes podrían retroceder tras los mamparos de presión, pero eso sólo les daría un respiro temporal, porque el aire comenzaría a enrarecerse inmediatamente. Además, con parte del submarino inundado, sería extremadamente difícil, incluso para el Hércules, remolcarles. Antes de unirse a Barlow en el desescombro, Franklin llamó a la base por el transmisor de largo alcance y pidió todo el equipo adicional que se pudiese necesitar. Pidió dos submarinos más con gran urgencia, y encargó que los talleres fabricaran tanques de flotación por el simple procedimiento de atornillar acoples neumáticos en viejos bidones de petróleo. Si podían amarrar suficientes al gran armazón del pozo, podrían alzarlo sin otro ayuda y salvar al submarino.

Había otra cosa que dudó durante un tiempo si pedir o no. Luego murmuró para si: «Mejor conseguir de más que de menos», y envió la petición, aunque sabía que en el Departamento de Almacenaje probablemente le tomarían por loco.

El trabajo de cortar las vigas de la torreta derribada era laborioso, pero no difícil. Los dos submarinos trabajaban juntos, uno cortando el acero, y otro tirando de la sección separada tan pronto como se soltaba. Franklin enseguida perdió la noción del tiempo; lo

único que existía era el metal con que se debatía en cada momento concreto. Iban y venían constantemente mensajes e instrucciones, pero era otra parte de su mente la que trataba ese asunto. Manos y cerebro funcionaban como entidades distintas.

El agua, que estaba completamente turbia cuando llegaron, iba aclarándose rápidamente. El estruendoso géiser de gas que brotaba del lecho marino apenas a un centenar de metros de distancia debía haber absorbido agua fresca para barrer el fango que había despedido al principio. Fuese cual fuese la explicación, esto hacia mucho más fácil la tarea de salvamento, pues podían funcionar de nuevo los ojos externos del submarino.

Franklin se sorprendió cuando llegaron refuerzos. Le parecía imposible que llevasen allí ya más de seis horas. No sentía ni cansancio ni hambre. Los dos submarinos traían con ellos, como una larga reata de latas, la primera tanda de los tanques de flotación que había pedido.

Con esto variaba el plan de campaña. Uno tras otro, los bidones se fijaron a la torreta, se les acoplaron mangueras neumáticas, y se bombeó el agua que contenían hasta que partieron hacia arriba como globos cautivos. Cada uno de ellos tenía un poder de elevación de dos o tres toneladas. Cuando hubiesen colocado un centenar, calculaba Franklin, el submarino atrapado podría escapar sin más ayuda.

El equipo de control remoto del exterior del submarino, que tan pocas veces se utilizaba en operaciones normales, parecía ahora una prolongación de sus propios brazos. Hacía por lo menos cuatro años que no había manipulado los ingeniosos dedos de metal que permitían a un hombre trabajar en lugares donde su cuerpo no podría mantenerse sin protección... y recordaba aún como, diez años atrás, había. intentado por primera vez hacer un nudo con ellos y el embrollo que había organizado. Era una de las técnicas que apenas usaba; ¿Quién se habría imaginado que iba a ser vital ahora que había abandonado el mar y ya no era un guardián?

Comenzaban a bombear la segunda tanda de bidones cuando llamó el capitán Jacobsen.

- Siento tener que dar malas noticias, Franklin - dijo, con voz apesadumbrada -. El agua está entrando, y la filtración crece. A este ritmo, tendremos que abandonar la sala de control en un par de horas.

Esta era la noticia que Franklin temía. Transformaba una tarea normal de rescate en una carrera contra el tiempo... una carrera llena de peligrosos obstáculos, pues podían tardar por lo menos un día en eliminar el resto de los escombros.

- ¿Cuál es la presión del aire ahí dentro? - preguntó al capitán Jacobsen.

- La he elevado ya a cinco atmósferas. Es peligroso elevarla más.

- Elévela a ocho si puede. Aunque se desmaye la mitad de la tripulación, eso no importa mientras alguien pueda seguir controlando. Y puede ayudar a impedir que aumente la filtración, que es lo importante.

- Así lo haré... pero si la mayoría nos desmayamos, no será fácil evacuar la sala de control.

Había demasiada gente escuchando para que Franklin diese la respuesta lógica: Si tenían que abandonar la sala de control, ya todo daba igual. El capitán Jacobsen lo sabía tan bien como él, pero algunos de sus pasajeros tal vez no comprendieran que tomar tal medida eliminaría toda posibilidad de salvación.

La decisión que había esperado no tener que tomar se presentaba ante él. No bastaba con seguir eliminando escombros poco a poco; tendría que utilizar explosivos, cortando la torreta caída por el centro, para que la sección inferior, sin apoyo, basculase de nuevo hacia el lecho del mar y su peso no trabase al submarino.

Sin duda era lo que había que hacer, incluso desde el principio, pero había dos inconvenientes: uno era el riesgo de utilizar explosivos tan cerca del ya debilitado casco del submarino; El otro, la dificultad de colocar las cargas en el lugar correcto. De las cuatro vigas principales de la torreta, las dos superiores eran de fácil acceso, pero a las inferiores no se podía llegar con los mecanismos del control remoto de los submarinos. Era el tipo de trabajo que sólo podía hacer un buceador sin trabas, y en aguas poco profundas no habría llevado más de unos minutos el hacerlo.

Por desgracia, aquéllas no eran aguas poco profundas; allí había una profundidad de trescientos treinta y cinco metros y una presión de unas treinta atmósferas.

CAPITULO XXIV

- Es un riesgo demasiado grande, Franklin, no lo permitiré.

Pocas veces, pensó Franklin, tenía uno oportunidad de discutir con un senador; y si fuese necesario no sólo discutiría; le desafiaría.

- Sé que hay peligro, señor - admitió. Pero no hay alternativa. Es un riesgo calculado: un vida frente a veintitrés.

- Pero yo siempre he creído que era un suicidio el que un hombre sin protección bucease por debajo de ciento cincuenta metros de profundidad.

- No quiero contradecirle, señor Franklin - dijo rápidamente el capitán Jacobsen -. Pero creo que sólo un hombre ha llegado a los cuatrocientos cincuenta metros de profundidad... y eso en condiciones cuidadosamente controladas. Y no intentaba llevar a cabo ningún trabajo.

- Tampoco yo. Sólo tengo que colocar esas dos cargas.

- Pero ¿y la presión?

- La presión no importa, senador, siempre que se establezca un equilibrio. Puede haber cien toneladas aplastándome los pulmones y tener dentro de ellos otras cien toneladas y no sentirlo.

- Perdone que le diga esto... pero ¿no sería mejor enviar a un hombre más joven?

- No quiero delegar en otro esta tarea, y la edad no afecta a la capacidad de buceo. Estoy en buena forma, y eso es lo único que importa.

- Dejémoslo ya - dijo al fin -. No vamos a seguir aquí discutiendo todo el día. Quiero ponerme estas cosas antes de cambiar de idea.

Subió a la superficie debatiéndose con sus propios pensamientos. ¿Estaba portándose como un idiota, corriendo riesgos que un hombre de su posición, con una esposa y una familia, no podía permitirse? ¿O estaba aún, después de tantos años, intentando demostrar que no era un cobarde, enfrentando deliberadamente un peligro del que le habían librado una vez por milagro?

Al mismo tiempo, tenía conciencia de otros motivos, quizás menos halagadores. En cierto modo, estaba intentando eludir su responsabilidad, Concluyese en éxito o en fracaso su misión, se convertiría en un héroe... y como tal al Secretariado no le sería tan fácil dejarle a un lado. Era una cuestión interesante: ¿podía uno compensar la falta de coraje moral demostrando bravura física?

Cuando el submarino afloró a la superficie, más que resuelto, había desechado estas cuestiones. Quizás hubiese parte de verdad en todas las acusaciones que se hacia; daba igual. En el fondo de su corazón, sabía que lo que estaba haciendo era lo correcto, lo único que podía hacer. No había otro modo de salvar a aquellos hombres que estaban a casi cuatrocientos metros debajo de él; y frente a este hecho, todas las demás consideraciones carecían de sentido.

El petróleo que se filtraba del pozo había serenado tanto el mar, que el piloto del avión de carga había podido aterrizar, aunque la máquina no estaba proyectada para operaciones anfibias. Uno de los pequeños submarinos flotaba en la superficie mientras su tripulación se debatía con la siguiente carga de tanques de flotación que había que

sumergir. Los hombres del avión les ayudaban, trabajando en botes neumáticos que se hinchaban automáticamente al entrar en contacto con el agua.

El comandante Henson, el buceador jefe de la División Marítima, esperaba en el avión con el equipo. Hubo otra breve discusión pero el comandante capituló de buen grado, y, pensó Franklin, con cierto alivio. Si había otro que pudiese desempeñar aquella misión, sin duda era Henson, con su inigualable experiencia. Franklin dudó un instante, preguntándose si por insistir tercamente en hacerlo él, podría estar reduciendo las posibilidades de éxito. Pero él había estado en el fondo y sabía exactamente cuál era la situación allí. Sería una pérdida irreparable de tiempo esperar a que Henson descendiese en el submarino para hacerse cargo de lo que pasaba.

Franklin tragó sus píldoras PH, recibió sus inyecciones y se enfundó el flexible traje de goma que le protegería de la temperatura de casi cero grados del fondo del mar. Odiaba los trajes (obstaculizaban los movimientos y alteraban el equilibrio) pero en aquel caso no tenía elección. La compleja unidad respiratoria, con sus tres cilindros, (uno con el rojo chillón del hidrógeno comprimido) quedó fijada a su espalda, y le bajaron al mar.

El comandante Henson nadó alrededor de él durante cinco minutos, mientras se comprobaban los aparatos, se ajustaba el cinturón de lastre y se probaba el transmisor de sonar. Respiraba con bastante facilidad aire normal, y no pasaría al combinado oxhidrogénico hasta que no llegase a una profundidad de cien metros. El cambio era automático, y el regulador medía también la entrada de oxígeno para que la proporción de la mezcla fuese correcta a cualquier profundidad. Es decir, lo correcta que podía ser en una zona en la que el hombre jamás había intentado vivir...

Por fin todo estuvo dispuesto. Las cargas explosivas quedaron firmemente sujetas a su cinturón, y él se apoyó en la barandilla que rodeaba la torreta de observación del submarino.

- Vaya descendiendo - dijo al piloto -. Quince metros por minuto, y mantenga el motor delantero por debajo de los dos nudos.

- Bien, quince metros por minuto. Si adquirimos velocidad, la eliminaré con los motores de retroceso.

Casi inmediatamente, la luz del sol se difuminó en un verde deprimente y sombrío. El agua era en la superficie casi opaca, a causa del polvo y los escombros arrojados por el pozo. Franklin ni siquiera podía ver la anchura de la torreta de observación; a menos de sesenta centímetros de sus ojos, la barandilla de metal se desvanecía y se borraba. No le preocupaba esto; si era necesario podría trabajar guiándose sólo por el tacto, pero sabía que el agua estaba mucho más clara en el fondo.

A sólo diez metros de profundidad tuvo que interrumpir el descenso durante casi un minuto para aclararse los oídos. Sopló y tragó frenéticamente, hasta que el clic confortador en el interior de su cabeza le dijo que todo iba bien. Qué humillante habría sido, pensaba, verse obligado a volver a la superficie por tener bloqueada una trompa de Eustaquio... Nadie se lo reprocharía, desde luego. Hasta un catarro suave podía incapacitar por completo al mejor buceador... pero las secuelas de aquello serían difíciles de superar.

La luz se desvanecía rápidamente a medida que los rayos del sol perdían su batalla con el agua turbia. A unos treinta metros más abajo, pareció encontrarse en un mundo de nebulosa claridad lunar, mundo en el que faltaban por completo el color y el calor. Sus oídos no le molestaban ya, y respiraba sin esfuerzos, pero sentía que empezaba a invadirle una sutil depresión. Estaba seguro de que sólo era consecuencia de la disminución de la luz... no una premonición de los trescientos metros de descenso que aún le quedaban.

Para ocupar su mente, llamó al piloto y le pidió un informe de la situación. Se habían atado ya cincuenta bidones a la torreta, dando un empuje total de más de cien toneladas. Seis de los pasajeros del submarino atrapado habían perdido el conocimiento, pero no parecía haber peligro; los diecisiete restantes se sentían incómodos, pero se habían adaptado a la nueva presión. La filtración no había empeorado, pero ahora había siete centímetros de agua en la sala de control, y no tardaría mucho en haber peligro de cortocircuito.

- Cien metros de profundidad - dijo la voz del comandante Henson -. Compruebe su medidor de oxígeno... debe de estar produciéndose ahora el cambio.

Franklin miró el pequeño panel de instrumentos. Sí, estaba produciéndose el cambio automático. No podía advertir ninguna diferencia en el aire que respiraba, pero en los treinta metros siguientes de descenso, deberla desaparecer la mayor parte del nitrógeno peligroso. Parecía extraño reemplazarlo con hidrógeno, un gas mucho más reactivo e incluso explosivo, pero el hidrógeno no produce ningún efecto narcotizante y no se deposita en los tejidos corporales con la misma facilidad que el nitrógeno.

No parecía haber oscurecido gran cosa en los últimos treinta metros. Sus ojos se habían acostumbrado a la débil claridad, y el agua era un poco más limpia. No podía ver más allá de dos o tres metros del suave casco al que se sujetaba y que le conducía a las profundidades donde sólo un puñado de hombres se habían aventurado a penetrar sin protección... y de donde muy pocos de ellos regresaron para contar la historia.

El comandante Henson le llamaba de nuevo.

- Debe de estar ahora con un cincuenta por ciento de hidrógeno. ¿Lo advierte?

- Sí... una especie de sabor metálico. Pero no es desagradable.

- Hable lo más despacio que pueda - dijo el comandante -. Es difícil entenderle. Su voz suena demasiado aguda... ¿Se siente bien del todo?

- Sí - contestó Franklin, observando su medidor de profundidad -. ¿Querrá aumentar usted la velocidad de descenso a treinta metros por minuto? No hay tiempo que perder.

Inmediatamente, sintió que el barco se hundía con mayor rapidez bajo él mientras descargaba los tanques de lastre, y por primera vez comenzó a sentir que la presión le rodeaba como algo palpable. Descendía tan rápidamente ahora que hubo un ligero roce cuando la capa aislante de aire de su traje se ajustó al cambio de presión. Era como si tuviera brazos y piernas dominados por una inmensa y suave galbana, que hacia más lentos sus movimientos, sin obstaculizarlos realmente.

La luz casi había desaparecido y, como anticipándose a su orden, el piloto del submarino encendió sus focos. Nada tenían que iluminar, en aquel vacío a medio camino entre el lecho del mar y el cielo, pero resultaba tranquilizador ver los dobles nimbos de esparcida radiación flotando en el agua delante de él. Habían eliminado los filtros violeta, en favor suyo, y ahora que sus ojos tenían algo distante que enfocar no se sentía ya tan opresivamente encerrado y confinado.

Doscientos cuarenta metros de profundidad, más de las tres cuartas partes de la distancia al fondo.

- Es mejor que paremos aquí tres minutos - aconsejó el comandante Henson -. Me gustaría que estuviera ahí media hora, pero ya lo arreglaremos a la vuelta.

Franklin se sometió a la espera de mala gana. Le pareció increíblemente larga. Quizás se había alterado su sentido del tiempo, de modo que lo que en realidad era un minuto le parecían diez. Ya iba a preguntar al comandante Henson si se le había parado el reloj, cuando recordó de pronto que él tenía uno en perfectas condiciones. Comprendió que el haber olvidado algo tan obvio era una mala señal; indicaba que estaba atontándose. Sin embargo, si era lo bastante inteligente para darse cuenta de ello, no podían ir tan mal las cosas... Afortunadamente, comenzó de nuevo el descenso antes de que se enredase demasiado en estos pensamientos.

Y ahora podía oír, a cada instante con mayor intensidad, el incesante estruendo del gran géiser de gas que surgía del pozo que inquisitivos e imprudentes hombres habían excavado en el lecho marino. Agitaba el agua a su alrededor, haciendo que le resultase difícil oír los consejos y comentarios de sus ayudantes. Había un peligro casi tan grande como el de la propia presión: si el chorro de gas le atrapaba, podía lanzarlo metros y

metros hacia arriba en cuestión de segundos, y explotaría como un pez de las profundidades al que se saca de modo brusco a la superficie.

- Estamos llegando - dijo el piloto, después de que llevaban hundiéndose lo que parecía toda una era -. Podrá ver la torreta en un minuto; encenderé las luces inferiores.

Franklin se situó sobre el borde del submarino que ahora descendía suavemente, y atisbó entre las nebulosas columnas de luz. Al principio, nada pudo ver. Luego, a una distancia indeterminada, distinguió misteriosos rectángulos y círculos que lo desconcertaron por un instante, pero comprobó enseguida que eran los bidones llenos de aire que se esforzaban por alzar la derribada torreta.

Casi inmediatamente pudo distinguir la estructura de vigas retorcidas y luego una brillante estrella (fantásticamente insólita en aquel sombrío mundo) cobró vida fuera del cono de sus focos. Se trataba de una de las pistolas soldadoras en pleno trabajo, manipulada por las manos mecánicas de un submarino que quedaba fuera de su alcance visual.

Con gran cuidado, su propio submarino le situó junto a torreta, y entonces se dio cuenta de lo difícil que habría de ser su tarea. Pudo ver las dos vigas a las que tenía que fijar su carga; una masa de traviesas, jácenas y cables le impedía llegar hasta ellas.

Franklin se soltó del submarino que le había remolcado tan suavemente hasta las profundidades, y con lentas y ágiles zancadas nadó hacia la torreta. Al aproximarse vio por primera vez la borrosa masa del submarino atrapado, y se acongojó al pensar en todos los problemas que habría de resolver para poder liberarlo. En un súbito impulso, nadó hacia la embarcación atrapada y golpeó en el casco con las tenazas de su pequeño equipo de herramientas. Los hombres del interior sabrían que él estaba allí, por supuesto, pero la señal les animaría mucho más.

Luego empezó a trabajar. Intentando ignorar la constante vibración que agitaba el agua y dificultaba sus pensamientos, comenzó un cuidadoso escrutinio del laberinto metálico por el que tenía que nadar.

No sería difícil llegar a la viga más próxima y colocar la carga. Había un espacio abierto entre tres vigas, bloqueado sólo por un trozo de cable que podía fácilmente retirar (pero tenía que cuidarse de que no se le enredara en el equipo al pasar). Luego la viga quedaría a su alcance, y además había espacio suficiente para dar la vuelta, ahorrándose así la desagradable necesidad de volver reculando.

Lo comprobó de nuevo y no vio ningún inconveniente. Para asegurarse aun más, consultó con el comandante Henson, que podía comprobar la situación casi tan bien como él en la televisión del submarino. Luego, nadó lentamente por dentro de la torreta,

avanzando por la estructura metálica con sus manos enguantadas. Le sorprendió descubrir que, incluso a aquella profundidad, había gran cantidad de percebes y de otros animales marinos que siempre hacen que resulte peligroso tocar cualquier objeto que haya permanecido bajo el agua varios meses.

La estructura de acero vibraba como un diapasón gigante. Podía sentir la rugiente energía del destapado pozo a través del mar que le rodeaba y a través del metal que tocaban sus manos. Le parecía que estaba aprisionado en una enorme y palpitante jaula; el áspero ruido, así como la terrible presión, comenzaban a ponerle torpe y letárgico. Necesitaba ahora un decidido esfuerzo de voluntad para emprender cualquier acción; tenía que recordarse constantemente a sí mismo que además de la suya muchas vidas dependían de lo que estaba haciendo.

Llegó hasta el punto elegido y lentamente fijó el liso paquete sobre el metal. Tardó largo rato en dejarlo bien fijado, pero al fin el explosivo quedó en su sitio y él estuvo seguro de que la vibración no lo desprendería. Luego buscó su segundo objetivo: la viga que formaba el otro borde de la torreta.

Había levantado una cantidad respetable de barro y ya no podía ver tan claramente, pero le parecía que nada podía impedirle penetrar en el interior de la torreta y completar el trabajo. La alternativa era regresar por donde había llegado y luego nadar dando la vuelta hasta el otro lado. En circunstancias normales, esto habría sido bastante fácil, pero ahora tenía que considerar cada movimiento con sumo cuidado, y decidir cada gasto de energía sólo después de haber llegado a la conclusión de que era absolutamente necesario.

Con infinita precaución, comenzó a moverse entre aquella niebla vibrante. El resplandor de los focos, que caía sobre él, le cegaba tanto que le dolían los ojos. Ni siquiera se le ocurrió que con unas palabras por su micrófono reducirían la iluminación instantáneamente a la intensidad que desease. Pero en vez de pronunciarlas, intentó protegerse en todas las sombras que pudo encontrar en la confusa masa entre la que se movía.

Llegó hasta la viga y se apoyó en ella durante un largo rato, intentando recordar qué demonios tenía que hacer allí. La voz del comandante Henson gritando en sus oídos como un eco lejano le volvió a la realidad. Colocó en posición el precioso paquete con gran cuidado y lentitud. Luego se hizo a un lado, admirando su disparatada obra, mientras la voz enojosa atronaba en su oído con mayor insistencia. Advirtió que podía acallarla quitándose la máscara facial y aquel irritante auricular que contenía. Por un instante jugó con esta idea, pero descubrió que no estaba lo bastante fuerte para soltar las trabillas que

sujetaban la máscara. Qué mala suerte; quizás la voz se callase si hacia lo que le indicaba.

Por desgracia, no tenía idea de cómo podía salir de aquella niebla en la que ahora estaba confortablemente acomodado. La luz y el ruido le confundían; en cualquier dirección que se moviese, tarde o temprano, chocaba con algo y tenía que dar la vuelta. Esto le molestaba pero no le alarmaba, pues se sentía plenamente feliz donde estaba.

Pero aquella voz no le dejaba en paz. Ya no era ni mucho menos amistosa y auxiliadora. Comprendió confusamente que estaba adquiriendo un tono duro, y le daba órdenes de una manera (aunque no podía recordar por qué) en la que nadie solía hablarle... Le estaban dando cuidadosas y detalladas instrucciones y las repetían una y otra vez, cada vez con más fuerza, hasta que nebulosamente las obedecía. Estaba demasiado cansado para contestar, pero le dolía la indignidad a la que se veía sometido. Nunca en su vida le habían llamado semejantes cosas. Y era muy raro realmente que él hubiese oído lenguaje tan sorprendente como el que le llegaba ahora por el auricular. ¿Quién le hubiese gritado en tierra a él de aquel modo? «Por ahí no, maldito imbécil... a la izquierda... ¡IZQUIERDA! Eso está bien... Ahora un poco más hacia adelante. ¡No se pare ahí ¡Dios mío!, está dormido otra vez. DESPIERTE... ESPABÍLESE O LE VOLARE LA CABEZA... Así, buen chico... Está llegando... Sólo un metro más», y así interminablemente, y utilizando un lenguaje aun peor.

Luego, vio con asombro que ya no había metal retorcido a su alrededor. Nadaba lentamente en zona despejada, pero no nadó mucho. Unos dedos metálicos se cerraron sobre él, no demasiado suaves, y le alzaron en la rugiente noche.

Oyó a lo lejos cuatro apagadas y breves explosiones, y algo le dijo en las profundidades de su mente que él era responsable de dos de ellas. Pero no vio nada del rápido drama que se produjo treinta metros más abajo cuando las explosiones partieron en dos la gran torreta. La sección que se apoyaba sobre el atrapado submarino aún era demasiado pesada para que los tanques de flotación la arrastrasen, pero libre ya para moverse se balanceó por un instante y luego se deslizó y se estrelló contra el lecho marino.

El gran submarino, sin trabas ya, comenzó a ascender con increíble rapidez; Franklin sintió moverse el agua cuando pasó cerca de él, pero estaba demasiado abstraído para comprender lo que significaba. Aún se debatía en una nebulosa conciencia; de pronto, a unos doscientos cincuenta metros comenzó a reaccionar a las imprecaciones de Henson, y para inmenso alivio del comandante, comenzó a contestarle en el mismo tono. Se pasó unos treinta metros jurando y maldiciendo, y luego se dio cuenta de la situación y se

detuvo embarazado. Sólo entonces comprendió que había triunfado en su empeño y que los hombres que había conseguido salvar estaban ya muy por encima de él.

Franklin no podía subir tan deprisa. Una cámara de descompresión estaba esperándole a cien metros de profundidad, y en sus estrechos confines habría de volar de vuelta a Brisbane, y pasar dieciocho aburridas horas hasta que el gas absorbido se desprendiese de su cuerpo. Y cuando lo soltaran los médicos, ya sería demasiado tarde para destruir la cinta grabada que habría circulado por toda la Oficina. El era un héroe para el mundo entero, pero si llegaba a creérselo demasiado sólo tenía que recordarse que todo su personal había oído los calificativos e imprecaciones que el comandante Henson había dedicado a su director.

CAPITULO XXV

Peter no miró hacia atrás mientras subía la escalerilla para entrar en el cohete desde el cual, en poco más de media hora; tendría su primera visión de la Tierra perdiéndose en el espacio. Franklin entendía perfectamente por qué su hijo no volvía la cabeza; los jóvenes de dieciocho años no lloran en público. Y tampoco, se dijo ásperamente, los directores de mediana edad de oficinas importante.

Anne no tenía tales inhibiciones; lloraba tercamente a pesar de los esfuerzos de Indra por consolarla. Hasta que las puertas de la nave espacial no quedaron selladas y sonó la sirena ahogando todos los demás ruidos, no convirtió su llanto en sollozos intermitentes.

La marea de espectadores, amigos y parientes, cámaras y funcionarios del Departamento Espacial comenzó a retroceder. Dando la mano a su mujer y a su hija, Franklin se dejó arrastrar por la corriente humana. ¡Cuántas esperanzas, temores, alegrías y pesares le rodeaban!. Intentó recordar sus emociones en su primer despegue; debió de ser uno de los grandes momentos de su vida... sin embargo, no quedaba ningún recuerdo en él, todos habían quedado sepultados por treinta años de experiencias distintas.

Y ahora Peter iniciaba el camino que su padre había recorrido media vida antes. «Ojalá tengas mejor suerte entre las estrellas que la que yo tuve», rezaba Franklin. Le hubiese gustado estar allí, en Port Lowell, cuando Irene recibiese al muchacho que podría haber sido su hijo, y se preguntaba cómo recibirían Roy y Rupert a su hermanastro. Estaba seguro de que se alegrarían de conocerle; Peter no estaría tan solitario en Marte como en otros tiempos lo estuviera Walter Franklin. Esperaron en silencio el despegue de la nave.

Peter estaría ya tan interesado por el mundo extraño y emocionante que iba a ser su hogar durante la próxima semana, que habría olvidado ya el dolor de la separación. No podía reprochársele que fijase su atención en la nueva vida que se extendía ante él con todas sus incógnitas promesas.

«¿Y mi propia vida?», se preguntaba Franklin. Ahora que había embarcado a su hijo hacia el futuro, ¿podía considerar un éxito su propia vida? Le resultaba muy difícil dar una respuesta honrada. Muchas cosas había iniciado que habían acabado en el fracaso o en el desastre. Sabía ahora que era poco probable que subiese más en el escalafón del Estado. Podía ser un héroe, pero había molestado a demasiada gente cuando se convirtió en el sorprendido y un tanto reacio aliado del Maha Thero. Desde luego, no tenía esperanza alguna de ascensos (ni los deseaba) en los cinco o diez años que le llevaría completar la reorganización de la Oficina de Ballenas. Le habían dicho simplemente que ya que era en parte responsable de la situación (el lío, como se decía generalmente) que la resolviese.

Había algo que nunca sabría con certeza. Si el destino no le hubiese proporcionado la admiración del público y la amistad, más valiosa incluso (por menos voluble) del senador Chamberlain, ¿habría tenido el valor de defender sus nuevas ideas? Hubiese sido fácil, para él, como el último héroe que el mundo podía llevarse al corazón pero olvidaría al día siguiente, comparecer como testigo y confesar sus creencias. Por mucho que se enfureciesen sus superiores. no podían sino aceptar su defección como mejor pudiesen. A veces casi había deseado que el accidente que le dio la fama no hubiese obrado en su favor. Y, después de todo, ¿acaso había sido decisiva su declaración? Sospechaba que sí. El resultado del referéndum había sido bastante igualado, y el Maha Thero quizás no hubiese ganado sin su ayuda.

Los tres secos aullidos de la sirena rompieron su ensueño. En aquel silencio impresionante que aún parecía tan extraño a los que recordaban la era de los cohetes, la gran nave elevó sus cien mil toneladas de peso y comenzó a ascender por su elemento natural. A unos ochocientos metros por encima de la llanura, su propio campo gravitatorio quedó totalmente libre, de modo que dejó de estar sometido a las concesiones terrestres de «arriba» y «abajo». Elevó su proa hacia el cenit, y permaneció suspendida un instante milagrosamente entre las nubes, como un obelisco de metal. Luego, en el mismo silencio impresionante, se convirtió en una línea que acabó borrándose; y el cielo quedó vacío.

La tensión se quebró. Hubo unos cuantos gemidos apagados, pero predominaban las risas y los chistes, quizás demasiado crispados para resultar convincentes. Franklin cogió por los hombros a Anne y a Indra, y comenzó a conducirlas hacia la salida.

Dejaba a su hijo de buena gana los mares sin costas del espacio. A él le bastaban los océanos de la Tierra. Habitaban allí todos sus súbditos, desde la montaña móvil de Leviatán al delfín recién nacido que aún no había aprendido a mamar bajo el agua.

El los guardaría con todos sus conocimientos y recursos. Podía ver ya claramente el futuro papel de la Oficina, cuando sus guardianes fuesen de veras los protectores de todas las criaturas del mar. ¿Todas? No... eso, por supuesto, era absurdo; nadie podía alterar, ni siquiera aliviar apreciablemente, la incesante crueldad y las matanzas que asolaban los océanos del mundo. Pero los hombres podían empezar a imponer su tregua en el campo de batalla de la naturaleza con los grandes mamíferos que eran sus parientes.

Lo que de aquello resultara en el futuro, nadie podía imaginarlo. Incluso el audaz y aún no aplicado plan de Lundquist para domesticar a las ballenas asesinas tal vez no fuera más que un indicio de lo que podría suceder en las décadas siguientes. Tal vez se hallara respuesta al misterio que aún le perseguía, y que tan cerca había estado de resolver cuando el terremoto submarino le robó a su mejor amigo.

Un capítulo de su vida? quizás el mejor, se cerraba. El futuro plantearía muchos problemas, pero no creía que tuviese que enfrentarlos tan graves como los del pasado. En cierto modo, ya había hecho su trabajo, aunque estaba tan sólo iniciando los detalles.

Miró una vez más el cielo vacío, y las palabras que le había dicho el Maha Thero cuando volvían de la estación de Groenlandia surgieron en su memoria como burbujas. Nunca olvidaría aquel pensamiento estremecedor: «Cuando ese momento llegue, el tratamiento que el hombre reciba de sus superiores muy bien puede depender del que haya dado él a las demás criaturas de su propio mundo.»

Quizás fuese una estupidez dejar que tales fantasmas de un futuro remoto e incognoscible influyesen en sus pensamientos y en sus actos, pero no podía lamentar lo que había hecho. Mientras contemplaba el azul infinito que se había tragado a su hijo, las estrellas le parecieron de pronto muy próximas.

- Danos otros cien años - murmuró, y podremos mirarte con las manos limpias y los corazones limpios... tengas la forma que tengas.

- Vamos, querido - dijo Indra, con la voz aún temblorosa -. No tienes mucho tiempo. Los de la Oficina me dijeron que te lo recordara... el Comité de Regulación Interdepartamental se reúne dentro de media hora.

- Lo sé - dijo Franklin sonándose la nariz con firmeza. Y añadió -: No me gustaría hacerles esperar.

FIN